

EL ASESINO DEL ACANTILADO

ANTONIO MANZANERA



Nunca sabes quién puede
cruzarse en tu camino.



EL ASESINO DEL ACANTILADO

Los Ángeles, 1984. Al detective privado Cheney Moore no le sobran los clientes, así que cuando Charlie Wilson llama a su puerta, no rechaza su encargo aunque le sobrarían motivos para hacerlo.

Wilson es el taxista de la cárcel de Oldstock, el hombre que se ocupa de recoger a los presos que son puestos en libertad. Cuando uno de sus 'clientes' es asesinado el mismo día en que sale de la prisión, Wilson recurre a Moore con una extraña petición: ¿podrá ayudarlo a encontrar los tres millones de dólares que robó el muerto y que nunca aparecieron?

Así arranca esta monumental novela negra ambientada en Los Ángeles entre 1977 y 1984. Una trama poliédrica y llena de ritmo que combina un dominio del género que recuerda a Raymond Chandler con el universo de True Detective.

Tras cosechar el aplauso de la crítica y los lectores con sus libros anteriores -El informe Müller fue considerado el mejor thriller histórico del año por El Cultural y La Razón-, Antonio Manzanera se sumerge ahora en la esencia más pura del género negro.

©2017, Manzanera, Antonio

©2017, Ediciones B, S. A.

ISBN: 9788490696057

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: tordon11, 22/03/2017



A Belén

Los Ángeles, febrero de 1984

EL forense extrajo entre toses la camilla metálica sobre la que descansaba el cadáver cubierto con una sábana azul y a una señal del sargento de policía destapó el cuerpo hasta los tobillos.

A Cheney Moore no le gustó nada lo que vio. Las heridas del rostro hacían muy difícil precisar su edad, pero la víctima era varón y debería de rondar los cincuenta años. El cráneo, muy redondo, lo tenía abollado por varios sitios, como si su cabeza hubiese sido una lata de Pepsi que alguien hubiese chafado a conciencia para luego volver a recomponer. Desde la frente hasta la parte de las piernas que había quedado descubierta, Moore pudo ver una infinidad de abrasiones, cortes y magulladuras de distinta índole, todas ellas ya limpias, fotografiadas y catalogadas. En el torso distinguió la «Y» cosida que le cruzaba el pecho hasta el ombligo por donde el forense le había practicado la autopsia.

-Si le parece que por fuera está mal, no se imagina su estado por dentro -dijo el doctor-. Tiene casi todos los huesos rotos.

-No entiendo -dijo Cheney dirigiéndose al sargento-. Pensé que había muerto ahogado. ¿No lo encontraron en la playa, arrastrado por la marea?

El policía dejó de mascar el chicle durante unos segundos y dirigió a Moore una mirada a medio camino entre la sorpresa y el desprecio más absoluto.

-¿Y eso qué tiene que ver?

-Venga, sargento, no me irá a decir que a nuestro amigo lo dejaron así las olas del mar...

El policía suspiró pesadamente. Al hacerlo, la corbata marrón con rombos amarillos que le colgaba a la altura del vientre ascendió como una cobra para mirar a Cheney fijamente a los ojos.

-Dígaselo -farfulló el sargento.

El forense sacó un bolígrafo Bic del bolsillo superior de su bata y habló mientras tosía e iba señalando distintas partes del pecho del muerto:

-La víctima murió acuchillada, entre las diez y las doce de la noche. Esta herida es mortal -apuntó con el bolígrafo una llaga en el cuello-, y esta también. La conjunción de esta, esta y esta otra hubiese provocado que se desangrase en unos veinte minutos.

-Entonces, este hombre murió en tierra firme.

-Sí, Moore, murió en tierra firme -dijo aburrido el sargento-. Es usted muy sagaz. Parece mentira que sea investigador privado.

El doctor se guardó el Bic y tiró los guantes de látex a la papelera:

-Cuando lo lanzaron al mar ya estaba muerto -dijo.

-Y entonces, ¿todos esos huesos rotos?

-Son producto de la caída.

-¿Qué caída?

El forense no respondió. En su lugar volvió a tapar el cadáver. Cheney se volvió al sargento, que se debatía internamente.

-Lo despenaron. Lo tiraron al mar desde un acantilado -dijo finalmente el policía.

Moore fue a decir algo, pero el sargento le cortó. Esperó a que el forense cerrase el grifo con el que se lavaba las manos para decir:

-Está bien, Moore. Ahora ha llegado su turno. ¿Qué demonios tiene usted que ver con todo esto?

Por supuesto, Cheney Moore no le contó la verdad al sargento. Si lo hubiese hecho tendría que haberle hablado acerca de Charlie Wilson.

Un día antes de su visita a la morgue, a las tres y media de la tarde, Cheney estaba rebuscando la llave que cerraba la puerta de su despacho en el centro de negocios donde tenía la oficina. Siempre le pasaba lo mismo: la maldita llave se escondía entre el manajo donde guardaba las llaves de la casa, del garaje, del trastero, del buzón del correo, del apartado postal, del portón del centro de negocios, de la taquilla del gimnasio y otro par más que no recordaba exactamente qué era lo que abrían. Entretenido con las llaves, Moore no vio aparecer por detrás a aquel tipo.

-Oiga, ¿trabaja usted aquí? -preguntó alguien con una voz quebradiza como la piel de un cacahuete.

Cheney dejó de buscar la llave y se volvió para ver quién hablaba. Era un hombre bajito y huesudo que vestía como los poetas vagabundos, con un jersey de cuello alto marrón y una chaqueta raída con coderas. En la mano llevaba un bolso de varón de piel negra, y del bolsillo de la americana sobresalía un ejemplar manoseado de *Los Angeles Times*.

-Sí -contestó-. Trabajo aquí.

El recién llegado dio un paso atrás y entornó los ojos para leer la placa de plástico que anunciaba el ingreso en la oficina de Cheney: «Moore investigadores.» A continuación posó sus ojos en él.

-¿Es usted Moore o uno de los investigadores? -preguntó guiñando uno de sus pequeños ojos rasgados.

-Las dos cosas.

Cheney volvió a centrar su atención en el llavero, lo cual aprovechó el visitante para volver a la carga:

-¿Pero está usted solo o tiene más investigadores?

-Oiga, ¿le importa si comentamos los pormenores de mi negocio en el McDonald's de abajo? -preguntó Moore mientras guardaba las llaves en el bolsillo del pantalón después de haber cerrado-. Tengo hambre y me gustaría almorzar.

-¿Aún no ha comido?

El inesperado visitante fue a añadir algo más, pero Moore no le dio tiempo para criticar sus horarios alimenticios. Echó a andar por el corredor y pulsó el botón de llamada del ascensor. El tipo se reunió con Moore antes de que se cerrasen las puertas de la cabina y el chisme les pusiese en marcha rumbo a la planta baja.

-Bueno, ya le he dicho que yo soy Moore. ¿Qué necesita?

-¿Conoce usted Santa Teresa?

-¿Santa Teresa? ¿El pueblo? Sí. Está a unos ciento cincuenta kilómetros al norte. ¿Viene usted de allá?

Las puertas del ascensor se abrieron y los dos hombres atravesaron el vestíbulo del centro de oficinas para salir a la calle. Fuera, la atmósfera de Los Ángeles los recibió con una inesperada brisa húmeda. El cielo estaba cubierto por esa capota grisácea y perenne de contaminación. Nada raro para ser febrero.

-Sí. Vengo de Santa Teresa.

-¿Ha venido en coche?

-No. En tren.

-¿Y qué tal el hotel en que se aloja? -preguntó Moore-. ¿Es cómodo?

-Oiga ¿cómo sabe que estoy en un hotel?

Cheney se detuvo delante del McDonald's y abrió la puerta para dejar que el otro tipo pasase primero.

-Su periódico -dijo señalando el diario-. Tiene el sello del hotel.

El hombre comprobó que era verdad y, mirando extrañado al investigador, pasó al interior del local sin decir nada.

Cheney fue al mostrador y pidió lo mismo de siempre: dos Big Macs, patatas grandes, aros de cebolla y una Coca-Cola extragrande. Cuando llegó con la bandeja a la mesa, el visitante estaba hojeando el *Times*.

-A estas horas no hay niños -dijo Moore abriendo el envase de la primera hamburguesa-. Por eso bajo ahora.

El otro dejó el periódico y se puso a observar al investigador con descaro mientras Cheney esparcía por la carne el contenido de un sobre de ketchup.

-Me llamo Wilson, Charlie Wilson, y soy taxista en Santa Teresa.

-Hola, Charlie.

-¿Conoce usted la prisión federal que hay en Santa Teresa? La llaman Oldstock.

Moore asintió con la boca llena. Dejó la hamburguesa sobre el envase de cartón y aspiró un trago de bebida por la pajita.

-Sí -dijo en medio de un eructo-. Está a unos cinco kilómetros de Santa Teresa. La conozco por fuera, pero no por dentro.

-Bueno, supongo que sabrá que cuando el estado de California excarcela a un recluso le da cinco pavos para que coja el autobús.

-Sí, sí. -Cheney atacó los aros de cebolla con impaciencia-. Para que lo dejen en el pueblo más cercano.

-Exacto. Pero hay algunas prisiones por las que no pasa el autobús. Y Oldstock es una de ellas. En tales penitenciarías a los reclusos se les pone un taxi. Y yo soy uno de los taxistas que lleva a los presos liberados a Santa Teresa.

Charlie calló, y sin pedir permiso cogió un par de patatas con las manos y se las llevó a la boca. A continuación se limpió con la pernera del pantalón. Moore lo miraba fijamente.

-¿Y bien? -preguntó el investigador.

-Hace dos días el jefe me encargó que fuese a Oldstock a recoger a un tipo que iba a salir en libertad. -Charlie desplegó el periódico, buscó una página y lo giró para que Cheney pudiese leer-. Este tipo de aquí.

Moore se fijó en el recuadro señalado por el huesudo dedo de Wilson. Se trataba de una noticia sin soporte gráfico cuyo titular decía escuetamente: «Encontrado un cuerpo sin vida en el océano, cerca de la playa de Santa Teresa.»

El investigador se limpió las manos con una servilleta de papel y leyó el contenido del artículo. En él se decía que en las primeras horas del día anterior, unos pescadores avistaron un cuerpo flotando entre las olas. Se trataba de un varón caucásico que poco después fue identificado como Ralph Sanders. Por el momento se desconocían las circunstancias de la muerte.

Cheney empujó el *Times* hacia Charlie y regresó a sus hamburguesas.

-¿Ese tal Sanders es el hombre que usted recogió anteayer en Oldstock? -preguntó.

-El mismo. Lo recuerdo perfectamente: se subió al taxi y me estuvo hablando durante todo el trayecto. En una pausa le pregunté dónde quería que lo dejase. Lo normal es que los reclusos me pidan que les lleve a un motel, pero Sanders pidió ir al Saratoga Inn.

-El Saratoga es uno de los hoteles de lujo de Santa Teresa, ¿no?

-Exacto, tiene un campo de golf y todo. Sanders me dijo que se iba a hospedar en el hotel y allí lo dejé, entrando en recepción como si fuese un millonario que acabase de llegar para pasar sus vacaciones.

Wilson hizo una pausa y se fijó en el rostro de Cheney. El investigador estaba comiendo los últimos aros de cebolla con una expresión neutra.

-Antes de venir pasé por la hemeroteca -continuó el taxista-. Y mire lo que he encontrado.

Charlie sacó del bolsillo una fotocopia doblada. Era una página del *Times* del mes de enero de 1980. En la parte superior había una fotografía de un rostro redondo con expresión perpleja al que el fogonazo del flash había pillado por sorpresa. En el pie de foto se decía: «El condenado Ralph Sanders en el momento de abandonar la sala de vistas.» La noticia explicaba que Sanders había recibido una pena de cinco años de prisión después de haberse declarado culpable de participar como cómplice en el robo al banco West Savings de Santa Teresa, donde él trabajaba. Sanders se había negado a identificar a sus dos cómplices y el botín no había sido recuperado.

-Volvamos a mi despacho.

Cheney Moore se levantó y fue hasta la salida del McDonald's leyendo el artículo del *Times*. Los dos hombres regresaron al edificio de oficinas y se dirigieron a la habitación anunciada como «Moore investigadores». Cheney subió la persiana e invitó al taxista a que ocupase el asiento situado al otro lado de su escritorio.

-Está bien, Wilson -dijo-. Ya conozco la triste historia del ex recluso Ralph Sanders. Ahora dígame de qué va esto. ¿A qué ha venido?

-Escuche: Ralph Sanders tenía escondido el dinero del atraco. Por eso nunca se encontró la pasta que robó.

Un silencio denso como el humo de la sala de póker de un casino se apoderó del despacho.

-De acuerdo -dijo Moore-, se lo preguntaré: ¿cómo demonios sabe usted que Sanders tenía el dinero del atraco escondido?

-Es lógico. ¿Por qué si no iba a hospedarse un ex recluso en un hotel tan costoso como el

Saratoga Inn?

-Por mil motivos. No sé, puede que los otros atracadores le hubiesen dejado pagada la habitación, por ejemplo. O que pensase largarse de allí sin pagar. Si me da media hora le llenaré dos folios de razones.

-Oh, vamos, no diga tonterías. Es obvio que tenía dinero en algún sitio.

-¿Obvio? Lo obvio sería pensar lo razonable: que el dinero se lo llevaron sus dos cómplices.

-Esos hombres desaparecieron por completo de la faz de la tierra -dijo Wilson-. ¿Y usted sabe quién desaparece de esa manera? Los muertos.

Cheney aspiró una profunda bocanada de aire y se dejó caer sobre el respaldo con resignación.

-Bueno, está bien -dijo el investigador con desgana-. Me ha convencido: Sanders tenía la pasta del atraco. Pero sigo sin ver dónde entro yo en toda esta historia.

Charlie Wilson se incorporó, apoyó su brazo derecho en la mesa y apuntó con el dedo índice al investigador.

-He venido a contratarle para que encuentre el dinero.

Un breve espasmo nervioso sacudió la barriga de Moore. Luego otro. Finalmente la culebra que se agitaba en su interior estalló en una estruendosa carcajada.

-Pero... ¿de qué coño se ríe? -preguntó el taxista muy serio.

-Perdone, Charlie, es que... no es personal. -Moore sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos-. Es que le juro que esto es lo más estúpido que me han pedido nunca.

Wilson miró con desprecio al investigador mientras este se iba calmando. Cheney dobló meticulosamente el pañuelo y lo devolvió a su lugar entre los últimos reductos de la risa.

-Espero una explicación -dijo enojado el taxista.

-Mire, Charlie, pasaré por alto el hecho innegable de que usted desconoce si ese tal Sanders se había quedado con la pasta del robo o no. Pero bueno, supongamos que la tuviese. ¿Acaso no ha pensado que la policía ya sabe que Sanders salió de Oldstock y fue al Saratoga Inn? Seguramente a estas horas ya habrán logrado reconstruir toda la vida de ese hombre desde el mismo momento en que salió de prisión y, en caso de que su muerte no fuese accidental, tal vez tengan algún sospechoso.

Wilson se apoyó en el brazo de la butaca y puso voz de locutor de radio.

-Sí, quizás eso sea cierto -dijo-. Pero yo sé algo que la policía no sabe. La clave de todo el misterio.

La cara del taxista se llevó por delante la sonrisa de Cheney como una ola un castillo de arena.

-Si usted acepta el caso se lo contaré -concluyó el taxista.

-Será mejor que largue lo que sabe si quiere que me lo piense.

Wilson recibió el órdago pellizcándose las aletas encarnadas de la nariz.

-Está bien -dijo-. Tiene usted razón cuando afirma que la policía ya sabrá que Sanders fue al Saratoga. Pero antes de que yo lo dejase en el hotel, el tipo me pidió que lo llevase a otro sitio. A una casa que tenía allí mismo, en Santa Teresa. En la avenida Conquistadores 201, para ser exactos.

-¿A una casa que tenía en Conquistadores? No lo entiendo, si Sanders tenía una casa en Santa Teresa, ¿por qué iba a alojarse en el Saratoga Inn?

-Y yo qué sé. ¿No es ese su trabajo, descubrir cosas?

-Bueno -concedió Moore-. Nos habíamos quedado en que fueron a la avenida Conquistadores. ¿Qué hay allí?

-Nada, un edificio de apartamentos. Yo me quedé en el taxi, esperando en la puerta. Sanders subió a uno de los pisos y bajó al cabo de pocos minutos.

El investigador abrió una cesta térmica de plástico azul que tenía bajo el escritorio y sacó una lata de ginger ale Canada Dry. La mostró a Wilson, pero el taxista rechazó el ofrecimiento con la cabeza.

-Eso es interesante y seguramente no lo sabrá la policía -concedió Moore-, pero no creo que dé para mucho.

-Aún no he terminado. Cuando Sanders bajó de aquel apartamento llevaba en la mano algo con lo que no había subido: esto.

Wilson puso sobre el escritorio el bolso de mano de piel negra que había traído consigo. Cheney lo señaló con el mentón pidiendo permiso para examinarlo y el taxista asintió con la cabeza.

Moore abrió la cremallera y miró desde la distancia su contenido. Fue sacando los objetos uno a uno: un encendedor de plástico, una cajetilla de cigarrillos Vantage, un pañuelo limpio y doblado, un bolígrafo, unas gafas de sol de aviador en una funda de tela y una llave. Cheney agitó el bolso bocabajo pero no cayó nada. Se fijó entonces en la fila de artilugios que había sobre su escritorio y se detuvo en la llave.

-¿Qué abre esta llave? -preguntó mostrándosela al taxista.

-No lo sé.

-Es posible que sea la del apartamento de Conquistadores, ¿no lo ha comprobado?

-No.

Moore tiró la llave sobre la mesa y respiró hondo.

-Y ¿por qué tiene usted este bolso? -preguntó.

-Porque Sanders lo dejó olvidado en mi taxi.

-¿Y el resto de su equipaje?

-El resto de su equipaje era una bolsa de deportes con la que salió de Oldstock -explicó Wilson-. La pusimos en el maletero y cuando llegamos al Saratoga Inn la recogió. Después me di cuenta de que se había dejado olvidada esta bolsa de piel.

Cheney bebió un trago largo de ginger ale reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. Se levantó y se colocó detrás de su butaca, con los brazos apoyados en el respaldo.

-No me gusta -dijo Moore.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que parece mucha casualidad que un tipo que sale de la cárcel por cometer un atraco muera al día siguiente ahogado en el mar. Más aún cuando el botín del robo está desaparecido y el resto de la banda no ha sido atrapada. Si no se trató de un accidente y alguien eliminó a Sanders nada más salir de Oldstock, tiene que haber una buena razón.

-Ya se la he dicho yo: tenía escondido el dinero.

-¿Que lo tenía escondido? ¿Y entonces por qué lo mataron?

-Tal vez desveló a sus secuaces dónde estaba la pasta y después...

Cheney agitó la mano espantando una mosca imaginaria.

-Olvidelo, usted no sabe nada. Aquí lo único claro es que posiblemente, en algún lugar, haya una banda de atracadores dispuesta a todo.

El investigador volvió a sentarse en su butaca y dio otro trago a la lata.

-¿Tiene miedo? -preguntó Wilson.

-Llámelo como quiera. Como supongo que sabrá nuestro trabajo consiste en investigar adulterios, fraudes a compañías de seguros, desapariciones y cosas así. Esto que usted me propone es un asunto feo, huele mal y, sí, me da un poco de miedo.

El taxista se levantó y fue guardando los objetos en la bolsa de piel negra donde venían. Una vez hecho, cerró la cremallera y tiró a Cheney la bolsa.

-¿Cuál es su tarifa? -preguntó.

-Cobro por hora o por día, gastos aparte.

-Está bien. ¿Cuánto por día?

-Cien dólares -dijo Moore practicando un repentino aumento a su cifra real.

Wilson metió la mano en el bolsillo y sacó cuatro billetes de cincuenta.

-Tenga, aquí tiene la pasta para dos días de trabajo. Cójala.

El investigador no movió un músculo.

-Vamos, cójala. Ya sé que no es usted ningún héroe, pero tampoco le estoy pidiendo que se meta en la boca del lobo. Haga algunas averiguaciones y vea lo que consigue descubrir. Si la cosa se pone seria contrataré a otro sabueso con algo más que bolsillos debajo de los pantalones.

Cheney recogió los billetes arqueando ligeramente la boca. El taxista sacó del bolsillo la fotocopia de la página del *Times* del año 80 y la dejó sobre el escritorio del investigador. A continuación fue hasta la puerta del despacho para salir. La voz de Moore le detuvo con el picaporte en la mano.

-Oiga, Wilson, ¿por qué hace esto?

Charlie se volvió.

-¿Le gusta su trabajo? -preguntó con una amplia sonrisa-. Sí, estoy seguro de que sí. Pues le diré algo. El mío es una basura. Sueño a diario con la oportunidad que me permita escapar de él y de la vida de mierda que llevo. Y en todos estos años, esto es lo más cerca que he estado. Si el tren ha llegado a la estación, me subiré en él. No le quepa duda.

Cheney Moore colgó el teléfono y, acodado sobre su mesa, se frotó la barbilla considerando lo que aquella mujer acababa de decirle. Finalmente se levantó de un salto, sacó del cajón las llaves del coche y bajó al garaje. Condujo hasta la avenida Central con la Primera Este y aparcó su Pontiac Phoenix a pocos metros de las oficinas centrales de la policía, en el 150 N de la calle Los Ángeles.

Una vez dentro hizo cola en el mostrador de información. Cuando le llegó el turno fue atendido por una agente de color de labios prominentes.

-Me llamo Cheney Moore, soy investigador privado. -Moore puso sobre el mostrador una fotocopia de su licencia-. Querría hablar con algún oficial de policía sobre el asunto de Ralph Sanders, el cadáver encontrado en Santa Teresa.

La mujer echó una ojeada al papel rugoso que tenía enfrente y después examinó el rostro bronceado y con una nube de barba del investigador al que correspondía la licencia. Sin decir nada descolgó un teléfono que tenía junto a ella y marcó un número interno. Cheney no pudo entender lo que hablaba, pero cuando colgó dijo:

-Suba por esas escaleras a la primera planta. Allí le esperará un sargento.

Moore recogió la fotocopia de su licencia y emprendió el camino indicado. Al llegar, un tipo obeso con el pelo muy corto y la placa colgada en la hebilla del cinturón lo saludó, le dio su nombre y le acompañó al interior de una enorme sala. Los dos hombres sortearon varias mesas donde numerosos agentes mecanografiaban o hablaban por teléfono y entraron en un despacho individual. En la puerta Moore vio un tarjetón con el nombre del sargento y su adscripción al Departamento de Homicidios.

-Siéntese, señor...

-Moore.

Cheney le alargó la fotocopia de su licencia, pero el policía hizo un gesto negativo con la cabeza. El investigador sacó entonces una de sus tarjetas de visita y la dejó sobre el escritorio.

-Bien, señor Moore, la agente de recepción me dijo que tenía información sobre el caso de Ralph Sanders...

Cheney se fijó en los pelos que le salían a aquel hombre por el cuello de la camisa como matojos rebeldes. Su respiración, procedente de una boca permanentemente abierta, era pesada y ruidosa. Detrás de aquella mesa, el policía era como un gran oso en su madriguera.

-Bueno, en realidad no es que tenga información -empezó diciendo Cheney algo cohibido por la imponente presencia del sargento-. Un cliente me ha pedido que haga algunas averiguaciones.

-¿Quién lo ha contratado? ¿Un familiar de Sanders, un amigo?

-No. Digamos que un testigo de lo que ocurrió.

-¿Un testigo? Sabe que tiene usted la obligación de facilitarnos toda la información de que disponga.

-No he dicho que tenga ninguna. Pero podría conseguirla. Este es un caso muy extraño, ¿no cree?

-¿Extraño? -El sargento arrugó la cara esforzándose por aparentar sorpresa-. ¿Por qué dice eso?

-Porque si la muerte de Sanders tuvo lugar en Santa Teresa, no hay razón para que su cadáver esté aquí, en Los Ángeles. Eso es extraño.

El policía relajó los músculos del rostro y su expresión de curiosidad se transmutó en desconcierto.

-Antes de venir llamé a la redacción del *Times* -continuó Cheney-. Una periodista me confirmó que Sanders está en la morgue del forense del condado en North Mission Road. Y debe de haber una muy buena razón para que lo hayan traído hasta aquí habiendo forense en Santa Teresa, ¿no es así?

El sargento, repentinamente interesado en su interlocutor, se incorporó y echó un vistazo a la tarjeta de Cheney. La giró pero no vio nada escrito detrás.

-¿Qué tiene para nosotros, Moore? -preguntó dejando la tarjeta sobre la mesa-. Vaya al grano.

-He pensado que tal vez podríamos... colaborar.

-¿Colaborar? -La cara del policía volvió a contraerse en innumerables surcos-. ¿Por qué piensa que necesitamos su ayuda? ¿Qué coño se cree que es esto?

-Mire, sargento. Usted conoce mi negocio. Mi negocio consiste en facturar horas de trabajo. Y para facturarlas necesito algo de información, para que el tipo que me paga se quede contento

y quiera pagar unas cuantas horas más. Si usted...

-¡Ya está bien!

El policía se puso en pie y, pasando junto a Cheney, abrió la puerta del despacho.

-Ya sabe cómo se sale de aquí -dijo con firmeza-. Y procure que no me lo cruce en mi camino.

Moore se levantó y se dispuso a salir.

-Ahí tiene mi teléfono -dijo señalando la tarjeta que había quedado sobre el escritorio-. Gracias por su tiempo.

Por entonces Santa Teresa debía de tener unos ochenta mil habitantes y el centro de la ciudad le resultaba a Cheney muy atractivo, con sus casas blancas, sus parterres en flor, sus paseos bordeados de palmeras, su luminosidad. En la parte norte había barrios de palacetes estilo colonial donde residían las clases más altas y en aquella zona la playa estaba repleta de hoteles de distinta categoría que se iban alternando en la orilla con clubes de pesca y buceo.

Encontrar la avenida de los Conquistadores no fue difícil, pues era una de las tres vías principales de la ciudad. El 201 se encontraba en la parte baja, un barrio donde no había tantas casas elegantes, ni tantos parterres, ni tantos paseos, ni tantas palmeras. Tal y como le dijo el taxista Charlie Wilson, el edificio al que Ralph Sanders había pedido ir antes de dirigirse al hotel Saratoga Inn era un sólido bloque de ladrillo naranja repleto de apartamentos. Moore aparcó el Pontiac a un par de manzanas y caminó distraídamente hacia el portal. Serían las seis y media de la tarde.

Cheney se detuvo ante el portón. Estaba abierto y un portero hispano tocado con un walkman barría la calle mientras canturreaba una canción. Cheney pasó junto a él sin ser molestado y se paró en mitad del vestíbulo. Lo cierto es que no sabía lo que estaba buscando. Junto a las escaleras vio la fila de buzones. Contó veinte, y todos ellos tenían una tira de papel con el apellido del ocupante bajo una placa transparente de plástico. Moore pasó el dedo tratando de encontrar el nombre de Sanders, pero no lo consiguió. Sin embargo, se detuvo en uno de los cajetines. En él, debajo de la placa de plástico había un papel pero ningún nombre, como si el apartamento estuviese vacío. Cheney comprobó todos los cajetines. Era el único buzón sin nombre, y se encontraba entre los pisos 1A y 1C, por lo que concluyó que era el 1B. El investigador subió al primer piso por las escaleras.

La puerta del 1B era idéntica a las otras tres que compartían la planta. Moore se detuvo ante ella, se llevó la mano al bolsillo y sacó la llave que encontró en el bolso de mano de Ralph Sanders. Introdujo la llave en la cerradura y esta penetró con la suavidad de una caricia. Cheney pasó al interior del apartamento y cerró detrás de sí.

El recibidor era estrecho y daba a un salón cuyo diminuto balcón asomaba a la avenida Conquistadores. Moore echó un vistazo a la calle a través de las cortinas y pudo ver al portero moviendo las caderas al son de la música del walkman con la escoba en la mano. En el interior el mobiliario era escaso y funcional. No había televisión, ni libros, ni retratos colgados de las paredes. La cocina era alargada y estrecha. Cheney abrió los cajones y los armarios, pero no vio comida en ninguno de ellos. El frigorífico estaba abierto y desconectado.

El investigador pasó al dormitorio. A través de la ventana se filtraban unos débiles rayos de luz provenientes de un patio interior. La cama tenía un cabecero de madera y sobre el somier había un colchón desnudo. Un viejo armario era lo único que cubría la desnudez de las paredes de aquella habitación. Cheney comprobó que en realidad no cerraba bien. Lo abrió pero no

encontró nada dentro, estaba completamente vacío, con la misma apariencia que todo el resto del apartamento: desangelado e inhóspito.

Moore se sentó en la cama tratando de entender qué significaba todo aquello, y llegó a la conclusión de que definitivamente aquella era la casa de alguien que se había pasado los últimos cuatro años entre rejas, y que después de todo no era raro que Ralph Sanders prefiriese pasar sus primeras horas en libertad en un lujoso hotel que en aquel deprimente apartamento. Sin embargo, aún quedaba por saber qué había venido a hacer el ex recluso a aquel lugar tan poco interesante antes de dirigirse al Saratoga Inn. ¿Acaso encontrarse con alguien?

Harto de no ver nada, el investigador bajó a la calle y buscó al portero hispano. Pero, como si hubiese sido víctima de un oscuro maleficio indio, justo cuando lo buscaba no consiguió encontrarlo.

El hotel Saratoga Inn se había hecho famoso a mediados de los cincuenta cuando rodaron en su piscina algunas escenas de una película de Rock Hudson y Doris Day que hoy casi nadie recuerda ya. El vestíbulo era ancho y estaba completamente rodeado de columnas de capiteles dóricos que le daban un cierto aire de respetabilidad. En verano, cuando se abría el pórtico que daba acceso a la piscina, se colocaban unas mesas para servir refrescos y entonces la recepción del Saratoga parecía convertirse en un templo de la Grecia clásica en el que los camareros circulaban entre los clientes haciendo equilibrio con sus bandejas.

Cheney Moore dio las llaves del Pontiac al aparcacoches y se dirigió directamente al mostrador. Allí un hombre ataviado con una americana repleta de botones dorados le dio la bienvenida.

-Buenas noches, quería hablar con el jefe de recepción.

-Soy yo, señor.

-Vengo a hacerle un par de preguntas sobre Ralph Sanders.

Cheney se abrió la americana para sacar del bolsillo interior la fotocopia de su licencia, pero el jefe de recepción le atajó.

-¿Es usted de la policía? -El empleado miró a su alrededor nerviosamente-. Hablemos allí, en el rincón de la agencia de viajes. Estaremos más tranquilos.

El jefe de recepción salió por una puerta situada tras el mostrador y reapareció a la derecha de Cheney. Se notaba a la legua que pretendía mantener al supuesto policía lo más lejos posible de los clientes, así que lo llevó a una esquina para sentarse con él en unas sillas de mimbre situadas en un estand de Yamato Travel Bureau.

-Ya le dije a los agentes que nuestra actuación en el caso del señor Sanders no fue todo lo eficiente que debió haber sido, pero le aseguro que ya hemos tomado las medidas oportunas.

Cheney quedó algo sorprendido ante aquella confesión inesperada.

-Pretendo revisar nuevamente la historia completa -dijo el investigador tratando de aparentar normalidad-. Desde el principio.

El empleado agitó nerviosamente la cabeza en un gesto afirmativo.

-¿A qué hora llegó Sanders al Saratoga? -preguntó Moore.

-A las 17.45. La hora quedó anotada en el registro.

-¿Tenían habitación disponible para él?

-Sí... en realidad... ejem... el señor Sanders tenía una habitación reservada desde hacía una semana.

-¿Quién había ordenado la reserva?

El jefe de recepción se secó el sudor de la frente con un pañuelo antes de responder.

-El... el propio señor Sanders. Lo hizo telefónicamente.

Cheney entornó los ojos como si no hubiese entendido una palabra de aquello.

-¿No es necesario proporcionar un número de tarjeta de crédito para hacer una reserva? - preguntó.

-Sí.

-Hace una semana Ralph Sanders estaba encerrado en la prisión federal de Oldstock, y a los reclusos no se les permite poseer ni utilizar tarjetas de crédito.

-Sí, sí -dijo temblorosamente el empleado del hotel-. Obviamente alguien se hizo pasar por el señor Sanders y nos proporcionó una tarjeta que no era de él.

-Y ustedes no lo verificaron...

El jefe de recepción aspiró profundamente.

-No. No lo hicimos. El señor... es decir, la persona que llamó aseguró que pagaría en efectivo y le apuntamos la reserva sin hacer averiguaciones. Ya le he dicho que nuestra actuación no...

-Continuemos -interrumpió Moore-. ¿Qué habitación le asignaron a Sanders?

-Una del tercer piso con vistas al océano.

-¿La eligió él?

-No. Es la que teníamos libre de la tarifa que él había encargado.

-¿Qué equipaje llevaba?

Nuevamente, el hombre de la americana de botones de oro falso se secó la frente antes de responder.

-No lo sabemos.

-¿No se fijaron si llevaba maleta?

-No... bueno, sabemos que no le hizo falta la ayuda de ningún botones. Pero ninguno de nosotros recuerda qué equipaje traía Sanders. En todo caso lo subió él solo. Nosotros solo registramos las maletas que quedan en consigna tras el pago de la factura.

-Entiendo... -Moore se acarició el mentón con la vista perdida en una trampa eléctrica para mosquitos-. ¿Podría ver la habitación que ocupó Sanders?

-No, no puede. Sus compañeros ya la registraron y nos dieron permiso para asignarla a otro cliente. Ahora está ocupada.

-Ya veo... Hábleme de las horas que pasó aquí Sanders.

-Fueron muy pocas, unas tres. Como le digo llegó a las 17.45. Estuvo en su habitación todo el tiempo. Encargó un sándwich y una cerveza al servicio de habitaciones, pero que nosotros sepamos no tuvo ninguna visita del exterior.

-¿Recibió alguna llamada?

-Del exterior, no.

-¿Y del interior?

-No... no lo sabemos. Esas llamadas no pasan por centralita, se marca el número directo.

-¿Y no disponen de un listado de las llamadas internas efectuadas entre habitaciones?

-No. La compañía de teléfonos nos ofreció instalar un sistema para guardar un registro de

llamadas internas, pero decidimos no invertir en ello. Al ser gratuitas pensamos que no merecía la pena controlarlas.

El rostro de Cheney Moore reflejó una cierta sorpresa.

-Pero la administración del Saratoga instalará ese sistema de llamadas internas en breve - aseguró el jefe de recepción.

-¿Y qué ocurrió cuando pasaron esas tres horas?

-A las 21 horas yo estaba de turno en el mostrador. Vi al señor Sanders salir del ascensor y dirigirse a la puerta. Allí se reunió con una persona y juntos abandonaron el hotel.

-¿Quién era esa persona? -preguntó el investigador-. ¿Otro huésped del hotel?

-No sabría decirle. Estaba esperándole junto a la puerta, y desde mi puesto no pude verle en ningún momento. Solo sé que llevaba unos pantalones blancos. Eso me llamó la atención. Después de aquello no volvimos a ver al señor Sanders. Lo siguiente fue la llegada de la policía. Nos interrogaron y después subieron a su habitación.

Cheney se levantó de la silla.

-Bueno, supongo que las cámaras de seguridad recogieron el rostro del hombre que se marchó con nuestro amigo. ¿Puedo echar un vistazo a las grabaciones?

El jefe de recepción no se puso en pie.

-No. No va a ser posible.

-¿Por qué?

-Porque aquella noche recibimos un huésped especial y... cada vez que viene tenemos instrucciones de desconectar las cámaras.

Moore se dejó caer abatido en la butaca.

-¿Eso es legal?

El jefe de recepción, sudando a chorros, se encogió de hombros.

Cheney se despertó temprano al día siguiente, se vistió en silencio y condujo el Pontiac hasta la Primera con San Pedro, donde aparcó delante del vado de un taller de carrocería. Bajó del coche y entró en el recinto. Un mecánico bajo y regordete con barba de tres días acudió al encuentro de Moore.

-Hola, Cheney, llegas un poco pronto para la partida, ¿no? -dijo limpiándose las manos con un trapo que llevaba colgando del bolsillo del mono.

-Aunque no lo creas he venido por trabajo. ¿Está Eddie?

-Sí, lavando un coche. Si quieres hablar con él será mejor que lo hagas dentro.

El investigador asintió y pasó al interior del taller. Junto a la pared del fondo vio un Thunderbird verde oliva con las puertas abiertas. Dentro, un hombre negro vestido con un mono azul frotaba enérgicamente el salpicadero con un trapo seco.

-Hola, Eddie.

El mecánico dejó de darle a la gamuza y salió del coche. Era alto, más de metro noventa. Delgado y de rostro anguloso, con orejas de soplillo.

-Señor Moore... ¿en qué puedo ayudarle?

-He venido a charlar un rato. -Cheney se apoyó en la alineadora de ruedas y sacó un paquete de chicles. Ofreció uno a Eddie.

-¿Sobre qué?

-Sobre un tipo que debiste de conocer en la prisión de Oldstock.

Eddie chasqueó la lengua y se puso a sacar brillo a los espejos laterales del Thunderbird.

-Sigo con la condicional, señor Moore. No puedo hablar sobre eso, usted ya lo sabe.

-Sí, y también sé que yo te ayudé a conseguir este empleo. Vamos, Eddie, solo serán un par de preguntas. Nadie sabrá nada.

El chico tiró el trapo sobre el capó y se rascó la nuca.

-Está bien. ¿Quién le interesa?

-Ralph Sanders.

Eddie frunció el ceño.

-¿Ese no es blanco? -preguntó.

-Sí, es blanco.

-Ya. -El ex recluso se sacó un pañuelo del bolsillo del mono y se limpió la nariz-. No sé nada sobre él. En Oldstock nosotros no nos mezclamos con los blancos.

-Sí, eso ya lo sé. Pero quizá sepas quién puede ayudarme.

-Sanders... cuando yo entré él ya estaba allí. Por robo, creo.

-Atraco a un banco.

-Sí. Era su primera condena. Pero aquello fue... en el 78, ¿no?

-En el 80. Le cayeron cinco años.

-Ya han pasado cuatro. Debe de estar en la calle desde hace tiempo.

Cheney empezó a impacientarse.

-No, salió hace poco. Se negó a colaborar con la justicia y tardaron en darle la condicional. Oye, Eddie, no me estás contando nada.

-Espere, estoy tratando de recordar. A ver, si no me equivoco, ese Sanders compartió celda durante un tiempo, por el tema del suicidio.

-¿Quieres decir que le pusieron en una celda doble con un compañero para que lo vigilara?

-Sí, lo suelen hacer con la gente que encierran por primera vez con condenas de varios años.

-¿Quién estuvo con Sanders?

Eddie cerró la puerta del Thunderbird y se apoyó en él.

-Pues tuvo que ser alguien que cumpliera perpetua, suelen poner a los de la perpetua a vigilar a otros. Y además blanco... no sé... si tuviese que apostar juraría que fue el Dedos.

-¿El Dedos? ¿Ese quién es?

-Pues un tío que estaba en Oldstock. Se llama Floyd, pero no sé cuál es su apellido. Todos lo llaman el Dedos, hasta los guardias. Él le podrá ayudar.

Cheney se puso a pasear por delante del Thunderbird.

-Pero... un momento -dijo el investigador-. Si ese tal Dedos cumple perpetua, seguirá allí, en Oldstock.

-Exacto. Si quiere usted charlar con él, antes tendrá que conseguir que el Dedos le ponga en su lista de visitas.

Moore resopló desalentado.

Cheney condujo su Pontiac Phoenix hacia el centro de oficinas donde tenía su despacho. Al acceder al garaje vio por el retrovisor cómo un vehículo que estaba estacionado junto a la puerta entraba detrás de él. El investigador privado aparcó su Pontiac y, al bajar de él, dos hombres de

paisano le abordaron.

-Vamos, Moore. Suba a nuestro coche.

-¿Quiénes son ustedes?

Uno de los dos tipos se abrió la chaqueta. Junto a la cartuchera llevaba colgada la placa de detective de la policía de Los Ángeles.

-¿Policías? ¿Estoy detenido? -preguntó Cheney.

-No, no lo está. Pero si lo desea podemos detenerlo. Aunque en ese caso traeremos un par de coches patrulla para que todo el vecindario vea cómo nos lo llevamos esposado. ¿Le apetece?

-No. Me gusta pasar desapercibido.

El investigador subió al coche. Los dos detectives se sentaron delante y condujeron hacia la sede del Departamento de Policía de Los Ángeles que Moore había visitado el día anterior. Una vez allí fue llevado en volandas al despacho del sargento de Homicidios. El policía despidió a sus dos compañeros y cerró la puerta de su minúscula oficina.

-Moore, ¿recuerda lo que le dije ayer cuando salió de aquí? -preguntó mientras ocupaba su silla giratoria.

-Sí. Algo así como que no me cruzase en su camino.

-Efectivamente. Y eso es justo lo que ha hecho.

-No sé...

El policía dio un fuerte puñetazo a la mesa. Moore vio cómo los pelos que le salían por el cuello de la camisa se erizaban como si el tipo hubiese tocado un cable de alta tensión.

-¡Estuvo en el Saratoga Inn haciéndose pasar por policía! -aulló el sargento.

-Eso es falso.

-¡Cómo que es falso! ¡Usted dijo que trabajaba para la policía!

-Yo no dije eso. Lo dijo el tipo de recepción.

El sargento apuntó con el índice a Cheney.

-No me toque los cojones, Moore. Usted no es Philip Marlowe y esto no es ninguna puta película. Puedo meterle ahora mismo en el calabozo y usted lo sabe.

El investigador soltó un prolongado chorro de aire por la nariz.

-Escuche, sargento, le aseguro que no pretendo causar ningún problema -dijo con tono conciliador-. Solo necesito tener alguna cosa que contar al cliente que me pagó por averiguar algo sobre Sanders.

-¿Quién le contrató y para qué?

-Vamos, sargento, ya sabe que no puedo decirle eso.

-¿Y usted cree que yo puedo revelarles datos de la investigación?

-No, ya sé que no puede. Por eso ayer yo sugerí... bueno, que tal vez si usted es flexible con lo suyo yo también podría decirle cosas que no debo. ¿Me sigue?

El policía se reclinó sobre el respaldo más relajado.

-Sí, creo que sí le entiendo, Moore.

De camino a la morgue Cheney pensó que el Departamento de Policía de Los Ángeles debía de estar totalmente a oscuras en el caso Sanders para aceptar una propuesta de colaboración tan irregular como la suya. La duda le persiguió durante el examen del cadáver que realizó en compañía del forense y el sargento, pero aquellas preguntas parecieron difuminarse de repente.

cuando el policía admitió que las fracturas que mostraba Sanders habían sido ocasionadas post mortem al ser arrojado por un acantilado.

-Está bien, Moore -dijo el sargento-. Ahora ha llegado su turno. ¿Qué demonios tiene usted que ver con todo esto?

Cheney esperó que el doctor saliese de la sala. Cuando hubo cerrado la puerta se dirigió al sargento:

-¿Un acantilado? ¿Tiraron el cadáver por un acantilado?

-Sí. La marea devolvió el cuerpo a la orilla horas después.

-Pero ¿tiene esto algo que ver con el asesino del...?

-No. No tiene nada que ver. Salgamos de aquí.

El sargento bajó con Moore hasta el aparcamiento donde le esperaba el agente que conducía el coche patrulla. Regresaron a la sede de la policía en completo silencio. Desde el asiento de atrás Cheney trató de recordar el caso del asesino del acantilado.

Se trató de un asesino en serie que actuó entre los años 74 y 77, aunque quizás empezase sus crímenes antes, ya que en ocasiones estos criminales modifican su modus operandi hasta que se asientan en un determinado ritual.

El asesino del acantilado atacaba a sus víctimas de noche. No distinguía por sexo, ni por edad, si bien a las horas en las que actuaba solía cazar gente joven. No robaba ni violaba. Tampoco mordía, ni arañaba, ni dejaba extrañas marcas en los cadáveres. Simplemente acuchillaba y golpeaba brutalmente a la víctima para posteriormente arrojarla por algún acantilado. Se le atribuyeron seis víctimas, si bien el número exacto no se conoció nunca, pues es posible que alguna hubiese quedado sepultada para siempre en el océano o perdida entre las rocas al fondo de un acantilado inaccesible. Nunca se llegó a detener al culpable. Inesperadamente, a principios de 1977 dejó de matar.

Esto tampoco es extraño. A veces los asesinos en serie mueren antes de que los atrapen, o son detenidos por otros delitos y pasan largas temporadas en la cárcel. O simplemente dejan de matar porque su perturbada mente les dispone que hagan otra cosa.

El caso es que el asesino del acantilado pasó de ser el más temido criminal de California al olvido, sin paradas intermedias. Pero ahora que el sargento de policía había desvelado a Cheney que el cuerpo de Ralph Sanders presentaba signos de haber sido arrojado por un acantilado, el caso volvía a reactivarse, al menos en la cabeza de Moore. Después de todo tampoco es algo inusual que un asesino en serie que lleva inactivo algún tiempo retome su perversa actividad.

Sentado en el asiento de atrás de aquel coche de policía, Cheney Moore pensó que aquel caso podría darle fama mundial como ocurrió con otros investigadores que siguieron la pista de asesinos en serie mucho menos sanguinarios que el del acantilado.

Llegados al ala del edificio del Departamento de Policía de Los Ángeles donde tenía su oficina, el sargento pasó de largo su despacho y se detuvo junto a Cheney dos puertas más allá. El sargento pasó sin llamar.

-Teniente, este es el investigador privado del que le hablé.

Un policía flaco y con enormes gafas de concha negra sentado al otro lado de su escritorio dejó la pluma con la que estaba escribiendo y dio la bienvenida a sus visitantes señalando las butacas que había frente a él.

-¿Es usted Cheney Moore? -preguntó el teniente.

-Sí.

El teniente se dirigió al sargento.

-¿Ha visto el cadáver? -preguntó.

El sargento asintió sin decir nada.

-Escuche, teniente, es posible que esa muerte sea obra del asesino del acantilado -dijo Cheney-. Yo creo que deberíamos...

-Usted no cree nada -interrumpió el teniente-. El hombre a quien menciona desapareció hace siete años y no hay absolutamente ningún indicio que nos lleve a pensar que el homicidio de Ralph Sanders tenga algo que ver con él.

-Pero es evidente que las heridas...

-No es evidente nada. No hay ninguna prueba.

-Es un asesino en serie...

-En Los Ángeles no hay ningún asesino en serie -zanjó el policía señalando con el dedo a Moore-. Ninguno.

-Pero...

El teniente se echó atrás unos centímetros en su silla de ruedines y cruzó sus pequeñas piernas.

-Moore, Moore... vamos, no sea ingenuo -dijo desde detrás de sus enormes gafas-. ¿Acaso no sabe lo que ocurrirá en esta ciudad este verano?

-Sí. Supongo que se refiere a los Juegos Olímpicos.

-Exacto, las Olimpiadas. Y es normal que haya chiflados que intenten llamar la atención. De aquí a julio aparecerá Jack el Destripador, el tío que mató a Kennedy y hasta la reencarnación de Jesucristo. No podemos dejarnos llevar por esos locos. Joder, ¿sabe usted cuántas llamadas recibimos al día de trastornados que se acusan de las mayores tonterías?

-Lo que es innegable es que Sanders está en la morgue porque alguien lo apuñaló y lo arrojó por un acantilado.

-Sí. Pero eso es un hecho aislado, y como tal lo trataremos. Mire, el tipo había salido de la cárcel después de haber participado en el atraco a un banco. Seguramente había gente ahí fuera deseosa de ponerle las manos encima.

-Además, en la cárcel no se hacen buenos amigos -añadió el sargento.

Cheney fue a replicar, pero el teniente le hizo un gesto para que se abstuviese de hablar.

-Está bien, Moore. Ya se ha divertido bastante. Si no estoy equivocado usted le dijo al sargento que disponía de información que podría sernos de utilidad. Así que empiece por decirnos quién demonios le contrató.

Cheney valoró sus opciones. Si tomaba el pelo a la policía posiblemente lo denunciasen por obstrucción a la justicia. Eso suponía un par de días en el calabozo hasta que se fijase la fianza, y para cuando saliese el juicio posiblemente ya habría engatusado al fiscal para que retirase la acusación. Se dijo que merecía la pena intentarlo.

-Bueno, mire, en realidad no hay cliente -dijo el investigador con voz afligida-. Leí que Sanders había sido condenado por robo y que el botín no había sido recuperado, así que a lo mejor lo tenía oculto en algún sitio. Decidí husmear por mi cuenta.

Los dos policías se miraron extrañados. El gesto del teniente se endureció, y cuando habló lo hizo con desprecio:

-Escuche, imbécil, ¿con quién se cree que está hablando? ¿Con dos disminuidos? O me dice ahora mismo quién le contrató o haré que le retiren la licencia. Ya sabe que puedo hacerlo.

«Oh, oh», pensó Cheney. Esto no lo había previsto. Si en lugar de denunciarle por lo penal el teniente optaba por ir a la vía administrativa y presentar una queja ante la Oficina de Servicios de Seguridad e Investigación por uso inadecuado de la licencia, lo primero que harían esos oficinistas aburridos sería suspenderle cautelarmente del ejercicio de la profesión. Y muy poco después se celebraría la vista en la Oficina, que lo más seguro es que terminase con la retirada definitiva de la licencia de Cheney.

Malo.

-De acuerdo, usted gana -dijo Moore-. Dijo que se llamaba Charlie Wilson, aunque es probable que ese nombre sea falso. Tan falso como la historia que me contó.

-¿Qué historia?

-Precisamente lo que le acabo de decir. Que quería investigar a Sanders para descubrir dónde tenía escondido el dinero del robo.

-¿Y usted le aceptó el caso? -preguntó el sargento.

-Oiga, me dio doscientos pavos para que moviese mi trasero durante dos días. No sé usted, pero yo a eso lo llamo «trabajo».

-¿Dónde vive ese Wilson? -preguntó el teniente recogiendo la estilográfica de la mesa.

-No me lo dijo. Quedamos en que nos veríamos hoy o mañana en mi oficina.

-Quizá fuese uno de los atracadores que dio el golpe con Sanders -sugirió el sargento.

-¿Atracador? -dijo Cheney-. Ni pensarlo. Más bien lo contrario. Ese tipo tenía pinta de atracado. Wilson debía de ser uno de esos chalados que según ustedes buscan notoriedad.

-Está bien -dijo el teniente-. Cuando vuelva a verlo consiga una dirección e iremos a hacerle una visita. Ahora dígame qué ha conseguido averiguar hasta ahora.

-He sabido que Sanders estuvo encerrado en compañía de otro recluso durante los primeros meses que pasó en Oldstock. Un tipo llamado Floyd al que apodan el Dedos.

El teniente hizo una señal al sargento, que salió del despacho sin decir nada.

-¿Quién es ese Dedos?

-Por lo visto alguien que cumple perpetua. Quería hablar con él, pero para ello necesitaría que el tipo me pusiese en su lista de visitas.

El sargento entró nuevamente en el despacho llevando una carpeta debajo del brazo. Se sentó y revolvió en su interior. Extrajo un papel, lo examinó y lo acercó al teniente.

-Creo que debe de ser este -dijo.

El teniente echó un vistazo al documento.

-Sí, en el dossier penitenciario de Oldstock figura un compañero de celda de Sanders que responde a ese nombre.

-Ustedes podrían ir a verle en visita oficial -dijo Cheney.

-Bah, si llamamos a ese Dedos a una reunión con nosotros no nos dirá nada -dijo el sargento-. Lo último que quieren los reclusos es que los demás los tomen por chivatos.

-Sí, pero podríamos hacer que fuese él -sugirió el teniente señalando a Cheney.

-¿Yo?

-Sí, usted. -El teniente se dirigió a su compañero-. Le conseguiremos una visita normal en la

sala comunitaria como si estuviese en su lista. Los otros presos pensarán que se trata de un familiar y quizá nuestro amigo Moore le saque algo de información.

-¿Pueden ustedes meterme en su lista de visitas? -preguntó el investigador volviéndose al sargento.

-Sí. Pero será mejor que se prepare bien lo que le va a decir al Dedos. No le va a poder ofrecer nada a cambio de su ayuda.

Cheney regresó a su despacho a última hora de la tarde llevando bajo el brazo un paquete de fotocopias de periódicos que había hecho en la biblioteca central de la calle Flower. Cerró la puerta de un puntapié, se sentó en su butaca, encendió la luz de la lámpara de mesa y empezó a leer unos recortes del año 77 sobre las investigaciones que las autoridades llevaron a cabo acerca del último caso del denominado «asesino del acantilado».

La víctima era una joven de diecisiete años llamada Dorothy Lemoire. Al contrario que las otras víctimas, Dorothy pertenecía a una familia de la clase alta. El apellido Lemoire no le era desconocido a Cheney. Los Lemoire eran los propietarios de una de las principales compañías pesqueras de Los Ángeles desde los tiempos de la Gran Guerra. El abuelo de Dorothy había fundado el negocio con sus hermanos y en la actualidad era el padre de la chica, Auguste, quien llevaba las riendas de la empresa.

Desde hacía tiempo, por la ciudad circulaba el rumor de que Auguste Lemoire tenía conexiones mafiosas, pero nunca se presentó ningún cargo contra él. En todo caso, era un tipo muy peligroso.

El ejemplar del *Times* de aquel mes de febrero de 1977 cuya fotocopia sostenía Moore mostraba el rostro sombrío de un Auguste Lemoire medio oculto detrás de su abogado y portavoz de la familia. Lemoire anunciaba que daría medio millón de dólares de recompensa a cualquiera que facilitase información suficiente para detener al asesino de su hija. Cheney alzó la vista. Con el pulso tan acelerado como el del boxeador que oye sonar el gong desde su esquina, Moore se preguntó si aquella oferta de recompensa seguiría en vigor.

En los días siguientes los periódicos añadieron algunos datos más sobre aquella muerte. El ritual había sido parecido. La chica salió de su casa y nunca regresó. En algún momento se cruzó con el asesino en serie, quien la golpeó, la acuchilló y la arrojó al océano por un acantilado próximo a Los Ángeles. Al día siguiente el mar había escupido el cadáver a la playa, posiblemente avergonzado por retener en su interior la prueba de aquel funesto crimen.

Cheney Moore llegó a la última fotocopia del paquete y se extrañó al comprobar que no era una de las que él había hecho esa tarde en la biblioteca. Sin embargo, reconoció aquel papel al instante: era la hoja del *Times* que había traído Charlie Wilson correspondiente al ejemplar de 1980 en el que se hablaba de la condena a Ralph Sanders por atraco. Cheney sacó unas tijeras del cajón y recortó la fotografía de Sanders. Mientras lo hacía, un ruido extraño lo interrumpió. El investigador levantó vista y vio ante él la figura desgarbada de Charlie Wilson.

-Charlie, no le he oído entrar.

-Sí, soy muy silencioso.

El taxista de Santa Teresa se sentó frente al investigador y sacó un paquete de Camel.

-¿No fuma usted, Moore? -preguntó mientras encendía un cigarrillo.

-No. Prefiero mascar chicle. -Cheney hizo una pompa que estalló ruidosamente entre los dientes.

-Vaya, pues en las películas todos ustedes fuman, ¿no?

-Sí. A veces me pregunto si he elegido bien mi profesión. Lo del chicle no ayuda a que me tomen en serio, y de hecho en ocasiones soy presa de clientes chalados que me toman el pelo.

-¿Sus clientes paranoicos le suelen pagar doscientos pavos por adelantado?

-No todos.

-Bueno, pues aquí hay uno que lo ha hecho. Así que ya me está contando qué ha averiguado.

Cheney guardó las tijeras en el cajón y sacó de él un cuaderno de bolsillo enteramente en blanco. Volvió a reclinarsse, se aclaró la voz e hizo como si leyerá unas notas.

-Veamos, Sanders pasó tres horas en el Saratoga Inn. Pidió la cena en su habitación y a las nueve de la noche salió del hotel en compañía de un individuo no identificado. Lo siguiente fue el descubrimiento de su cadáver. -Moore cerró la libreta-. Y eso es todo.

Wilson abrió los ojos de par en par y se quitó el cigarrillo de los labios con un movimiento brusco.

-¿Cómo que eso es todo? ¿Esa mierda es lo que ha averiguado en dos días de trabajo?

-He sabido algunas cosas más, pero nada interesante. Aunque no me crea me he jugado la licencia para conseguir esa información que le acabo de proporcionar.

-¿Me toma el pelo?

-Oiga, Charlie, el caso Sanders es una investigación criminal. ¿Se piensa que la policía deja a cualquiera que meta sus narices en ello? Bastante me ha costado mantenerle a usted fuera del radar.

-¿Y el dinero? ¿Qué sabe del dinero del atraco?

Cheney negó con la cabeza.

-Nada. No hay dinero.

Wilson se levantó.

-Será cabrón -dijo levantándose-. Es usted un maldito estafador.

-Oiga, cálmese o...

El investigador no llegó a terminar la frase. Del bolsillo de la chaqueta de Charlie emergió una pistola Smith & Wesson modelo 39 de 9 milímetros. Moore levantó los brazos sin rechistar.

-Escuche, amigo -dijo lentamente el taxista de Santa Teresa-, me debe doscientos pavos o dos días de trabajo. Usted elige.

-No le debo nada. Creo que he trabajado.

-Ha trabajado mal. Le contraté para buscar el dinero, no para resolver un puto crimen.

Cheney pensó unos segundos. Si hubiese acudido alguna vez a una escuela para investigadores privados, seguro que le habrían dicho que no es una buena idea contradecir a un tipo que te apunta con una pistola. Sobre todo si parece que no está acostumbrado a usarla.

-Está bien. Dedicaré otros dos días a su asunto.

-Así me gusta.

Wilson guardó el arma y se dirigió a la puerta.

-Nos veremos pasado mañana. Espero que haga su maldito trabajo.

El taxista de Santa Teresa salió al pasillo. Cheney se levantó y fue hasta la puerta para asomarse con cautela. Por la derecha vio a Wilson subiendo al ascensor. Moore fue a la izquierda y llegó al final del pasillo. Abrió un amplio ventanal que daba a la escalera de incendios y

descendió por ella a toda velocidad. Saltó a la acera en la calle perpendicular a la entrada de su oficina antes de que por ella saliese Charlie, y se dispuso a seguirle. Wilson caminó unos metros y se detuvo junto a un Ford Fairmont de color burdeos mientras rebuscaba algo en su bolsillo. Moore supo que de ahí saldría la llave del coche, así que paró un taxi.

-¿Adónde vamos?

-¿Ve ese Fairmont que acaba de incorporarse a la circulación?

-No me diga que tengo que seguirlo.

-No se lo digo yo, se lo dice el presidente Jackson -dijo Cheney poniéndole un billete de veinte dólares al taxista en el reposabrazos.

El taxi se mantuvo pegado al Ford de Wilson durante el trayecto que duró su viaje. Charlie atravesó Huntington Park y giró a la derecha hacia Inglewood. Finalmente se detuvo en un discreto hotel próximo al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. El taxi se detuvo al otro lado de la calle y, a través de la ventanilla, Cheney vio a Wilson entrando en la recepción.

-¿Se queda aquí, amigo? -preguntó el taxista volviéndose hacia Moore.

-No. Ya he visto lo que quería. Lléveme de vuelta al lugar de donde partimos.

A las ocho de la mañana del día siguiente el timbrado del teléfono despertó a Cheney Moore.

-¿Oiga? ¿Me oye, Moore?

Cheney reconoció la voz cavernosa del sargento de Homicidios.

-Sí, aquí Moore.

-Tiene una cita hoy en la prisión de Oldstock con Floyd el Dedos. A las 12.

-¿Me acompañarán ustedes a la prisión?

-No. Conviene que no le vean con nosotros, ni siquiera en la calle. Vaya solo y sea puntual.

El investigador colgó el auricular y fue al baño a arreglarse. Se echó las llaves del Pontiac al bolsillo, recogió el coche y emprendió el viaje a Santa Teresa por segunda vez en dos días.

De camino, Cheney fue repitiéndose en voz alta lo que le diría a Floyd el Dedos para que se le soltara la lengua. Cambió la historia varias veces, tratando de encontrar algo que justificase su presencia en la lista de visitas del Dedos sin que la policía hubiese tenido nada que ver. Pero no encontró nada, y cuando el investigador privado cerraba la puerta del coche en el aparcamiento de visitantes de Oldstock, aún no tenía claro qué le iba a contar a aquel recluso.

Moore pasó por el detector de metales y dejó que un fornido agente de color le cachease a conciencia. A continuación firmó en el registro de entrada y se unió a unas mujeres, algunas con niños pequeños, que iban a ser conducidas a la sala de visitas.

Al llegar a ella se encontró en una estancia amplia que parecía un comedor universitario. El centro de la misma estaba recorrido por varias mesas alargadas de color blanco y sillas de plástico. En una de las paredes había varias máquinas expendedoras de café, refrescos, agua y bolsas de comestibles. Justo enfrente un ventanal cerrado pero sin barrotes permitía ver uno de los patios de la cárcel. Al otro lado de la puerta por la que entraron las visitas había otra, esta metálica, por donde Cheney supuso que pasarían los reclusos. Dos guardias estaban sentados frente al ventanal en unas sillas situadas sobre una tarima de manera que pudiesen observar la escena desde una pequeña altura.

Cheney se sentó en un extremo de una de las mesas, aislado del resto de visitas. La puerta metálica se abrió y empezaron a aparecer presos vestidos con un pantalón azul oscuro y un jersey de manga larga de color gris. Todos ellos fueron recibidos por sus visitas, algunos con abrazos y

besos apasionados, otros de manera más fría.

Uno de los reclusos se detuvo junto a la puerta con el desconcierto reflejado en su rostro. Era enjuto, casi raquítico, con una enorme nuez que le sobresalía del cuello del jersey. El hombre miraba a su alrededor confuso levantando la barbilla mal afeitada y unas pobladas cejas que le surcaban la frente agrietada. El preso se rascó la sien y Cheney vio que le faltaba el dedo meñique. El investigador se puso en pie y le hizo un gesto para que se acercara. El preso fue hasta él con un cierto aire altanero. Moore se temió lo peor.

-¿Quién es usted? ¿Le conozco?

-No -dijo Moore-. No me conoces. Siéntate.

El recluso lo miró con desprecio.

-Que le jodan -dijo-. No pienso sentarme. Me vuelvo a mi celda.

El Dedos se giró y se dispuso a marcharse por donde había venido. Al ver cómo le despreciaba aquel insignificante presidiario, Cheney sintió que estallaba de repente toda la frustración que llevaba dentro desde hacía un par de días.

-He dicho que te sientes, pedazo de gilipollas -dijo poniéndose delante del preso.

El tono en que pronunció aquellas palabras casi en un susurro le sorprendió hasta a él. El Dedos debió de percibir algo extraño en el fulgor que atravesaban los ojos de aquel desconocido y obedeció en silencio.

-¿Cómo ha conseguido esta visita? -preguntó Floyd-. Usted no es policía.

-No soy policía -Cheney se sentó frente a él-, pero da igual. Aquí yo hago las preguntas. He venido a hablar de Ralph Sanders.

El Dedos miró furtivamente a su alrededor. Después se incorporó hacia delante y habló en voz baja:

-Ha sido la Familia, ¿verdad? Han sido ellos los que te han metido en mi lista de visitas. ¿Es así? ¿Te mandan ellos?

Moore entendió aquellas palabras. Floyd se estaba refiriendo a la mafia italiana del sur de California, que desde principios de siglo se denominaba a sí misma «la Familia». Aquel era uno de los grupos más temidos del crimen organizado en el oeste y el investigador vio su oportunidad.

-¿Por qué no lo gritas un poco más fuerte? Creo que ellos aún no se han enterado -dijo Cheney señalando con el mentón a los guardias situados sobre la tarima.

El Dedos se volvió discretamente hacia los carceleros.

-No... no me han oído.

-Mejor. Ahora cierra el pico y habla solo cuando te pregunte. Te he dicho que he venido a que me cuentes todo lo que sepas sobre un tipo que cumplió condena aquí hasta hace unos días. Ralph Sanders. Sé que lo conoces.

-Sí. Ralph salió de aquí hace poco. ¿Lo has visto? ¿Cómo está?

-Regular. Bueno, mal. Ha muerto.

El Dedos entreabrió la boca ante aquella noticia inesperada, pero Cheney no le dio opción a que hiciese más preguntas:

-Sé que lo conociste aquí -dijo.

-Sí. Compartimos la celda durante unos días, nada más entrar él en Oldstock. A principios del 80. Pero fue muy poco tiempo.

-¿Por qué poco tiempo?

-Porque era evidente que no había riesgo de suicidio. Sanders ya había estado antes en la cárcel.

Cheney echó hacia atrás la cabeza como encajando un golpe inesperado.

-¿Sanders tenía antecedentes penales?

-No, no es eso. Ralph estuvo en prisión, pero no aquí en Estados Unidos, sino en Vietnam. Fue prisionero de guerra de los vietnamitas. Lo soltaron cuando terminó la guerra y entonces volvió a casa.

Moore hizo una pausa rumiando aquella información.

-¿Sabes por qué cumplía condena Sanders? -preguntó.

-Claro, lo sabía todo el mundo. Por un atraco al banco donde trabajaba.

-¿Habló él de ello aquí dentro?

-Muy poco -dijo el Dedos torciendo los labios-. Siempre dijo que era inocente.

-Entonces no mencionó nunca el dinero...

El recluso negó con la cabeza.

-Bueno, ¿y qué más puedes decirme de su paso por Oldstock?

-No sé, poca cosa. Ralph no llamó la atención. Al poco de llegar aquí tuvo suerte y un guardia le hizo porteador, pero aquello le duró poco.

-¿Porteador? ¿Qué es eso?

-Un porteador es un recluso que tiene la confianza de un guardia, y entonces ese guardia lo utiliza para hacer determinados servicios. Por ejemplo, llevar mensajes, ir a recoger material, limpiar... no sé, cosas.

-¿Y qué ventajas tiene ser porteador?

-Muchas. Por ejemplo, puedes darte una ducha extra a solas por las tardes. O, simplemente, dar una vuelta fuera de la celda. -El Dedos debió de ver la cara de incredulidad de Moore-. Quizá te parezca ridículo, pero cuando estás aquí dentro esos pequeños privilegios son importantes.

-Ya. ¿Y por qué le duró poco a Sanders lo de ser porteador?

-Porque aquel guardia se marchó al poco tiempo de Oldstock. Es normal, a los carceleros los cambian a menudo de prisión.

-¿Recuerdas cómo se llamaba ese guardia? -preguntó Cheney.

-Sí... el apellido era... Madison.

-Madison. ¿Y su nombre de pila?

-Y yo qué sé. En la placa que llevan en el pecho solo pone el apellido.

Cheney se reclinó sobre el respaldo y cruzó las piernas. A su alrededor pasaron correteando dos niños pequeños perseguidos por su padre vestido con las ropas de presidiario.

-Joder, me resulta raro estar hablado de Ralph sabiendo que ha muerto -dijo el Dedos-. Pobre hombre. La última vez que charlé con él fue el día antes de que lo soltasen. Aquella mañana me llevaron al juzgado a declarar como testigo en un caso y en el tribunal vi al ayudante del fiscal del distrito. Le di a Ralph recuerdos suyos.

Cheney dio un respingo.

-¿El ayudante del fiscal del distrito te dio recuerdos para Sanders?

-Sí. Aquel tipo fue su abogado. Se metió en la fiscalía después, cuando Ralph ya estaba en

Oldstock.

Moore se frotó la barbilla, pensativo.

-No sé de qué te extrañas -dijo Floyd-. Todos los fiscales son abogados antes de meterse al ministerio público.

-Sí, eso ya lo sé. Pero ese tipo debía de ser un abogado muy caro, ¿no?

-Ralph era empleado de banca... Seguro que se lo podía permitir.

-¿Y dices que no se metió en ningún lío estando aquí?

-Qué va. -El Dedos agitó la mano desdeñando la pregunta-. Ralph estaba siempre con los blancos. Fue un buen chico.

Los guardias que vigilaban desde la tarima se levantaron para llamar la atención a un preso y su novia que estaban metiéndose mano detrás de las máquinas expendedoras.

-Oye, ¿tienes unos centavos para una Pepsi? -preguntó Floyd.

Cheney se llevó la mano al bolsillo y tiró un par de monedas sobre la mesa.

-Toma -dijo-. Yo ya me marchó. Bébetela a la salud de Sanders.

-Eso haré.

Moore se fue a levantar. Antes de hacerlo hizo una última pregunta:

-Espera, Floyd. ¿En algún momento Sanders mencionó algo sobre el asesino del acantilado?

-¿Te refieres al asesino en serie de hace unos años?

-Sí, ese.

-No, nunca. Jamás habló de eso. ¿Por qué lo preg...?

El investigador se levantó y abandonó la sala de visitas dejando al Dedos con la palabra en la boca.

Cheney Moore recogió el Pontiac en el aparcamiento de Oldstock y fue derecho a un bar situado junto a una gasolinera en la entrada de Santa Teresa. Pidió una cerveza, un filete y una ensalada de col. Cuando la camarera se hubo marchado, buscó el teléfono público y lo encontró al final de la barra. Fue hasta él y abrió el listín telefónico de Santa Teresa.

Buscó el apellido Madison y encontró tres abonados. No eran muchos para ser Santa Teresa, aunque en Los Ángeles debería haber decenas de ellos. Si el antiguo guardia de prisiones se había trasladado a Los Ángeles o a alguna otra gran ciudad sería imposible localizarlo. De todas formas había que probar suerte.

Cheney llamó al primero de la lista. Era un militar jubilado medio sordo que dijo no tener hijos. El segundo no respondió. Cuando Moore preguntó al tercero si había sido guardia en el penal de Oldstock, el individuo colgó pensando que Cheney estaba de broma.

El investigador regresó a su mesa para dar buena cuenta de su almuerzo. Pagó y volvió a Los Ángeles.

De camino pensó acerca de lo que había hablado con el Dedos. Había tenido suerte al ser tomado por un miembro de la mafia italiana de California, pues si se hubiese identificado como detective privado el recluso no habría respondido a ninguna de sus preguntas. Sin embargo, la cuestión a la que Cheney no conseguía dar respuesta era por qué Floyd había supuesto que él pertenecía a la Familia. ¿Acaso había alguna conexión entre Ralph Sanders y el crimen organizado? ¿O quizá se debió simplemente a la extrañeza de Floyd de ver cómo un extraño que no estaba en su lista de visitantes hubiese podido abrirse paso en Oldstock? Cheney reflexionó sobre ello durante el viaje, pero no pudo llegar a ninguna conclusión. Aunque lo que estaba claro

era que si durante su encierro en Oldstock, Ralph Sanders había tenido contactos con miembros de la mafia encerrados allí, aquello era algo que seguramente ni siquiera la policía podría llegar a averiguar. Después de todo, el Dedos había dicho que Sanders siempre estaba en compañía de «los blancos», y los miembros de la Familia eran todos blancos de ascendencia italiana.

El Pontiac entró en Los Ángeles. Mientras conducía entre los tonos anaranjados del cielo de la tarde, Moore se preguntó qué parte de lo hablado con el Dedos podría compartir con la policía. Después de mucho pensar, decidió que no les diría nada. Y, para empezar, lo mejor sería no dejarse ver por su oficina ni por su apartamento, pues eran los lugares donde el sargento podía localizarlo con más facilidad. De hecho, les había llevado muy poco dar con el número de teléfono de su domicilio.

Cheney se dirigió hacia West Temple y aparcó a pocos metros de la sede de la fiscalía. Entró en el edificio y fue al mostrador de recepción.

-Buenas tardes, querría ver al ayudante del fiscal del distrito.

El investigador mostró la fotocopia de su licencia a una mujer de unos cincuenta años con profundas ojeras y enormes pendientes de aro. Ella leyó el nombre del titular de la licencia y se le quedó mirando con indiferencia.

-¿Tiene cita, señor Moore?

-No. Pero confío en que el ayudante del fiscal pueda recibirme.

-Lo veo complicado.

-Dígale que vengo de parte de Ralph Sanders.

La empleada descolgó el teléfono y se giró para evitar que Cheney escuchase la conversación. Moore se acodó en el mueble y se dio la vuelta. Junto a la puerta vio a un policía de Los Ángeles charlando con un guardia de seguridad de la compañía Lion Security que estaba pasando el trapo a un detector de metales situado junto a la puerta.

-El ayudante del fiscal le atenderá -dijo la mujer colgando el teléfono-. Segundo piso, pasillo de la derecha, puerta del fondo.

Cheney recogió su fotocopia y guiñó un ojo a la empleada, quien le miró perdonándole la vida. Al llegar a la planta indicada, una secretaria morena y de extrema delgadez lo recibió junto al despacho de su jefe.

-¿Señor Moore? Sígame, por favor.

Atravesaron un antedespacho desde cuya ventana se veía el tedioso paso de los vehículos por North Broadway. La asistente llamó a la puerta y anunció la visita. Cheney Moore entró en el despacho.

Se encontró con un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y las cejas muy negras. Al entrar Cheney, el ayudante del fiscal se puso en pie y le estrechó la mano, donde notó un gigantesco anillo en su dedo meñique.

-Señor Moore, ¿ha dicho que viene de parte de Ralph Sanders? -preguntó apoyando los pulgares en sus tirantes de color fucsia.

-Sí, aunque ahora que lo pienso tal vez me expresé mal.

-Seguro que sí. Es difícil venir de parte de alguien que lleva muerto un par de días, ¿no?

-Sí, es difícil.

-Siéntese.

Moore se sentó en una butaca situada al otro lado del escritorio del ayudante. Un retrato a

color de un sonriente Ronald Reagan destacaba junto a la bandera nacional detrás del sillón del fiscal.

-Dígame qué desea, señor Moore. No dispongo de mucho tiempo.

-Verá, estoy ayudando a la policía en la investigación de la muerte de Ralph Sanders.

Mientras se oía a sí mismo decir aquellas palabras, Cheney pensó que quizá se estuviese metiendo en un buen lío. Si aquel hombre levantaba el teléfono para comprobar aquello, el investigador saldría esposado de aquel despacho.

-¿Hay abierta una investigación? ¿Es que no murió ahogado por causas accidentales?

Cheney respiró aliviado. Los tiros no iban por donde se había temido.

-Parece que no -dijo-. Se trató de un homicidio.

El ayudante del fiscal perdió la vista en algún punto de la habitación y se mordisqueó el dedo pulgar. Moore aprovechó para continuar:

-He sabido que usted llevó la defensa de Sanders durante su juicio por robo a mano armada hace cuatro años, pero no he conseguido encontrar las actas del proceso.

El fiscal pareció volver en sí.

-Es que no hubo juicio -dijo-. Presentamos un alegato de culpabilidad.

-¿De veras? He hablado con un preso que coincidió con Sanders en la penitenciaría de Oldstock. Me ha dicho que su antiguo cliente siempre defendió su inocencia.

-Sí, mire, a veces uno tiene que pactar aunque no quiera.

Moore asintió sonriendo.

-Escuche, fiscal, conozco todas las obligaciones sobre el secreto de las comunicaciones con los clientes. Yo soy investigador privado y también debo cumplirlas. Lo que he venido a pedirle es que me proporcione algún tipo de información que sirva para hacer avanzar las investigaciones.

-¿Qué, por ejemplo?

-He leído los periódicos de aquellos días y apenas hay en ellos información sobre el robo al West Savings.

-Es cierto -confirmó el ayudante del fiscal-. El banco pidió que no se proporcionasen a la prensa los detalles del atraco y nosotros no nos opusimos. A la defensa siempre le interesa que ese tipo de información no sea conocida.

-¿Por qué el West Savings quiso mantener el secreto?

El ayudante del fiscal respiró profundamente. Dijo que el golpe resultó limpio y casi perfecto. Dos individuos encapuchados entraron en la sucursal armados con dos escopetas de cañones recortados y se llevaron tres millones de dólares que acababa de dejar un camión de reparto de fondos. No hubo heridos, ni rehenes, ni disparos. Los ladrones salieron de la oficina en menos de cuatro minutos. Lo único que declaró a la prensa el portavoz del banco fue que los ladrones «habían tenido mucha suerte».

La detención de Ralph Sanders tuvo lugar poco después del robo. Durante el atraco, Sanders, que trabajaba en esa misma sucursal, se encontraba fuera de la oficina sin motivo. Regresó minutos después de la huida de los ladrones, y al ser preguntado sobre su paradero durante el atraco proporcionó respuestas contradictorias. Un par de días más tarde, la policía de Santa Teresa recibió un anónimo en el que se acusaba a Sanders de haber participado en el robo, si bien para entonces todas las sospechas ya recaían sobre él. Sanders siguió negando todo, aunque

cuando se vio frente a la posibilidad de ir a juicio y exponerse a una pena de diez años o colaborar entregando a sus compinches y recibir solo dos, el empleado del West Savings optó por una tercera vía.

-Ralph Sanders me pidió que negociase un trato intermedio -concluyó el fiscal-. Se declararía culpable, pero no entregaría a nadie. El ministerio público aceptó el trato. Sanders presentó el alegato de culpabilidad y a cambio obtuvo una condena de cinco años.

-Cinco años es mucho tiempo para alguien que es inocente.

-Diez años es el doble. Además, tenga en cuenta que Sanders no era inocente.

-¿No lo era? ¿Acaso fue uno de los dos hombres que entró en el banco con la recortada?

-No. Aquellos fueron dos chicos jóvenes, de altura y complexión física distinta a la de Sanders. Además, varios testigos escucharon sus voces y no coincidían con la voz de mi cliente.

-Y entonces, ¿cómo sabe que era culpable? -preguntó Cheney-. ¿Es que Sanders se lo confesó a usted?

-No. Pero yo estoy convencido de que lo era.

-Si lo era, tal vez su muerte haya tenido relación con el robo. Nunca se encontró el dinero y a lo mejor lo tenía él...

-Es posible. Aunque veo igualmente probable que tenga que ver con su paso por la cárcel. ¿No me dijo antes que usted había hablado con un compañero que coincidió con Sanders en la cárcel? ¿Qué le contó aquel hombre?

Moore negó con la cabeza.

-Nada interesante -dijo-. Por lo visto Sanders no tuvo ningún problema con nadie.

El ayudante del fiscal se encogió de hombros. Cheney volvió a la carga:

-Pero ¿a usted le dio la impresión de que Sanders manejase importantes cantidades de dinero?

-¿Por qué lo pregunta?

-Tal vez un abogado como usted era muy costoso para un empleado de banca...

-No, no lo era. Además, tenga en cuenta que no llegamos a juicio. La minuta no fue muy alta. Pero desde luego usted tiene razón en una cosa: si Sanders se quedó con el dinero del atraco, fuera de la cárcel habría mucha gente deseando hacerle preguntas.

El ayudante del fiscal miró con descaro su reloj y se levantó para dar por terminada la charla.

-Me disculparé, señor Moore, pero tengo una vista dentro de unos minutos.

El investigador privado se puso en pie.

-No tiene sentido que alguien a quien Sanders protegió con su silencio durante tanto tiempo lo asesine al poco de salir de la cárcel -dijo Cheney forzando una sonrisa-. Aunque tuviese que esperar unos años para poner las manos en el dinero. ¿No cree?

-Tiene razón, eso no tiene sentido -concedió el fiscal sujetando el pomo de la puerta-. Como tampoco lo tiene que la Policía de Los Ángeles colabore en la investigación de un homicidio con un investigador privado como usted.

A Cheney se le heló la sonrisa en los labios.

-Buenas tardes, señor Moore.

Cheney aparcó el Pontiac delante del supermercado Kroger donde solía hacer la compra. Fue directo a un teléfono público que había junto a la entrada y marcó el teléfono de su servicio de contestador. Tenía un mensaje.

-Oiga, Moore -la voz del sargento era fácilmente reconocible-, habíamos quedado en que vendría por aquí nada más hablar con el recluso de Oldstock. No me haga ir a por usted.

El investigador colgó el teléfono y entró al supermercado. Compró varios paquetes de comida congelada y los metió en el maletero del coche. Después se quedó un rato sentado al volante sin arrancar el motor, pensando. Una cosa estaba clara: en las pocas horas que Ralph Sanders había pasado en libertad no había tenido tiempo de meterse en ningún lío. Definitivamente alguien lo esperaba fuera de la prisión.

Moore giró la llave y condujo a su domicilio. No había terminado de poner la compra en el congelador del frigorífico cuando escuchó el timbre de la puerta. Por la mirilla pudo reconocer sin dificultad al sargento.

-Le he dejado un mensaje en su contestador -dijo el policía entrando al apartamento sin ser invitado.

-Lo sé. Iba a ir ahora mismo a su oficina.

-Vaya, qué casualidad.

-¿Quiere una cerveza o está de servicio?

-Le acepto la cerveza.

Los dos hombres fueron a la cocina. El sargento dejó su abrigo en una silla y tomó una lata de Bud que le ofreció Cheney.

-Vamos, Moore, hable. ¿Consiguió que el Dedos le contase algo?

-Sí. Pero no me dijo nada interesante. Sanders cumplió su condena sin llamar la atención.

El policía bebió un trago y frunció el ceño.

-¿Nada más? ¿Y sobre el atraco?

-Ralph Sanders mantuvo siempre su inocencia. Incluso dentro de Oldstock.

Se hizo un incómodo silencio mientras el sargento daba tragos a la cerveza.

-¿No le parece extraño? -preguntó Cheney tratando de provocar una reacción en el policía-. Me refiero a que no admitiese ser culpable del robo.

-No del todo. Si los otros reclusos se enteran de que has participado en un atraco del que no se ha recuperado el botín te conviertes al instante en carne de extorsión.

El sargento tiró la lata vacía a un cubo de basura situado bajo el fregadero.

-¿Está seguro de que Floyd no dijo nada más? -preguntó.

-Mencionó a un antiguo guardia de prisiones que durante unas semanas nombró a Sanders porteador. Un tal Madison.

-¿Frank Madison?

Las orejas del investigador se levantaron como las de un perro de presa.

-¿Lo conoce?

-Claro. Frank Madison fue guardia de prisiones y más tarde fundó una empresa de seguridad en Los Ángeles. Se llama Lion Security.

Cheney recordó al guardia jurado que había visto ese mismo día en la sede de la fiscalía.

-Sí, Lion Security -dijo Moore-. Tienen algún contrato con la Administración del Estado, ¿no es así?

-Efectivamente. Con lo de los Juegos Olímpicos esas empresas privadas de seguridad han crecido como la espuma. Entre el objetivo de cero delitos en las calles y las exigencias de las

compañías de seguros, ya no hay oficina que no disponga de un servicio de esos.

Moore apretó la lata vacía y la tiró al cubo.

-Pero bueno -continuó el sargento-, no nos desviemos del tema. ¿Está seguro de que lo del Dedos no dio más de sí?

-No.

-Bueno, pues entonces ya sabe lo que le queda por hacer. Entregarnos a su cliente, ese tal Charlie Wilson.

-Oiga, sargento, he dedicado todo el día a ir a Santa Teresa a hablar con el Dedos. No he tenido tiempo de hacer nada más.

-¿No dijo que Wilson se pondría en contacto con usted?

-Sí, pero aún no lo ha hecho. Mire, cuando lo haga se lo diré. No tengo intención de dedicar más tiempo a este caso. No dispongo de ninguna línea más por la que seguir investigando. Por mi parte está agotado.

-Me alegra oír eso. -El sargento recogió el abrigo y fue hacia la puerta-. Pero no olvide que me debe a ese tal Charlie Wilson.

El sargento de policía cerró la puerta detrás de sí. Cuando el sonido de sus pasos se hubo apagado, Cheney fue al aparador y sacó el listín telefónico. Fue a la «L» y localizó el número de Lion Security. Lo marcó.

-Lion Security.

-Buenas tardes. Querría hablar con el señor Frank Madison.

-Le paso.

Un hilo musical entretuvo al investigador durante unos segundos, pasados los cuales una nueva voz femenina sonó al otro lado de la línea.

-¿Dígame?

-Buenas tardes, me llamo Cheney Moore. Quería hablar con el señor Madison.

-El señor Madison está de viaje en San Diego. Volverá dentro de unos días. ¿Quiere que le deje un mensaje?

-Sí, por favor. Dígame que le he llamado. Puede localizarme en este número.

Cheney proporcionó el número de su contestador.

-De acuerdo, gracias, señor Moore.

El investigador colgó el auricular y quedó unos segundos pensativo, considerando cuál sería su próximo paso. A esas alturas, el compromiso con Charlie Wilson ya no era cuestión que preocupase a Cheney lo más mínimo. Bastante tendría que agradecerle el taxista si lo mantenía alejado de la policía. Cheney Moore estaba convencido de que había algo de pasta en este asunto, aunque posiblemente no en el lugar que había pensado en un principio. No en la dirección del atraco.

Abrió otra cerveza y se tumbó en el sofá. No podía dejar de dar vueltas a aquello. Sí, definitivamente el dinero de aquel caso estaba en otro sitio. Estaba en el asesino del acantilado y aquella jugosa recompensa que siete años antes Auguste Lemoire había ofrecido a aquel que facilitase una pista cierta sobre el asesino de su hija. Degustando el último sorbo de Bud, Cheney Moore volvió a preguntarse si aquella recompensa seguiría aún en vigor.

La casa estaba situada al final de Hollywood Boulevard, en lo alto de una pequeña loma desde la cual podían verse las famosas letras que daban la bienvenida a la capital del cine. Tenía

dos alturas y estaba pintada de un rosa pálido. La fachada la recorría un pórtico de mármol con columnas. Rodeaba la propiedad una verja verde de unos dos metros y medio junto a la cual unas palmeras guarecían un pequeño aparcamiento de asfalto. A la hora que llegó Cheney el lugar parecía desierto.

Al pasar junto a la barrera que daba acceso al interior, el investigador vio una placa metálica con el apellido del propietario: «Lemore.» Comprobó que la garita del guardia estaba vacía, y pasó sin oposición. Al llegar a la puerta principal pulsó el timbre.

Una muchacha con rasgos hispanos vestida con una bata de trabajo y un delantal abrió.

-Buenas tardes. Quería ver al señor Lemore.

Cheney entregó a la asistenta una de sus tarjetas. La chica se hizo a un lado y permitió al visitante la entrada en el recibidor.

-Espere aquí, por favor.

Moore se encontró en una sala pequeña que daba acceso a un vestíbulo tan grande como su piso. La luz de la tarde se introducía a través de los ventanales iluminando caprichosos torbellinos de polvo a su alrededor. Una mujer menuda de unos sesenta años apareció ante el investigador. Tenía el pelo gris pegado a la cabeza y recogido en un moño. Vestía una chaqueta de punto y zapatillas.

-Señor Moore, ¿tenía una cita con mi marido? -preguntó leyendo la tarjeta de Cheney que llevaba en la mano.

-No, señora. Pero pensé que lo encontraría aquí.

-No... a estas horas siempre está en la oficina. -El tono de ella denotaba una sincera extrañeza.

-Ah... pensé que el señor Lemore estaba jubilado.

-Pero si tiene cincuenta y cinco años.

Cheney hizo una mueca de incompreensión.

-¿Puedo ayudarle yo, señor Moore?

-No... bueno, en realidad quería hablar con el señor Lemore. Es sobre algo relacionado con su hija.

El rostro de la mujer se transfiguró de repente en una máscara mortuoria.

-¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mi Dorothy!

-Señora... tranquilícese, no... no...

-¡Mi pobre Dorothy!

La esposa de Lemore empezó a llorar desconsoladamente. Tan desconsoladamente como Cheney jamás había visto. Cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos. Gimió y gritó como si no fuese a haber un mañana. Moore se agachó tratando de consolarla, pero era inútil.

-¡Oh, Dios, Dios! ¡Mi pobre Dorothy!

Al ver a dos mujeres acercarse a toda velocidad, el investigador se dio cuenta demasiado tarde de que aparecer por allí había sido una idea horrible. Una de las personas que venían a socorrer a su señora era la sirvienta que le había abierto la puerta. La otra, una mujer vestida de cocinera. Antes de que ambas llegasen a su altura, Moore trató de arrebatar su tarjeta de visita a la señora Lemore, pero esta la asía fuertemente. Las dos mujeres se agacharon junto a la mujer.

-Señora, señora.

-¿Qué ha pasado? -preguntó la cocinera a Cheney.

Moore se incorporó y se encogió de hombros. Las dos mujeres consiguieron poner en pie a su señora y se la llevaron gimoteando al interior de la casa. Cheney dio por perdida la tarjeta y aprovechó para salir apresuradamente al exterior. Tomó el camino de piedra que conducía fuera de la propiedad y al pasar junto a la garita del guardia vio dentro de ella a un hombre musculoso de unos treinta años con el uniforme de la empresa Lion Security. Moore lo saludó despreocupadamente con la mano. El guardia jurado se le quedó mirando como si hubiese visto al fantasma de John Fitzgerald Kennedy.

Cheney se fue a casa sin pasar por el despacho y ni siquiera se atrevió a llamar a su servicio de contestador. Se maldijo a sí mismo por haber sido tan estúpido. Sería cuestión de minutos que la señora Lmore se serenase y contase a su marido que un desconocido había ido a su casa a hacer preguntas sobre Dorothy. Y por si no recordaba su nombre allí tenía la tarjeta de visita. No había que ser muy astuto para suponer que Lmore llamaría a la policía, y entonces se desataría el infierno. Quizá la policía pudiese perdonarle la visita al hotel Saratoga Inn e incluso la entrevista con el ayudante del fiscal pretendiendo estar colaborando con el Departamento. Pero lo de meter los dedos en la herida del asesino en serie después de las serias advertencias del teniente sería demasiado. Tendría que buscar una buena excusa y seguramente ni eso le valdría para defender su licencia de investigador.

Las paredes de su apartamento se le echaban encima.

Moore se descalzó, se tomó un coñac de un solo trago y se sentó enfrente de la televisión. La apagó al cabo de un minuto. Telefonó a su servicio de contestador y comprobó que tenía un mensaje. Cheney se sintió desfallecer y colgó antes de escucharlo. Fue como si un ramillete de manos se cerrase con fuerza en torno a su cuello impidiéndole respirar. Un sudor muy frío le resbaló por la espalda y notó que las rodillas se le doblaban. Se echó sobre un sillón y se secó la frente. Contaba los minutos que tardaría la policía en irrumpir en su domicilio y llevarlo, esta vez sí, esposado en un coche patrulla.

El investigador trato de alejar tales pensamientos a manotazos, pero fue incapaz. Entonces, de repente, una idea le asaltó la mente. Era sencilla, banal, pero por eso mismo, brillante: tal vez la única manera de salir de aquel embrollo fuese, precisamente, amansar a la policía entregándoles a Charlie Wilson. Después de todo bien podía ser que mientras los detectives despedazaban al taxista de Santa Teresa se olvidasen de aquel entrometido investigador que no había hecho más que meter la pata para ganar unos malditos doscientos dólares.

Cheney se puso el abrigo y bajó a la calle. Tenía tanta prisa que desechó su Pontiac, paró el primer taxi que pasó frente a él y le dio la dirección del hotel del aeropuerto donde había visto entrar a Charlie.

Al llegar, el investigador pagó la carrera y dedicó unos minutos a buscar el Ford Fairmont de alquiler por el aparcamiento de clientes. No lo encontró, y entonces accedió al interior del hotel. Cruzó el vestíbulo con paso decidido, pero antes de llegar al mostrador se detuvo en seco. Colgado en la pared, junto a una maceta vio un cartel publicitario del grupo musical The Gap Band y sus tres sonrientes componentes, tres jóvenes negros con el pelo a lo afro. Bajo la imagen del cantante venía escrito su nombre con enormes caracteres: «Charlie Wilson.»

Cheney negó con la cabeza. Siempre se lo había temido: el nombre del taxista de Santa Teresa era falso. Y no solo eso, aquel hombre había resultado ser tan poco ocurrente que ni siquiera se había molestado en inventárselo. Usó uno que había visto en un cartel dentro del propio hotel. Moore se dijo que ni siquiera merecía la pena preguntar a los empleados de

recepción por «Charlie Wilson». Vagó ensimismado durante unos segundos por el hall del hotel preguntándose cómo podría localizar al hombre que lo había contratado. Se apoyó en una pared tratando de pensar.

-Oiga, ¿le importa?

El investigador volvió en sí. Tenía delante una pareja de jubilados.

-¿Qué pasa?

-Está tapando la lista de precios del hotel -dijo el hombre.

Cheney se incorporó. Efectivamente, detrás de él había un cartel con las tarifas. Reparó en una pegatina adherida a la parte de abajo: «Cama, desayuno, almuerzo y cena por solo 75 dólares.»

Algo en su interior le dijo que Charlie era el tipo de cliente que se aprovechaba de una oferta como esa. Cheney fue directo al mostrador de recepción.

-Oiga, ¿qué horario tiene la cena para los de la oferta?

-De siete y media a nueve -contestó una de las empleadas.

Moore miró su reloj. Eran las ocho de la noche. Cheney no se lo pensó un segundo.

El restaurante era una sala circular de unos cincuenta metros de diámetro en la que se distribuían mesas de distinto tamaño sin orden ni concierto. El maître fue a su encuentro.

-¿Cuántos serán, señor?

-Dos -respondió Cheney tratando de mirar por encima del hombro de aquel hombre.

-Acompáñeme.

El maître condujo a Moore a una mesa para dos situada no muy lejos de la puerta, junto a una ventana que daba al aparcamiento del hotel. De camino, Cheney se fijó en las mesas más pequeñas, pero en ninguna de ellas estaba Charlie. Cuando se sentó a la mesa, se colocó de frente a la puerta del restaurante.

-Tráigame un Jameson con hielo.

-¿Cenarán los señores?

-Ya veremos.

El maître se marchó murmurando algo por lo bajo. Cheney se dispuso a esperar durante la siguiente media hora. Si su suposición era correcta, Wilson debería aparecer por allí sobre las ocho y media.

En realidad, el investigador no tuvo que aguardar tanto. Apenas unos diez minutos más tarde Charlie apareció en el restaurante y, sin esperar al maître, se dirigió a una de las mesas. Se sentó solo y ojeó la carta. Cheney agarró su copa y fue a su encuentro.

-¿Espera a alguien o puedo acompañarle?

El taxista de Santa Teresa reparó en su interlocutor.

-¿Moore? ¿Cómo demonios...?

-Soy investigador privado, ¿recuerda, Charlie? Aunque no sé si debo llamarle así o con su nombre auténtico... que aún no conozco.

-Pues averígüelo.

Cheney se sentó frente a Wilson con una media sonrisa dibujada en su rostro.

-He venido a saldar la cuenta -dijo el investigador.

-¿En serio? ¿Ha encontrado la pasta que robó Sanders?

-No. Pretendo saldarla de otra manera.

-¿Cómo?

-Librándole a usted de una gran cantidad de problemas.

El maître llegó para tomar nota de la comanda. Wilson encargó una ensalada César y Cheney otro Jameson.

-Oiga, Moore, ¿de qué coño está hablando? -preguntó el taxista cuando se hubieron quedado solos.

-Estoy convencido de que a Ralph Sanders lo asesinó un asesino en serie: el asesino del acantilado.

Charlie hizo una mueca de incredulidad.

-¿El asesino del acantilado? Pero si está muerto...

-No, no lo está. En realidad no fue encontrado nunca.

-¿Y usted cómo...?

-Escuche, Wilson -interrumpió Cheney-, he visto el cadáver de Sanders. Hablé con el forense y el modo en que fue asesinado es exactamente el mismo que empleaba aquel tipo.

Charlie negó confuso con la cabeza.

-Pero... ¿por qué a Sanders?

-Lo más probable es que estuviese en el lugar equivocado en el momento más inoportuno. Aunque también cabe la posibilidad de que Ralph Sanders conociese a ese hombre en la cárcel. Tal vez el asesino del acantilado cumpliera condena por otro delito. En ese caso, si el asesino salió de la cárcel antes que Sanders quizá quisiese taponarle la boca. Como le dije, Sanders fue visto saliendo del Saratoga Inn con un individuo no identificado, posiblemente el mismo que le había reservado la habitación del hotel mientras Ralph cumplía los últimos días en Oldstock.

El investigador hizo una pausa y bebió de un solo trago lo que quedaba del whisky. Wilson seguía tratando de digerir aquel torrente de información.

-Escuche, Charlie, ¡escúcheme! -Cheney pegó un manotazo al taxista para captar su atención-. Debería ir a la policía y contarles lo que sabe.

Al oír aquello Wilson pareció reaccionar.

-¿Cómo ha dicho?

-Que debe ir a la policía.

-¿A la policía? ¿Está loco?

-Olvídese del dinero, Charlie. No lo hay. Lea mis labios: no hay dinero. Hágase un favor, hable con la policía y quítese de en medio. Si los detectives le encuentran a usted antes de que...

-Oiga, Moore, ¿usted de verdad es investigador privado?

-Pero...

-Lea usted ahora mis labios: está despedido. No pienso ir a la policía. Esta noche vuelvo a casa, así que lárguese ya.

Cheney resopló fuertemente y se retrepó en la butaca. El plan A había fallado. Un camarero llegó con la cena de Charlie y la nueva copa de Jameson. El investigador dio un trago y se levantó pesadamente de la silla.

-Espéreme un momento, Charlie. Voy a hacer una llamada.

Por toda respuesta, el taxista atacó su ensalada. Moore se dirigió al teléfono público ubicado

en la entrada del restaurante dispuesto a poner en práctica el plan B: llamar a la policía para que viniese a arrestar a su cliente.

Cheney descolgó el auricular. Sacó algo de calderilla del bolsillo y sin dejar de vigilar la mesa de Wilson marcó mecánicamente el número. Cuando escuchó el mensaje de bienvenida de su buzón de voz supo que había marcado por error el teléfono de su servicio de contestador. Allí tenía el mensaje que se había negado a escuchar en su apartamento, pero esta vez el investigador venció la tentación de colgar y se preparó para no derrumbarse ante la voz amenazadora del sargento.

Sin embargo, esa voz no fue la que se filtró por el auricular. En su lugar escuchó algo inesperado:

«Señor Moore, me llamo Frank Madison. Me han dicho en mi empresa, Lion Security, que preguntó por mí hace un rato. También sé que hoy estuvo en casa de la familia Lomore. Tengo interés en verle lo antes posible. Si no escucha este mensaje antes de las... hum... siete y media, entonces pásese mañana a primera hora por mi despacho.»

Cheney colgó el teléfono con un gesto de extrañeza. Apparently los Lomore no habían llamado a la policía, sino al responsable de la empresa que tenía contratada la seguridad de su mansión. Aquello le pareció bastante extraño, aunque desde luego una suerte.

Miró su reloj. Eran casi las nueve, así que la visita a Lion Security tendría lugar al día siguiente. Echó un vistazo al comedor y reparó en Charlie Wilson, cuyas mandíbulas bailaban al son de la ensalada César. Las cosas habían cambiado mucho con aquel mensaje telefónico, y en aquel preciso momento al investigador le pareció algo innecesario entregar a su ex cliente a la policía. Volvió a la mesa del taxista.

-Ya le he dado mi consejo -dijo Cheney aún de pie y poniendo sobre la mesa un billete de diez dólares por el whisky-. Vuélvase a Santa Teresa y olvide todo.

-Piérdase, Moore.

Cheney salió del hotel más calmado. Condujo a su casa más calmado. Se puso el pijama más calmado y se durmió viendo la televisión mucho más calmado.

A la mañana siguiente Cheney Moore subió a su Pontiac Phoenix a las ocho y media de la mañana y condujo pacientemente entre el embotellamiento matinal de Los Ángeles hacia Inglewood. Aparcó cerca de la playa, en Gulana con Redlands. A unos pocos metros de allí, entre los árboles que bordeaban el asfalto, divisó un edificio de tres plantas de piedra amarilla donde tenía su sede Lion Security. La empleada de recepción lo condujo al segundo piso, la planta noble donde le esperaba el propietario de la empresa, Frank Madison.

Aquella fue la primera vez que yo vi en persona a Cheney Moore.

Cheney tendría unos cuarenta y cinco años, la piel muy bronceada y el pelo castaño y ondulado. Su mandíbula era cuadrada, y un profundo hoyuelo le seccionaba el mentón. Me llamó la atención el traje barato y algo desgastado que vestía. Pero la palma se la llevaban sus zapatos. Sus zapatos eran un desastre: sucios, acartonados y con los cordones medio deshinchados. Siempre me fijo en los zapatos para ubicar socialmente a un hombre y nunca me equivoco. Cheney Moore no nadaba en la abundancia.

Cuando entró en mi despacho le hice sentar al otro lado del escritorio y pedí a la chica que trajese un par de cafés.

-Gracias por recibirme, señor Madison.

Asentí sin decir nada. No quise darle las gracias por venir para no generar la falsa sensación de que yo me sentía en deuda con él. En su lugar opté por pasar al ataque:

-Señor Moore, ayer me dio usted un buen disgusto. Aprovechando un descuido de mi empleado se introdujo sin permiso en la propiedad de uno de mis clientes, el señor Lemoire, y dejó muy afectada a su mujer. Permítame que le pregunte, con el debido respeto, quién demonios es usted y qué pretende.

Cheney pareció saborear la pregunta.

-Es muy sencillo -dijo al fin-. ¿Conoce usted a un hombre llamado Ralph Sanders?

-¿Sanders, ha dicho? No... no caigo ahora.

Cheney sacó del bolsillo de su chaqueta la fotografía recortada del periódico de Ralph Sanders saliendo del juzgado y me la pasó por encima de la mesa.

-Es este hombre.

Reconocí inmediatamente aquel rostro redondo.

-Sí, conozco a este hombre. Coincidí con él en Oldstock cuando trabajé de guardia en la cárcel. -Devolví la fotografía a Moore-. Fueron solo unas semanas, ni siquiera recordaba su nombre.

-Pues me dijeron que lo llegó a nombrar su porteador.

-Sí, es cierto.

-¿Por qué lo eligió a él? -preguntó Cheney-. Tengo entendido que ser porteador proporciona privilegios y serían muchos los candidatos...

Me encogí de hombros.

-Sanders era blanco, y además yo sabía que no me iba a meter en líos aprovechándose de su puesto de porteador.

-¿Por qué estaba tan seguro?

-Porque tenía una condena pequeña. -Empecé a impacientarme-. Oiga, Moore, ¿por qué no va al grano? ¿Ha olvidado mi pregunta de antes? ¿Quién es usted?

Cheney echó un vistazo a la fotografía de Sanders y se la volvió a guardar cuidadosamente en el bolsillo. Después me miró fijamente a los ojos.

-¿Sabe dónde está ahora Sanders, señor Madison?

Negué con la cabeza.

-Está muerto -dijo Cheney.

La secretaria entró en ese momento trayendo una bandeja con dos tazas y una cafetera. Nos sirvió, y al cabo de unos segundos se marchó por donde había venido.

-¿Dice que Sanders ha muerto? -pregunté-. ¿Está seguro?

Cheney asintió mientras bebía un sorbo.

-¿Y qué diablos tiene eso que ver con el señor Lemoire? Sigo sin ver ninguna maldita relación.

-La hay. A Ralph Sanders lo mató el asesino del acantilado.

-¿El asesino del acantilado? Pero si hace años... ¿no lo detuvieron?

-No, señor Madison. A pesar de que parece ser que en esta ciudad todo el mundo piensa lo contrario, a aquel hombre no llegaron a detenerlo nunca. Y por lo visto tampoco ha muerto.

-Pero si la última vez que mató el del acantilado fue a...

-A Dorothy Lemoire, la hija de su cliente.

-Eso fue antes incluso de que yo entrase a trabajar en Oldstock, hace más de siete años. -
Traté de poner en orden mis ideas-. De todas formas, ¿usted qué tiene que ver con todo esto?

Cheney se incorporó para dejar la taza sobre el platillo.

-Un hombre me contrató para averiguar dónde está el dinero que robó Sanders con sus cómplices en el banco West Savings de Santa Teresa.

-Está de broma.

-Eso pensé yo. El caso es que seguí la pista durante un par de días y descubrí que el asesino del acantilado había vuelto a actuar. Decidí que lo del dinero del atraco ya no me interesaba y ahora busco a ese criminal en serie. Fui al domicilio del señor Lemoire para saber si la recompensa que él ofreció por el asesino de su hija seguía en pie. La suerte no me sonrió y me encontré con la señora Lemoire. Lo cierto es que no tuve mucho tacto. El resto ya lo conoce.

Si no fuese porque el rostro de Cheney Moore no delataba ningún síntoma de locura o embriaguez hubiese pensado que me estaba tomando el pelo. Pude haber dicho mil cosas, pero elegí lo más obvio:

-¿Tiene alguna prueba de que a Sanders lo matase el asesino del acantilado? -pregunté.

-Vi el cadáver. El modus operandi es idéntico.

-Pero yo no he leído nada en el periódico.

-Ni lo va a leer. La policía no quiere hablar de ello por las Olimpiadas. Cuando pasen los Juegos Olímpicos reconocerán el problema, y para entonces yo les llevaré varios meses de ventaja. Puede que incluso ya lo haya atrapado.

Medité sobre aquello que me había dicho Moore.

-¿Y su cliente? -pregunté-. ¿El tipo que le pidió buscar el dinero del atraco?

-Bah, es un desgraciado. No merece la pena.

-Ya. -Me levanté y di unos pasos por la habitación-. O sea que ahora trabaja para usted mismo.

-Podemos decirlo así. Si mi teoría es cierta, el asesino del acantilado tendrá siete años más que cuando actuó por última vez. Habrá perdido facultades y puede ser una presa fácil.

Me apoyé en el alféizar de la ventana y crucé los brazos.

-Le propongo algo, Moore. Asociémonos.

-¿Asociarnos?

-Sí. Yo le contrato. Le pagaré sus honorarios durante el tiempo que dure la investigación, y si verdaderamente hay un tesoro en el fondo del mar, lo compartiremos, y si localiza al asesino del acantilado, nos repartiremos la recompensa.

Cheney se mostró algo extrañado. Se frotó con fuerza el mentón antes de responder.

-Todavía no sabemos si hay recompensa...

-La habrá -afirmé-. Conozco a Auguste Lemoire y si le encontramos al asesino de su hija nos pagará lo que pidamos. No le quepa duda.

Moore siguió mirándome con aire dubitativo durante unos segundos. Viendo su aspecto yo sabía que su pose era fingida. Ser pagado por investigar al asesino del acantilado era la mejor noticia que había recibido en varios meses.

-Está bien -dijo al fin-. Trabajaremos juntos en esto.

Volví a ocupar mi lugar al otro lado del escritorio y abrí uno de los cajones que había a mi derecha. Saqué un talonario y rellené un cheque. En la cantidad puse quinientos dólares.

-Con esto tendrá para los primeros días -dije mostrándole el papel.

Moore se incorporó para cogerlo, pero lo retiré en el último momento.

-Pero antes quiero conocer toda la historia -dije-. Desde el principio.

Y Cheney me contó la historia que he relatado. Desde el principio, desde la llegada de Charlie Wilson. Aunque, como más tarde supe, omitiendo algunas partes.

Dejé hablar al investigador sin interrumpirle en ningún momento. Cuando hubo terminado me asaltó un mar de dudas que traté de condensar en una única pregunta.

-¿Cuál es su teoría, Moore?

Cheney respiró hondo antes de responder.

-Mi teoría es que el asesino del acantilado sabía que Ralph Sanders iba a salir de Oldstock y le reservó una habitación en el Saratoga Inn. Estoy seguro de que él es el misterioso personaje de los pantalones blancos que lo recogió en el hotel a las nueve de la noche.

Asentí a todo. Cheney continuó:

-Sanders debía de estar en contacto con aquel hombre desde hacía tiempo, seguramente lo conoció en Oldstock. No sería la primera vez que un asesino en serie cumple condena por otro delito menor sin que nadie sepa que es un peligroso criminal.

-Ya. Pero nada impide que aquel tipo en realidad fuese otra persona que mató a Sanders copiando el sistema del asesino del acantilado para despistar.

-Cabe esa posibilidad -admitió Moore-. Pero nuestra apuesta es que los dos hombres son el mismo.

Me levanté para subir un palmo la persiana.

-¿Y por qué razón llamó a mi oficina pidiendo hablar conmigo? -pregunté.

-Porque usted coincidió en Oldstock con Sanders y, si yo tengo razón, con el asesino del acantilado. Posiblemente en su cabeza esté la solución de todo, Madison. Trate de hacer memoria.

-Aunque la hiciese sería difícil dar con la clave. Además, tenga en cuenta que la relación entre los guardias y los reclusos es muy superficial. Ellos siempre trataban de evitarnos para escaquearse de trabajar y, sobre todo, no levantar sospechas de ser unos chivatos.

Cheney se incorporó para apuntarme con su dedo.

-Es posible, pero escuche: si usted pudiese conseguir la lista de excarcelaciones de Oldstock durante el tiempo que Sanders pasó allí, tendremos la lista de sospechosos. Solo tendría que investigarlos uno a uno.

-No diga tonterías, Moore. Esa lista no se la dan a cualquiera. Además, Oldstock es una de las prisiones federales más concurridas de la costa Oeste. Cada año entran y salen cientos de personas. ¿Cuánto tiempo pasó Sanders allí? ¿Cinco años? Tendría usted una lista de más de cuatro mil sospechosos. Olvídelo.

El investigador pareció decepcionado al oír mi respuesta. Se mordió la falange del dedo índice como si tratase de pensar. Yo volví a sentarme frente a él.

-Escuche, Moore, creo que está dejando de lado la principal clave del caso. -El investigador me miró fijamente-. Me estoy refiriendo a su cliente: ese tal Charlie Wilson.

-¿Wilson? ¡Qué va a saber ese!

-Aunque ese hombre no sepa nada del caso, usted ha dado por supuestas muchas cosas sobre él. Y lo cierto es que no sabe nada de Charlie Wilson.

Me pareció ver cómo la lucecita se encendía sobre la cabeza de Cheney.

-No se llama Charlie Wilson -dijo como recitando una letanía-. Se inventó el nombre. Lo sacó de un cartel que había en su hotel.

Me abalancé sobre el teléfono.

-Rápido -dije-, dígame el nombre del hotel. Enviaré a alguien a ver si sigue allí.

-Ahórrese el esfuerzo. Charlie se volvió ayer por la noche a Santa Teresa.

Colgué el auricular.

-Pues ya tiene algo que hacer. Vaya a buscarlo y descubra quién es ese hombre.

Me levanté y fui hacia la puerta del despacho para acompañar al investigador.

-Tenga. -Le di el cheque de quinientos dólares-. Quiero que me llame todos los días, y cada vez que descubra algo. ¿Está claro?

-Sí.

-Y una última cosa: vaya con cuidado. Si alguien le abre la cabeza no quiero que me salpique su sangre.

Cheney salió algo turbado de mi despacho. El propósito principal de su visita había resultado un fiasco, pues yo no había sido capaz de proporcionarle ninguna información de Oldstock que le ayudase a identificar al misterioso personaje que en su opinión había conocido a Sanders en la cárcel y se había reunido con él en el Saratoga Inn: el escurridizo asesino del acantilado que había conseguido dar esquinazo a las autoridades durante tantos años.

Sin embargo, cuando llegó a la calle y recogió su Pontiac, Moore volvía a estar animado. El investigador tomó la autopista de la playa hacia Santa Teresa. Llegó allí a las once y media de la mañana y paró a repostar en una gasolinera situada en la entrada de la ciudad. Después de pagar, pidió consultar la guía telefónica local. Buscó las compañías de taxis de Santa Teresa y se alegró al comprobar que solo había una. Anotó la dirección y preguntó al empleado de la gasolinera cómo llegar a ella.

Moore volvió al coche y se dirigió a la sede de la compañía de taxis. Varios vehículos blancos rotulados con una franja horizontal de color verde le dieron la bienvenida a la entrada de una cochera de ladrillo ennegrecida por el humo. Al entrar escuchó un barullo de voces femeninas proveniente de una centralita telefónica. Pasó de largo y entró en un cubículo rodeado por una mampara de cristal donde un hombre bajo y regordete con una prominente papada revisaba fichas de color marrón con partes de trabajo.

-¿Es usted el encargado? -preguntó Cheney.

-El mismo -contestó el tipo sin apenas levantar la vista-. ¿Qué desea?

-Estoy buscando a un taxista que me prestó un servicio hace unos días.

-¿Sabe su nombre, la matrícula, el número de licencia?

-No. Solo sé que me recogió en Oldstock.

La cara del empleado ascendió hasta que su mirada se encontró con la de Cheney.

-¿En la prisión federal? -preguntó cauteloso.

-Sí.

-Entonces ha sido Clive. ¿Acaso ha tenido algún problema con él, amigo?

-No -respondió Cheney-. Pero me gustaría hablar con Clive.

El encargado se levantó trabajosamente resoplando como un búfalo y sacó la cabeza por la puerta de cristal.

-¡Lucy! -gritó-. ¡Llama por radio a Clive y dile que venga a la base!

El tipo regresó a su mesa y escrutó milimétricamente la figura de Moore.

-¿De veras no se ha metido mi conductor en problemas?

-No. Es un asunto particular.

El encargado no quedó satisfecho, pero con aquello dio por terminadas sus pesquisas.

-Está bien. Pase ahí, a la cafetería. Cuando llegue Clive le avisaré.

Cheney salió del cubículo y fue hacia donde le dijo aquel hombre. La cafetería era en realidad una sala muy amplia de techo alto y ladrillo visto con varias máquinas expendedoras de refrescos y frutos secos. En una mesa cuatro hombres echaban una partida de cartas y en otra situada junto a la ventana otro más leía el periódico. De un transistor la voz quebradiza y lastimera de Joe Cocker se difuminaba doliente como un delgado hilo de humo.

Moore sacó de la máquina una Pepsi y se sentó en una de las mesas para leer una revista de coches olvidada. Al cabo de unos minutos vio aparecer por la puerta al encargado acompañado de otro individuo. Los dos se dirigieron directamente adonde se encontraba el investigador.

-Este es Clive -dijo el gordo-. Les dejo.

El encargado se marchó y dejó a Cheney delante de un individuo que nada tenía que ver con el Charlie Wilson que Moore había conocido días atrás. Era alto, fornido y cejijunto. Y por si quedaba alguna duda, el tal Clive era negro.

-¿Nos conocemos? -empezó diciendo el taxista con una voz de bajo profundo.

-Siéntate, por favor. ¿Quieres beber algo?

Clive negó con la cabeza. Su rostro se contrajo en una mueca de incompreensión.

-No me suena haberle traído de Oldstock -dijo.

-No lo has hecho.

El taxista negro señaló en la dirección que se había marchado el encargado.

-Él me dijo que usted...

-¿Cómo sabes que no me has traído de Oldstock? ¿Acaso eres capaz de acordarte de todos los hombres que has recogido en la prisión federal, digamos, en el último mes?

-Por supuesto que puedo. Son poquísimos.

-¿Poquísimos? Me han dicho que Oldstock libera gente a patadas todos los días.

-Sí. Pero tenga en cuenta que en las prisiones federales suele haber gente con condenas muy largas. Sus familiares y amigos llevan años soñando con verles de vuelta, y el día que salen siempre tienen a gente que les espera. Los que cogen el taxi son la excepción.

Cheney se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó la fotografía de Ralph Sanders recortada del periódico.

-¿Recuerdas haber recogido a este? Salió hace unos días.

Clive observó durante unos segundos la cara redonda de aquel hombre sorprendido por el flash a la salida del juzgado.

-No. No lo he visto nunca.

Cheney volvió a guardar el retrato.

-¿No libras ningún día de la semana, Clive?

-Claro.

-¿Y no es posible que algún compañero tuyo recogiese a este hombre en tu día libre?

-No. Yo descanso el domingo, y el domingo nadie sale de Oldstock.

Cheney respiró profundamente. Encontrar a Charlie Wilson no iba a resultar tan sencillo como pensaba.

-¿Me va a decir ahora quién es usted? -preguntó el taxista.

-Soy un idiota a quien un desgraciado ha tomado el pelo. Un desgraciado que por lo visto recogió en Oldstock al individuo de la foto.

-Pues si eso es cierto y el tipo que le engañó recogió a ese presidiario en Oldstock, entonces podemos estar seguros de algo.

-¿De qué? -preguntó Cheney.

-De que lo conocía de antes.

Cheney cruzó la calle y entró en una cabina telefónica. Sacó la calderilla que llevaba en el bolsillo, pero se detuvo antes de introducirla por la ranura. Quería pensar bien qué iba a decir. Optó entonces por entrar en una cafetería. Se sentó en la barra y pidió un filete muy hecho con patatas y una cerveza.

Mientras comía repasó los hechos. Algunos eran ciertos, otros, confusos. No había duda de que Charlie Wilson conocía de antes a Sanders, que lo había esperado a la salida de Oldstock y que lo había llevado al Saratoga Inn. Ahora bien, lo que sucedió entre medias nadie lo sabía. Aunque, bueno, a excepción de Charlie Wilson. Él sí lo sabía.

El investigador recogió el Pontiac y regresó a Los Ángeles. Aparcó en el garaje y salió a la calle para comprar el *Times*. Sintió en la cara el azote frío de la brisa de la tarde, que se llevaba los últimos restos de la polución manchando el cielo con brochazos anaranjados.

Cheney entró al centro de negocios y subió a su despacho. En la puerta coincidió con su vecino de oficina, un abogado de Tennessee que llevaba asuntos urbanísticos. En aquel momento él salía de su bufete llevando un abrigo en el brazo.

-Moore, debes de ser el hombre del momento -dijo.

-¿Por qué?

-Tu teléfono no ha dejado de sonar en toda la tarde. Y además alguien vino a verte. Estuvo llamando a tu puerta durante un buen rato.

Cheney sacó la llave de la cerradura sin llegar a abrir.

-¿Pudiste ver quién era?

-No. Yo estaba reunido con un cliente.

-Lástima.

Cheney volvió a su cerradura.

-¿Qué llevas entre manos? -preguntó el abogado mientras se ponía el abrigo-. ¿Algo interesante?

-No. Busco a un tipo. Un caso relacionado con un hombre al que sacaron de Oldstock hace unos días.

-¿De la prisión federal? Entonces te será fácil dar con él.

El investigador estaba ya con un pie dentro de su despacho. Al oír aquello se giró.

-¿Fácil? ¿Por qué dices eso?

-Porque si lo han soltado hace poco de Oldstock lo encontrarás en la «casa de reinserción».

-¿Casa de reinserción? ¿Eso qué es?

El abogado habló con la suficiencia propia de los abogados:

-Una especie de centro de acogida donde los presos federales que acaban de liberar deben vivir durante seis meses. Después les dan la condicional y pueden ir adonde quieran.

-¿Y tú cómo sabes eso? ¿No te dedicabas a los inmuebles?

-Sí. Pero un cliente mío acabó en la cárcel por construir donde no debía con un dinero que no era suyo. -El abogado dio una palmada en la espalda a Cheney-. Bueno, Moore, que te vaya bien.

El abogado se dirigió al ascensor. Cheney cerró su puerta y lo siguió.

-Espera. Me interesa que me cuentes algo más. Te invito a una copa.

-Es un poco tarde -dijo el abogado mirando su reloj-. Además, tampoco sé mucho más del tema.

-Seguro que puedes ayudarme.

Los dos hombres bajaron a la calle y entraron en un bar irlandés situado a un par de manzanas. Pidieron dos pintas y se sentaron en un pequeño reservado débilmente iluminado por una bombilla aprisionada en una pantalla verde.

-Explícame eso de la casa de reinserción -pidió el investigador.

-Verás, los presos federales cumplen los últimos seis meses de condena en la calle. Bueno, están en la calle pero no pueden hacer lo que quieran. Viven en la casa de reinserción y tienen que buscarse un trabajo. Y además hacerlo rápidamente, porque si no lo encuentran los devuelven a la cárcel. Entonces, cuando tienen un trabajo, van de la casa de reinserción al trabajo y del trabajo a la casa. O están en un sitio o en otro. Los fines de semana tienen permisos de tres horas para ir a ver a algún familiar si es que tienen alguno que viva cerca, pero entre semana no pueden ir a ningún otro lugar. -El abogado dio un largo trago a la cerveza-. Por eso te dije que lo tienes fácil para encontrar a tu hombre.

-Ya, bueno, es que en realidad no busco al individuo que salió de Oldstock, sino a un amigo suyo. Sin embargo, hay algo raro en lo que me cuentas.

-¿El qué?

-Pues resulta que mi preso federal cuando salió de Oldstock no fue a ninguna casa de reinserción, sino a un hotel. Y no trabajaba en él.

El abogado se rascó la nuca mientras arqueaba la boca hasta convertirla en una herradura de carne.

-Hay una explicación -dijo al fin-. Lo más probable es que tu hombre renunciase a la casa de reinserción y pasase sus últimos seis meses de condena en la cárcel.

-¿Es posible hacer eso?

-Sí. En tales casos cuando sales de la cárcel no vas a la casa, sino que directamente te dan la condicional y eres libre de ir adonde quieras.

Cheney permaneció en silencio esperando más datos. El abogado volvió a sorber otro trago de cerveza.

-¿Y por qué alguien querría renunciar a la casa de reinserción? -preguntó Moore-. Supongo que ese lugar será mejor que la cárcel.

-Desde luego, pero no te pienses que estás en el paraíso. Verás, la casa de reinserción es un infierno: te controlan a todas horas, te visitan al trabajo, te restringen el uso del coche, te someten

a pruebas semanales de comportamiento... Hasta te hacen test de alcoholemia. Y si cometes el más mínimo error te devuelven a la cárcel con una pena ampliada. Se diría que están esperando que metas la pata para joderte. -El abogado apuró la pinta y se secó los labios con una servilleta de papel-. Pero tienes razón. Con todo y con eso, no es habitual que un recluso renuncie a la casa de reinserción.

-Y los que renuncian a ella, ¿por qué lo hacen?

El abogado se encogió de hombros.

-Bueno, los tíos que saben que nada más salir volverán a delinquir prefieren esperar en la cárcel. Para los reincidentes es mejor cumplir toda la pena en prisión y salir con la condicional. De esa forma no tienen ataduras y pueden volver a sus delitos con tranquilidad.

Cheney se recostó sobre el respaldo de madera del reservado.

-Mi hombre no era un delincuente habitual -dijo-. Tiene que haber otra razón.

-Tal vez tuviese miedo de cagarla y volver a Oldstock con otra condena, o que se viese incapaz de encontrar un trabajo, o que simplemente quisiese tener las manos libres para ir adonde quisiera... no sé, Moore. Cuéntame más de ese tío.

El investigador resopló incómodo. Su pinta estaba casi llena.

-Lo encerraron por atraco a mano armada. Le cayeron cinco años. Se negó a delatar a sus cómplices y cumplió cuatro.

-¿Tenía antecedentes?

-No.

El abogado reaccionó como reaccionan los que se encuentran con una noticia inesperada.

-Sí, es raro que alguien así renuncie a la casa de reinserción -admitió.

Cheney se incorporó para hablar en un tono más bajo.

-Mira, el hombre al que busco fue a recoger a ese preso el día que salió de Oldstock.

-Entonces seguramente contactó con él los días previos a salir de la cárcel. Si consigues el registro de llamadas y visitas de ese recluso podrías encontrarlo.

-Es una gran idea. -La cara de Cheney se iluminó por primera vez desde que empezó aquella investigación-. ¿Sabes cómo podría conseguirlo?

-Necesitarías demostrar un interés legítimo en la información -respondió el abogado-. ¿Ese ex recluso tuyo está inmerso en alguna investigación policial?

-Sí.

-Vaya. Pues entonces, a menos que la policía quiera, no podrás acceder al registro.

El rostro de Moore volvió a su color mate habitual. Dejó a su vecino de despacho y subió a su oficina. Puso el periódico sobre el escritorio y se quitó la chaqueta. La luz roja de la base de su teléfono que avisaba de la llegada de nuevos mensajes brillaba insistente como un bebé reclamando a su madre. El investigador fue a levantar el auricular para escucharlos, y justo en ese momento sonó el teléfono.

Por entonces yo llevaba varias horas sin noticias de Cheney Moore y los nervios se habían apoderado de mí. Así que decidí levantar el auricular y marcar el teléfono de la oficina del investigador.

-Aquí Moore -respondió con voz indolente.

-Maldita sea, llevo llamando toda la tarde.

-Hola, Madison, acabo de regresar al despacho.

-¿No me dijo que si quería algo podía dejarle un mensaje en el contestador? -pregunté tratando de reprimir mi enfado-. Le he dejado varios.

-No he tenido acceso a él en las últimas horas. ¿Tiene algo para mí?

-No, es usted el que debería tener algo para mí. ¿Cómo le fue? ¿Encontró a Wilson?

-No. No sé dónde está, ni tampoco quién es. Lo único que sé es que fue él quien llevó a Sanders al Saratoga Inn.

-¿Y cómo sabe eso?

-Porque nadie más aparte de la policía estaba al corriente de que Sanders fue al Saratoga. Ese dato no salió en el periódico, me lo dio el propio Wilson. He pensado ir otra vez al hotel a ver si alguien puede darme una pista, pero temo que si el director me ve por allí llame a la policía.

-No, Moore. No se arriesgue. Y sobre todo no le hable a la policía de mí, ¿entendido? Las empresas de seguridad estamos muy vigiladas ahora que se acercan las Olimpiadas y la policía puede buscarnos problemas a la menor sospecha.

-No se preocupe, Madison. Nadie descubrirá nunca que trabajo para usted. Por cierto, ¿sabe que Sanders renunció a la casa de reinserción y pasó los últimos seis meses de su condena en Oldstock?

-No tenía ni idea -gruñí-. ¿Cómo demonios iba a saber yo eso?

-¿Y no le parece raro? Me refiero a que Sanders prefiriese Oldstock a la casa de reinserción. ¿Por qué haría algo así?

-Y yo qué sé. -La pregunta me había molestado bastante-. ¿Acaso piensa que Sanders y yo éramos amigos? Oiga, Moore, escuche una cosa. Le he llamado porque he estado pensando en lo que le dije acerca de que tuviese cuidado. Le seré sincero, no lo digo por usted. Estoy pensando más que nada en que mi empresa y yo podamos meternos en algún lío. Así que, ¿por qué no permite que uno de mis guardias de seguridad le acompañe? Así me quedará más tranquilo.

-No necesito escolta, Madison. Trabajo solo.

-No sea majadero. Puede que se meta en problemas y...

-Ahora tengo que dejarle -cortó Cheney-. Tengo algo que hacer.

Y colgó.

Cheney se reclinó en su sillón y abrió el periódico. Leyendo por encima los titulares de la sección local se fijó en una noticia absolutamente inesperada. Una noticia que lo volvió a poner sobre la pista de Ralph Sanders.

A la mañana siguiente el investigador privado se afeitó y se puso el mejor traje que tenía. Se limpió los zapatos, se anudó meticulosamente la corbata y bebió su café con cuidado que no le salpicara ni una gota. Consultó su reloj cada cinco minutos para asegurarse de que no saldría ni un segundo más tarde de la hora programada.

A las nueve y media, abrió la puerta de su apartamento y bajó al garaje. Cuando salía del inmueble en el Pontiac vio un coche patrulla estacionando justo delante del vado. Cheney bajó la ventanilla.

-Perdone, ¿le importa apartarse un poco? Tengo que salir.

Un agente bajó del puesto del copiloto y se acercó.

-¿Es usted Cheney Moore? -preguntó.

-Sí.

-Acompáñenos, por favor. Le esperan en jefatura. Puede venir en su coche. Conduzca delante

de nosotros.

-Oiga, ¿no puedo pasarme más tarde? Tengo una cita importante.

-Tenemos órdenes de acompañarlo a jefatura, señor Moore. No podemos llevarlo detenido, pero si se niega a venir lo retendremos aquí hasta que el sargento disponga otra cosa. Así que de todos modos perderá su cita.

Moore suspiró pesadamente.

-Está bien, ustedes ganan.

Cheney salió despacio seguido por el coche patrulla y condujo pacientemente hasta la calle Los Ángeles. Aparcó en un reservado para visitas y subió al Departamento de Homicidios. El sargento lo esperaba en la puerta de su despacho.

-Bueno, Moore, ya sabe lo que quiero -dijo mientras le indicaba con la cabeza que pasase al interior.

El investigador tomó asiento cautelosamente y en un principio optó por guardar silencio. El sargento se sentó frente a él, al otro lado del escritorio. Tenía más pelos que nunca en el cogote.

-No me irá a decir que ha dejado el caso, ¿verdad?

-No sé qué quiere de mí, sargento.

El policía negó con la cabeza. Abrió una carpeta azul de gomas que tenía sobre la mesa y extrajo un papel que le alargó a Cheney. Era una fotografía. La fotografía de un rostro sanguinolento e hinchado que el investigador reconoció al instante.

-¿Sabe quién es? -preguntó el sargento.

-Sí, es Floyd el Dedos. El recluso que visité en Oldstock.

Cheney devolvió la fotografía al sargento.

-¿Cómo está Floyd? -preguntó el investigador-. ¿Ha muerto?

-No, saldrá de esta. Pero pasará una temporada en el hospital. De todos modos no nos hacemos ilusiones con que él nos diga qué demonios ha pasado.

-Ya veo.

El sargento bebió un sorbo de café de una taza con el logotipo del Departamento de Policía.

-¿Por qué no me cuenta de una vez qué le dijo el Dedos?

-Ya le dije que nada importante. Es la verdad.

-Mire, Moore, en la cárcel eso que usted ha visto ahí en la foto se lo hacen a los chivatos.

-También a los que no pagan las deudas del juego.

-Sí, pero el Dedos no jugaba -dijo el sargento esforzándose por no perder la compostura-. Ni tampoco debía pasta a nadie. Le han zurrado por chivato. Y la única persona con la que ha hablado ha sido usted. Así que ya está ahora mismo diciéndome qué demonios habló con el Dedos o le hago trizas.

El sargento bebió pacientemente otro sorbo de café. Cheney sabía que a pesar de su fingida calma, el policía estaba en plena ebullición. El investigador se preguntó si había llegado el momento de soltar la lengua.

-Me confundió con un miembro de la Familia -dijo al fin entre dientes.

El sargento se incorporó.

-¿La Familia? ¿La mafia italiana de California?

-Sí. Cuando le pregunté por Ralph Sanders, el Dedos dio por sentado que la Familia me había

colado en su lista de visitas. Yo no le saqué de su error. Al contrario, me aproveché de ello para sonsacarle información sobre Sanders, pero no me dijo nada de interés. Únicamente que Ralph no se metió en ningún lío dentro de la cárcel.

El sargento descolgó el teléfono y marcó un número interior de cuatro dígitos. Habló brevemente con alguien en voz baja y volvió a colgar.

-Cuéntemelo de nuevo -dijo.

Cheney repitió la historia palabra por palabra. Antes de que terminase, la puerta del despacho del sargento se abrió y por ella apareció el teniente. Tenía la misma pinta de oficinista aburrido, si bien en esta ocasión llegó acompañado de dos amplios surcos de humedad en la camisa a la altura de las axilas. El teniente se quedó de pie apoyado en el quicio de la puerta detrás del investigador privado.

-Repita todo otra vez -dijo el sargento.

Cheney contó lo mismo por tercera vez.

-Tiene sentido -dijo desde atrás el teniente-. Encaja con un golpe mafioso.

-¿Sanders tenía relación con la mafia californiana? -preguntó Moore.

-No tenemos pruebas ciertas -dijo el sargento-. Pero en Oldstock hay muchos miembros de la Familia cumpliendo condena por la ley RICO antimafia.

-Es posible que Sanders se mezclase con ellos en prisión y que al salir le ajustasen cuentas -apuntilló el teniente desde atrás.

-Pasaremos aviso a la Unidad de Crimen Organizado del FBI -dijo el sargento mirando a su superior. Este le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Cheney se alegró de que aquella decisión zanjase el tema de su conversación con el Dedos, y así no tuviese que hablar más de ella. Se levantó dispuesto a marcharse.

-Teniente -dijo-, a pesar de que el tema parece relacionado con el crimen organizado me pregunto si sería posible acceder al registro de llamadas y visitas de Sanders para investigar por mi cuenta algo más.

-¿Ha perdido el juicio? -dijo el sargento-. ¿Acaso quiere que lo maten?

-Mire, Moore -intervino el teniente-, más le vale que no meta sus narices en el crimen organizado de California. La Familia no suele participar a lo loco en delitos de sangre, pero en algunas ocasiones reacciona muy violentamente. Siga mi consejo y dedíquese a los divorcios y los seguros.

Cheney se encogió de hombros.

-No entiendo en qué lío podría meterme -dijo.

-¿Dio su verdadero nombre al Dedos? -preguntó el sargento-. Si lo hizo, a estas alturas la Familia ya sabrá quién es usted.

-No, no le di mi nombre -dijo Cheney.

-No hace falta que le diese su nombre porque nosotros lo hicimos figurar en el registro de visitas de Floyd el Dedos para que le dejasen verlo -zanjó el teniente-. Si la Familia recurre a los funcionarios que tiene comprados no tardará ni un minuto en dar con usted. Así que hágame caso y olvide el asunto.

El teniente no dijo más. Salió del despacho y cerró dando un portazo.

Cheney quedó unos segundos perplejo, con la vista perdida en algún punto de la habitación. Una sonrisa macabra se deslizaba a través de la cara rechoncha del sargento mientras disfrutaba

del terror que su jefe había inoculado en el investigador privado.

Cheney revisó nuevamente el periódico del día anterior antes de bajar del coche. El recuadro de la página quince indicaba esa dirección, el 4230 Sur, en el lado este de la avenida Normandía. Un edificio blanco de estilo anglosajón con tejado marrón, varias filas de ladrillo rosado y un cartel en la puerta con la inscripción PARROQUIA DE SANTA CECILIA.

Cheney bajó del Pontiac y descubrió que las piernas le temblaban ligeramente al apoyar el pie en la acera. Se dijo una vez más que, al contrario de lo que sospechaba la policía, la muerte de Sanders no tenía que ver con la mafia californiana, sino con el asesino del acantilado. Pero inevitablemente, en su interior, la alarma activada por el teniente le había agitado sus entrañas provocándole un enorme desasosiego. Si la Policía de Los Ángeles había querido asustarle, lo había conseguido. Se preguntó si debía volver al despacho a por un arma, pero al reparar en el imponente edificio de la iglesia que se erguía ante él, optó por no perder más tiempo.

Dejó atrás la discreta construcción adyacente donde tendrían su residencia los sacerdotes y giró por la Cuarenta y tres para acceder por el lateral. La puerta estaba abierta. Cheney pasó al interior del templo y comprobó que el oficiante ya se había retirado a la sacristía. Junto al altar, unas pocas personas se arremolinaban en torno a alguien. El funeral de Ralph Sanders ya había terminado.

Moore observó la escena en segundo plano, sentado en un banco. La mayoría de las personas congregadas parecían hispanas. En el centro, recibiendo todas las condolencias, una mujer menuda con las mejillas enrojecidas por el llanto y completamente vestida de negro agradecía con una sonrisa forzada cada uno de los abrazos. Cheney repasó todos aquellos rostros, pero entre ellos no se encontraba el de Charlie Wilson.

Poco a poco la gente fue deshaciendo el corro alrededor de la mujer de luto, y emprendió el camino de salida con rostro circunspecto. La última en desfilar por el pasillo central hacia el exterior del templo fue ella. Iba sola. Cheney se levantó al pasar junto a él.

-¿Es usted la señora Sanders?

-Sí -dijo ella en un gemido.

-Me llamo Moore.

El investigador le ofreció su mano, que ella estrechó débilmente con tres dedos.

-¿Era amigo de Ralph?

-Algo así. ¿Ha venido usted sola? ¿Puedo llevarla a casa?

-Unas vecinas se han ofrecido para acompañarme -dijo ella.

-He traído el coche. Déjeme que la acerque.

La señora Sanders titubeó unos instantes, pero accedió ante la sonrisa paternalista de Cheney. El investigador la tomó del brazo y la llevó a la salida. La vio despedir a sus amigas en la puerta de la iglesia mientras echaba una ojeada a su alrededor. Aparentemente la policía no había considerado necesario acudir al funeral de Sanders.

La mujer indicó a Moore que podían ponerse en marcha. Cheney la condujo al Pontiac y cerró con delicadeza la puerta cuando ella hubo tomado asiento. Siguiendo sus indicaciones bajó por la Cuarenta y dos Oeste hasta el bulevar Hobart y aparcó frente a una casa unifamiliar de ladrillo beige circundada por una pequeña valla metálica y un par de palmeras a ambos lados de la cochera. Una nube de tierra arrancada al suelo saludó la apertura de la portezuela cuando el Pontiac irrumpió en el interior de la propiedad.

La señora Sanders se adelantó para abrir e inmediatamente un enorme gato del mismo color que la fachada de la casa acudió a restregarse en los pantalones de Cheney.

-Disculpe a Jessy -dijo ella sonriendo por primera vez-. Es cariñoso hasta el acoso.

-Ya veo, ya.

Moore alejó delicadamente a puntapiés al gato tratando de abrirse paso hasta el salón.

-Póngase cómodo. En un minuto estoy con usted -dijo la señora Sanders.

Cheney la vio perderse por el pasillo y se sentó en un sofá junto a la televisión dispuesto a esperar pacientemente. Pero el gato Jessy no se lo iba a poner fácil. De un salto se subió en sus rodillas y volvió a restregarse con firmeza en la pechera del investigador.

Moore dio un manotazo menos ceremonioso al gato y se levantó. Curioseando por la habitación reparó en una fotografía enmarcada que había sobre un aparador. Era un retrato de bodas de una pareja de novios. La mujer era fácilmente reconocible: la señora Sanders. Cheney no reconoció al hombre de la fotografía, pero definitivamente no era Ralph Sanders.

La llegada de la anfitriona sorprendió a Moore con el retrato en la mano.

-¿Su primer marido? -preguntó.

-Mi primer y único marido. Murió hace diez años.

Una sombra de duda oscureció el rostro de Cheney.

-Pensé que Ralph...

-Ralph era mi hermano, ¿no lo sabía? -aclaró ella tomando entre sus manos el retrato-. Sanders es mi apellido de soltera.

La señora Sanders vestía un jersey de punto negro de cuello alto y una falda de tela gris. Se había soltado el moño que llevaba en la iglesia y ahora la melena color caoba le colgaba suelta sobre los hombros.

-No lo vi a usted en el entierro. ¿De qué conocía a Ralph, señor Moore?

Cheney se tocó la oreja con el hombro.

-De Oldstock... -dijo avergonzado.

-Ya... y dígame, ¿usted sabe algo? ¿Sabe quién asesinó a mi hermano?

Cheney miró compasivo a la hermana de Sanders.

-La policía cree que en la cárcel se mezcló con la Familia, la mafia californiana.

-¿Los italianos?

-Sí, los italianos. Seguramente el asesinato fue un ajuste de cuentas.

La mujer negó con la cabeza. Su mirada se perdió en algún punto de la habitación.

-Ellos... son católicos, como nosotros -dijo en un susurro.

Cheney trató de sacarla de su ensimismamiento:

-¿Ralph estaba casado, señora Sanders? -preguntó.

-Lo estuvo, pero no encontrará a su mujer.

La hermana de Sanders se sentó en un mullido sillón rematado por un tapete de punto. Cheney volvió al sofá, lo cual fue el reclamo perfecto para que el gato se le echase encima de inmediato.

-¿Por qué dice eso? ¿Qué pasó con ella?

-Al poco tiempo de casarse, allá por el 68, discutieron y ella se fue de casa. Ralph la buscó, pero no consiguió encontrarla. Por aquellas fechas, además, murió nuestra madre. Ralph se

deprimió, y entonces decidió alistarse para ir a Vietnam.

-¿Qué edad tenía cuando se fue?

La mujer se levantó y abrió un cajón del aparador. Sacó un retrato que entregó a Cheney.

-Veintiocho años. Esta es la fotografía que le tomaron antes de salir.

El investigador vio a un Ralph mucho más joven vestido de militar. Miraba a la cámara con una expresión extraña, una sonrisa quebrada, a medio construir, como si el fotógrafo le hubiese pedido que hiciese un esfuerzo por fingir que en realidad era feliz.

-Un momento -dijo Cheney-, si Ralph se fue a Vietnam en el 68 con veintiocho años, entonces nació en 1940...

-En el 41. Se fue a Vietnam en 1969.

-Pero entonces ha muerto con cuarenta y cuatro años.

-Aún no los había cumplido.

Cheney quedó unos segundos absorbiendo su perplejidad. Verdaderamente el rostro demacrado que vio en la morgue aparentaba mucha más edad, aunque aquello podía ser normal considerando las heridas sufridas. Pero en la fotografía del periódico tomada en el juzgado y que él llevaba en el bolsillo de la chaqueta, Sanders solo tenía treinta y nueve años, y aparentaba muchos más.

-Ralph regresó muy deteriorado de Vietnam. -La mujer recuperó el retrato y lo miró con cierta nostalgia-. Fue prisionero de guerra durante más de tres años. Él no habló nunca de aquello, pero debió de pasarlo muy mal. Por ahí tengo la carta que nos llegó en la que el ejército nos informaba de que Ralph había sido capturado por los vietnamitas. ¿Quiere verla?

Cheney negó con la cabeza. Ella guardó el retrato en el cajón y volvió al sillón.

-Cuénteme algo de usted -dijo la mujer con un tono algo más jovial-. ¿Dice que conoció a Ralph en la cárcel?

-Más o menos. No es fácil hablar de ello.

-Lo supongo. En el fondo, viendo lo que ocurrió con mi hermano, no puedo evitar pensar que mucha gente arruina su vida por sí sola. Quizás en la cárcel hubiese gente como él...

-La mayoría -confirmó Moore.

Cheney empujó al gato con cierto disimulo para quitárselo de encima y se incorporó ligeramente.

-Señora, tengo interés en saber qué ocurrió con Ralph. Me refiero a las circunstancias de su muerte. ¿Le importa si hablamos de ello?

-No, no me importa.

La mujer cogió al gato, lo puso sobre su regazo y lo acarició hundiendo sus dedos en la suave pelusa de la barriga del animal.

-¿Ha venido a verla la policía? -preguntó el investigador con cierta cautela.

-Sí, el mismo día que apareció el cadáver. Vinieron a darme la noticia.

-¿La interrogaron? ¿Le hicieron preguntas?

-No. Ellos ya sabían que yo no tenía idea de nada.

-¿Qué quiere decir, señora?

-Quiero decir que yo ni siquiera sabía que habían liberado a Ralph -dijo con toda la naturalidad del mundo.

-¿No se lo había dicho él?

-No. A Ralph solo lo visité un par de veces en los cuatro años que pasó en Oldstock. La última vez que tuve contacto con él fue hace un par de meses, en las Navidades. Le envié un paquete con algunas cosas.

-¿Por qué no iba a verlo? ¿Tenía usted mala relación con él?

-No. Simplemente él me pidió que no fuese a la cárcel.

Cheney permaneció en silencio, tratando de provocar alguna explicación adicional.

-Ralph era consciente del camino de autodestrucción que había emprendido -concluyó la mujer-. Entiendo que no quisiera que otros fuesen testigos de ello.

El gato saltó de las rodillas de la hermana de Sanders deseoso de volver a las de Cheney.

-Cuénteme qué pasó cuando regresó de Vietnam.

-Fue en el 73... cuando firmaron la paz en París. En el 73, ¿no?

Moore asintió.

-Hubo un intercambio de prisioneros y a él lo liberaron. Cuando regresó a casa estuvo unos días aquí, en la habitación de invitados. Llegó muy desmejorado. El ejército lo puso en tratamiento psicológico, y durante un tiempo estuvo yendo a ver a un médico.

-¿Estaba de servicio?

-No. Le pagaban una pensión pequeña, pero ni iba de uniforme ni aparecía por ningún cuartel. Pero aquello duró poco. Encontró el trabajo en el banco, el West Savings de Santa Teresa, se compró una casa y se trasladó allí. Supe muy poco de él hasta que lo detuvieron por el atraco.

-Lo defendió el actual ayudante del fiscal...

-Sí. Yo le encontré ese abogado.

-¿Usted conocía al ayudante del fiscal?

La hermana de Sanders sonrió tímidamente con cierto orgullo.

-A él no. Yo conocía a su madre. Ella es voluntaria en la parroquia, en Santa Cecilia -señaló con el dedo índice la ventana del salón-. Son católicos, como nosotros. Su hijo, el ayudante del fiscal, aceptó el caso cobrando unos honorarios reducidos que negoció con el propio Ralph.

Cheney asintió a todo. La mujer se levantó y recogió a Jessy de las rodillas del investigador. Lo dejó en el pasillo y cerró la puerta.

-¿Por qué está usted tan interesado en Ralph? -preguntó mientras se sacudía los pelos del gato en la falda-. ¿Eran muy amigos?

-No diría tanto... pero sí me interesa saber quién lo mató.

-Usted dice que fue la mafia, ¿no?

-Eso piensa la policía... pero hay algunos cabos sueltos.

La hermana de Sanders abrió una cajita de nácar del aparador y sacó una pastilla de café. Ofreció una a Cheney, pero este rehusó la invitación.

-En esta casa no encontrará nada de utilidad, señor Moore -dijo volviendo a la butaca-. Se lo aseguro.

-¿No le ha entregado la policía los efectos personales de su hermano?

-No. Aquí no hay nada, salvo... bueno, espere.

La mujer se levantó de un salto. Abrió la puerta que daba al pasillo y se perdió en él. Jessy

aprovechó para colarse nuevamente. Al verlo llegar, Cheney se levantó y dio un pequeño puntapié al gato para alejarlo. La hermana de Sanders apareció al cabo de un momento con una caja de zapatos cerrada con cinta aislante.

-El abogado de Ralph me dio esto cuando lo detuvieron -dijo poniendo la caja sobre la mesa-. Son algunas cosas que tenía Ralph en su casa de Santa Teresa.

El investigador observó la caja como si fuese una reliquia preciosa. Al fin sabría que había en aquella casa de Conquistadores que él encontró ya vacía.

-¿No la ha abierto usted? -preguntó fijándose en una cinta aislante que la cerraba.

-Sí, cuando me la trajeron. Pero no recuerdo que hubiese nada interesante ahí dentro. De hecho me había olvidado completamente de ella. ¿La abrimos?

Cheney asintió y dio un paso atrás mientras los dedos largos y artríticos de la mujer despegaban con destreza las tiras adhesivas. El gato Jessy se subió a la mesa para presenciar la escena.

Lo primero que apareció fue un paño de tela que cubría todo el contenido. La hermana de Sanders lo tiró al sofá. A continuación empezó a sacar algunos objetos.

-Veamos, una gorrilla militar, unos pañuelos con sus iniciales bordadas, un mechero, una pluma del ejército, unas gafas de sol... y aquí abajo... un pastillero, un par de periódicos de... de junio del 76. Una cartera vacía, un llavero... ¿qué es esto?

La mujer pasó a Cheney un cuadernillo sin espirales con las tapas marrones muy gastadas. El investigador lo abrió.

-Es una cartilla del ejército -dijo.

-Un abrecartas, unas tijeras para las uñas, un peine... y ya está.

La mujer mostró la caja vacía a Cheney, pero este no prestó atención. El investigador estaba leyendo la cartilla militar de Ralph Sanders.

-¿Hay algo interesante? -preguntó la mujer asomándose por encima de su hombro.

-No... Se alistó el lunes 17 de febrero de 1969. Ingresó en la infantería y lo enviaron al campo de adiestramiento de Fort Ord, en la bahía de Monterrey. Allí estuvo cuatro meses. En junio fue a Vietnam.

Cheney pasó las páginas rápidamente hasta el final. Al hacerlo algo cayó al suelo. La hermana de Sanders se agachó para recogerlo.

-¿Qué es eso?

-Unas fotografías -dijo ella-. De la época de Vietnam.

La mujer tendió a Cheney tres fotos. Habían sido tomadas con una máquina automática Polaroid y a pesar de estar algo descoloridas, las imágenes que mostraban eran reconocibles. La primera de ellas era un retrato de Ralph Sanders en uniforme. Miraba apáticamente a la cámara con el gesto cansado y un cigarrillo colgándole de los labios. La segunda contenía un grupo de unos treinta militares, la mitad en pie y la mitad con una rodilla en tierra delante de unas tiendas de campaña, probablemente del campamento levantado por la compañía de Sanders.

-Ralph es este de aquí, el de la izquierda -dijo la mujer señalando un soldado muy serio con el casco echado hacia atrás.

-Parece que tiene una venda en la cabeza.

-A ver... sí, tal vez lo hubiesen herido.

La tercera fotografía quedó entre los dedos de Cheney como muerta durante unos segundos

interminables. En ella, Ralph Sanders seguía apareciendo con su perenne rostro de lejana indolencia. Junto a él, otro soldado con la camisa medio abierta sonreía ampliamente al fotógrafo mientras pasaba el brazo sobre el hombro de Sanders como si tratase de animarlo.

-No sé quién es ese de la foto que está con Ralph -dijo la mujer-. Parece un amigo, ¿no?

Cheney no contestó. Seguía con la vista fija en aquel papel delator de una imagen robada al tiempo, pues él sí había reconocido la cara del soldado amigo de Sanders. Un rostro que pertenecía a un hombre que había conocido días antes y que había afirmado llamarse Charlie Wilson.

Una inesperada tromba de agua recibió a Cheney en el aparcamiento del hotel próximo al aeropuerto donde se alojó Charlie Wilson. Con el traje completamente empapado, entró en el vestíbulo y en el mostrador de recepción reconoció a uno de los dos empleados que estaban de servicio.

-Buenas tardes. Estoy buscando a un cliente de su hotel.

-¿Qué número de habitación, señor? -preguntó el empleado levantando el auricular del teléfono.

-En realidad creo que ya no es cliente. Se debió marchar anteayer. Tampoco sé su nombre. Solo tengo esta fotografía.

Cheney se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta. Lo primero que salió de él fue la fotografía del periódico de 1980 que mostraba a Ralph Sanders saliendo del juzgado. El papel estaba completamente empapado y convertido en una pasta inutilizable. Cheney hizo un gurrúño con él maldiciendo por lo bajo y volvió a meter la mano en el bolsillo. Esta vez salió la fotografía Polaroid de Wilson y Sanders.

-Es este hombre de aquí -señaló Moore-, el que sonrío. Seguro que le recuerda.

El empleado miró la imagen con expresión adusta. A continuación levantó la vista para encontrarse con la de Cheney, pero no dijo nada.

-Soy investigador privado. -Moore puso sobre el mostrador la fotocopia de su licencia-. Estoy buscando a ese hombre. ¿Puede ayudarme?

-Si es usted investigador profesional debe saber que no estamos autorizados para facilitarle ese tipo de información.

Cheney se guardó la fotocopia.

-Espere, que me he traído esta otra licencia especial -dijo poniendo un billete de veinte dólares sobre el mostrador.

El de recepción cambió su expresión huraña por otra a medio camino entre el tedio y la hartura.

-Lo siento -dijo, y se alejó dando la espalda a Cheney y su dinero.

El investigador se guardó la foto y el billete. De camino a la calle cayó en la cuenta de que llevaba aferrada en el puño la masa amorfa en que había quedado reducida la fotografía del periódico de Ralph Sanders y la tiró con violencia al suelo.

Aún no eran las cuatro de la tarde. Cheney entró en el despacho y dejó la chaqueta mojada en el respaldo de una butaca junto al radiador. Encendió la lámpara de mesa y sacó del cajón del escritorio un folio para tomar notas. Llamó al servicio de información telefónica y consiguió sin dificultad el número de Fort Ord, el campo del ejército donde se adiestró a la infantería californiana que participó en la guerra de Vietnam.

-Buenas tardes, llamo de Los Ángeles -empezó Cheney-. Querría saber si ustedes podrían ayudarme a localizar a un soldado que pasó por Fort Ord y luego fue a Vietnam.

-Aquí no disponemos de las listas de bajas. Tiene usted que...

-No, no... este hombre está vivo. Regresó de Vietnam. Le busco por... por un tema de herencias. Sé que está aquí, en California.

-Pero ¿en el ejército? ¿Está destinado en nuestra base?

-No... no creo.

-¿Cómo se llama ese hombre? -preguntó el soldado de Fort Ord.

-Pues... es un poco extraño. En realidad no lo sé. Dispongo de una fotografía suya hecha en Vietnam en la que aparece con un soldado llamado Ralph Sanders.

-¿Y no sabe nada más?

-No. Tal vez a través del nombre de Sanders podamos...

-Eso no vale para nada -interrumpió el soldado-. Es posible que esos hombres perteneciesen a unidades diferentes. En Vietnam era común reagrupar los batallones. Además, ¿cómo sabe que su hombre estuvo en Fort Ord y no pasó por otro campo? En San Diego había dos, uno de la armada y otro para marines.

-Tengo la cartilla militar de Sanders...

-Pero usted está buscando al otro, ¿no? Mire, si lo único que tiene es una fotografía, nosotros no podremos ayudarle.

-Había pensado que si pudiese ver las fotografías de los alistados a la vez que Sanders tal vez pudiese dar con el nombre de...

-Oiga, esto no es el anuario de un instituto. Eso que pretende hacer... bueno, no sé si podrá hacerlo, pero desde luego tendrá que pedir una autorización al Departamento de Defensa y el papeleo puede que llegue hasta el Presidente.

Moore resopló afligido, definitivamente aquel no era su día. Dio las gracias al soldado y se reclinó en la butaca poniendo los pies en la mesa con las manos entrelazadas en la nuca. Miró el reloj que tenía colgado en la pared y pensó que lo mejor sería irse a casa. Entonces sonó el teléfono.

Yo seguía a remolque de Cheney Moore. El tipo estaba decidido a no contarme nada de sus pesquisas y yo estaba decidido a no darle tregua. Así que había vuelto a coger el teléfono para llamarle a su oficina.

-¿Hola? ¿Moore? ¿Me oye?

-Sí, aquí estoy, Madison. ¿Cómo está?

Detecté el soniquete cansado de quien se arrepiente de haber cogido la llamada.

-¿Cómo va todo? ¿Alguna novedad?

-Sí. Esta mañana he recibido la visita de la policía.

-¿La policía? -Me alarmé-. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

-No se inquiete. -Cheney parecía divertirse con mi inquietud-. Su nombre no salió en ningún momento. Por lo visto han dado una paliza a Floyd el Dedos en la cárcel.

-¿El Dedos? ¿El tipo a quien fue usted a ver para preguntarle por Sanders?

-El mismo. Está en el hospital con todos los huesos rotos y la policía quería saber si mi reunión con él había tenido algo que ver con la agresión.

-No le quepa duda de que así fue -dije con convicción.

-¿Por qué dice eso?

-Verá, Oldstock es una prisión de seguridad mínima con módulos de media -expliqué-. Allí están los condenados a penas cortas, que son la minoría, otros reclusos que han cumplido la mayor parte de la pena en otros lugares y están a falta de pocos meses de salir a la calle, y otros que tienen condenas largas pero son muy pacíficos. En Oldstock los internos tienen numerosos privilegios, en comparación con las cárceles de seguridad máxima. Si les pillan haciendo algo malo, los trasladan inmediatamente a... qué se yo, por ejemplo a Terre Haute en Indiana. Y eso es algo que nadie, repito, nadie quiere.

-¿Qué es lo que trata de decirme, Madison?

-Lo que intento hacerle ver es que en Oldstock no se da una paliza a un preso por colarse en el rancho o subir demasiado el volumen de la radio. Si los reclusos asumen el riesgo es por algo mucho más grave.

Hice una pausa. Cheney quedó unos instantes en silencio.

-¿Sigue ahí, Moore?

-Sí. -Cheney respiró pesadamente y habló con una voz cavernosa-. La policía cree que fue la Familia la que ordenó la paliza al Dedos.

-En Oldstock hay muchos mafiosos. La mayoría cumple condena por la ley RICO.

-Sí, eso me dijeron. Ellos están seguros de que fue un ajuste de cuentas de la Familia. Una vendetta.

Esta vez fui yo quien tomó aire:

-Escuche, Moore, creo que está adentrándose en terreno peligroso. Si Sanders se metió en problemas con la mafia californiana, ni usted ni yo queremos inmiscuirnos. La Familia no bromea. Le sugiero que se quede con los quinientos pavos que le di y se olvide del tema definitivamente.

Cheney no dijo nada.

-¿Me ha oído, Moore?

-Sí. Le he oído. Usted puede dejarlo, pero yo seguiré adelante.

-Vamos, no sea estúpido. Los polis tienen razón, ellos saben más que usted. A Sanders no lo mató el asesino del acantilado. Nos hemos equivocado, no hay ningún tesoro en el fondo del mar.

-Ya está bien, Madison. Déjeme hacer mi trabajo. Ya le aseguré que no diré a nadie que usted está metido en esto.

Me despegué el auricular de la oreja durante unos segundos que dediqué a maldecir por lo bajo a Cheney Moore. El tipo iba a terminar metiéndose en un buen lío y arrastrándome a mí de paso.

-De acuerdo, Moore. Siga adelante -accedí-. Pero cuénteme todas las novedades.

-Así lo haré.

Y colgó.

El Boeing 737 de Southwest Airlines de Cheney aterrizó puntual a las ocho y media de la mañana en la terminal 1 del Aeropuerto Internacional de San Francisco. Varios carteles de la Administración Federal de Aviación en el que anunciaba sus fantásticos progresos para reducir el ruido del aeropuerto acompañaron al investigador hacia la fila de taxis. Cuando le llegó su turno,

Cheney pidió al chófer que lo llevase a la calle Market, en el barrio próximo al Embarcadero.

La sede central del banco West Savings era un edificio acristalado cuyo ingreso estaba precedido por dos fuentes con esculturas mitológicas y un paseo de piedra blanca circundado por carpes americanos. El lugar parecía más bien un balneario. Son muy meritorios los esfuerzos de los bancos para que sus edificios no parezcan edificios de bancos.

Cheney se dirigió a la puerta principal del West Savings. Junto a ella vio un grupo de unas treinta personas con distintas pancartas y pegatinas que protestaban por algo. El investigador ignoró aquella manifestación y pasó de largo para acceder al mostrador de recepción. Una chica de unos veinte años que vestía una camisa blanca con el logotipo del banco bordado a la altura del pecho conversaba con dos guardias de seguridad de servicio en la puerta.

-¿Desde cuándo llevan ahí fuera? -preguntó uno de ellos.

-Desde anteayer -dijo la chica.

-¿Y qué quieren?

-Que los reciba el presidente, o el vicepresidente, no lo sé.

-¿Y para qué? ¿Acaso van a dar marcha atrás con el cierre de las sucursales?

-No creo.

-Para mí que esperan que les paguen indemnizaciones más altas.

Cheney carraspeó. La empleada dejó la charla con los dos guardias y fue a atenderle a la otra punta del mostrador.

-Buenos días. Querría hablar con algún responsable del banco sobre un antiguo empleado de ustedes.

-No sé si lo he entendido -dijo ella torciendo el gesto-. ¿Quiere hablar con un antiguo empleado nuestro?

-No. Sobre un antiguo empleado. Alguien que ya no trabaja en el West Savings.

La chica se encogió de hombros sorprendida ante tan insólita petición. Sacó de debajo del mostrador un listín de teléfonos internos y marcó un número de tres dígitos. Después de colgar se dirigió a uno de los guardias.

-Por favor, acompaña al señor al despacho de Florian.

El guardia, un mocetón de casi dos metros de altura con enormes manos pecosas, condujo a Cheney hasta el ascensor. En el segundo piso Moore se encontró con un hombre de largo bigote en forma de herradura y gruesas gafas de concha negra que lo acompañó a su despacho. En la puerta pudo leer una inscripción metálica que decía: D. Florian. Recursos Humanos.

-Usted dirá, señor...

-Moore. Me llamo Cheney Moore, soy investigador privado de Los Ángeles.

Cheney le pasó una de sus tarjetas.

-¿En qué puedo ayudarle, señor Moore?

-Verá, señor Florian, estoy buscando información sobre un antiguo empleado de ustedes llamado Ralph Sanders.

Cheney hizo una pausa esperando alguna reacción, como si pronunciar aquel nombre maldito fuese a desatar algún conjuro maléfico. Pero, para su sorpresa, nada ocurrió. El rostro de su interlocutor permaneció tan impasible como siempre.

-¿Sanders, ha dicho usted?

-Sí. Estoy seguro de que lo conoce. Fue la persona condenada por el robo a la sucursal de

Santa Teresa hace cuatro años. No me diga que no ha oído hablar de él.

-Ah... vaya. Yo es que llevo poco tiempo en el banco. En realidad menos de un mes. Pero ese tal Sanders no trabaja aquí ahora, ¿verdad?

-No -dijo Cheney-. Murió hace unos días.

-Ya... bueno, lo lamento, señor Moore. Y ¿qué es lo que quiere exactamente del banco?

El investigador se removió en la silla con incomodidad. Echó un vistazo a su alrededor y observó un par de cajas de cartón a medio vaciar junto a una maceta. Aparentemente aquella no parecía la mejor fuente de información del lugar, y Moore se dijo que tal vez por ello le habían permitido ver a ese individuo.

-¿Podría acceder a su ficha de empleado? -preguntó al fin Cheney.

-¿Ficha de empleado? No me consta que aquí tengamos una ficha de empleados antiguos.

-Me refiero al dossier profesional que toda empresa debe tener de sus trabajadores.

-Pero eso, si existe, debe contener información confidencial, ¿no es así?

-Bueno, como le he dicho, Sanders ha fallecido y...

-Escuche, señor Moore, de verdad que me gustaría ayudarle, pero creo que no podré hacerlo. Mire. Venga aquí, mire.

Florian se levantó e invitó a Cheney a que se asomase por la ventana que tenía detrás de su mesa. Desde allí, unos metros más abajo, seguían reunidos los manifestantes en torno a la puerta del West Savings.

-¿Ve esa gente? Tengo que negociar con ellos a raíz de una reestructuración de personal de la cual yo no soy el responsable, pero que, ya ve, me toca defender. Como comprenderá, un ex empleado que según usted nos atracó hace cuatro años y que, por lo visto, ha muerto no es una prioridad para nosotros y no puedo permitirme dedicarle tiempo a ese asunto. Lo entiende, ¿verdad?

Florian tomó suavemente del codo a Moore para conducirlo a la salida. No dejó de hablar en todo el trayecto.

-Estoy seguro de que si localiza a algún miembro de la familia de ese hombre, o incluso, qué se yo, de su club de tenis, de ajedrez, o de pesca submarina, le será más útil que nosotros. Y ahora discúlpeme si no le acompaño a la salida. Buenos días.

El empleado del West Savings cerró la puerta del despacho en las narices de Cheney. Este, con más frustración que enfado, volvió sobre sus pasos, subió al ascensor y salió del edificio.

En la puerta se vio en mitad de la manifestación de los antiguos empleados. Se echó la mano al bolsillo para sacar un chicle y justo entonces escuchó una voz a su espalda.

-¿Me da fuego, amigo?

Era un hombre de unos cincuenta años, con una boca lisa, casi sin labios, de la que colgaba un cigarrillo apagado y unos ojos tristes desparramados sobre las mejillas.

-Lo siento -dijo Cheney-, me ha pedido una de las dos cosas que no he tenido nunca. La otra es suerte.

-No se preocupe. ¿Es usted de los nuevos empleados del banco?

-No. He venido de Los Ángeles para pedir información sobre una persona, pero sin éxito.

El hombre se puso el cigarrillo detrás de la oreja.

-¿De quién? -preguntó-. ¿De un cliente del banco?

-No, de un antiguo empleado. Ralph Sanders.

-¿Sanders? ¿No es ese el del atraco?

-Sí. El de la sucursal de Santa Teresa.

-Ya, en la sucursal... yo trabajé en las oficinas centrales y conozco a pocos de las sucursales, pero espere...

El hombre dio la espalda a Cheney pero regresó al cabo de pocos segundos acompañado de una mujer.

-Amigo, le presento a Marge. Ella ha formado parte del equipo de la red de sucursales. Pregúntele por su hombre.

Marge era bajita y rechoncha. Vestía un jersey de lana de cuello alto que trataba de ocultar sin mucho éxito la carne fofa que le colgaba del cuello.

-¿A quién buscas, guapo? -preguntó con una voz desafinada.

-A un antiguo empleado de Santa Teresa.

Cheney rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó la antigua fotografía de Vietnam en la que salían Sanders y Wilson. Se maldijo por haber perdido bajo la lluvia el recorte de periódico con la foto de Sanders.

-Se llama Ralph Sanders. -Moore mostró la imagen de la Polaroid-. Es este, el de la foto.

Marge se puso las gafas que le colgaban del cuello. Miró la foto y la devolvió a Moore.

-¿Me invitas a un batido? -preguntó la mujer.

-Claro.

Marge guiñó un ojo al hombre del cigarrillo en la oreja y se colgó del brazo de Cheney. Juntos entraron en una cafetería de la calle Spear, donde eligieron para sentarse una mesa situada al fondo de la barra. El local estaba anormalmente caluroso.

-Marge, ¿has podido reconocer al hombre de la fotografía?

-Ya lo creo. A los dos.

El camarero llegó para tomar nota de la comanda. La mujer pidió un batido de vainilla. Cheney, aún no repuesto de la impresión que le produjo oír aquellas palabras, solo acertó a decir: «otro».

-Dime quién eres -dijo Marge.

-Me llamo Cheney Moore. Soy investigador privado de Los Ángeles y estoy indagando sobre la muerte de Ralph Sanders.

-¿Sanders ha muerto?

-Sí. Lo mataron hace unos días, nada más salir de la cárcel.

-Guau, ¿de veras?

Marge sonrió. Cogió un cartón plastificado donde estaba impreso el menú de la cafetería y se abanicó vigorosamente.

-Los del West Savings no te contarán nada -continuó-. Lo del atraco de Santa Teresa es tabú.

-Me dio la impresión de que el tipo que me atendió, un tal Florian, ni siquiera sabía de lo que le estaba hablando.

-No te extrañes, guapo. Al banco solo le importa que los costes sean bajos, así que a los empleados que llevábamos más tiempo nos han echado a la calle. A Florian lo han sacado de un concurso de tontos.

El camarero llegó con dos gigantescas copas rebosantes de batido con nata. Marge se

abalanzó sobre la suya. El investigador aprovechó para sacar nuevamente la fotografía de Vietnam y ponerla sobre la mesa.

-Oye, Marge, me has dicho que has reconocido también al otro hombre de la foto. Este de aquí. -Cheney señaló el rostro de Charlie Wilson.

-Ajá. En realidad es a él a quien conozco mejor. A Sanders apenas lo vi un par de veces.

-¿Cómo se llama?

-Josh Mulligan. Josh también trabajó en la sucursal de Santa Teresa.

-¿En la sucursal de Santa Teresa? ¿Coincidió con Sanders durante el robo?

Marge dio otro trago al batido hasta dejarlo prácticamente a la mitad y se puso a jugar con la pajita.

-No -respondió-. Josh entró en West Savings bastante antes que Sanders. Trabajaron juntos durante un tiempo en Santa Teresa, pero a Josh lo trasladaron más tarde, meses antes del atraco. Él no tuvo nada que ver con aquello.

-¿Y sabes dónde lo trasladaron?

La mujer se secó con una servilleta antes de contestar.

-No... Pero vamos a ver, ¿tú no querías hablar de Sanders? Me estás liando, guapo.

-Sí -replicó Cheney-. Esta foto me la dio la hermana de Sanders, y me ha llamado la atención que tú conocieses a su compañero de Vietnam. Ni ella ni yo sabíamos quién era ese tal Mulligan.

-Ya. Bueno, no sé. Perdí la pista a Josh hace mucho tiempo. Me despidieron del West Savings hace cuatro meses, así que... -Marge se encogió de hombros-. No sé qué es de él. Tal vez lo hayan echado a él también.

Cheney quedó pensativo unos instantes mientras la mujer se terminaba el resto del batido. Sorbió con fuerza los últimos restos haciendo un ruido áspero de cañería atrancada.

-Oye, pero ¿qué querías saber de Sanders? -dijo ella.

-Pues... lo del atraco. Casi no salió publicado nada en la prensa. Por ejemplo, se dice que el dinero nunca se recuperó.

-Es verdad. Aquel atraco fue algo insólito. Los ladrones tuvieron mucha suerte. Tanta, tanta suerte, que enseguida surgieron las sospechas de que habían obtenido ayuda de alguien de dentro.

-Cuéntame cómo fue el golpe.

Marge sonrió con coquetería y volvió a agitar el menú plastificado para darse aire.

-Bueno, pero luego tú me cuentas algo sobre ti, ¿vale?

El investigador sonrió incómodo.

-El robo coincidió con la llegada de un furgón blindado que traía fondos a la sucursal de Santa Teresa. La caja fuerte de la oficina era de apertura retardada y por alguna razón cuando llegó el camión de la empresa de seguridad la caja no estaba abierta. Total, que allí tenían el dinero en la oficina y sin posibilidad de guardarlo en la caja. Había que esperar casi veinte minutos a que se abriese la caja, y justo en ese momento aparecieron los atracadores y se llevaron la pasta. Nada menos que tres millones de dólares.

Marge señaló el batido de Cheney con un dedo enorme rematado con una uña esmaltada en morado. Este le indicó que podía tomarlo, y la mujer sorbió un trago.

-Las oficinas pequeñas como la de Santa Teresa disponen de muy pocas medidas de seguridad -continuó la antigua empleada-. En ellas hay muy poco efectivo en la caja y a los

ladrones no les interesa correr el riesgo. Pero claro, si acaba de llegar un furgón...

-¿Qué descubrió la policía?

-Poca cosa. Los atracadores fueron dos chicos jóvenes. Se esfumaron enseguida, y no consiguieron encontrarlos. A saber dónde estarán ahora.

-¿Y Sanders? Por lo visto no estaba en la oficina cuando ocurrió todo...

-No. Había salido no se sabe dónde. Pero poco después de que se fuesen los atracadores volvió a la oficina y se encontró allí el robo y a la policía. Como te digo, muy pronto se empezó a sospechar que fuese un golpe preparado desde dentro, y entonces llegó el anónimo.

-Un anónimo en el que se acusaba del robo a Sanders...

-Sí. Les llegó a ellos, a los de la oficina de Santa Teresa, quiero decir. El director se lo pasó a la policía y ellos interrogaron a Sanders. Y el resto, bueno, supongo que lo conoces: lo condenaron.

Marge hizo una pausa para atacar nuevamente el batido mientras Moore la miraba pensativo.

-Oye, guapo, ¿me has dicho que vienes de Los Ángeles?

Cheney regresó del mundo de las ideas.

-¿Eh? ¿Cómo?

-Que si vienes de Los Ángeles.

-Sí. Llegué esta mañana.

-¿Y cuándo vuelves? -Marge dejó el batido a un lado y se incorporó apoyando los codos en la mesa.

-Esta tarde.

-¿Por qué no te quedas esta noche? Los de la protesta vamos a hacer una barbacoa en casa de...

-Oye, Marge -interrumpió Cheney-, me has dicho que a Josh Mulligan lo conocías más que a Sanders. ¿Qué me puedes contar de él?

La mujer suspiró abatida.

-Qué pesado estás -dijo-. Josh era un empleado normal y corriente. Tenía contacto con él porque en cada sucursal hay uno que nos tiene que pasar a la central los papeles del cierre de la caja, y en su caso lo hacía él.

-Pero me pregunto... si Josh Mulligan manejaba asuntos de la caja, tal vez... quiero decir, que a lo mejor estuvo involucrado en lo del atraco.

-¡Qué manía le has cogido al pobre chico! Ya te he dicho que no. Que cuando ocurrió aquello él llevaba varios meses fuera de la oficina de Santa Teresa.

Cheney asintió sin convicción. La mujer apartó la bebida y frunció el ceño. Moore temió que las suspicacias de la mujer creciesen y estas le llevasen a algún lugar que no le interesaba.

-Me has dicho que hoy hay una barbacoa, ¿no? -preguntó el investigador.

Marge recuperó la jovialidad:

-Sí, en casa de uno de nosotros, cerca de aquí. ¿Te apuntas?

-Tengo que hacer un par de gestiones, pero tal vez lo haga.

Moore sacó una servilleta de papel de la cajita de cartón y garabateó un número de teléfono.

-De todas formas -dijo-, si no lo consigo aquí tienes mi teléfono por si algún día vienes a Los Ángeles.

Cheney le pasó la servilleta. Ella la dobló delicadamente.

-Vale, te dejaré yo mi número -dijo Marge-. Aunque te lo pondré en un papel mejor para que te dure.

Sacó del bolso media cuartilla y cortó con cuidado un trozo rectangular. Anotó un número y se lo pasó a Cheney, quien se preguntó si sería el auténtico o, como el que él había escrito, uno totalmente inventado.

Después de despedirse de Marge hasta más tarde, Cheney pidió un listín telefónico al camarero y echó unas monedas por la ranura del teléfono público. A pesar de que según aquella mujer Mulligan ya no trabajaba en la sucursal de Santa Teresa en el momento del robo, al investigador le parecía que había demasiadas coincidencias que vinculaban a aquel antiguo compañero de Vietnam con el golpe. Cheney tenía la certeza de que Josh sabía algo del atraco, de Sanders y del dinero desaparecido. Y si eso era cierto había otra buena noticia: todavía había alguna esperanza de poner sus manos sobre el botín.

-West Savings, buenas tardes.

-Buenas tardes. Querría hablar con Joshua Mulligan, por favor.

-Espere un momento.

Cheney quedó unos instantes en espera. El teléfono se tragó otra moneda con voracidad mientras el corazón del investigador latía a doscientas pulsaciones. Si Mulligan había dejado el banco, localizarlo podría resultar casi imposible. Sobre todo si había cambiado de nombre y se movía por California con documentación falsa.

La voz de la telefonista volvió a resonar al otro lado:

-¿Oiga? ¿Sigue usted ahí?

-Sí, sí -dijo Moore con impaciencia.

-Mire, ha cometido usted un error. Joshua Mulligan no trabaja aquí.

Cheney descargó su frustración dando un sonoro puñetazo al mostrador que le valió una mirada reprobatoria del camarero. El teléfono tragó otra moneda.

-Vaya -dijo Moore-. ¿Y usted no sabría...?

-Oiga, ¿me oye? -interrumpió la chica-. Le digo que Mulligan no trabaja aquí, en los servicios centrales. Tiene que llamar a su oficina, a Fresno.

-¿A Fresno?

-Sí. Joshua Mulligan trabaja en nuestra sucursal de Fresno. ¿Quiere apuntar el número?

-¡Espere, espere!

Cheney hizo señas al camarero para que le pasase papel y lápiz. El tipo, con mala cara, le prestó el bolígrafo que llevaba en el bolsillo de la camisa.

-Oiga -dijo Moore tapando el auricular-, déjeme un papel.

-No tengo papel, amigo.

Cheney se apoyó el teléfono en el hombro y se registró los bolsillos. De uno de ellos salió el papel con el teléfono de Marge.

-Ya estoy -dijo Moore al teléfono-. Dígame.

-Apunte: Sucursal de Fresno, avenida Blackstone 2425. Le doy el teléfono.

El investigador apuntó todos los datos que le proporcionó la mujer. Dobló el papel y lo guardó nuevamente en el bolsillo.

-Gracias, señorita, muy amable.

Cheney colgó el auricular, satisfecho. Por fin le había sonreído la suerte. Por fin conocía el misterioso nombre de Charlie Wilson y sabía dónde encontrar al falso taxista de Santa Teresa. El veterano de Vietnam que coincidió con Sanders en la sucursal del West Savings.

Moore se dijo que tenía que ir inmediatamente a Fresno para hablar en persona con Josh Mulligan. Pensó que sería una buena idea llamarle antes para avisar de su llegada, pero cuando estaba a punto de marcar el número del West Savings de Fresno, se detuvo. Tal vez Mulligan se negase a verle y se marchase a su casa, y en ese caso el viaje de Cheney sería en balde. Sin embargo, tenía que asegurarse de que Mulligan había ido a trabajar. Levantó el auricular y llamó al número que le acababa de dar la telefonista. Respondió una mujer. Cheney preguntó por Mulligan y cuando la empleada se disponía a pasar la llamada después de confirmarle que sí estaba allí, el investigador colgó el teléfono.

Cheney salió a la calle y paró un taxi. Le pidió ir a la estación de trenes de la Cuarta con King. Al llegar, Moore buscó una empresa de alquiler de coches. Entró en la oficina de Budget y solicitó un Dodge Aspen durante un día. El empleado le tomó los datos y le pidió que esperase unos minutos mientras tramitaba el contrato.

Cheney sacó el paquete de chicles y se metió otro en la boca para aplacar sus nervios. Justo a la salida de la agencia de Budget vio una cabina telefónica. Dijo al empleado que volvía en un minuto y salió. Marcó el número de su servicio de contestador. Tenía un mensaje:

«Oiga, Moore, soy Frank Madison. Se lo diré alto y claro: si no me llama hoy olvídense de cobrar el próximo cheque.»

Cheney resopló quejoso. Colgó el auricular y volvió a levantarlo para marcar el número de la sede central de Lion Security.

-¿Cómo está, Madison? -La voz de Cheney me llegó distante con el típico ruido de fondo de los teléfonos públicos.

-Un poco harto de que no me mantenga informado de sus progresos, la verdad. ¿Dónde demonios está?

-En San Francisco. Los gastos del caso están subiendo. Tal vez necesite algo más de dinero.

-No le daré un céntimo a menos que me demuestre que esta estúpida investigación lleva a algún lado -dije.

-Precisamente por eso le llamo. Creo que tengo buenas noticias.

-Le escucho.

-Verá, me duele admitirlo, pero creo que usted tiene razón en una cosa: a Ralph Sanders no lo mató el asesino del acantilado.

-Menudo descubrimiento -dije-. ¿Y son esas las buenas noticias?

-No. Las buenas noticias son que sí hay un tesoro en el fondo del mar. Hay dinero. El dinero del botín del atraco está en algún lugar. Lo tiene alguien y creo que podemos conseguirlo.

Escuché con perplejidad aquella revelación.

-¿Cómo ha sabido eso? -pregunté.

-El tipo que me contrató, Charlie Wilson, conoció a Sanders en Vietnam. Debieron de planificar juntos el golpe a la sucursal de Santa Teresa, pero por alguna razón Wilson quedó fuera del reparto del dinero. Cuando Sanders salió de la cárcel, Charlie decidió que había llegado el momento de cobrar su porcentaje. Pero por lo visto llegó tarde. Otra persona, posiblemente un

tercer hombre que les ayudó con el atraco, se adelantó a Wilson, encontró a Sanders y lo liquidó. Seguramente después de llevarse la pasta. Cuando Wilson se enteró, me contrató para que lo pusiese sobre la pista del dinero sin que él levantara sospechas.

De repente se hizo el silencio al otro lado de la línea telefónica. Tardé unos instantes en asimilar todo aquel caudal de información.

-Pero... pero... ¿tiene alguna prueba de todo eso? -balbuceó.

-Bueno, eso es lo malo. No tengo ninguna.

-¿Ninguna? -Volví a calentarme-. ¿Me está diciendo que todo lo que me ha contado procede únicamente de su imaginación?

-No. Sé que Wilson trabajó en la sucursal de Santa Teresa hasta unas semanas antes del atraco y allí coincidió con Sanders.

Aquello me aturdió.

-Y ¿dónde está ese tal Wilson? -volví a preguntar.

-No lo sé. Aún no lo he localizado.

-Pero ¿sabe ya cuál es su verdadero nombre?

-Tampoco -dijo Cheney.

-¿Y por qué está tan seguro de que Wilson le llevará hasta el dinero? Ese hombre le contrató a usted precisamente para que le ayudase a encontrarlo...

Escuché a Cheney abriendo la puerta de la cabina. El ruido de la calle inundó la línea.

-Creo que Wilson ya ha encontrado el dinero -dijo Moore-. O está camino de ello. Mire, Madison, el tipo estaba dispuesto a marcharse de Los Ángeles antes de escuchar mi informe. No tenía pensado venir a verme. La noche que yo le vi por última vez ya había pagado su habitación de hotel, y eso es porque yo ya le había dado la información que él buscaba. Sin yo saberlo, le dije lo que él necesitaba saber.

-Pero ¿qué demonios le contó usted? -pregunté histérico.

-No lo sé. Estoy tratando de hacer memoria.

Aquello me sobrepasó.

-Sea sincero, Moore. ¿Usted de verdad es investigador?

-Eso mismo me preguntó Wilson.

-Me parece que le han tomado el pelo. Todos se lo han tomado, empezando por Charlie Wilson. Ese tipo fue a usted, le dio un nombre falso, le contó una sarta de mentiras y usted se ha montado alrededor de ellas una historia fantasiosa que ha terminado creyendo.

-Oiga, escúcheme...

-No -interrumpí-. Escúcheme usted. Ni a Sanders lo mató el asesino del acantilado, ni el atracador misterioso que le ayudó con el robo de Santa Teresa. Wilson le ha engañado. Estoy convencido de que está siguiendo pistas falsas.

-Pero...

-Empiezo a creer que colarle a usted una pista falsa debe de ser tan sencillo como darle un cacahuete a un mono.

Me detuve, exhausto después de mi perorata. Cheney también guardó silencio.

-¿Oiga? ¿Moore? ¿Sigue ahí?

-Le llamo luego.

Y colgó.

El empleado de Budget llevaba rato haciéndole señas desde fuera de la cabina. Tenía el contrato a punto para firmarlo.

Cheney llegó a Fresno a la una y media de la tarde. Condujo hasta la oficina del West Savings y se asomó con cautela. Creyó distinguir a uno de los empleados que trabajaba en una de las mesas de asesores comerciales. Entró y fue directo a él. Efectivamente, se trataba del mismo hombre que había conocido como Charlie Wilson y frente a él tenía una placa de plástico que decía: «J. Mulligan.» El hombre estaba inclinado hacia delante sobre su escritorio cumplimentando unos impresos. La silla situada frente a su escritorio estaba vacía y Cheney se sentó en ella.

-Hola, Charlie. Vengo a abrir una cuenta corriente.

El empleado del West Savings levantó la vista y, al reconocer a Cheney, quedó desconcertado durante unos instantes.

-¿Qué hace aquí, Moore? -preguntó mirando a su alrededor.

-Tenemos una última conversación pendiente.

-No lo creo.

-Pues yo sí -dijo Cheney-. Y si no quiere hablar conmigo le daré sus datos a la policía y entonces hablará con ellos. ¿Sabe que no paran de preguntarme por usted?

Mulligan hizo un esfuerzo por parecer más tranquilo de lo que estaba.

-Pero ¿de qué quiere hablar?

-Del dinero del atraco.

Al oír aquello, el empleado del West Savings hizo un gesto con la mano pidiendo silencio. Volvió a echar un vistazo para comprobar que nadie les escuchaba.

-Será mejor que hablemos fuera -dijo.

Mulligan se levantó y se puso la chaqueta que había dejado colgada en un perchero. Cheney lo imitó.

-Jim, salgo a comer con un amigo.

El colega de Mulligan asintió con la cabeza y siguió atendiendo a la pareja de ancianos que tenía delante.

-Vayamos al parque de ahí enfrente -dijo Mulligan ya en la calle.

Caminaron juntos en silencio hasta llegar a un jardincillo bordeado de robles. A la sombra de uno de ellos junto a un parterre había un banco en el que Mulligan invitó a sentarse a Cheney. El lugar estaba desierto, salvo por una mujer que jugaba con un niño en mitad del césped.

-Muy bien -empezó diciendo Mulligan-. ¿Qué quiere saber?

-¿Por qué regresó con tanta prisa de Los Ángeles?

-Porque se me terminaron los días de permiso que había pedido al banco.

El investigador recibió aquella respuesta como un directo al mentón.

-No mienta -dijo Cheney-. Dejó la ciudad sin ni siquiera interesarse por conocer mi informe final, y si yo no le hubiese encontrado en el hotel del aeropuerto no le habría visto nunca más. Usted se marchó porque yo le había contado lo que necesitaba saber.

-Corte el rollo, Moore. Usted no me contó nada interesante. Por Dios Santo, si me dijo que a Sanders lo mató el asesino del acantilado...

Cheney escupió con fuerza el chicle que tenía en la boca desde hacía horas.

-Mire, Mulligan, no permitiré que vuelva a engañarme. Sé que conoció a Sanders en Vietnam y también que coincidió con él en el West Savings de Santa Teresa. Así que ahora le contaré mi teoría.

El empleado del banco cruzó los brazos respirando ruidosamente.

-Sospecho que organizaron juntos el atraco, pero que usted no cobró su parte. Enfadado, envió un anónimo en el que culpaba a Sanders del atraco y cuando él salió de Oldstock usted lo localizó. Le pidió el dinero, discutieron, pelearon y a usted se le fue la mano. Debió de darle un mal golpe y lo mató...

-Pero qué demonios...

-No me interrumpa -pidió Cheney-. Así que tiró el cadáver por un acantilado para confundir a la policía y, tal vez, ocultar alguna prueba. Después vino a verme a mí para que le ayudase a encontrar el dinero.

-Es usted un necio... qué digo un necio. Un loco. ¡Está loco de atar!

-¿Me va a decir que es todo mentira?

-Por supuesto que lo es.

-Entonces hable. Dígame cómo sabía que Sanders iba a salir de Oldstock. Cómo supo el día y la hora de su excarcelación. Cómo lo llevó al Saratoga Inn y cómo consiguió usted la llave de su piso de Conquistadores. Esa que él había dejado olvidada en una bolsa de piel en el asiento de su presunto taxi.

Mulligan suspiró, pero no dijo nada. Cheney se impacientó.

-O me lo cuenta ahora o le juro que tendrá que hacerlo a la policía.

Mulligan negó con la cabeza exasperado.

-Es verdad que conocí a Ralph en Vietnam. Lo pasó mal allí y cuando regresó a Estados Unidos yo mismo le encontré el trabajo en el West Savings. Estaba pasando una mala racha, y le ayudé. Eso es todo.

-¿Y lo del atraco?

-Yo no participé en ello. -Mulligan hizo una pausa-. Fue Ralph. Lo hizo con dos chicos que él conocía y que desaparecieron poco después del golpe.

-No trate de convencerme de que usted no intervino. No le creo.

Josh aspiró una amplia bocanada de aire.

-Escuche, Moore. Le diré la verdad. Yo fui quien le dio la idea a Ralph sobre cómo dar el golpe, pero yo no estaba allí cuando él lo hizo. No intervine en el atraco. Me habían trasladado de la oficina de Santa Teresa, puede comprobarlo. Y además, le confieso que me daba miedo. Temía que nos cogiese la policía. Pero meses después de darle la idea a Sanders, cuando yo ya no estaba en Santa Teresa, leí en el periódico que Ralph había atracado el banco con mi plan ayudado por dos tipos y... bueno, es cierto que quería mi parte del botín. Después de todo fui yo quien tuvo la idea.

-Me dijeron en el West Savings que el robo fue un golpe de suerte de los atracadores.

-¿Suerte? No me haga reír. Estaba planeado hasta el más mínimo detalle. Se llevaron tres millones de dólares en cinco minutos y sin correr riesgos. Lo único que tenía que hacer Sanders era huir.

-Pero no lo hizo...

-No, no lo hizo. Y no sé por qué. Ralph regresó a la oficina en lugar de escapar con el botín. No sé qué pasó. Se lo juro.

Cheney notó un picor y se metió los dedos entre la camisa para rascarse. Al hacerlo, Mulligan dio un respingo.

-Eh, ¿qué demonios hace? No estará grabando la conversación ni nada de eso, ¿verdad?

-No estoy grabando nada. -Cheney se abrió un botón para que pudiese comprobarlo-. Hábleme ahora de la salida de Sanders de Oldstock. ¿Cómo sabía que iba a salir de prisión? Si él contactó con usted desde la cárcel la policía lo sabría y ya le habría localizado. ¿Por qué no lo han hecho?

-Porque Ralph no contactó conmigo desde la cárcel. Lo hizo desde el Saratoga Inn.

-¿Desde el hotel? Entonces usted no fue a recogerle a Oldstock.

-No, no lo hice. Ralph me llamó como a las siete de la tarde, desde un teléfono público de la recepción del hotel. Lo habían soltado ese mismo día. Me dijo que estaría un día en el Saratoga y que me había dejado en el bar un sobre con instrucciones para vernos. Y colgó.

-¿Por qué en el bar? ¿Por qué no en recepción?

-No sé... supongo que para que nadie reparase en ello. Además, en el sobre puso un nombre falso. Yo recogí el sobre y dentro encontré la llave y una nota escrita por Ralph donde me pedía reunirme con él al día siguiente en el piso de Conquistadores. En la nota me decía que me compensaría y que me daría una parte del dinero del atraco. Fue él quien me dijo que tenía el dinero del atraco, ¿lo entiende? Por eso cuando yo fui a verle a su despacho el primer día estaba convencido de que Sanders tenía la pasta del atraco. Me lo había dicho él mismo en su nota, y también que me quería dar una parte.

-Pero ya no pudo hacerlo. Mataron a Sanders esa misma noche.

-Exacto. Me alarmé y decidí entonces contratar a un investigador para que me ayudase a descubrir lo que Ralph me quería contar sobre el atraco y sobre el dinero que nunca se encontró. Y la única pista que tenía era la llave de su piso de Conquistadores.

La cabeza de Cheney empezó a bullir como una cacerola repleta de espaguetis.

-Pero usted se dedicó a perseguir a no sé qué asesino en serie en lugar de hacer su puto trabajo -continuó Mulligan-. Así que decidí contratar a otro investigador. Pero se me acabaron los días de permiso que solicité al banco y tuve que regresar. Y eso es todo.

-¿Tiene la nota que le escribió Sanders?

-No, la destruí.

Josh Mulligan se volvió para mirar los ojos desconfiados de Moore.

-Espero que me crea porque le he contado toda la verdad -dijo.

Cheney se frotó la barbilla. Si aquel hombre no mentía, Sanders sí tenía el dinero del atraco, o al menos una parte. Y también había otro implicado en el caso que, además de saber que Sanders salía de Oldstock, se había acercado al ex recluso lo suficiente como para matarlo.

-No hará falta que la policía sepa nada de mí, ¿verdad? -dijo Mulligan.

El investigador se levantó de un salto.

-No hay peligro -dijo Moore-. La policía ha dado por cerrado el caso. Está convencida de que a Sanders lo mató la Familia por un ajuste de cuentas.

-¿Cómo dice? ¿La policía cree que la mafia californiana mató a Ralph? -Mulligan agarró del brazo a Cheney evitando que se pusiese en marcha.

-Sí.

-Pero Ralph no tenía nada que ver con la mafia...

-Ese hombre pasó cuatro años en la cárcel y tal vez entrase en contacto con ellos.

-He oído que esa gente es muy peligrosa.

-Lo es -admitió Moore.

-¿Está seguro de que no ha dejado pistas que les lleven a nosotros?

Cheney vaciló. Recordó por un instante el rostro malherido de Floyd el Dedo antes de responder.

-Creo que no -dijo-. Pero si yo fuese usted, tal vez me olvidaría para siempre del dinero de aquel atraco.

Cheney dejó a Mulligan en mitad del parque envuelto en una densa nube de preocupación. Recogió el Dodge y fue al sur hacia Bakersfield para luego tomar la I-5 hasta Los Ángeles. Fue directo al aeropuerto, donde devolvió el coche de alquiler y recogió su Pontiac.

Cuando llegó a su casa eran cerca de las ocho y ya era noche cerrada. Cheney entró en el garaje del inmueble donde vivía y giró a la derecha para estacionar en su plaza. Le pareció que la puerta abatible del garaje se cerraba con cierto retraso, pero aquello no dejaba de ser normal habida cuenta de la antigüedad del inmueble y el poco gasto que los propietarios estaban dispuestos a soportar para su mantenimiento.

Moore bajó del coche, cerró la portezuela y se encaminó a la puerta metálica que daba acceso al ascensor. Antes de llegar a ella pudo ver lo que ocurría. Eran dos hombres. El primer puñetazo le alcanzó en el ojo, y lo aturdió hasta el punto de que prácticamente ya no consiguió entender lo que vino detrás.

Sus últimos recuerdos fueron unas palabras incomprensibles en italiano y, ya tirado en el suelo, una bota vaquera de piel con la puntera metálica que le propinó una dolorosa patada en el costado. Después, la negrura.

Dicen que cuando te dan una paliza lo más doloroso es la humillación que te produce, la impotencia, la imposibilidad de levantarte, responder y demostrar que en ningún momento dejaste de ser un hombre.

Pero aquella mañana, en la cama del hospital Linda Vista, a Cheney lo que más le dolían eran las costillas. Alrededor de las nueve y media uno de los médicos de la Unidad de Vigilancia Intensiva apareció en la habitación de Moore precedido por una enfermera pelirroja que empezó a poner orden entre las sábanas.

El doctor se inclinó sobre Cheney y comprobó que estaba despierto.

-¿Cómo se encuentra? -preguntó mientras lo auscultaba.

-Me duele mucho... aquí...

Moore trató de señalarse el costado, pero un intenso dolor impidió que pudiese llevar la mano hasta él. Se dio cuenta entonces de que no veía nada por el ojo izquierdo.

-No trate de moverse -dijo el médico.

-¿Qué es lo que tengo?

-Aunque no se lo crea, solo una costilla rota y otro par con una luxación. Los tipos que le pegaron querían causarle dolor, pero no ocasionarle lesiones serias. -El doctor revisó la carpeta que colgaba de la cama de Cheney-. También llegó con el hombro dislocado, pero probablemente eso se lo hizo usted solo al caer al suelo.

-¿Y el ojo?

-Lo tiene cerrado por la hinchazón, pero sin lesiones graves.

Cheney se movió con dificultad tratando de alcanzar con la vista toda la habitación. Respiraba pesadamente por la boca e intentaba abrir el ojo izquierdo sin conseguirlo. El médico le tomó la tensión consultando su reloj. Después dejó el brazo de Cheney sobre la cama y anotó algo en su ficha.

-Bueno, señor Moore. Esta tarde lo pasaremos a planta. Se quedará aquí unas horas más para comprobar que sus órganos están intactos, y mañana le daremos el alta. Las costillas tardan en sanar, pero bastará con que haga reposo en su domicilio.

La enfermera se incorporó sobre Cheney para mullir la almohada. Al hacerlo el investigador trató de olisquear su cuello suave y pecoso, pero no pudo percibir nada.

-Eso sí, antes de que lo saquemos de aquí tendrá que hablar con la policía -concluyó el doctor.

-¿Con la policía?

-Sí. Están ahí fuera, esperando. Les diré que ya pueden pasar.

El médico salió.

Antes de que la enfermera lo siguiese, Cheney se dirigió a ella:

-Oiga, enfermera, ¿me ayuda a incorporarme?

La pelirroja sacó un almohadón del armario y lo puso detrás del investigador. A continuación lo ayudó a sentarse sobre la cama. Cuando ella hubo salido entraron otras dos personas en la habitación. El investigador enfocó con el único ojo que tenía abierto y reconoció al sargento de policía y al teniente. Este había cambiado las gafas de concha negra por otras de cristales ahumados que le daban a su enclenque figura un aire de hormiga bípeda.

-Buenos días, señor Moore -saludó el teniente con una media sonrisa-. Espero que se haya quedado con la cara de su agresor. Sería usted el primer testigo que el asesino del acantilado deja con vida.

-Muy gracioso -dijo Cheney-. Pero aquí el horario de burlas es por la tarde.

El teniente se sentó en la silla que había junto a la cama. El sargento cerró la puerta y permaneció en pie con las manos en los bolsillos.

-Eso que le han hecho se llama «aviso» -dijo el teniente, más serio-, y la Familia suele dar uno solo. La próxima vez tendremos que visitarle en un vertedero y recogeremos sus trocitos con unos guantes de plástico.

Cheney suspiró. Al entrar el aire en los pulmones sintió una punzada de dolor.

-Lo de Sanders lo hizo la mafia californiana, aún no sabemos por qué. Tal vez por algo relacionado con el atraco, tal vez por un mero ajuste de cuentas -continuó el teniente-. Lo sospechamos desde el principio, aunque como le digo no podemos demostrarlo. Lo que sí sabemos es que Sanders se mezcló con presos de la Familia en la prisión federal de Oldstock.

-A buenas horas me lo dice.

-Tuvo suerte -dijo el sargento-. Un vecino entró en el garaje y se encontró con aquellos tipos mientras le pegaban. Huyó y nos llamó desde su casa. ¿Usted consiguió ver a sus agresores?

-Sí. Eran dos tíos grandes, corpulentos. Dos jugadores de baloncesto. Después vino un tercero para rematar la faena, pero a ese ya no pude verlo. Me dijeron algo en italiano... no recuerdo nada más.

-¿Quiere venir a un reconocimiento? -preguntó el teniente-. Le enseñaremos unas fotos.

-Olvídelo.

-Chico listo. Escuche, Moore. No me gustaría tener su cadáver sobre mi conciencia. Así que para terminar de convencerle de que aquí no hay ningún caso para usted le contaremos algo que no sabe nadie.

El teniente acercó la silla a la cama de Cheney. Cuando habló lo hizo mirando hacia la ventana, evitando el contacto visual con el investigador.

-El asesino del acantilado murió en 1977.

-¿Cómo ha dicho? -Cheney trató de incorporarse más aún, pero el dolor del tórax le convenció de lo contrario.

-Murió por accidente, cuando mató a Dorothy Lemoore -dijo el sargento-. El asesino del acantilado cambiaba a menudo de lugar para matar y deshacerse del cadáver. En el caso de Dorothy eligió la playa del Cabrillo. Cuando arrojó el cadáver de la chica por el acantilado resbaló y cayó detrás de ella. Murió despeñado. El cuerpo de Dorothy fue arrastrado por la aguas mar adentro, pero el del asesino quedó enganchado en unas rocas y no se liberó hasta pasadas unas horas. Fue encontrado más tarde por un joven que había salido a pescar.

-¿Quién era el asesino?

El sargento miró de reojo al teniente.

-Eso no le incumbe. -El policía se levantó y se subió los pantalones hasta su magra cintura-. En su día se decidió guardar el secreto. Lo único que queríamos es que las muertes terminasen y terminaron. Fin de la historia.

Cheney no supo cómo reaccionar. Vio al teniente sacar un pañuelo del bolsillo y limpiar a conciencia los cristales de las gafas ahumadas.

-Una cosa más -dijo el policía-. Ese tal Charlie Wilson del que nos habló. ¿Lo ha encontrado o es fruto de su imaginación?

Cheney se esforzó por no sonreír.

-No, no me lo inventé -dijo-. Pero no lo he localizado. En todo caso estoy convencido de que no tiene ningún interés para ustedes.

-Yo también lo creo. Solo espero que ni a usted ni a él se les ocurra andar metiendo sus narices en los asuntos de la Familia.

El teniente se puso las gafas e hizo un gesto a su compañero para salir de la habitación. El sargento saludó a Cheney llevándose el índice a la frente.

El alivio de ver salir a los dos policías hizo que Cheney se sintiese algo mejor. Intentó incorporarse en la cama y lo consiguió. Quedó unos instantes pensativo. Entonces tuvo una idea. Cogió el teléfono y marcó un número de Los Ángeles.

Un ruido sobresaltó a Cheney Moore. Era la puerta de su habitación del hospital, que se abría. Cheney se irguió ligeramente para ver quién era.

-Hola, Moore. ¿Se puede?

El rostro de Cheney no reflejó una gran sorpresa al verme. Desde que me llamó por teléfono a mi despacho de Lion Security no habían pasado ni veinte minutos.

-Claro, Madison. Pase.

Entré en la habitación. Tenía la persiana subida y la luz del sol bastaba para iluminar ampliamente la estancia. El lugar despedía el clásico tufo a desinfectante tan habitual en los

hospitales. Cheney no tenía buen aspecto. El ojo izquierdo estaba cubierto por un abultado vendaje amarillento que le rodeaba la cabeza. Los labios parecían dos gruesos aros de cebolla y las mandíbulas estaban amoratadas. Estaba tapado con la sábana, y sus dos brazos se extendían desnudos mostrando diversas magulladuras. De uno de ellos salía una vía a un botecito transparente que colgaba de un gancho de acero.

Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella.

-¿Ha venido a verle la policía? -pregunté.

-Sí. Lo hacen siempre que hay un caso de agresión.

-¿Qué les ha contado?

-Que me tropecé en el baño con una pastilla de jabón.

Sonreí. Vi la silla que estaba junto a la cama de Cheney y me senté en ella.

-Espero que no me odie por ello -empecé-, pero le diré que nada de esto le hubiera ocurrido si me hubiese hecho caso desde el principio.

-Su guardaespaldas no me habría servido de nada, Madison. Los tipos que me agredieron eran dos gigantes, y luego se unió un tercero.

-No me refiero a eso, sino a lo de continuar con el caso. A seguir adelante con las pesquisas.

Cheney se puso serio.

-Madison, deje de sermonearme y preste atención. Le he pedido que venga para contarle algo.

-De acuerdo. Le escucho.

-Ayer había tres tipos que me estaban esperando en el garaje de mi casa.

-¿Quiénes eran?

-No lo sé -dijo Cheney-. Unos matones de la Familia. No pude verles bien porque la luz del garaje se apagó enseguida.

-Así que sabían dónde vivía usted...

-Eso no es importante, mi dirección viene en la guía. Hasta un extranjero cegato podría dar con ella. Escuche, lo que quería decirle es que debí de perder el sentido pronto, pero a pesar de ello recuerdo que me hicieron algunas preguntas.

Aquello me interesó:

-¿Qué preguntas?

-Querían saber si había encontrado a Charlie Wilson.

-Y ¿qué les dijo?

-No... no estoy seguro. Creo que no les dije nada, pero no lo sé.

El calor de la habitación del hospital destiló unas gotas de sudor en mi frente.

-Pero ¿podría haberles dicho algo? -pregunté mientras me quitaba la chaqueta-. ¿Acaso encontró a Wilson?

-Sí, lo encontré. Su nombre auténtico es Josh Mulligan y trabaja en la oficina del West Savings de Fresno.

-¿Habló con él?

-Sí. Ayer después de ir a San Francisco pasé por Fresno. Encontré a Mulligan y me confesó que él había diseñado el plan para atracar el banco, pero que no participó en el golpe. El día que salió de Oldstock, Sanders lo llamó desde el Saratoga y quedó en verle al día siguiente en su piso

de Santa Teresa. Pero murió esa misma noche.

-¿Para qué quería verle Sanders?

-Le dijo que tenía el dinero del atraco al West Savings y que quería darle una parte.

Me levanté y fui hasta la ventana. Traté de abrirla, pero el cierre estaba atascado. Abajo, más allá del pequeño parque que servía de recepción, pude ver una furgoneta de reparto que entraba al recinto del hospital.

-¿Y usted qué opina, Moore? -pregunté.

-No lo sé. Estoy dando vueltas al tema, pero creo que Mulligan dice la verdad.

-¿Y qué quiere que haga yo?

-Como le digo, no sé si ayer llegué a hablar a los tipos de la Familia, pero si lo hice, ellos sabrán ahora cómo dar con Mulligan. Por eso le he llamado: me gustaría que usted le enviase un escolta de Lion Security.

-Si usted cantó ayer lo que sabía a los que le pegaron, entonces ese tal Mulligan tal vez ya sea historia. ¿Ha tratado de localizarle esta mañana?

-No.

Miré el reloj. Eran las once y cuarto de la mañana.

-¿Sabe usted dónde vive Mulligan?

-No. Sé que tiene una pistola, pero dudo que sepa utilizarla.

Pensé durante unos instantes.

-Convendría que le llamase ahora mismo a la oficina para decirle que se vaya a casa -sugerí-. Como usted no sabe dónde vive él, aunque ayer hablase a los de la Familia ellos tardarán en averiguarlo. Pídale su dirección y dígame que enviaré a uno de mis guardias para que le proteja durante unos días. No tengo oficina en Fresno, así que mi hombre tardará unas horas en llegar desde Los Ángeles.

Moore señaló el armario y me pidió que le sacase del bolsillo del pantalón un papel donde tenía anotado el teléfono de la sucursal de Fresno. El investigador marcó el número y pidió hablar con Mulligan. Cuando lo tuvo al otro lado de la línea le explicó lo que le había ocurrido la noche anterior y le dio mi recado.

-Dígale que no abra la puerta a nadie -le apunté mientras estaba al teléfono-. Mi hombre se identificará como «Lion Security». Solo a él tiene que abrir la puerta.

Cheney me dictó la dirección de Josh Mulligan y colgó el teléfono.

-Mulligan está en buena forma -dije guardándome el bolígrafo-, así que parece que usted no contó nada a los que le pegaron.

-O puede que la Familia aún no haya dado con él...

Cogí la chaqueta y me dispuse a salir. Antes de hacerlo me volví hacia el investigador.

-Estoy pensando que si usted no les contó anoche a los de la Familia lo que necesitaban saber, es posible que vuelvan -dije.

-Sí, no paro de darle vueltas a eso.

Fui hacia la mesilla donde estaba el teléfono y marqué el número de mi empresa.

-Joe, soy Frank. Estoy en el Linda Vista, sí, en el hospital. Necesito que te quedes un tiempo con un amigo al que ayer unos tipos le pegaron una paliza. Se llama Cheney Moore. Toma nota, habitación... -Le di el número de habitación-. No tardes.

Colgué el teléfono. Cheney me dedicó una tímida sonrisa que me tomé como un signo de agradecimiento.

-Espere a Joe y siga sus instrucciones -dije-. Es un escolta experimentado. Y deje de una vez de meterse en líos. Este caso se ha terminado.

Salí de la habitación sin dar opción a más réplicas.

Moore quedó solo y aprovechó para repasar mentalmente sus conversaciones de aquella misma mañana. De algún modo la Familia había dado con su dirección, y aquello no era difícil si sabían su nombre. Pero ¿cómo diablos supo la Familia que él estaba indagando sobre el atraco de Ralph Sanders? Cheney rememoró sus movimientos. Es cierto que había ido a ver a Auguste Lemoire, pero a la señora Lemoire no le mencionó en ningún momento el nombre de Sanders... La policía le sugirió que la Familia pudo obtener su nombre del registro de visitas de Floyd el Dedos, a quien de hecho propinaron una paliza más fuerte que la suya.

Seguramente debió de ser de aquel modo, pero había algo extraño: la visita a Floyd había tenido lugar hacía varios días. ¿Por qué esperó tanto la Familia para ir a por él? Tal vez Floyd no había sido el origen de la filtración, pero entonces ¿quién?

Moore siguió pensando. Recordó haber visitado al ayudante del fiscal, a quien sí le dijo que investigaba a Ralph Sanders. ¿Acaso sería él quien le denunció a la mafia californiana? ¿Un ayudante del fiscal? ¿Y por qué no? ¿Acaso no tenía la mafia comprados a funcionarios de todos los departamentos, incluida la policía? La policía... ellos también conocían las andanzas de Cheney. No todas, pero sí las suficientes para ir con el cuento a la Familia. Fue la policía la que le atemorizó con la posibilidad de que la mafia le buscara si seguía investigando sobre el asesinato de Ralph Sanders. ¿No era eso sospechoso? Cheney recordó que aquello sucedió justo antes de conocer a la hermana de Sanders.

El investigador repasó sus recuerdos sobre aquella visita a la señora Sanders y su asqueroso gato. Al hacerlo se le encendió la bombilla. Fue algo raro que entonces pasó por alto. Llamó al servicio de información telefónica y consiguió el número de la hermana de Ralph.

-Dígame.

-Señora Sanders, soy Cheney Moore. Nos conocimos el día del funeral de Ralph y estuve en su casa. ¿Me recuerda?

-Sí, claro, señor Moore. ¿Cómo se encuentra?

-Conocí tiempos mejores. Escuche, señora, si no recuerdo mal usted me dijo que la policía no le había proporcionado aún los efectos personales de su hermano.

-Sí, así es.

-¿Lo ha hecho ya?

-No. -La mujer arrastró la vocal en un tono dubitativo-. ¿Deberían haberlo hecho?

-Me he enterado de que el caso está cerrado y supuse que sí.

-Pues aquí no ha venido nadie...

Cheney reflexionó sobre aquello. La mujer debió de sentirse incómoda ante aquel silencio y siguió hablando.

-De todas formas no espero que me entreguen gran cosa, ¿no cree? -dijo-. Después de todo acababa de salir de la cárcel. Yo creo que sus mejores recuerdos están en la caja que vimos. Es todo lo que me quedará de él.

-Supongo que tiene razón. Aunque tal vez pueda conseguir algo de dinero si vende la casa de

Conquistadores. Por cierto, tenemos que vernos para que le dé la llave del apartamento. La tengo yo, pero no me pregunte por qué.

-¿Qué llave? ¿Qué apartamento? -La voz de la hermana de Sanders se elevó de repente-. ¿A qué se refiere?

-El piso de su hermano en Santa Teresa, usted misma me habló de él...

-Sí, mi hermano tenía una casa en Santa Teresa. Pero no en Conquistadores, sino en la salida del pueblo, en Perdido.

Cheney intentó incorporarse y volvió a sentir un pinchazo en el costado.

-¿Cómo dice?

-Ralph vendió la propiedad antes de entrar en la cárcel. Después de cubrir el préstamo hipotecario, el resto fue requisado por el estado para las indemnizaciones. No quedó ni un céntimo.

-Pero entonces...

-Oiga, señor Moore, ¿de qué casa está hablando? ¿Una casa en Conquistadores...?

-Luego la llamo, señora Sanders.

Cheney colgó el teléfono con la voz de fondo de la hermana de Ralph pidiendo explicaciones. Permaneció unos instantes con la mano puesta sobre el auricular, confundido.

¿Por qué había dado por sentado que el piso de Conquistadores era propiedad de Ralph Sanders? Se lo había dicho Mulligan, pero ¿él qué sabía? ¿Se lo habría dicho a él Sanders o fue el propio Mulligan quien lo dedujo por sí mismo? En todo caso, según la hermana de Ralph, esa casa no le pertenecía. Pero entonces, ¿de quién era?

La puerta de la habitación se abrió y un hombre algo bajo pero de gran corpulencia entró de manera decidida.

-¿Es usted Cheney Moore?

-Sí.

-Me llamo Joe, vengo de Lion Security.

Cheney se fijó en los hombros abultados y los enormes bíceps de aquel hombre que le deformaban las mangas de la chaqueta. Parecía un cangrejo humano.

-Estupendo, Joe, llega justo a tiempo. Nos vamos.

-¿Nos vamos? -Joe ayudó a Cheney a ponerse en pie sujetándole del brazo-. ¿Está seguro? ¿Le han dado el alta?

-Lo van a hacer dentro de un momento.

Cheney se quitó la vía de la piel, descolgó el teléfono y llamó a la enfermera para pedir que le preparasen los papeles del alta voluntaria. Mientras ignoraba las protestas de la mujer hizo señas a Joe para que sacase su ropa del armario.

-¿Adónde vamos?

-A Santa Teresa -dijo Cheney mientras se abrochaba los botones de su camisa ensangrentada-. ¿Ha traído un coche?

-Sí. Pero antes de irnos informaré a Frank Madison. No quiero problemas.

Los dos hombres salieron del edificio del hospital y recogieron el coche de empresa de Joe en el aparcamiento.

-¿A qué viene tanta prisa por ir a Santa Teresa? -preguntó el escolta ya al volante-. ¿Qué

tenemos que hacer allí?

-Debo hacer una consulta en el Registro de la Propiedad. Cuando lleguemos pare en la gasolinera y preguntaremos dónde está la oficina.

Joe recorrió el resto del camino en silencio. Cheney, por su parte, daba vueltas a la cabeza a la pista que había dejado sin investigar: el piso de Santa Teresa que Josh Mulligan le dijo que pertenecía a Sanders. Una más en aquel cúmulo de falsedades que Mulligan le había contado.

El dato de que el piso de Conquistadores no pertenecía a Ralph Sanders cambiaba bastante la historia, pues si ese apartamento no era de Ralph entonces evidentemente alguien le había dado la llave después de salir de la prisión de Oldstock. Y dado que Ralph no había ido al Saratoga Inn utilizando el servicio de taxi, el que le dio la llave seguramente sería el mismo hombre que lo había recogido en la prisión federal. Muy posiblemente el propietario de aquella casa.

Cheney se sintió por primera vez cerca de la verdad del caso. Al llegar a la oficina del Registro de la Propiedad, Cheney se metió en la boca un par de calmantes y bajó del coche.

-Joe, espéreme aquí. No tardaré mucho.

Moore entró en la oficina pocos minutos antes de que cerrasen, y la empleada que le atendió puso cara de tener que hacer algunos minutos extra gracias a aquel inesperado visitante que parecía recién salido de debajo de un camión de la basura. La mujer, una rubia de bote con la boca algo torcida y la nariz puntiaguda, desapareció en la trastienda de la oficina para buscar el expediente que le solicitó Cheney: la escritura de propiedad del apartamento 1B del número 201 de la calle Conquistadores de Santa Teresa.

La empleada del registro regresó con una cuartilla en las manos.

-¿Querrá una fotocopia? -preguntó.

-Sí, por favor.

La mujer abrió la tapa de la fotocopidora y presionó un botón. La máquina rugió con pereza, dejó escapar un chispazo de luz y al cabo de unos segundos regurgitó un folio de papel.

El investigador lo leyó con avidez. Detrás de las típicas formalidades de rigor figuraba la descripción de la propiedad y, más abajo, el nombre de su titular. Aquel papel decía que el apartamento de la avenida Conquistadores de Santa Teresa pertenecía a Frank Julian Madison.

Cheney rompió en pedazos la fotocopia y salió de la oficina del Registro de la Propiedad de Santa Teresa con dificultad, apoyándose en una muleta que le habían dado después de firmar el alta para apoyar lo menos posible la pierna derecha. Joe lo esperaba dentro del coche fumando un cigarrillo. Al verlo llegar, tiró la colilla por la ventanilla y bajó del vehículo para abrirle la puerta del copiloto y ayudarle a subir.

-¿Encontró lo que buscaba?

-No -respondió el investigador con un hilo de voz-. No he tenido suerte, hoy no es mi día.

-Vaya. Lo siento.

Joe se ajustó el cinturón de seguridad y puso en marcha el motor.

-¿Volvemos a Los Ángeles? -preguntó.

Moore asintió sin decir nada. Se reclinó en el asiento y cerró los ojos tratando de evitar cualquier conversación que el escolta pudiese darle. En los pocos minutos que transcurrirían hasta llegar a Los Ángeles tendría que pensar un plan para deshacerse de Joe, ponerse a salvo y telefonear a Mulligan para avisarle del peligro que corría.

Dentro del coche empezó a atar cabos.

En la lista de personas que sabían que él estaba investigando a Sanders y su atraco al West Savings de Santa Teresa había pasado por alto incluirme a mí. Si bien desde el principio de nuestro acuerdo en mi oficina de Lion Security, Cheney había evitado mantenerme puntualmente informado de sus avances, yo siempre había sabido que el propósito de su investigación era descubrir qué le había pasado al antiguo preso de Oldstock.

Así, mientras el cuentakilómetros absorbía la distancia que lo separaba de Los Ángeles, Moore encontró la explicación a varios misterios. Los hombres de la Familia que le habían agredido el día anterior le habían preguntado por «Charlie Wilson», el nombre inventado por Mulligan y que aparte de Cheney y el sargento de policía solo yo conocía.

El investigador fue capaz en aquel momento de reconstruir mentalmente aquellas últimas horas de Sanders, cuando yo le recogí en la prisión federal de Oldstock. Moore pensó que como antiguo guardia de prisiones, para mí sería sencillo mantener el contacto con Ralph a través de algún recluso, de manera que no quedase ningún rastro mío en su registro de llamadas y visitas cuando se aproximase la fecha de su excarcelación, y que podría haberle convencido de renunciar a la casa de reinserción para evitar sus restricciones.

En toda aquella historia que parecía girar en torno a un botín desaparecido, el único personaje que había sido expuesto durante la investigación había sido el propio Cheney. Pero según el investigador, el centro de todo aquel universo gravitacional que se había cobrado una víctima y que había despertado el monstruo dormido de la mafia californiana era yo. Ni la policía, ni el ayudante del fiscal, ni Floyd el Dedos, ni la hermana de Sanders, ni Josh Mulligan... nadie sabía nada de mí. Moore se dijo que durante todo aquel tiempo había sido una marioneta manejada por unas manos perversas que lo llevaban de un lugar a otro abriendo grifos de porquería que hasta ahora solo le habían salpicado a él.

Pero lo más urgente en aquel momento para Cheney era encontrar la respuesta a la pregunta que en breve le haría Joe, cuando el coche cayese preso de la espesa telaraña de hormigón que recubría Los Ángeles: «¿Adónde vamos?»

Moore desechó inmediatamente proponerle ir a la sede del Departamento de Policía de Los Ángeles, pues tal propuesta habría levantado las sospechas de mi escolta de manera inmediata, precipitando Dios sabe qué consecuencias. Lo mejor, pensó el investigador, sería aparentar normalidad, tratar de mostrar a aquel hombre que no ocurría nada, que todo estaba bien. Si conseguía llegar a su apartamento de una pieza, seguramente en algún momento podría despistar la vigilancia de Joe y correr a los brazos del sargento.

-¿Adónde vamos, señor Moore?

-A mi casa.

Cheney le dio la dirección y Joe condujo tranquilamente hasta allí. El investigador subió en el ascensor en compañía de mi escolta. Recorrió el pasillo hasta la puerta de su apartamento y sacó el llavero. Respirando pesadamente, apoyado en la muleta, introdujo una de las llaves en la cerradura, pero algo ocurrió. La llave no entraba. El investigador extrajo la llave, comprobó que era la correcta y lo intentó nuevamente. Pero no abría.

-Algo ocurre -dijo Cheney extrañado-. No puedo abrir la puerta.

-Déjeme a mí.

Joe apartó al investigador, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una llave. Al introducirla en la cerradura, esta cedió mansamente abriendo de par en par la puerta del apartamento de Cheney. El escolta agarró del codo a Moore y lo empujó al interior.

-Pase, Moore.

Alguien había bajado completamente las persianas de un modo que Cheney no solía hacer, pero dentro de la casa se veía perfectamente, pues todas las luces del apartamento estaban encendidas. Moore fue directo al salón, y allí me encontró cómodamente sentado en un sillón con las piernas cruzadas. En las manos llevaba puestos unos guantes de piel.

-Qué bien que haya venido -dije-. Pensaba que tendría que poner esto patas arriba, pero cuando Joe me dijo que había pedido el alta me llevé una alegría. Va a ahorrarme un montón de esfuerzo.

Me levanté y fui hacia Cheney con la mano tendida.

-La llave -dije.

Moore pasó junto a mí y, apoyándose en la muleta, fue hasta el mueble donde tenía la televisión. Cogió una radio y desenroscó su tapadera. En lugar de circuitos y altavoces, dentro de aquel aparato había una cavidad de la que el investigador extrajo la llave del apartamento de Conquistadores y me la entregó.

Más tranquilo, hice una seña a Joe para que pusiese una butaca justo enfrente del sillón que yo había ocupado. Me senté e invité a Cheney a que hiciese lo mismo. Joe se quedó detrás de él evitando que pudiese escapar. Aunque a juzgar por su aspecto, aquello no iba a ser posible.

-¿Sabe cuál es la gran ironía de todo este asunto, Moore? -pregunté.

Cheney negó con la cabeza. Aún no había abierto la boca desde que entró en el apartamento. Estaba aterrorizado.

-La gran ironía de todo este asunto es que, a pesar de todo, usted no sabe nada. Y gracias a ello aún puede salvar la vida.

-¿Y Mulligan?

-¿Ve? Esa. Esa precisamente es la actitud que le llevará a la tumba. La de continuar metiéndose donde no le importa. -Me incorporé nuevamente-. ¿Cuándo demonios va a hacerme caso y dejar todo esto de una vez por todas? ¿Es que no ha tenido suficiente?

Había llegado el momento. Saqué del bolsillo de la chaqueta un sobre voluminoso y se lo tiré a Cheney.

-Ahí dentro hay mil dólares -dije-. El tesoro del fondo del mar es ese. Mil dólares, ni un centavo más.

El investigador abrió el sobre y sacó un fajo de billetes.

-Míreme, Moore -dije con firmeza. Cheney dejó el dinero y me miró-. Ese dinero no es el precio por su silencio, porque como le he dicho usted no sabe nada. Ese dinero es el premio por su ignorancia. Porque si sigue metiendo sus narices en esto, no me va a quedar más remedio que matarle, y no me gustaría tener que hacerlo. Esos mil dólares es el precio que yo pago por no matarle. ¿Me entiende?

Hice una pausa para que mis palabras penetrasen de una vez por todas en la dura mollera del investigador. Moore tragó saliva y asintió imperceptiblemente con la cabeza. Seguí hablando:

-Cuando hablamos la primera vez en mi despacho de Lion Security le pedí que me contase todo lo que había hecho desde el principio, y es evidente que usted omitió ciertos datos, como por ejemplo lo del piso de Conquistadores. -Alcé la llave para que pudiese verla bien-. Así que ahora le voy a pedir por segunda vez que cuente sin prisas y desde el principio absolutamente todo lo que ha hecho desde que conoció a Mulligan. Con todo lujo de detalles, y sin omitir nada.

Absolutamente todo. Lo que hizo, lo que no hizo, lo que dijo, lo que escuchó, lo que pensó, lo que intuyó... Todo. Como si alguien algún día tuviese que escribir una maldita novela de sus andanzas. ¿Me ha entendido?

Cheney dijo que sí. Carraspeó para suavizar la sequedad de la boca y empezó a hablar. Me contó toda la historia desde el día en que Josh Mulligan apareció en su vida hasta el momento en que entró en su propio apartamento apenas unos minutos antes. Cuando hubo terminado su relato me levanté para llamar su atención. Cheney Moore no vio acercarse a Joe por detrás con la Ruger calibre 22 a la que había ajustado el silenciador. Descerrajó un tiro en la nuca de Cheney y otro más en la sien para rematarlo. El cuerpo quedó sentado en el sillón vencido a la izquierda y ligeramente inclinado hacia delante.

-Oye, Frank, ¿encontraste a Mulligan en Fresno? -me preguntó Joe mientras desenroscaba el silenciador.

-Sí. Ya está arreglado.

Joe guardó la Ruger. Recogió el sobre del dinero que había caído al suelo y me lo tiró. Lo cogí al vuelo.

-Al final la llave la tenía Moore -dijo Joe.

-Sí. Mulligan me confesó que se la había dado a él.

-No sé por qué se la diste a Sanders. Debiste haber sospechado cuando te pidió que lo sacases del Saratoga Inn para llevarle a un apartamento.

-No me imaginé que quisiese reunirse allí con nadie, y después olvidé pedírsela. La acabé dando por perdida.

-En fin... siempre dije que tuvimos que haberlo matado en la cárcel -dijo Joe con cierta resignación.

Fui apagando todas las luces y me reuní con Joe en la entrada del apartamento, desde donde echó un último vistazo antes de salir.

-Joder -dijo-. Un trabajo fácil y al final terminamos con tres muertos.

-Ya no quedan trabajos fáciles, Joe.

Los Ángeles, febrero de 1980

APOSTADO en la puerta de la celda pude ver cómo los enfermeros cubrían el cadáver de aquel recluso de brazos demacrados. Cuando pasaron por mi lado me fijé en los grilletes que unían su muñeca con la barra de la camilla. A pesar de que hacía rato que estaba muerto, había que sacarlo esposado de la celda porque en teoría ningún recluso fallece nunca en una prisión federal. Todos salen vivos de aquí, y si acaso mueren es de camino al hospital, donde se les declara D.O.A.[1]

El teniente nos dio permiso para pasar. No hizo falta repetir las órdenes. Los guardias de la prisión federal de Oldstock sabíamos que se debía eliminar de la celda todo vestigio de la sobredosis de heroína antes de que el hospital comunicase el fallecimiento al Departamento de Prisiones y este enviase a sus funcionarios a investigar. Nos llevamos la jeringuilla, ya amarillenta por el uso compartido de los reclusos, una goma elástica, dos papeles de fumar blancos con restos de polvo, una cucharilla y dos encendedores. A continuación entraron los presos de confianza, los porteadores, para limpiar la celda a conciencia. Cuando mis compañeros y yo salimos de allí con las pruebas metidas en una bolsa de plástico de los supermercados Kmart, un inusitado silencio nos acompañó galería abajo.

Siempre que ocurría algo grave en Oldstock, al día siguiente el capitán nos reunía a todos los guardias que entrábamos de servicio para echarnos la bronca, pedirnos explicaciones o, simplemente, desahogarse. Pero aquella mañana nos encontramos en la sala de descanso de los guardias con el alcaide en persona. Varios meses después de la última vez, la deidad se había dignado bajar a la tierra.

-El Departamento de Prisiones ha ordenado una investigación a fondo de la muerte de ayer por sobredosis -empezó diciendo-. En los próximos días llegarán los auditores de Washington, así que aquellos que tengan papeleo pendiente ya pueden ponerse al día.

Todos los guardias, formados en una fila algo irregular, nos tragamos un fino quejido de frustración.

-Además -continuó el alcaide-, he ordenado unos cambios en las rutinas. Los cacheos a los guardias al inicio del turno serán más profundos.

-Señor alcaide -intervino el capitán-, los cacheos ya son suficientemente...

-La droga tiene que entrar de alguna manera en Oldstock -rugió el alcaide-. ¡Y no me diga que lo hace en las salas de visitas con los zapatos!

Hasta entonces la creencia general era que la heroína entraba en la prisión en las salas de visitas. Los reclusos estaban autorizados a besarse en la boca con sus parejas una vez al llegar la

visita y una vez al salir. Durante uno de los besos, la mujer hacía pasar al preso una pequeña pelota plastificada de droga, que el tipo se tragaba inmediatamente. Antes de regresar a la celda nosotros cacheábamos a conciencia al interno, pero por entonces la heroína iba camino de su tracto intestinal. Luego la expulsaba de modo natural y la vendía. Cuando los guardias teníamos sospechas de que el recluso había tragado una bola de heroína, lo poníamos en una celda especial sin retrete hasta que no podía aguantar más y salía el regalo. De esa manera habíamos conseguido incautar muchísima droga. Sin embargo, los presos idearon un nuevo sistema para meter la droga utilizando zapatillas de deporte. Las zapatillas de los reclusos tenían su número de identificación escrito en la suela. El visitante venía con unas zapatillas exactamente iguales, con número y todo. Dentro de la zapatilla había introducido la droga, y ya dentro de la sala se cambiaba las zapatillas con el recluso. Habíamos descubierto el ardid recientemente, pero éramos incapaces de estimar cuánta droga se había introducido en Oldstock con aquel método al que ahora se refería el alcaide.

Intensificar los cacheos a los guardias presuponía que éramos nosotros los que introducíamos la droga en la prisión. El alcaide estaba en su papel insinuando aquello y nosotros en el nuestro tomándonos aquella alusión como un insulto.

-Y aún no he terminado -continuó el alcaide-. Desde mañana mismo todas las actividades de contacto con reclusos se harán en pareja. ¡Todas ellas! Capitán, dé las órdenes oportunas para que los servicios se doten de dos guardias.

El alcaide no quiso escuchar ninguna opinión y se largó dejándonos a todos convertidos en sospechosos. Rompimos filas quejándonos de aquel nuevo engorro, si bien lo cierto era que al ponernos a trabajar en parejas, a partir de entonces el que quisiera introducir heroína en Oldstock lo tendría complicado.

Después de la charla del alcaide el teniente nos ordenó ir al vestuario, donde el sargento nos asignaría el turno del día. El sargento en realidad era una sargento, una mujer negra con los brazos del mismo grosor que las piernas que iba apuntando nuestro nombre en un panel situado a su espalda con los destinos del día.

-Madison, a admisiones.

Ese día me tocaría bajar al módulo de entrada en la prisión, el lugar donde llegaban los nuevos ingresos y donde un condenado se convertía formalmente en recluso. No era un mal destino, pues solo tenías que trabajar cuando llegaba el «Diesel».

El Diesel es el nombre por el que se conoce al autobús que trae a los presos a la prisión, y según los reclusos es una de las peores experiencias que tiene el paso por la cárcel federal. Puedes tirarte días viajando en el Diesel, y todo el trayecto lo harás encadenado a otro preso. No hay aire acondicionado, el interior del vehículo apesta y no te dan de comer. La compañía que tienes en el autocar no es la más recomendable y no es raro que los presos estén deseando llegar a la cárcel. En el Departamento de Prisiones cuando se quiere castigar a un recluso belicoso se le traslada de una parte del país a otra montado en el autobús. Es lo que se denomina «terapia de Diesel» y, por lo que he oído, suele funcionar.

Aquella mañana el Diesel trajo cuatro presos nuevos y diez internos que ya estaban en Oldstock pero que regresaban de prestar declaración en el juzgado. Introducir en la prisión a estos últimos era lo más rápido y sencillo, así que la costumbre era dejarlos esperando en la jaula mientras tramitábamos el alta de los nuevos. No había ninguna razón para ello, solo joderles.

El ingreso se hacía de uno en uno, así que hice pasar al primero. Era un hombre de raza

blanca que aparentaba unos cincuenta años, tenía la cara redonda como el volante de un coche y los ojos saltones. Al leer la ficha creí que debía de haber un error.

-¿Eres tú Ralph Sanders?

-Sí.

La fotografía de la ficha se correspondía con la cara que yo tenía delante, pero el cartón decía que aquel tipo tenía solo treinta y nueve años. Me encogí de hombros y lo di por bueno, no tenía ganas de discutir con nadie.

-Pon todo lo que llevas en el mostrador -le ordené.

Sanders vació su bolsa de deportes. Dentro vi una amplia variedad de objetos de aseo y algún libro. Me alegré al comprobar que no tendría que requisarle nada. Junto con la orden de ingreso en prisión, el Departamento de Prisiones envía a los condenados una lista de las pertenencias que pueden traer a la cárcel, y no es raro que a pesar de estar sobre aviso algún imbécil venga con objetos no permitidos. En ese caso se lo tienes que confiscar y elaborar un formulario en el que levantas acta, preparas el envío del objeto a costa del preso a la dirección que este te dé o lo mandas a destruir. En una palabra: papeleo. El peor enemigo de los guardias de prisiones.

Pero Sanders no traía nada no permitido, así que pude avanzar al paso siguiente: asignarle el número de preso. Un código de seis dígitos, un guion y otros tres números más que indican el lugar donde fue condenado.

A continuación venía el examen corporal. Pedí a Sanders que se desnudase completamente y que dejase la ropa sobre el banco. Me llamaron la atención varias cicatrices en el torso y una en la pierna.

-¿Qué es esto? -pregunté señalando las marcas.

-Vietnam. Fui prisionero de guerra.

Entendí entonces las razones del aspecto avejentado que presentaba ese recluso. A juzgar por las cicatrices, Ralph Sanders lo había pasado muy mal en manos de los comunistas.

Me dije que aquel hombre había sido herido defendiendo a su país y merecía un respeto por ello, lo cual era mucho más de lo que podía decirse de la masa de inadaptados que pululaban por entonces en Oldstock. Procedí a la revisión corporal de la manera más rápida y digna que pude por deferencia a su persona. Sanders no me caía mal. Estaba en la cárcel, de eso no había duda, pero qué diablos, todos hemos cometido errores en nuestra vida.

Le entregué el ajuar carcelario, que por entonces estaba formado por dos uniformes de color caqui, dos camisetas, cinco pares de calcetines y calzoncillos, dos sábanas, una manta, una toalla y una chaqueta, y a continuación pasé a asignarle una litera. Su ficha decía que era su primera condena, así que seguí el protocolo y le puse en una celda doble con un preso de confianza con condena larga. Revisé la lista y seleccioné a Floyd *el Dedos*, que tenía una litera libre en su celda.

Ordené a Sanders que se sentase en el banco que había frente a mí e hice pasar al siguiente. Cuando hube terminado con los cuatro nuevos ingresos salí del mostrador y me situé frente a ellos.

-Bien, ahora os voy a dar una caja de cartón a cada uno de vosotros -anuncié-. En esta caja podéis guardar vuestras cartas personales. Todas las cartas que recibáis serán examinadas para evitar el contrabando. Solo podéis tener en esta caja diez cartas personales. Las que no queráis conservar o las tiráis o las enviáis de vuelta al remitente una vez leídas. ¿Está claro?

Los cuatro presos contestaron que sí con diferente entusiasmo.

-Las cartas que recibáis del juzgado o de vuestros abogados son distintas -continué-. Esas se llaman «correo legal» y solo las abriremos en vuestra presencia. En la celda podéis tener todas las que necesitéis, no hay límite. ¿Habéis entendido también eso?

Otro sí polifónico y desafinado.

-Ahora pasaréis al reconocimiento médico, y después al psicológico. Con los resultados de esas pruebas os asignarán un trabajo. Puede que tarden varios días en hacerlo, así que no nos estéis preguntando cada maldito día si sabemos ya dónde trabajaréis. ¡Andando!

Los cuatro hombres se levantaron, recogieron las cosas y se marcharon con otro guardia a los reconocimientos. Cuando hubieron salido, entré en la sala donde me esperaban los diez reclusos que volvían del juzgado. Como siempre, estaban hablando a gritos dentro de la jaula como si estuviesen en una pelea de gallos.

-Os digo que ese jodido abogado me ha vendido -decía uno de ellos-. Por su culpa me han caído otros cuatro años.

-No digas estupideces. ¿Cómo te va a haber vendido? Para eso tú tendrías que valer algo.

Coro de risas.

-Ese puto abogado era el único que sabía desde qué cabina había hecho yo la llamada telefónica -insistió ese mismo hombre-, y mira por dónde el fiscal obtiene el registro de llamadas de ese teléfono. Entre los miles de cabinas de Los Ángeles, elige precisamente esa. ¿Me vas a decir que es casualidad?

-No, te voy a decir que eres gilipollas.

-Puede que tengas razón y tu abogado te haya jodido -dijo otro-. Conozco a otro tío que hace poco le pasó lo mismo. Su abogado contó confidencias al fiscal y le imputaron otro cargo distinto.

-¿Y por qué haría eso su abogado?

-Pues para beneficiar a algún otro cliente suyo.

Puse término a aquella discusión. Abrí la puerta de la jaula e hice salir al primero. Elegí al desgraciado que se quejaba de su abogado.

-¿Dices que tu abogado te ha traicionado? -le pregunté mientras se desnudaba para la inspección.

-Sí. El fiscal utilizó una información que solo teníamos él y yo para acusarme de otro delito.

-Pues si te sirve de consuelo, te diré que yo también he escuchado esa historia un par de veces.

Era verdad. En los últimos meses había conocido un par de casos de internos de Oldstock cuyas penas fueron ampliadas por nuevas pruebas que los relacionaban con otros delitos. Y si bien es cierto que a mí me parecía bien que la fiscalía hiciese tratos con los abogados de aquellos malnacidos, le ahorré al encolerizado recluso aquella parte de mi meditada opinión.

Cuando terminé la inspección, ordené a aquel hombre que se vistiera. En ese momento entró el guardia que lo iba a acompañar a su bloque.

-Agente Madison -dijo el recluso antes de salir-, soy porteador del agente Smith, pero Smith está enfermo. ¿Me deja que me dé una ducha?

Las duchas estaban cerradas a aquella hora, pero los porteadores podían ducharse en privado si se lo autorizaba su guardia, en este caso el tal Smith.

-Por supuesto que no -respondí-. Lárgate ya.

Vi al recluso emprender refunfuñando el camino de vuelta a su bloque en compañía de mi colega. Cuando me disponía a recoger mis cosas se me ocurrió la idea: yo también tenía derecho a elegir un porteador. Hasta ese momento nunca lo había necesitado, pero quizás había llegado ya el momento de vivir con mayor comodidad.

Al día siguiente estacioné mi coche en el aparcamiento de empleados de Oldstock y coloqué en el salpicadero la tarjeta de identificación. En aquel lado de la prisión, el más externo, el muro rectangular tendría unos cinco metros de alto, y había cuatro garitas de vigilancia, una en cada vértice. Por dentro, otro muro más sólido de cinco metros cubierto por alambre espinoso recorría el interior del complejo. Esa pared tenía ocho garitas herméticamente cerradas desde el lado exterior y vigiladas por guardias armados con fusiles M16.

Dentro, la prisión tenía cinco bloques. Dos de ellos eran de seguridad media y otros dos de seguridad mínima, aunque en todo Oldstock se aplicaba el protocolo de seguridad media. El quinto bloque era la unidad de internamiento especial, «el agujero», donde se encerraba a los reclusos en régimen de aislamiento.

Además de los cinco bloques que albergaban a los reclusos, el recinto lo componían otros siete edificios, rodeados cada uno de ellos por una verja metálica de cuatro metros: el economato, el comedor, la capilla, el taller de trabajo, la biblioteca, el barracón de oficiales y la clínica.

Anexo a uno de los bloques de seguridad mínima se encontraba el acceso de personal, por donde entrábamos los guardias, los médicos, los psicólogos, los asesores, los administrativos, el capellán, los empleados de mantenimiento y, en general, todos aquellos que no eran reclusos.

Como cada mañana fui directo al vestuario, donde me cambié mi ropa de civil por el uniforme de guardia de prisiones. Había que dejar siempre el uniforme en la taquilla para evitar que en el exterior nadie supiese nunca que trabajabas en una cárcel. Allí te lo lavaban los reclusos en tu día libre.

Por entonces yo llevaba casi tres años en la prisión federal de Oldstock, adonde fui destinado después de las tres semanas que pasé en el campo de adiestramiento de Glyncó, Georgia. Allí, además de aprender a manejar el M16, la escopeta de calibre 12 y la pistola 9 mm Parabellum, tuve ocasión de familiarizarme con las cinco reglas básicas para evitar conflictos graves dentro de una cárcel: dispersar reuniones de más de seis reclusos, evitar las artes marciales, vigilar los rezos en grupo, prohibir los deportes de contacto y cachear a cualquiera que entrase al patio. Pero una vez dentro de la prisión, incluso cumpliendo tales normas al pie de la letra, en cualquier momento podías verte envuelto en una riña que diese contigo en el hospital.

Cogí el termo del café, cerré la taquilla y me ajusté la porra. Como guardia de prisiones tienes derecho a llevar un arma de fuego, pero nunca dentro de la prisión salvo que estés asignado a una torre de vigilancia. En el interior de Oldstock solo llevaba una porra de madera revestida de cuero en forma de «L» que era la única defensa que me separaba de los doscientos cincuenta reclusos que pasaban junto a mí en una galería cada vez que se abrían las puertas de las celdas.

De hecho en la cárcel solo hay una razón por la que mantienes el orden: porque quieren los presos. Eso me lo repitieron una docena de veces en el campo de adiestramiento. La primera vez, cuando me hicieron la fotografía para mi ficha. Un instructor dijo que una vez incorporados en nuestros destinos nos tomarían una fotografía cada mes. Cuando uno de mis compañeros preguntó para qué tanta foto, el instructor respondió: «Para que si os toman de rehenes en un

motín tengamos una imagen reciente que entregar a la prensa.»

Antes de que la sargento me asignase el destino del día y el compañero que me haría sombra por orden del alcaide, había que pasar el cacheo. Me puse en la fila y esperé pacientemente sorbiendo unos tragos cortos del café de mi termo.

Desde la rebelión de la cárcel de Itaca en 1971, los motines eran tan infrecuentes que hacía tiempo que habían dejado de preocupar al Departamento de Prisiones. Lo único verdaderamente peligroso eran las luchas entre bandas, que si se descontrolaban podían propagar la violencia y convertirse en un auténtico motín. La aparición del fuego es el punto que marca el momento en que una riña tumultuosa deja de ser una «riña» y se convierte en un «motín». El fuego es el mejor aliado de los motines, pues hace que tu atención tenga que distraerse entre el motín y el propio fuego. Según nos dijeron en el campo de adiestramiento, en tales casos lo primero que deben hacer los guardias es destruir las radios y las televisiones para evitar que a los presos les lleguen noticias del exterior. A continuación hay que romper todas las linternas, pues desde fuera cortarían la luz de la prisión y así por las noches los reclusos serán más vulnerables. Y después, rezar.

Por fortuna, este tipo de riñas entre bandas normalmente podían evitarse, pues siempre había algunas señales que te permitían detectar que algo se estaba tramando entre bastidores. Por ejemplo, un preso conocido por su buena conducta te pedía que lo metieses en el agujero, o en un registro de celdas encontrabas un acaparamiento anormal de comida, o simplemente asistías a un silencio anormal en las galerías. Cuando los presos esperaban que hubiese jaleo en el patio salían con varias capas de ropa para que les sirviera de protección. Siempre que se detectaba algo así le preguntabas a algún chivato, y si el tipo se negaba a hablar entonces había algo gordo. En tales casos avisábamos al capitán, y este declaraba un «encierro». Un encierro consistía simplemente en mantener a los reclusos en sus celdas las veinticuatro horas, sin permitirles salir al patio y obligándoles a comer encerrados. El encierro obraba milagros, pues los presos, hartos, terminaban aclarando sus diferencias enviándose mensajes de una banda a otra. Luego, un portavoz de cada banda llamaba a un guardia para decirle que el malentendido estaba solucionado, y el capitán levantaba el encierro. En mis tres años en Oldstock había asistido a más de una docena de encierros por riesgo de riña.

Después de casi veinte minutos de cola por fin me tocó el turno para el cacheo. Uno de mis compañeros me palpó por delante y por detrás. Soporté aquello con toda la entereza que pude reunir. A continuación me ordenó que me quitase las botas. Lo hice con reticencias. Cuando me las devolvió me pidió que abriese el termo del café. Aquello me hizo explotar.

-Oye, yo creo que te estás pasando ¿no?

-Madison, cumplo órdenes.

-Y una mierda, estás excediéndote.

Aquel pequeño alboroto consiguió su propósito. La sargento levantó su orondo trasero y vino a nuestro encuentro levantando el polvo de la sala con sus caderas.

-¿Qué ocurre aquí?

-El compañero opina que es necesario registrar el contenido del termo por si traigo heroína disuelta en mi café -dije desenroscando la tapa.

-Está bien, Madison. Déjalo ya y ven conmigo -dijo la sargento-. Y tú, acelera. Mira la fila de cacheos que tienes pendientes.

Cerré el termo y pasé junto a mi colega de los cacheos, quien me fulminó con su mirada.

Buscarse problemas con los compañeros no es lo mejor que puede hacer un guardia de prisiones, pues nunca sabes cuándo los podrías necesitar si tu vida corre peligro. Dejé de pensar en eso y seguí a la sargento hasta el rincón donde estaba el panel de los destinos.

-Madison, hoy vas a correspondencia. Y te llevas contigo al agente Farrell. Acaba de incorporarse, así que ponle al día.

«Lo que me faltaba, un novato», pensé. Farrell me tendió el manojito de llaves con su mano pecosa de irlandés y me dedicó una sonrisa bobalicona que me dejó ver un colmillo dorado. Agarré las llaves y le hice un gesto con la cabeza para que me siguiese.

Salimos al patio y nos dirigimos a la biblioteca.

-¿Qué tenemos que hacer en correspondencia? -me preguntó Farrell-. ¿Ordenar las cartas para repartirlas?

-Sí. Ese es parte del trabajo. Las cartas se reparten durante el recuento principal, el de las 4 de la tarde, cuando todos los reclusos tienen que estar en sus celdas. Pero antes de repartir las cartas tenemos que abrirlas.

-¿Hay que leerlas todas?

-Sí, aunque tampoco de manera exhaustiva -dije mientras buscaba la llave que abría la puerta de la biblioteca-. Hay que censurar los contenidos delictivos y pornográficos. Y también comprobar que aparte de papel no contienen nada.

Entramos en el edificio y levantamos las persianas. Una puerta que había nada más entrar a la derecha daba a la sala de la correspondencia. Volví a examinar el manojito de llaves para encontrar la que abría esa habitación. En la cárcel te pasas el día abriendo y cerrando puertas.

-Yo empiezo comprobando el contenido de todos los sobres -expliqué mientras hacía dos montones de cartas, uno para él y otro para mí-. Después me siento a leer con el bolígrafo rojo. Si tacho más de dos líneas, devuelvo la carta al remitente con ese formulario de ahí.

Empezamos a trabajar. Después de tres años algunos reclusos ya eran casi de mi familia, y gracias a su correspondencia estaba al tanto de sus problemas familiares, laborales y económicos. Aunque a decir verdad, problemas económicos los tenían todos. Considerando las indemnizaciones que deben satisfacer por sus delitos, la mayor parte de los reclusos federales estadounidenses están en bancarrota y, salvo los condenados por crimen organizado, será difícil que a lo largo de su vida ninguno de ellos consiga salir de la ruina.

Pronto reparé en una carta que me llamó la atención. La remitía Emily Sanders, y la dirigía a Ralph Sanders, aquel preso recién llegado que había sido prisionero de guerra en Vietnam. Empecé a leerla con interés. Aquella mujer no era la esposa de Sanders, sino su hermana, y en su misiva de dos folios abría su corazón de una manera muy emotiva. Le pedía perdón por no haber asistido a su juicio, pero si no lo había hecho no fue por resentimiento hacia él, sino por la pena que sentía al verlo sufrir tanto. Aunque fuese culpable del delito por el que lo habían condenado, Emily Sanders consideraba a su hermano una persona abandonada que se había revuelto contra aquel desamparo de una manera equivocada, aunque comprensible. Se disculpaba por no haber sabido verlo, por no haber comprendido el dolor que sufrió durante la guerra, al perder a su madre, al verse obligado a realizar un trabajo que no le gustaba. La mujer terminaba la carta asegurando que rezaría por que el tiempo que Ralph pasase en la cárcel le sirviese a él para redimirse con la sociedad y a ella con su hermano.

Permanecí por espacio de un minuto reflexionando sobre aquella triste historia que, al contrario de las otras muchas que había conocido en Oldstock, me había llegado a conmover.

Fue Farrell quien me sacó de aquel recogimiento íntimo.

-Oye, Madison, esto que pone aquí es... no sé... no lo entiendo. ¿Devuelvo la carta?

Me levanté con desgana y fui hasta donde estaba mi compañero. Él resopló para quitarse el flequillo pelirrojo que le caía hasta los ojos y me tendió los folios. Tuve que leer solo dos líneas para darme cuenta de que lo que ponía en ese papel era una estrategia de defensa legal.

-Joder, Farrell -exclamé-. ¿Dónde está el sobre de esta carta?

-Es ese.

-Mira, mira -le dije señalando un sello impreso en el sobre-. ¿Qué demonios pone aquí?

-«Correo legal. Abrir solo en presencia del recluso» -leyó.

-Bien, Farrell, ¿y dónde coño ves al recluso? ¿Está aquí? Porque yo no lo veo. Esto es una carta de su abogado, y no puede ser abierta sin que el tipo esté delante. Si lo hacemos puede denunciarnos por violar varias docenas de derechos civiles.

Mi compañero se echó hacia atrás y se dio unos golpecitos en la frente con las palmas de las manos.

-Joder, la he cagado. No me fijé.

Eché un vistazo al sobre. Por suerte, la solapa que se pegaba en el reverso no parecía muy dañada.

-Abre ese armario y saca la cola -le ordené-. Intentaremos cerrarlo sin que se note.

Cerré el sobre lo mejor que pude y lo perdí en el montón del correo legal. Descontando la hora del almuerzo, seguimos leyendo durante todo el día hasta las tres y media. Después clasificamos el correo que se iba a repartir esa tarde y lo ordenamos por galería. Cuando estuvo listo, me dirigí a Farrell.

-Coge la bolsa del correo legal y llévala al barracón de oficiales. El teniente decidirá qué cartas abrimos en presencia del recluso y cuáles entregamos directamente sin abrir.

Farrell salió a cumplir mi encargo, y yo me quedé con el resto de las cartas ordinarias. Mi compañero novato tardó unos diez minutos en volver. Después, recogimos las sacas de correo y pasamos por cada uno de los bloques entregando la correspondencia.

El sistema penitenciario estadounidense es un negocio. Un negocio para las empresas que utilizan la mano de obra barata de los reclusos, para las operadoras de telefonía que cargan precios abusivos por las llamadas de los reclusos, para los proveedores del economato que disfrutan de un lucrativo monopolio con las compras de los reclusos, para las compañías de autobuses que llevan a la prisión a las visitas de los reclusos, para los pueblos que albergan las prisiones y ven crecer su economía con la presencia de las familias de los reclusos. Todo el sistema está milimétricamente diseñado para que numerosas organizaciones se lucren a costa de las consecuencias del crimen, y ese es uno de los secretos de su fortaleza. El otro secreto es el orden, que dentro de la prisión se consigue mediante el contrabando.

La gran diferencia que existe entre la cárcel y el mundo exterior es que mientras fuera todo lo que no esté prohibido está permitido, en la prisión ocurre exactamente lo contrario: todo lo que no está estrictamente permitido está prohibido. Y la palabra mágica para designar lo prohibido es «contrabando».

Dentro de la cárcel todo lo ilegal se denomina contrabando. Por ejemplo, los reclusos solo están autorizados a sacar del comedor una pieza de fruta, y la fruta no se vende en el economato. Luego si encuentras dos piezas de fruta al registrar una celda, la fruta extra se considera

contrabando y puedes hacer a su poseedor una «nota». Una nota es una denuncia escrita que puede acarrear cese de privilegios, una estancia en el agujero o, peor aún, pérdida de tiempo ganado por buen comportamiento que le permita salir antes de prisión.

Así pues, contrabando es todo: poseer droga, leer revistas porno, fabricar armas, incluso hacer tatuajes. Y gracias al contrabando y los castigos que este comporta puedes imponer el orden de manera moderada. Los únicos que viven un tanto ajenos a esta regla son los chivatos.

Los chivatos son reclusos confidentes, que cuentan a los guardias cosas que los guardias no deberían saber. Y a cambio obtienen beneficios extra, como por ejemplo pequeños contrabandos y visitas sexuales, que en las prisiones federales están totalmente prohibidos.

Pero no todo son ventajas. Los chivatos son la raza más odiada de la fauna carcelaria y en las prisiones de alta seguridad gozan de vidas cortísimas. En tales prisiones hay encerrados tipos con condenas tan exageradamente altas que les da lo mismo matar a un chivato, a dos o a tres. En las cárceles de seguridad media como Oldstock los chivatos pueden apañárselas algo mejor, pues los reclusos allí encerrados tienen cierta esperanza de salir algún día en libertad, y matando a un chivato esa opción se esfuma para siempre. Como puede suponerse, en los campos de seguridad mínima los chivatos campan a sus anchas.

Aquella mañana yo estaba con mi compañero el novato Farrell echando un vistazo a las celdas buscando contrabando mientras los presos estaban en el patio. Por entonces yo llevaba tiempo dándole vueltas a la cabeza sobre qué interno podría servirme como porteador. Tenía un par de candidatos que serían ideales, pero sospechaba que eran chivatos de algún guardia, lo cual los excluía por completo de mi lista. Algo dentro de mí me decía que debía escoger a Sanders; sin embargo, esta opción no era muy lógica, pues Ralph Sanders acababa de llegar a Oldstock y su comportamiento durante las primeras semanas sería impredecible. Por ejemplo, atemorizado por el ambiente de la prisión podría unirse a la Hermandad Aria, y si en tal caso yo lo seleccionaba como porteador, me podría ver metido en un buen lío.

Sin embargo, la necesidad de un porteador empezaba a urgirme y tenía que tomar una decisión. Sería lícito suponer que entre los cientos de reclusos de Oldstock habría al menos uno en quien se pudiese confiar, pero no era así. Todos estaban mal de la cabeza, o al menos habían pasado por algún momento en sus vidas en que lo estuvieron. Estoy convencido de que si en la puerta de la cárcel, en lugar del cartel que anuncia «prisión federal de Oldstock» hubiese otro que dijese «psiquiátrico», un visitante ocasional no notaría la menor diferencia. Y la culpa de que en Oldstock hubiese docenas de retrasados mentales la tenían los jueces y los jurados, que son los que en el sistema penal estadounidense determinan si un delincuente está loco o no. Eso es algo que nunca he entendido y nunca entenderé.

La hora del patio terminó y los presos volvieron a sus celdas para el recuento de las cuatro. Pronto empezaron los chillidos y los insultos que se intercambiaban los reclusos cuando estaban encerrados. Me senté en el cubículo de los guardias desde donde accionaba las palancas de apertura y cierre de las puertas y encargué a Farrell que fuese echando un vistazo celda a celda para comprobar si los reclusos estaban preparados para el recuento de las cuatro, pues era obligatorio que todos estuviesen de pie junto a su camastro en tal momento.

Puse los pies sobre la mesa y me eché hacia atrás. Tener un compañero novato a todas horas tenía sus inconvenientes, pero también te permitía unos pocos momentos de descanso. Al cabo de unos minutos, el relax terminó.

-Eh, tú -oí gritar a Farrell-, baja de ahí.

No escuché ninguna respuesta, solo una risita convulsa.

-¿No me has oído? Te he dicho que bajas.

-Ja, ja, ja.

-Pero bueno, ¿es que quieres romperte la cabeza?

-Sí, ja, ja, ja. Me voy a tirar de aquí y me voy a romper la cabeza. Ja, ja, ja.

-¿Eres imbécil? -La voz de Farrell transmitía una creciente preocupación-. ¡Baja ya!

-No me da la gana, gilipollas. Voy a tirarme de aquí y me voy a desnucar. Ja, ja, ja. ¿Te imaginas el papeleo que te espera, novato? Ja, ja, ja. Vas a morir ahogado en papeles.

Decidí que había llegado el momento de levantarme para ver qué demonios ocurría. Me asomé y vi que mi compañero estaba junto a la celda 18. Debí imaginármelo.

-Voy a meterte una nota que te vas a cagar, desgraciado. -Farrell sacó su libreta del bolsillo de la camisa.

-Ja, ja, ja. La nota te la va a meter a ti el alcaide por el culo cuando me saquéis de aquí desnucado.

-¡¡¡Vamos, bicho, tírate!!! -aulló una voz desde la otra punta de la galería.

-¡Sí, sí, tírate! -gritó otro.

Aquel era el momento de actuar. Fui a la celda 18 y vi que el recluso estaba acucillado subido a la barra de los pies de su cama como si fuese una gallina.

-Madison, mira a este chalado. -La voz de Farrell sonó histérica-. Dice que se va a desnucar.

El 18 se fijó en la porra que yo acababa de sacar del cinturón y dejó de reírse.

-Ponte de pie al lado de la cama o te pongo yo a hostias -dije más seco que el algodón.

En la galería se hizo un silencio incómodo. El recluso bajó con sumo cuidado los pies y se puso de pie junto a la cama, firme como si fuese a pasar revista el general MacArthur.

Guardé la porra y Farrell y yo regresamos al cubículo.

-¿Quién es ese idiota? -me preguntó el novato.

-Un bicho.

-¿Un bicho?

-Sí. En la jerga carcelaria a los dementes los llaman «bichos».

-¿Y por qué no está en un manicomio?

-Eso mismo se preguntará su abogado -suspiré.

Las voces de los reclusos que se gritaban unos a otros de celda a celda volvieron a resonar contaminando la pestilente atmósfera de la galería.

-¡Al que pille con la foto que me robaron de mi novia le abro la cabeza! ¡Hijos de perra!

-¿Alguien tiene huevos para una partida de dados después de la cena?

-Oye, puto negrata. He dicho hace media hora «alfil a reina 4». ¡A ver si mueves de una puta vez!

Finalmente pasó el recuento de las 4 y con él el final de mi turno. Cuando llegó el relevo bajé al vestuario, me quité el maldito uniforme y lo colgué en mi taquilla. Cuando salía hacia el aparcamiento escuché el pitido que anunciaba un aviso por la megafonía de la prisión.

-Atención, atención. Este es un mensaje para los reclusos -dijo la voz de uno de los guardias.

A continuación hubo un silencio. Luego una voz distinta habló a través de los altavoces.

-Queridos reclusos, os habla el padre Morris, vuestro pastor. He notado a faltar en la capilla

el misal que utilizo así como dos botellas de vino. Rogaría a la persona que se ha apropiado de tales objetos que los devuelva, pues sin ellos no puedo oficiar...

No conseguí escuchar el resto del mensaje. La voz del padre Morris fue sepultada bajo una violenta carcajada coral que me llegó nítida a través de las ventanas de los bloques de los reclusos.

Cuando entré en mi coche estaba convencido de que tenía que usar como porteador a Ralph Sanders.

A la mañana siguiente, la sargento nos destinó a Farrell y a mí al bloque 2, de seguridad mínima. En tales bloques no había galerías ni celdas, sino unos dormitorios diáfanos compartimentados en cubículos que compartían dos reclusos. En cada cubículo, aparte de las dos camas, había un par de mesas con sus sillas y dos taquillas, una para cada recluso donde los tipos podían guardar bajo llave las escasas pertenencias que la prisión federal de Oldstock les permitía poseer.

En Estados Unidos hay tres tipos de prisiones, las del condado, las estatales y las federales. Oldstock era de estas últimas y aquí venían a parar reclusos que habían cometido delitos federales, como pertenencia al crimen organizado, narcotráfico a gran escala, delitos contra la inmigración, estafas a la seguridad social, daños al servicio de correos o contrabando interestatal. Sin embargo, por entonces también terminaban en Oldstock otros criminales a los que les correspondería ir a una prisión estatal, pero que por motivos de espacio terminaban con nosotros.

En todo caso, con independencia del delito que les hubiese llevado a Oldstock y que nosotros los guardias no debíamos conocer para evitar prejuzgarles, todos los reclusos una vez dentro de la cárcel jugaban al mismo juego: el escondite.

Para los internos de una prisión federal, trabajar es obligatorio, y escaquearse del trabajo es el objetivo de todo buen recluso. Los guardias son los responsables de evitarlo, y durante la mayor parte del día, cuando se supone que los presos deben estar en sus puestos de trabajo, tiene lugar una persecución en busca de aquellos que se dedican a perder el tiempo huyendo de sus lugares de trabajo.

Uno de los deportes favoritos de los guardias es «el enfermo imaginario». Cuando un recluso está enfermo, el médico le da un volante que le autoriza a quedarse en su cama durante todo el día, eximiéndole así de ir a trabajar. Hasta ahí todo es correcto. El problema es que muchos presos que se supone que están enfermos no lo están, y cuando el resto trabaja ellos se dedican a vagar y pasearse por los bloques. Si pillas a un recluso con parte de enfermedad fuera de su cama, puedes darle una nota, y a fin de mes el guardia que más enfermos imaginarios pilla es invitado a cervezas por sus compañeros.

A aquella hora los presos estaban en el trabajo, así que Farrell y yo comprobamos la lista de enfermos del bloque y empezamos a pasear por sus cubículos anotando su preceptiva presencia en la cama.

Nos separamos. Empecé mi ronda por la parte norte del bloque y lo primero que vi fue a un recluso haciendo una cama de un cubículo que no era el suyo. Las normas de la prisión prohíben que un preso pague a otro para que le sirva de chacha, pero es algo frecuente hacerlo, sobre todo entre los miembros de la Familia. Podría haber puesto una nota al mandante de aquel preso acusándole de violar la regla que califica como contrabando entregar cualquier objeto de valor a otro recluso, en este caso dinero. Sin embargo, me abstuve de hacerlo, pues, en el fondo, los presos que limpian para otros no tienen ninguna forma mejor de ganarse la vida dentro de la

cárcel y castigando a quien les paga en realidad les perjudica a ellos. Además no es una práctica peligrosa.

Comprobé abatido que ninguno de los enfermos de mi lista se encontraba fuera de su cubículo, y me dirigí a la salida del bloque para esperar a Farrell. Junto a la puerta vi el extintor colgado de la pared. Estaba dentro de su cristal y no tenía la palanca de accionamiento. Durante las últimas Navidades un preso robó el extintor, se subió a lo alto del bloque y roció con espuma a todos los que estaban abajo. Por supuesto estaba chalado. El alcaide decidió quitar las palancas de todos los extintores para evitar que eso pudiese volver a ocurrir. Qué demonios hacía colgado en la pared un extintor inutilizado era otra de las cosas que yo nunca pude entender en Oldstock.

Por fin llegó Farrell.

-Madison, tengo revisión del oculista. Me voy a la enfermería.

-Vale. Yo me quedaré por aquí.

Mi compañero me entregó su lista de enfermos, ya comprobada, y salió del bloque. Me asomé a la ventana y lo vi alejarse. Me fijé entonces en el edificio de al lado. Era el bloque 1. Decidí ir a ver quién estaba de guardia en el 1 y charlar un rato.

Cuando entré comprobé que el rincón de los guardias estaba vacío. Sobre la mesa vi la lista de enfermos ya revisada por el agente Smith, así que posiblemente Smith hubiese salido a estirar las piernas. Me dije que echaría yo mismo un vistazo al bloque. Pudiera ser que algún enfermo imaginario no se esperase la visita de un guardia inesperado después de superar el control.

Recorrí sigilosamente el bloque. Al acercarme a un cubículo, el número 3, escuché un ruido que provenía de su interior. Me detuve a echar un vistazo a la lista. Ninguno de los dos ocupantes del cubículo 3 estaba relevado del trabajo por enfermedad, luego se encontraba allí sin permiso. Aquello olía a nota.

Irrumpí en el interior para sorprender con las manos en la masa al infractor.

-Pero... Dedos -dije incrédulo.

Era Floyd *el Dedos*. Estaba sentado en una de las camas rodeado de papeles.

-Agente Madison -balbuceó-, ¿qué hace usted aquí?

-¿Cómo que qué hago yo aquí? ¿Qué haces tú aquí? Este no es tu bloque.

Eché un vistazo a mi alrededor. Una de las taquillas estaba abierta y en el suelo pude ver la caja de cartón donde se guardaba la correspondencia. Encima de la cama había varias cartas. Le quité al Dedos la que leía en ese momento.

-Estás leyendo el correo legal de otro recluso -dije alarmado.

Calculé mentalmente el número de leyes que Floyd *el Dedos* estaba vulnerando y el tamaño del paquete que le caería cuando yo lo denunciase. Pero Dedos, ajeno a mis pensamientos y más sereno de lo que debería estar, se levantó. Fue hacia la puerta del cubículo y se asomó al exterior.

-Joder, Dedos, cuando esto se sepa vas a batir el récord de condenas de Oldstock.

-No. No voy a batir ningún récord porque usted no va a decir nada.

Cuando me hube recuperado de la impresión, apreté con fuerza los dientes hasta hacerlos rechinar. En mi vida de agente de prisiones jamás había tenido que soportar una insolencia así de un jodido preso.

-¿Cree usted que esto lo hago para pasar el rato? -continuó Floyd-. ¿De verdad piensa que a mí me interesa la mierda que pone en esas cartas? Trabajo para otros.

Miré otra vez a mi alrededor. Las cartas personales estaban cerradas a un lado de la cama. El

Dedos solo había abierto la correspondencia legal.

-¿De qué va esto? -pregunté.

-Cumpló órdenes de la fiscalía federal. Ellos me dan los nombres y yo leo su correo legal. Luego transcribo lo que leo y lo envío a un bufete de Sacramento. Ellos utilizan la información para acusar a los reclusos de nuevos delitos.

El Dedos se pasó la mano por la comisura de los labios. Aquello sonaba demasiado extraño como para que se lo hubiese inventado él. Tenía que ser cierto.

-El agente Smith es el que me facilita el acceso a los bloques y galerías cuando no hay nadie -continuó-. Puede comprobarlo con él, pero no se lo diga a nadie más.

Tiré asqueado la carta sobre la cama. Ahora entendía cómo había conseguido la fiscalía todas aquellas condenas de las que se quejaban los reclusos. No les hacía falta sobornar a ningún abogado. Les bastaba con leer el correo legal de aquellos hombres.

-¿Por qué tú? -pregunté.

-Porque saben que no puedo negarme. Agente Madison, yo tengo la perpetua. Cuando cumpla treinta años aquí dentro podría salir, pero solo si la fiscalía está de acuerdo. Estoy en sus manos. ¿Entiende?

Pensé qué hacer. Si era cierto que el Dedos actuaba por orden de la fiscalía federal, lo último que yo querría era mezclarme en una conjura semejante. Sin duda, lo mejor que podía hacer era marcharme de allí y olvidarme de todo. Pero antes:

-¿Le has leído la correspondencia legal a Ralph Sanders? -pregunté a bocajarro-. El preso con el que compartes la celda.

Floyd empezó a recoger los papeles que había desperdigados por la cama. Fue su manera de ganar tiempo para pensar qué responder.

-Sí -dijo al fin-. No es gran cosa, acaba de llegar. Solo ha recibido una carta de su abogado.

-¿Qué ponía?

-Nada interesante. -El Dedos guardó cuidadosamente la correspondencia y la introdujo en la taquilla-. Tiene muchos problemas de dinero, como todos. Por lo visto pagó a su abogado en especie, y en la carta el abogado se quejaba por ello.

-¿Por qué?

-Porque Sanders le dio como pago un recuerdo de familia. No sé... creo que era un cuadro, o algo así. El abogado está teniendo problemas para venderlo. Eso es todo.

El Dedos se agachó y cerró la taquilla con una ganzúa artesanal, un instrumento totalmente prohibido en Oldstock.

«Contrabando», pensé yo.

Las peleas forman parte de la rutina semanal de una prisión de seguridad media. Pueden ocurrir en el patio, en la galería, en el comedor... en cualquier parte. Y lo más curioso es que en innumerables ocasiones las peleas se desatan por el motivo más estúpido o, incluso, sin ningún motivo en absoluto. De repente, alguien atiza a otro y a continuación comienza una riña delante mismo de tus narices sin que tengas la menor idea de qué demonios ha ocurrido.

Las peleas con las manos desnudas son más largas, pero rara vez ocasionan lesiones graves. Las serias ocurren en el patio y con armas. Estas duran poco, pero generalmente dejan heridos y a veces de gravedad. Por eso siempre tenemos que cachear a los que entran al patio. Sin embargo, los reclusos encuentran mil maneras de acceder al exterior armados con pinchos

caseros. Lo más normal es que los presos del equipo de limpieza entierren armas en el patio mientras limpian para que luego las encuentren los que las van a usar.

Aquella mañana, antes de que se ordenase a los reclusos dirigirse a sus lugares de trabajo, se formó una pelea en el patio. Yo estaba con Farrell leyendo correspondencia en la biblioteca y cuando escuchamos la alarma salimos corriendo para ayudar a los compañeros.

Llegamos de los primeros. Junto a la puerta del patio vimos a los dos guardias encargados de vigilarlo echando un vistazo a considerable distancia del tumulto mientras esperaban refuerzos. Aquello era lo que había que hacer. La regla básica de los guardias de prisiones ante una pelea es no tratar nunca de entrar a separarles en inferioridad de condiciones porque si lo haces descubrirás que, inmediatamente, los dos bandos de reclusos se unen contra ti. Siguiendo esa regla, en no pocas ocasiones cuando ya estábamos listos para intervenir, la pelea ya había terminado, lo cual se convertía en la buena noticia del día.

Pero aquella mañana no fue así, por lo que tuvimos que sacar las porras y separar a los reclusos a garrotazos. En el campo de adiestramiento te decían que podías pegar en los muslos o en las costillas, pero nunca en la cabeza. Cuando sacudes a un tipo en la cabeza cualquier cosa puede pasar, desde nada en absoluto, a paralizar de por vida un lado del cuerpo, o incluso dejar a alguien en coma. Si te quitan la porra debes usar las manos para pegar en determinados lugares donde hay haces de nervios y que son muy dolorosos, como debajo de la mandíbula. Puedes incluso meter los dedos en los ojos de los reclusos hasta cinco centímetros, que no pasará nada. El sujeto se quedará atontado durante unos segundos, pero recuperará la visión sin ningún problema.

Al cabo de un minuto conseguimos detener la pelea. Solíamos tardar muy poco en hacerlo, porque si los compañeros de las torres ven que no lo conseguimos entonces abren fuego. Y eso ya son palabras mayores.

Aquel día hubo cinco heridos en la pelea. Y cuando deshicimos la montonera pude comprobar que uno de ellos era Ralph Sanders.

Si las lesiones del recluso lo permitían, los propios guardias podíamos trasladar al herido a la enfermería. Para ello lo llevábamos sentado en «la sillita de la reina» usando nuestras dos porras. De esa manera trasladamos a Sanders entre Farrell y yo. El preso solo tenía un ojo morado, así que lo dejamos sentado en una silla del dispensario y pedí a mi compañero que saliese a ayudar a los compañeros. Me quedé un momento a solas en compañía de Sanders mientras el médico atendía en el patio a otro herido más grave.

-¿Por qué te has metido en la pelea? -le pregunté.

-No tuve opción -respondió el interno con un hilo de voz-. Me buscaron.

-¿Es que estás en algún lío?

-No.

Fui al armario de la enfermería donde sabía que guardaban una botella de coñac. Me acerqué a Sanders con el licor y un vaso de plástico.

-Bebe un trago, te sentará bien.

-Se lo agradezco, agente Madison, pero no debo beber. Tuve problemas en el pasado con el alcohol.

Puse a un lado la botella.

-Pues tienes suerte de haberlo dejado -dije-. Porque aquí en la cárcel solo tendrás acceso a la

porquería de licor que destilan los reclusos, el *hootch*. ¿Sabes lo que es?

-No.

-Lo hacen con zumo de naranja, pulpa de naranja, azúcar, pan y agua.

-¿Con pan?

-Sí. La levadura del pan sirve como agente catalizador. Se fermenta en botellas de plástico que los presos esconden en la lavandería o debajo de las camas.

-¿Y eso es legal? -preguntó Sanders.

-No, pero lo toleramos. Aquí en la cárcel no hay ni buena comida, ni sexo. Si les quitamos también el alcohol tendríamos amotinamientos diarios.

Sanders rio. Se llevó la mano a la mandíbula haciendo una mueca de dolor.

-El doctor te echará un vistazo cuando llegue -dije-. ¿Te han asignado ya un trabajo?

-Sí. En la lavandería. Así que podré destilar *hootch*.

-Es un buen trabajo, aunque allí lo más habitual es robar la lejía. Pero no te metas en eso porque, a diferencia del *hootch*, eso no lo permitimos.

Cuatro compañeros entraron trasladando a otros dos heridos. Por lo que pude entender había otro más grave en el patio esperando una ambulancia. Guardé el coñac y regresé con Farrell a la correspondencia. Al salir le guiñé un ojo a Sanders como despedida.

Mientras mi compañero llevaba el correo legal al teniente, preparé la correspondencia para trasladarla a los bloques. Después de entregarla me dirigí hacia el vestuario, pues mi turno había terminado. Para acortar, atravesé el bloque 3. Al pasar junto a una celda de la galería de abajo vi a Floyd *el Dedos*, que estaba instalándose dentro.

-¿Qué haces aquí? -le pregunté-. ¿No compartías celda con Sanders?

El Dedos dejó la sábana que estaba colocando en el catre y se acercó a los barrotes.

-Sí, pero según el teniente el riesgo de suicidio ya ha pasado. Así que me han trasladado aquí.

-¿Sabías que esta tarde hubo una pelea y uno de los heridos fue Sanders?

-No me extraña, agente Madison. Sanders es carne de cañón.

-¿Por qué dices eso?

-Porque el tipo está aquí por atraco a mano armada -dijo el Dedos en un susurro frotándose la perilla-. Se llevó tres millones de dólares de un banco de Santa Teresa y la pasta no ha aparecido. La noticia se ha difundido por toda la cárcel, y algunos presos le harán la vida imposible a Sanders hasta que confiese dónde demonios está el dinero.

Si lo del robo era cierto, el futuro de Ralph Sanders en Oldstock se presentaba muy oscuro. La extorsión a los reclusos que se sospechaba que tenían dinero era una práctica habitual y la causante de numerosas puñaladas en las galerías. La única opción que tenía la víctima era unirse a una banda que le diese protección, y aquello eliminaría a Sanders de mi lista de posibles porteadores.

Y además estaba el dinero del atraco...

En esto estaba pensando cuando reparé en que el Dedos echaba un vistazo por encima de mi hombro para hablarme en voz muy baja.

-Oiga, ¿ha hablado con el agente Smith sobre lo que vio usted antes? Lo del correo legal...

-No, no voy a hacerlo -le corté-. Yo nunca estuve allí y no sé nada.

Dejé al Dedos haciendo su camastro y salí del bloque con la cabeza dándome vueltas como

una lavadora. Llegué al vestuario y allí coincidí con la sargento, que estaba escribiendo nombres en su panel de destinos.

-Madison -me dijo al verme pasar junto a ella-, Jason se ha cogido unos días de permiso, así que la semana que viene te mando de servicio al agujero.

-¿Con Farrell?

-No, en el agujero solo necesito a uno, así que a él le asignaré otra pareja.

Me alegré de escuchar aquello. El agujero es el lugar ideal para hablar a solas con un recluso, y aquello era lo único que necesitaba para poner en marcha mi plan.

Entré en el billar de Main Street y vi a Joe, quien ya me esperaba en una de las mesas poniendo tiza a su taco. Colgué la chaqueta en el perchero, me remangué y me dispuse a tomarme la revancha del día anterior.

En la prisión federal de Oldstock se jugaba mucho. En las salas de descanso, a las cartas, a los dados y al dominó. En el patio, al béisbol y al baloncesto. Los deportes y juegos eran unos de los pocos remedios que los presos tenían contra el aburrimiento. Sin embargo, las apuestas estaban terminantemente prohibidas, pues generaban muchísima violencia. Cualquier persona con dos dedos de frente pensaría que no es una buena idea apostar un dinero que no tienes con unos tipos que están en la cárcel por robo y asesinato, pero en la cárcel había poquísima gente con dos dedos de frente. Así que el reglamento de la prisión utilizaba la norma que declaraba «contrabando» proporcionar ningún objeto de valor a otro recluso para considerar prohibidas las apuestas. Pero que algo estuviese prohibido por las autoridades no era más que un acicate extra para ciertos reclusos, y en Oldstock se apostaba a diario por casi todo: qué equipo ganaría las finales de la Conferencia oeste de la NBA, qué habría de comer al día siguiente, qué guardia sería destinado esta semana al bloque 4, qué preso sería el próximo en recibir de su mujer la demanda de divorcio...

Me incliné sobre la mesa, golpeé certeramente la bola blanca y la cinco roja se alojó mansamente en la tronera de la esquina derecha.

-Así que ese tal Sanders es el que dio el golpe del West Savings de Santa Teresa -dijo Joe apoyado en el taco sobre sus enormes bíceps.

-Sí. Y la pasta no se ha encontrado.

Embadurné de tiza la corona del taco y me detuve para considerar mi próxima jugada.

-Sería interesante conocer qué pasó con el dinero. -Joe bebió un trago de Miller y dejó el botellín sobre un taburete-. ¿Crees que Sanders querría hacer un trato contigo?

-Seguramente. En la cárcel se va a hacer bastantes enemigos. Ya se ha corrido la voz.

Sacudí con fuerza la culata del taco y la bola blanca se deslizó veloz sobre la tela para impactar con la uno amarilla y empujarla a la tronera.

-Pienso usar a Sanders como porteador -expliqué-, pero además se me ha ocurrido una idea que nos puede acercar a la pasta del atraco.

-Eso estaría bien, muy bien.

Puse tiza al taco e intenté una carambola difícil para introducir la dos azul en una tronera central. Fallé.

Joe vio clara una jugada con la diez rayada. Antes de que se inclinase sobre la mesa para ejecutarla le agarré del brazo.

-Si consigo el dinero, ¿crees que podré salir de Oldstock? -le pregunté.

Joe arqueó los labios.

-No creo. Pero al menos tu estancia allí será más llevadera, ¿no?

Aquel viernes era mi último día en compañía de Farrell antes de ir al agujero. Aproveché un momento de tranquilidad en nuestro destino del día para darle una vuelta didáctica por el recinto de Oldstock. Pasamos por la cocina y la despensa y llegamos a la lavandería. Eché un vistazo rápido y vi a Sanders en uno de los puestos de plancha.

Tenía que deshacerme de Farrell.

-Ahora te explicaré el servicio de lavado -anuncié al novato mientras miraba mi reloj de pulsera-. Pero antes tendríamos que controlar la fila del teléfono. Si los presos empiezan a llamar sin que haya uno de los guardias habrá problemas con los que se quieren colar. ¿Te atreves a hacerlo tú solo?

-¿Abrir el turno del teléfono? Pues claro que sí.

-Venga. Hazlo tú y yo te espero aquí.

Acompañé a Farrell a la puerta y lo vi dirigirse a las cabinas que estaban junto al economato. Los presos únicamente podían hacer llamadas a los números de teléfono que previamente nos habían facilitado y solo a determinadas horas del día. Cuando llamaban, el titular de la línea debía aceptar la llamada y entonces tenían hasta quince minutos para hablar. Había un cupo mensual de minutos, y cuando lo superaban ya no podían telefonar hasta el mes siguiente. Cuando pasaban los quince minutos de la llamada, si querían volver a usar el teléfono tenían que ponerse al final de la fila, lo cual resultaba estresante y generaba numerosos conflictos.

Cerré la puerta de la lavandería y fui directo hacia el puesto de plancha donde se encontraba Sanders. Si me ponía a hablar con él, el resto de los empleados de la lavandería podrían tomarle por un chivato, así que debía disimular:

-Eh, tú -le dije en voz alta cuando estuve a su altura-, vamos a por un quitamanchas y me limpias este lamparón de la manga.

Ralph Sanders dejó la plancha y fue al armario donde se guardaban los productos. Aquello nos dio unos metros de distancia respecto al resto de los reclusos.

-Me han contado lo del dinero del atraco -le susurré mientras me quitaba la chaqueta-. ¿La pelea de ayer tuvo que ver con el dinero?

Sanders roció la manga con una espuma y empezó a frotar enérgicamente. No dijo nada, pero asintió levemente. Tenía el ojo aún medio cerrado por el puñetazo que había recibido el día anterior.

-Aquí dentro la gente como tú puede llegar a pasarlo realmente mal.

-Sí, ya lo he notado, agente Madison. Solo me siento seguro cuando hay guardias alrededor.

Sanders terminó de limpiar el imaginario lamparón y me ayudó a ponerme la chaqueta. A continuación abrió el armario del material para guardar el aerosol y el cepillo.

-Yo puedo librarte de tus problemas y conseguir que cumplas la condena de una sola pieza -le dije sin dejar de apartar la vista del resto de los presos de la lavandería-. ¿Te interesa?

-Sí, mucho.

-Podemos hacer un trato si me hablas del atraco y del dinero.

Sanders cerró el armario del material. Me fijé en su mirada mientras me ajustaba la corbata azul del uniforme. Aquel hombre estaba deseando aceptar.

-De acuerdo -dijo.

-Dime quién fue el que te pegó en el patio.

-Celda 7 de mi bloque. Esta mañana durante el desayuno se me acercó y me dijo que me daba de plazo hasta esta noche para que le dijese dónde está el dinero.

-Está bien, ya me encargo yo de él. -Vi a Farrell entrar en la lavandería y mirar a su alrededor. Me buscaba a mí-. Necesitamos hablar en privado. A partir del lunes estaré en el agujero. Habla con el guardia de tu bloque y pídele que te meta allí.

Sanders asintió nerviosamente.

Fui hacia Farrell y regresamos a la biblioteca a preparar la correspondencia. Más tarde, cuando hubo terminado ya nuestro turno, nos separamos. Farrell fue al vestuario a quitarse el uniforme. Yo me dirigí al bloque de Sanders.

En Oldstock, hay cinco recuentos de presos, más dos recuentos extra en fin de semana y festivos. Después del recuento de las cuatro de la tarde se abren las celdas para que los reclusos vayan a cenar.

Una de las formas más habituales de castigar a un preso que se ha portado mal evitando el papeleo de las notas consiste en no abrirle la puerta de su celda para que salga al patio o baje al comedor. Los encierros individuales en la celda tienen que ser aprobados oficialmente después de una vista, y el recluso puede presentar una queja si los guardias decidimos unilateralmente no abrirle. Pero pocos lo hacen, pues se exponen a represalias aún peores como registros sorpresa o extravío accidental de su correo.

El recuento había terminado y el compañero que hacía el turno en la galería de Sanders estaba leyendo una revista en su cubículo mientras esperaba el momento de abrir las celdas.

-Déjame la 7 cerrada -le pedí.

El guardia me guiñó un ojo cómplice. Luego, cuando activó el mecanismo de apertura, pulsó el botón que mantuvo bloqueada la celda en cuestión. Oímos a lo lejos unos gritos de protesta del inquilino de la 7 mientras el resto de los reclusos bajaba atropelladamente al comedor.

Al cabo de unos segundos, la galería quedó desierta. Dejé a mi compañero en su cubículo y fui a la celda 7. Dentro encontré a un individuo de casi dos metros, con profundas ojeras y el tabique nasal desviado casi un palmo a la derecha. Si la cara es el espejo del alma, aquel sujeto debía de ser primo hermano de Lucifer.

-Manos a la espalda -dije sacando las esposas.

El preso me miró con desprecio pero obedeció la orden. Se dio la vuelta y juntó las manos en los riñones para que pudiese ponerle los grilletes a través de los barrotes. Cuando lo hube hecho le ordené que fuese al fondo de la celda y di un grito al guardia para que abriese la celda.

Entré. El tipo tenía los hombros cargados y respiraba ruidosamente por la boca. Tenía un tatuaje en el cuello que no pude apreciar bien, pues se lo tapaba el cuello de la camisa. Le ordené que se sentase en el camastro y él obedeció con actitud provocativa.

Eché un vistazo y vi un mazo de naipes sobre el tablero empotrado en la pared que hacía de mesa. Lo cogí y me senté en el camastro dejando un metro de distancia entre el recluso y yo.

-¿Sabes que puedo leer el futuro de la gente en las cartas? -dije mientras barajaba los naipes-. Me enseñó una tía que era medio bruja.

Puse dos naipes boca arriba sobre la sábana, uno al lado del otro.

-Mira, este eres tú -dije señalando la primera carta-, y... vaya, aquí pone que estás en la cárcel por gilipollas.

Fui sacando naipes según iba hablando.

-Las cartas dicen que acaba de llegar a prisión un recluso nuevo llamado Sanders, y tú decides extorsionarle. Un guardia bondadoso viene a tu celda para advertirte que no lo hagas, pero tú, que eres un imbécil redomado, haces caso omiso y sigues molestando a Sanders. Así que un buen día recibes la visita de cuatro guardias que van a registrar tu celda, y cuando lo hacen encuentran dentro una bolsita con diez gramos de heroína. Se convoca la vista para juzgarte por tráfico de estupefacientes y a pesar de que juras que la droga no era tuya y que alguien te la ha puesto en la celda, el Departamento de Prisiones no te cree... -Saqué un último naipe del mazo y lo giré lentamente-. Y te envían con la perpetua a Terre Haute.

Comprobé el efecto de mis palabras. La prisión de alta seguridad de Terre Haute, en Indiana, era una de las más temidas por los reclusos federales. Comparada con ella, Oldstock era un campamento de verano. Y aquel gigante sabía que tal y como estaban las cosas con la droga, si le encontrábamos esa cantidad de heroína en su celda él iría derecho a Terre Haute. Su pose provocativa se suavizó.

Le tiré el resto de las cartas a la cara.

-Sanders es intocable -dije mientras me levantaba-. Díselo a los demás.

La unidad de internamiento especial era conocida entre los reclusos como «agujero», aunque en realidad no estaba bajo tierra. Se trataba de un sólido bloque de hormigón con ventanas minúsculas donde se encerraba a los reclusos que habían cometido alguna falta grave o que mostraban reincidencia en su mal comportamiento.

Para entrar a la unidad había que atravesar una pesada puerta de metal. Fuera había una campana y, al sonar, el guardia tenía la obligación de asomarse por la mirilla antes de abrir. Una vez dentro, accedías a un pasillo central con dos filas de celdas en dos alturas, con quince celdas en cada lado. En total cabían sesenta internos, pero como en el agujero siempre había más de sesenta presos se daba la paradoja de que las celdas de aislamiento eran compartidas en ocasiones hasta por tres reclusos. Como estaban pensadas para alojar solo a uno, únicamente había un camastro, y los demás tenían que dormir en el suelo. Quién se quedaba el camastro era objeto de acalorados debates, normalmente con desenlace violento.

Las celdas del agujero tenían barrotes por delante y por detrás. La puerta era sólida, y tenía una trampilla para pasar la bandeja de la comida y una abertura vertical de más de un metro de alto para poder ver sin dificultad qué demonios hacía el recluso. El hueco de la puerta estaba cubierto por una pantalla transparente para impedir que los presos tirasen cosas al exterior, en particular heces y demás fluidos corporales.

Lo peor del agujero era el aburrimiento. Los presos en aislamiento tenían suspendidos todos sus privilegios, solo podían ducharse una vez a la semana en unas duchas exclusivas situadas en el mismo bloque y salían al patio una hora al día mientras el resto de presos estaba en sus celdas. No tenían ni televisión ni radio, aunque sí una revista para leer que en la mayoría de los casos se les requisaba como castigo por desobedecer órdenes directas, en particular no armar jaleo. Y es que el agujero era un maldito pandemónium en el que los presos gritaban, maldecían, blasfemaban e insultaban sin que en ningún caso supiesen por qué lo hacían.

Sin embargo, para los guardias el agujero era un destino relativamente cómodo. El cubículo de vigilancia estaba insonorizado, y como los reclusos salían muy raramente de sus celdas, la mayor parte del tiempo uno podía dedicarse a la lectura y los pasatiempos. Muy pocas veces me tocaba a mí prestar servicio en el agujero, pero cuando lo hacía pedía a la sargento que me dejase

comprobar el correo de los reclusos, lo cual era siempre concedido, pues ello suponía que un mismo guardia hiciese el trabajo de dos.

Aquella mañana era mi primer día en el agujero, y después de repartir las bandejas del almuerzo fui a la celda donde estaba Ralph Sanders y lo saqué para llevarlo a la ducha.

Al agujero se suele entrar como castigo por infringir las normas de la prisión, aunque también puede hacerse a petición propia del recluso. Esto es habitual cuando el interno en cuestión teme que algún compañero lo agreda por cualquier motivo. Las autoridades siempre están dispuestas a evitar heridos y el papeleo que estos ocasionan, y normalmente acceden a estas peticiones. Sanders acababa de meterse en una pelea, así que cuando solicitó entrar en el agujero le aceptaron de inmediato.

Entramos en las duchas y le puse una fregona en las manos para que pudiese disimular en caso de que alguien nos sorprendiese, lo cual era muy difícil, pues el agujero solo puede abrirse desde dentro. Dejé la puerta entreabierta para escuchar si alguien hacía sonar la campana de la puerta del bloque.

-El de la celda 7 ha recibido el mensaje -empecé diciendo-. Y cuando salgas de aquí puedo nombrarte mi porteador. Eso hará que limites tu convivencia con el resto de los reclusos a un mínimo imprescindible. Pero para eso quiero saber antes si de verdad estás de acuerdo en hablar conmigo del dinero del atraco.

-Estoy de acuerdo.

-Sé que te llevaste del West Savings de Santa Teresa tres millones de dólares. ¿Dónde está la pasta?

-La tienen los dos hombres que me ayudaron a dar el golpe.

-Está bien -dije-. Será mejor que me cuentes todo desde el principio.

Sanders se apoyó en la fregona y se frotó los ojos saltones con el dorso de la mano.

-¿Sabe usted por qué cada vez se atracan menos bancos, agente Madison?

-No.

-Porque no merece la pena. En una sucursal, un día cualquiera, el cajero tiene en el mostrador muy poco dinero a disposición del público. El resto está detrás, cerrado en una caja fuerte de apertura retardada que tarda veinte minutos en abrirse. Vaya usted mañana a la oficina de su banco y pida diez mil dólares al cajero. El tipo le dirá que no tiene ese dinero disponible y le pedirá que vuelva al día siguiente. En realidad eso lo hace por pereza porque podría decirle que volviese al cabo de media hora. En ese tiempo los empleados de la oficina podrían abrir la caja fuerte, sacar el dinero y tenerlo preparado en el mostrador para entregárselo. Pero ellos prefieren abrir la caja solo una vez al día.

-¿Por qué?

-Por lo mismo que ocurre aquí, en la prisión. Por el papeleo. Cada vez que se abre la caja fuerte y entra y sale dinero de ella hay que rellenar formularios. Así que si la caja se abre una sola vez al día, los empleados del banco se van a casa antes.

-¿Y cuánto dinero tiene el cajero en una oficina bancaria?

-Depende. En una oficina del centro de Los Ángeles puede haber mucho dinero. Pero allí nadie se atreve a robar. En esas sucursales importantes puede llegar un ejército de policías en menos de dos minutos, y no hay tiempo material para salir de ellas con el dinero. En las oficinas pequeñas, como la de Santa Teresa, un contingente serio de la policía puede tardar en aparecer

hasta quince minutos, pero la cantidad que te llevas es muy baja para el riesgo que corres. No sé... si tienes suerte y esa mañana los clientes han hecho un par de ingresos importantes puede que te vayas de allí con veinte o treinta mil dólares.

Me sorprendí al comprobar la cantidad de información que tenía aquel hombre.

-¿Cómo sabes tú todo eso? -pregunté.

-Porque yo trabajé en la sucursal del West Savings de Santa Teresa. La que atraqué.

-¿Y cómo hiciste para llevarte de ella tres millones de dólares?

Sanders abrió el grifo del lavabo y se echó un poco de agua en la cara para refrescarse el ojo herido. Se secó con las manos antes de responder.

-Las sucursales bancarias reciben el dinero mediante entregas que hacen en camiones las compañías de seguridad que contrata el banco. Cuando la oficina necesita dinero, el día antes envía un formulario vía fax a la central. La central prepara el envío en la ruta del camión y te envía un fax con la hora de llegada. Media hora antes de la llegada del dinero el personal de la sucursal tiene que activar el dispositivo de apertura de la caja fuerte, de manera que cuando llega el camión los guardias jurados introducen ellos mismos la pasta dentro de la caja. La caja se cierra y el camión se va. ¿Me sigue?

Asentí con la cabeza.

-Mi plan era sencillo -continuó Sanders-. Falsifiqué un fax de petición de dinero y lo envié a la central. Luego me senté al lado del fax a esperar que me dieran la hora de llegada del camión, y cuando llegó el papel lo destruí. Al día siguiente tenía dos cómplices en la puerta del banco esperando que llegase el dinero. Cuando apareció el camión, la caja fuerte estaba cerrada porque nadie había pedido pasta a la central. Los guardias jurados tenían prisa, pues debían recorrer su ruta dentro del horario establecido, así que sacaron las bolsas de los billetes y las dejaron junto a la caja fuerte, que estaba cerrada. Cuando los tipos se hubieron marchado, aún faltaban veinte minutos para que se abriese la caja. En ese momento entraron mis dos hombres, se hicieron con el control de la oficina y se llevaron las bolsas del dinero. Aquello no duró ni cinco minutos, y se llevaron tres millones de dólares.

Sonó el timbre de la puerta y Ralph Sanders me miró inquieto. Le dije que se quedara en las duchas limpiando mientras yo iba a abrir. Eran dos compañeros que traían un preso encadenado al que el comité de disciplina de Oldstock había condenado a pasar unos días en el agujero. Los castigos a los reclusos nunca los deciden los guardias. Nosotros poníamos notas cuando los presos infringían una norma y posteriormente, si la falta era grave, se reunía el comité para celebrar una vista e imponer una sanción.

Abrí la puerta y conduje a los recién llegados a una celda del piso superior donde ya había otros dos hombres encerrados. Cuando se hubieron marchado los guardias regresé a las duchas. Sanders seguía allí dándole a la fregona.

-¿Y qué ocurrió luego? -pregunté-. El plan era perfecto, ¿por qué te detuvieron a ti?

Sanders dejó de limpiar y se subió los pantalones, que le venían una talla más grande.

-Había quedado con mis dos cómplices en que justo después de marcharse de la sucursal los guardias jurados, yo saldría de la oficina. Así, mientras mis compañeros se llevaban el dinero yo iría a un coche que previamente me habrían dejado aparcado en un lugar convenido para poder huir. Yo tenía que marcharme, pues sería cuestión de tiempo que la policía averiguase que el fax de petición del dinero era falso y que alguien de la sucursal había dado el golpe. -Sanders

suspiró, como si rememorar aquellas horas le supusiese un esfuerzo extraordinario-. Pero cuando llegué al lugar donde debía estar el vehículo, allí no vi nada. No había coche.

-Te traicionaron los hombres que atracaron el banco...

-Sí -dijo Sanders, consternado.

-¿Qué pasó entonces?

-Me quedé bloqueado, no sabía qué hacer. Sin un medio de huida me pillarían en poco tiempo. Pensé durante unos momentos y al final decidí regresar a la sucursal y jugármela. A partir de entonces fue todo muy rápido. Ese mismo día ya se sabía cómo se había producido el robo. Nos interrogaron a todos los empleados y tuvieron claro que había sido yo. Al día siguiente llegó un anónimo al banco acusándome y me detuvieron. Por lo visto los del West Savings pidieron a la fiscalía que no se airease el modo en que se había producido el robo, así que me ofrecieron un trato para evitar el juicio. Y lo acepté.

Miré el reloj. En pocos minutos llegaría mi relevo. Tenía que devolver a Sanders a su celda.

-Mañana seguiremos hablando -dije.

Agarré la fregona y me aseguré de dejarla cerrada en el armario de la limpieza, pues nunca debes dejar ningún objeto contundente al alcance de los reclusos. Indiqué a Sanders que me acompañase a su celda, que estaba junto al cubículo de los guardias en el piso inferior. Estaba solo en ella, como todos los que entraban en el agujero pidiendo protección. Cuando cerraba la celda sonó el timbre. Sería mi relevo. Antes de echar el cerrojo a la puerta, volví a abrir.

-Una cosa más, ¿por qué no denunciaste a tus cómplices? Después de todo, ellos te traicionaron. Y si la policía hubiese recuperado el dinero tu condena sería mucho menor...

Sanders se quedó mirando el suelo de cemento, pensativo.

Joe y yo salimos de The Forum, en Inglewood, donde los Lakers habían ganado 129-100 a los Portland Trail Blazers. Discutiendo sobre si Abdul-Jabbar, Nixon y Wilkes bastarían para llegar a la final de la conferencia, llegamos al aparcamiento donde recogimos el Ford Granada de Joe. Subimos por la avenida Manchester para tomar luego la I-405 en dirección norte.

En el descanso del partido, mientras tomábamos un refresco en el bar, había contado a Joe con todo detalle mi conversación con Ralph Sanders. Ya en el coche pudimos retomar la charla.

-¿Y te dijo por qué no había delatado a los tíos que le traicionaron? -preguntó Joe.

-No. No me respondió. Tal vez espere poder cobrar algún día su parte...

Joe dio unos golpecitos al volante pero no dijo nada. Tomó la salida hacia Santa Mónica y se detuvo en una gasolinera. Bajó del coche y mientras yo trataba con el empleado que llenó el depósito, él entró en una cabina telefónica. Pude verle a través de los cristales echando las monedas en el teléfono y marcando un número.

El empleado de la gasolinera colgó la manguera y me cobró el importe del carburante. Cuando se marchó él, llegó Joe.

-Vamos, te llevo a casa -dijo.

-¿Y ellos? -pregunté señalando con el mentón la cabina telefónica-. ¿Qué han dicho?

-Que sigas adelante. Si te enteras de dónde está el dinero iremos a por él.

Subimos al Granada y Joe fue directo hacia mi barrio. Cuando llegamos a mi casa, le di la mano y le guiñé un ojo. Abrí la portezuela para bajar.

-Espera, te olvidas de lo más importante. -Joe abrió la guantera y me dio un sobre-. Esto es lo de mañana.

Al día siguiente, de vuelta en el agujero, entregué las bandejas del almuerzo a todos los reclusos y, mientras comían o hacían con la comida lo que les dictaban sus trastornadas mentes, fui a la celda de Sanders. Pasé al interior y dejé la puerta abierta. El preso estaba comiendo, sentado en el camastro.

-Este es el trato -empecé diciendo-. Si me indicas cómo localizar a los tipos que dieron el golpe al West Savings de Santa Teresa y los encuentro iré a por el dinero. Y si consigo apoderarme de él, lo repartiremos tú y yo a partes iguales.

El recluso dejó sobre la bandeja un hueso de pollo y se limpió con la servilleta de papel.

-¿Lo hará usted solo, agente Madison? Ellos son dos.

-No estoy solo. Tendré ayuda. Ahora lo importante es saber quiénes son y dónde están.

Sanders dejó a un lado la bandeja y tomó entre sus dedos la taza de plástico con el té.

-Los encontré en una parroquia de Santa Teresa, en la de Nuestra Señora del Valle. Hacía poco que habían salido de la cárcel. Uno es mexicano, o hijo de mexicanos. Su nombre es Ramón. El otro es estadounidense y se llama Audie. Los dos formaban parte de un programa de reinserción social que había puesto en marcha el párroco, el padre Edmundo. Un buen hombre.

-¿Te hablaron de sus planes una vez que consiguiesen el dinero?

-No... ¿eso es importante?

Me pareció oír el timbre de la puerta de la unidad. Me asomé al pasillo, pero solo era un recluso montando jaleo. Más tarde le quitaría la revista.

-Puede serlo -dije-, pues tal vez nos dé una pista de dónde puedan estar ahora esos hombres.

-Creo saber dónde están, agente Madison.

Miré extrañado a Sanders.

-¿Cómo sabes que no huyeron con la pasta?

-Elegí a aquellos hombres a propósito. Siempre temí que me pudiesen abandonar una vez que tuviesen el dinero, como así fue. De modo que antes de dar el golpe les dije que la policía buscaría a los culpables entre los delincuentes habituales del pueblo. Ellos tenían antecedentes, y si desaparecían de Santa Teresa después del robo, sabrían que habían sido ellos. Les convencí de que debían esperar un tiempo antes de marcharse. Por eso creo que seguirán donde yo los dejé.

Con aquello tenía suficiente, al menos para empezar la búsqueda. No me esperaba que aquellos imbéciles fuesen a estar tan cerca, pero si así era aprovecharía la oportunidad.

Oí otro ruido en el pasillo. Esta vez no había duda, era el timbre. Me dispuse a salir.

-Agente Madison. -Ralph se levantó del camastro y vino hacia la puerta-. ¿Cree que podrá hacerse con el dinero de manera limpia? Quiero decir... sin heridos.

-Lo intentaré. Si tienen la pasta escondida en algún lugar que pueda localizar se la quitaré sin que lleguen a saber nunca qué ha pasado. En tal caso, no habrá que hacer daño a nadie.

Sanders asintió satisfecho.

-¿Acaso te preocupa lo que pueda ocurrirles a esos dos hombres? -le pregunté.

-No. Lo que me preocupa es pasar aquí dentro más tiempo del estrictamente necesario.

Fui a salir. El timbre volvió a sonar. Los de fuera se estaban impacientando.

-Agente Madison, espere. Algo más: ¿quién le ayudará a robar el dinero?

Esta vez fui yo quien le dejé plantado sin la respuesta.

Aquella tarde, cuando salí del trabajo llamé por teléfono a Joe. Le dije que tenía que venir a

Santa Teresa, pues nuestros hombres posiblemente estuviesen aún en el pueblo y le di las indicaciones para reunirse conmigo en la parroquia de Nuestra Señora del Valle.

Esperé a Joe en un bar situado al otro lado de la calle y al cabo de algo más de una hora apareció en su Ford Granada de color naranja. Le hice señas para que se reuniese conmigo, y una vez dentro del local le puse al tanto de las últimas noticias. Después, pagamos las consumiciones y juntos recorrimos los escasos metros que nos separaban del templo.

Se trataba de un edificio aislado al final de la calle, de piedra blanca, y a cuya entrada principal se accedía subiendo una escalinata de ladrillo rojo. A la derecha tenía el campanario, coronado por una cúpula azulada, y en la nave principal, bajo la cruz y el escudo de la diócesis, un rosetón de caprichosas formas geométricas con vidrieras transparentes.

La puerta del templo estaba cerrada, así que dimos la vuelta a la esquina y, custodiada por un par de jacarandas, vimos una pequeña puerta también cerrada pero que tenía un timbre con el letrero SACRISTÍA.

Unos segundos después del ruido del timbre, hizo acto de presencia en la puerta un hombre de rasgos hispanos, con las sienes plateadas. A través del delantal blanco se le distinguía una camisa azul con alzacuellos. En la mano llevaba una regadera de latón.

-¿Qué desean? -preguntó con acento mexicano.

-Buenas tardes, ¿es usted el padre Edmundo?

El sacerdote nos miró alternativamente a Joe y a mí, y asintió con expresión de extrañeza. Acto seguido, tomé la palabra:

-Somos periodistas independientes de Los Ángeles -continué-. Trabajamos en un reportaje sobre reinserción y nos han dicho que usted dirige un programa con antiguos presidiarios.

Al hombre le cambió la cara. Sonrió bondadosamente y se hizo a un lado.

-Sí, sí, pasen al despacho -dijo-. Perdonen que les reciba así, pero estaba regando las plantas y no esperaba visitas.

El despacho resultó ser una sala de estar con varios sillones y una mesa camilla en la que destacaba una imponente máquina de escribir Anderson Jacobson. Del hilo musical se encargaban un puñado de canarios encerrados en tres jaulas colgadas junto a la ventana.

-Me alegra mucho saber que la fama del programa de reinserción de la parroquia ha llegado a Los Ángeles. -El padre Edmundo se quitó el delantal y lo dobló cuidadosamente antes de meterlo en un cajón de la alacena-. Estoy a su disposición para lo que necesiten.

El sacerdote nos indicó con la mano que podíamos sentarnos. Así lo hicimos los tres.

-Bueno, padre, a nosotros nos gustaría ilustrar la historia con casos reales. Es decir, pretendemos entrevistar a auténticos ex reclusos que hayan conseguido rehacer sus vidas.

El padre Edmundo juntó las yemas de los dedos ante sus ojos concentrándose en el sonido de mi voz.

-Entiendo -dijo.

-¿Sería posible que nos proporcionase algún contacto?

-Bueno, hasta ahora los casos de éxito son escasos. Se trata de un camino largo y sinuoso plagado de obstáculos y tentaciones. -Aquello parecía ser el preámbulo de una larga homilía, pero Joe y yo nos abstuvimos de interrumpir por el momento-. Lo fundamental es proporcionar un techo a los ex convictos y ayudarles a conseguir trabajo. En algunas ocasiones, bueno, en muchas ocasiones, debo admitir, esos hombres salen de nuestro programa, pues no están

preparados para renunciar a ciertos vicios y el dinero que obtienen con los trabajos es escaso para sus gastos. En mi opinión ya es un logro que estas personas aguanten la disciplina de sus nuevas vidas durante el primer año, pues al menos ya han tenido un contacto serio con la sociedad y sus normas...

Joe me miró de reojo. Si yo no ponía freno a aquella perorata, lo haría él.

-Nos constan las dificultades que nos plantea, pues hemos hablado con responsables del Departamento de Prisiones -dije con la mayor suavidad-. Sin embargo, ellos no han podido presentarnos ex reclusos totalmente reinsertados. ¿Puede usted hacerlo?

-Sí, claro, como le digo hay situaciones particulares en algunos hombres que demuestran un esfuerzo realmente ímprobo por abandonar vicios. El gran problema es ese, renunciar a depravaciones como la droga, el sexo fácil, el alcohol... Si eso se consigue, las opciones de reinserción aumentan considerablemente...

El padre Edmundo siguió hablando durante unos diez minutos explicándonos pormenorizadamente las razones por las que un reforzamiento de la fe y la vida en Cristo era el mejor ingrediente para alejar al ser humano de la tentación, el pecado y la caída en el delito.

-Padre -interrumpió Joe-, tenemos que regresar a Los Ángeles a entrevistarnos con unos editores. Si fuese tan amable de darnos alguna dirección o teléfono de alguno de sus ex reclusos...

El padre Edmundo echó un vistazo a su reloj.

-Claro, claro -dijo levantándose de un salto-, a veces me pierden los deseos de describir el trabajo parroquial.

El sacerdote fue hacia el aparador y extrajo de uno de los cajones un fichero circular que puso sobre la mesa. Joe y yo nos levantamos presa de la expectación. Si los cómplices de Ralph Sanders, Audie y Ramón, habían dejado la parroquia tal vez no podríamos localizarles nunca.

-Veamos -dijo el padre Edmundo pasando fichas-, ahora mismo tenemos una media docena de personas con las que quizá les interese hablar. Tal vez este sea el caso más interesante.

Abrió el fichero y sacó una hoja perforada que nos tendió. La sostuve de manera que tanto Joe como yo pudiésemos leerla a la vez. En la parte alta figuraba un apellido español y un nombre: «Ramón.» A duras penas pude contener mi alegría.

-Cuéntenos algo de este hombre... Ramón.

-Es mexicano, como yo. Cumplió condena en el Men's Colony de California, en San Luis Obispo. Salió con la condicional y vino a nosotros gracias al capellán de la prisión. Lleva con nosotros casi un año.

-¿Vive aquí, en Santa Teresa?

-Sí, en el bloque de apartamentos de la parroquia. Allí tenemos unos cuantos pisos que comparten los ex convictos de nuestro programa. Está en Higuera con la calle Broad. A partir de las nueve y media de la noche lo encuentran en casa.

Joe debió de pensar lo mismo que yo. Podíamos haber empezado por allí para ahorrarnos la charla del cura y, tal vez, el chivatazo que este le daría a Ramón sobre nuestra visita.

-¿En dónde trabaja Ramón? -preguntó Joe.

-Bueno, veamos. -El sacerdote pasó unas páginas del fichero-. Ha abierto un negocio con otro ex recluso. Este muchacho de aquí.

Vimos la página que el padre Edmundo había sacado. Era de un hombre llamado «Audie».

Ya los teníamos.

-Audie es más problemático -dijo el cura-, pero confío en que con la ayuda de Ramón y la mía propia podrá salir adelante.

Tomé nota de los datos que figuraban en las dos fichas.

-Dice usted que han abierto un negocio -intervino Joe-, ¿de qué se trata exactamente?

-Un videoclub, un local donde la gente alquila películas en cintas. Pidieron un pequeño préstamo que avaló la parroquia, y con ese dinero arrendaron un local y empezaron a trabajar. Les va bien. Hasta ahora, gracias a Dios, no han tenido problemas para ir pagando el crédito.

-¿Dónde está el videoclub?

-Cerca del parque Emerson, en la calle Pacífico. ¿Saben dónde es?

-Conozco esa calle -dije mientras guardaba mis notas en el bolsillo-. No le entretendremos más.

El sacerdote colocó las fichas en su lugar y las guardó en el cajón de la alacena. Medité por un instante si pedirle que no advirtiese a Audie y Ramón de nuestra visita a la parroquia, pero aquello solo hubiese servido para generar suspicacias. Lo mejor sería salir de allí cuanto antes, así que Joe y yo le dimos efusivamente las gracias al padre Edmundo por su ayuda y dejamos la parroquia de Nuestra Señora del Valle después de dejar cincuenta dólares de donativo en un cepillo.

Recogimos el Ford Granada y fuimos hacia el parque Emerson. Recorrimos lentamente la calle Pacífico buscando el videoclub, que finalmente conseguimos encontrar en el mismo momento que se iluminaban las farolas de Santa Teresa. Joe aparcó a unos metros del local.

-Esos tipos han sido listos -dijo mi compañero-. Con la pasta del préstamo pueden justificar la apertura del videoclub sin levantar sospechas. Y el dinero del atraco les permite poder pagar las cuotas sin dificultad.

-Las luces están encendidas. ¿A qué hora cerrarán?

Joe miró el reloj. Eran las siete y media.

-No lo sé. Echemos un vistazo.

Bajamos del Ford y paseamos distraídamente lanzando miradas ocasionales al otro lado de la calle. El videoclub era una tienda diminuta, muy estrecha, empotrada entre un local vacío cerrado herméticamente con una reja metálica y una peluquería que hacía esquina.

Cruzamos para echar un vistazo rápido al interior. En la puerta había un cartel que indicaba el horario de apertura. Teóricamente el negocio cerraba a las nueve. Miré a través de la puerta de cristal. El videoclub consistía en dos estanterías que recorrían las paredes, una enfrente de otra, y un mostrador al fondo con una caja registradora y un teléfono.

-No hay nadie -dijo Joe.

-Mira, hay una puerta detrás del mostrador. Seguramente están en la trastienda.

Levanté la vista y señalé a Joe el avisador de campanillas que colgaba del techo y que sonaba al abrirse la puerta del videoclub. Regresamos al coche.

-A juzgar por el horario, esos dos se pasan el día entero en el videoclub -dije desde el asiento del copiloto del Ford Granada.

-Sí, me pregunto dónde habrán escondido la pasta.

-¿Qué hacemos?

Joe se estiró en el asiento para meter la mano en el bolsillo y sacar algo de calderilla.

-Tendré que hacerles un seguimiento de veinticuatro horas -dijo mientras encendía la luz de arriba-. Llamaré por teléfono para pedir que venga alguien a echarme una mano.

-¿Y yo?

-Tú coge un taxi y vete a casa. Mañana te llamaré con las novedades.

Me alegré de oír eso. Abrí la portezuela del vehículo antes de que Joe cambiase de idea.

-Espera, vuelves a olvidarte de esto.

Recogí el paquete del día siguiente y bajé del coche.

Nunca antes el suelo del agujero había estado tan limpio. Los dos últimos días había tenido a Ralph Sanders fuera de su celda, pasando la escoba al rugoso cemento de la unidad de alojamiento especial mientras le escuchaba hablar sobre su vida, sus obras, sus milagros y Vietnam. Sobre todo, Vietnam.

Pero aquella mañana, antes de dejarlo salir, entré yo en su celda para contarle algo que nadie más debía escuchar.

-Audie y Ramón siguen en Santa Teresa -empecé diciendo-. Han abierto un videoclub y comparten un apartamento de la parroquia. Les hemos seguido durante más de un día.

-¿Les hemos seguido? ¿Quiénes?

-Están siempre juntos -continué, ignorando la interrupción del recluso-. No se separan ni un solo minuto, lo cual significa que aún no han repartido el botín. Lo tienen oculto en algún lado, pero no sabemos dónde.

Sanders negó nerviosamente con la cabeza dando a entender que él no tenía ni idea. Miré mi reloj de pulsera.

-En este momento un par de hombres están entrando en el piso de Audie y Ramón. Si no encuentran el dinero dentro dejarán todo como está y pasaremos al plan B.

-¿Plan B?

-Entraremos en contacto con ellos -dije-. Esperemos que no sea necesario, porque si tenemos que hacerlo entonces será difícil quitarles la pasta sin que se enteren de que hemos sido nosotros. Y entonces habrá heridos.

Sanders paseó intranquilo por la celda.

-¿Cuándo sabrá algo, agente Madison?

-Telefonaré más tarde, antes de que termine mi turno.

Di la escoba a Sanders y le permití salir de la celda. El resto de aquella mañana la pasó nervioso, como yo, esperando que la llamada nos trajese buenas noticias. Aunque aquello sería extraño. Audie y Ramón no parecían ser idiotas del todo. No se habían marchado del pueblo con el dinero a las primeras de cambio, y se habían esforzado en aparentar normalidad ante el vecindario pidiendo un crédito al banco para abrir un negocio. Sería una gran sorpresa que fuesen tan estúpidos como para dejar el dinero oculto debajo de la cama en su apartamento.

Sanders volvió a su tema favorito de conversación conmigo: la guerra de Vietnam. Me contó su adiestramiento en Fort Ord, en la bahía de Monterrey, en infantería. Lo que más le marcó fue la técnica de lucha cuerpo a cuerpo. Sanders aprendió a manejar con soltura todo tipo de armas blancas, y sabía cómo tenía que utilizar cada una de ellas para herir de manera leve o grave, o para matar lenta o rápidamente. Según me explicó, podías acuchillar de manera totalmente silenciosa, o por el contrario permitir que la víctima diese un alarido que asustase a sus camaradas. Aquello era un arte que no tenía nada que ver con las burdas técnicas de defensa

personal que me enseñaron a mí para ser guardia de prisiones.

En junio de 1970, durante la batalla de Kompong Speu, la unidad de Sanders sufrió una emboscada de fuerzas comunistas. Murieron varios de los hombres que lo acompañaban y él sufrió heridas leves de metralla. Los comunistas tomaron la ciudad y él fue hecho prisionero. Tuvo muy mala suerte, pues las tropas aliadas de Vietnam del Sur y Camboya recuperaron Kompong Speu apenas tres días después, pero para entonces él ya estaba en la retaguardia enemiga.

-¿Te torturaron en la cárcel? -le pregunté.

-Si por tortura usted entiende sufrir violencia gratuita, no. Los comunistas solo recurrían al suplicio para conseguir información militar, y cuando me capturaron yo no tenía ninguna. A algunos los obligaron a trabajar, pero en mi caso se limitaron a meterme en una jaula de bambú y mantenerme con vida. Te daban de comer lo mínimo para que no murieras y te sacaban de la jaula lo justo para que no se te entumeciesen los miembros.

Ralph Sanders fue liberado en 1973 durante las negociaciones de paz. La alegría por su vuelta a casa se vio empañada por el convencimiento de que Estados Unidos lo había abandonado a su suerte durante casi tres años. Entre los prisioneros de guerra estadounidenses en poder de los vietnamitas corría el rumor de que la Administración Nixon solo se esforzaba por canjear a oficiales y otros presos considerados «valiosos», mientras que a la tropa la mantenían en poder del enemigo con el fin de disponer de una excusa más para continuar la guerra.

Aquel resentimiento no abandonó nunca a Sanders, y en sus charlas en la prisión de Oldstock pude vislumbrar un áspero rencor hacia su país por los años pasados en aquellas cárceles asiáticas.

Me confesó que cuando llegó a California holgazaneó cuanto pudo hasta que la pensión que cobraba como antiguo prisionero de guerra no le llegó para pagarse sus gastos, en particular la bebida. El alcoholismo acentuó la animosidad de Sanders hacia todo. Estaba siempre de mal humor, e incluso sufría arrebatos violentos que le alarmaban incluso a él. Se metió en un par de peleas, y una vez fue detenido, pero le soltaron sin cargos cuando se comprobó su historial militar. Al principio, los trabajos le duraban poco, pero llegó un momento en que ni siquiera fue capaz de encontrar uno. Su espiral de autodestrucción le hizo caer muy hondo, el casero le echó por impago y durante un periodo de su vida mendigó por distintos pueblos de California perpetrando pequeños hurtos en supermercados. También se dedicó a robar coches, aunque no los vendía, sino que se limitaba a usarlos y, posteriormente, dejarlos abandonados con el depósito vacío.

-Aquello duró hasta que un día casi me pillan y... bueno, escapé de milagro.

-¿Te sorprendieron robando un coche? -pregunté intrigado.

Ralph Sanders pareció ensimismado reviviendo internamente algo que solo él conocía.

-No, fue otra cosa. Nada grave, una tontería, pero casi me pillan *in fraganti*. Fue... digamos que una experiencia traumática, pero que me sirvió para darme cuenta de que debía cambiar de vida. Que no podía seguir así.

Después de verse envuelto en aquel episodio del que no quiso darme más detalles, Sanders pasó unos días sobrio, durante los cuales se propuso dar un giro de 180 grados. Fue entonces cuando la suerte se cruzó inesperadamente en su camino. Una mañana se encontró con un antiguo camarada de Vietnam que se alarmó al ver el estado en que se encontraba. Aquel hombre lo ayudó a ingresar en un centro de desintoxicación y después le consiguió un trabajo en el West

Savings de Santa Teresa. Parecía que por fin Sanders podría rehacer su vida, pero pronto se demostró que sus viejos resentimientos no se habían extinguido: apenas unas semanas después, organizó el atraco al banco.

Sonó el timbre del agujero. Había llegado el final de mi turno y salí a abrir a mi relevo. Dejé olvidado a propósito el termo del café y fui a hacer la llamada telefónica a Joe.

Cuando colgué, regresé al agujero y pedí a mi compañero que me dejase entrar a por el termo. Pasé por delante de la celda de Sanders. Él estaba de pie, junto a la rendija transparente de vigilancia, pendiente de mis movimientos. Hice un inequívoco gesto negativo con la cabeza. El dinero no estaba en el piso de la parroquia. Eso quería decir que habría que entrar en contacto con Audie y Ramón.

Íbamos a entrar en una fase peligrosa.

Joe se colgó una máquina fotográfica al cuello y yo saqué de la guantera de su coche un cuaderno de anillas. Bajamos del Ford Granada y recorrimos los diez metros que nos separaban del videoclub de la calle Pacífico. Al entrar sonó la campanilla, y al cabo de unos segundos apareció por la puerta que había detrás del mostrador un joven de unos veintitantos años.

-Hola, ¿eres Audie?

El chico se pasó la mano por la melena sucia que le llegaba a los hombros y después se rascó ruidosamente el antebrazo.

-Sí, tío, soy yo. ¿Quiénes sois vosotros? -Audie tenía los ojos acuosos y algo enrojecidos, y al hablar contraía de manera extraña el labio superior mostrando la fila de arriba de unos dientes amarillentos.

-Venimos de la parroquia de Nuestra Señora del Valle, fue el padre Edmundo quien nos dio las señas de este videoclub. Somos periodistas independientes y estamos haciendo un reportaje sobre ex presidiarios que se reinsertan exitosamente en la sociedad. Queríamos entrevistarte a ti y a tu compañero Ramón.

La puerta de la trastienda volvió a abrirse y en esta ocasión hizo acto de presencia un hispano de piel oscura y gesto serio que vestía un elegante polo azul marino.

-Eh, Ramón, estos tíos son periodistas -dijo Audie con entusiasmo-. Han venido a entrevistarnos. ¡A nosotros!

-¿A entrevistarnos? -El hispano ladeó ligeramente la cabeza, desconfiado-. ¿Por qué?

Repetí mi explicación al mexicano, quien la recibió con una mezcla de curiosidad e incompreensión. Cuando hube terminado de hablar, pasaron unos incómodos segundos de silencio en los que Audie, Joe y yo esperamos la respuesta final de Ramón como si fuese el jefe que debía darnos permiso. El tipo debió de sopesar qué era peor, si tenernos a nosotros un rato merodeando a su alrededor o exponerse a levantar sospechas mandándonos al infierno.

-Está bien -dijo al fin-, ¿qué necesitáis?

Respiré con cierto alivio.

-¿Qué os parece si empezamos con unas fotos? -pregunté señalando la cámara de Joe.

Audie se mostró entusiasta. Se recogió el pelo en una coleta y se metió los faldones de la camiseta con un dibujo de la banda *heavy* Dokken. Se colocó frente al mostrador junto a Ramón, que posó visiblemente incómodo con los brazos cruzados. Joe tiró diez o doce fotos. Yo abrí el cuaderno y empecé a anotar mientras preguntaba:

-Es un poco pequeño este local, ¿no?

-Por ahora es suficiente, tío -dijo Audie-. Solo tenemos pelis nuevas, que son las que la gente pilla, ¿sabes?

Vi el lugar que me señalaba el chico y donde estaban colocadas, entre otras, *Apocalypse Now*, *Kramer contra Kramer* y *Alien*.

-Pero las cajas que veo aquí en la estantería están vacías...

-Tenemos una trastienda ahí donde guardamos las cintas -dijo Ramón señalando la puerta de detrás del mostrador-. Para evitar que los chavales nos las roben.

-¿Podemos hacer otra foto ahí dentro? -preguntó Joe-. Así dará la sensación de que el local es mayor.

Audie miró a Ramón, y este asintió. Pasamos al otro lado del mostrador y entramos en la trastienda. Era un cuarto de unos diez metros cuadrados, con las paredes cubiertas de repisas con casetes desnudas con una pegatina que indicaba su número identificativo. La sensación era de pequeñez añadida. En un hueco de la pared, los estantes se interrumpían para dar cabida a una televisión conectada a un reproductor de vídeo. Enfrente, justo en mitad de la habitación había un sofá repleto de lamparones y cubierto de latas de cerveza vacías, bolsas de patatas y cáscaras de frutos secos.

-Puedes echar una foto, pero no saques esta parte de ahí, tío -dijo Audie señalando la basura.

-Aquí pasamos muchas horas viendo películas -aclaró Ramón-, no solemos limpiar mucho.

Joe les hizo posar en un par de rincones mientras yo echaba un ojo a la estancia buscando dónde podía estar guardado el dinero. No encontré el menor hueco, ni siquiera un agujero que hubiese podido ser excavado. Las baldosas eran antiguas y recorrían el suelo de manera uniforme.

Oímos el ruido de la campanilla de la puerta y salimos de la trastienda. Era una pareja joven que venía a devolver una cinta. Ramón les atendió disimulando con dificultad su desgana.

-Oye, Audie -dijo Joe-, no queremos molestaros mientras trabajáis. ¿Os parece si quedamos a tomar algo después de cerrar y charlamos con calma? Os invitamos.

-Qué buena idea, tío. Nosotros chapamos dentro de un rato, a las nueve. ¿Por qué no vais al bar que hay al otro lado del parque y nos esperáis? Iremos para allá cuando nos pirem de aquí.

Nos despedimos y regresamos al Ford Granada de Joe. Guardamos en el maletero la cámara y el cuaderno y nos sentamos dentro del vehículo. Joe encendió un cigarrillo.

-Ese tío, Audie, se droga -dijo echando el humo hacia la ventana.

-Sí, ya lo he notado. Es un auténtico gilipollas. Pero el mexicano es listo.

-Y lo peor es que en el videoclub no tienen la pasta. Tres millones de dólares en billetes de cincuenta pavos son más de sesenta kilos de peso. Ahí dentro no hay sitio para esconder ese dinero.

-¿Qué hacemos?

Joe abrió la ventanilla y arrojó el cigarrillo bufando por lo bajo.

-No lo sé. Si esta noche no sacamos nada en claro habrá que obligarles a hablar.

Mi compañero arrancó el coche y se incorporó lentamente a la circulación. Al pasar por delante del videoclub, eché un último vistazo. Audie y Ramón habían vuelto a la trastienda a ver películas. En el local de la derecha, dos chicas estaban echando el cierre a la peluquería. El de la izquierda seguía cerrado a cal y canto.

Dejamos el Granada aparcado junto a la entrada del parque Emerson y entramos en el bar que

nos había indicado Audie. Nos sentamos en un reservado de cara a la puerta para ver llegar a los dos ex reclusos. Pedimos al camarero dos cervezas.

-Si les forzamos a hablar habrá que matarles -dijo al oído a Joe.

-No habrá más remedio.

-Pero si lo hacemos habrá un testigo.

Joe se volvió para mirarme fijamente.

-¿Qué testigo? -preguntó.

-Ralph Sanders. Él sabría todo. Quiénes eran esos tipos, quién fue a buscarlos y por qué murieron.

El camarero llegó con dos botellines, dos vasos y una cuenta de dos dólares. Joe bebió a gollete la mitad de su cerveza.

-¿Qué le has dicho tú a Sanders? -dijo en medio de un eructo.

-Que le daríamos la mitad de la pasta.

-¿La mitad? ¿Tú estás loco?

-Me pareció la mejor forma de que cooperase -me defendí.

Joe sacó una servilleta de papel del contenedor y la dobló un par de veces entre sus dedos rugosos.

-Bueno, si al final tenemos que eliminar a esos dos gilipollas, seguramente Sanders irá detrás.

Fui a decir algo, pero la puerta del bar se abrió y me detuve. Eran Audie y Ramón, quienes se dirigieron a nuestro reservado con decisión.

-Hola, tíos. -Audie dejó a su lado una bolsa de tela vaquera que traía colgada del hombro-. ¿Unas birras?

Joe levantó la mano para llamar al camarero y pedimos otras cuatro cervezas. Cuando llegaron, brindamos chocando los botellines.

-Bueno, chicos -empecé diciendo-, contadnos cómo se os ocurrió la idea de montar el videoclub.

-Nos mola el cine, ¿sabes? Queremos dedicarnos a ello. -Audie se limpió los labios con el dorso de la mano y se recogió el pelo en una coleta-. Así que con el videoclub podemos ver muchas pelis y coger experiencia. Dentro de poco iremos a Los Ángeles y haremos nuestra propia película.

-Joder -dijo Joe-, pero para eso hace falta mucha pasta.

-El negocio va muy bien -intervino Ramón-. Lo traspasaremos, y con ese dinero y lo que hayamos ahorrado podremos empezar.

-Yo he escrito un guion que es la hostia. -Audie echó mano de la bolsa que había traído y sacó un taco de folios encuadernados que nos mostró con orgullo-. Le estoy haciendo cambios continuamente, pero pronto lo tendré a punto para rodar.

Me fijé en el mexicano. Había perdido la vista en algún lugar de la barra murmurando algo por lo bajo.

-¿Y habéis pensado un actor para hacer el papel protagonista? -pregunté.

-Ya lo creo. Esta peli sería genial para Al Pacino, tío. Es nuestro ídolo, ¿verdad, Ramón? El papel está pensado para él. Pero no en plan personaje oscuro, tipo *El padrino* y toda esa mierda. Más rollo *Serpico*, ¿lo pillas?

Joe apuró su botellín de cerveza y encendió un cigarrillo.

-Yo conozco a Al Pacino -dijo entre el humo.

Los dos reclusos miraron a mi compañero como si fuese una aparición divina.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Ramón.

-Ya lo creo. Le hice una entrevista hace un par de meses y quedó muy contento con ella. Tengo su teléfono.

-La puta... -musitó Audie.

-Si queréis puedo echar un vistazo al guion -continuó Joe-. Si me gusta se lo pasaré a Pacino.

-Joder, claro que queremos, ¿verdad, Ramón?

-Pero hará falta mucha pasta para contratarle. ¿Estáis seguros de que con el traspaso del videoclub tendréis suficiente?

-¿Lo dudas?

Audie rio nerviosamente. Empezaba a sudar y a mover las manos con torpeza. Necesitaba un chute pronto. El mexicano lo fulminó con la mirada.

-Tenéis pocas películas, el local está en una calle de segunda y además es muy pequeño -sentenció Joe-. Definitivamente no parece el lugar más apropiado para vuestro negocio.

-Te equivocas, tío -Audie aumentó el volumen de su risa de hiena-, es un local de puta madre. De puta madre. La hostia de apropiado.

Audie siguió riendo a carcajada limpia. Se volvió a Ramón, quien estaba rígido como un palo, y entonces se levantó y fue al aseó a drogarse. Joe cogió los folios del guion y los puso junto a él, en el banco del reservado.

Yo pedí al camarero otras cuatro cervezas.

Llamé al timbre y Joe me abrió casi inmediatamente. Se estaba poniendo la chaqueta, masticando aún los restos del desayuno, y tenía un periódico en la mano.

-¿Has podido hacerlo? -me preguntó con la boca llena.

-Sí, me han dado tres días de permiso en Oldstock.

-Genial.

Joe parecía contento. Cogió las llaves del coche que tenía colgadas de una alcayata junto a la puerta y salimos al rellano.

-¿Te has leído el guion de Audie? -le pregunté mientras llamaba al ascensor.

-Sí. Terminé cerca de las dos de la madrugada, pero lo leí entero.

Bajamos a la calle y subimos al Ford Granada. Joe puso el periódico en el salpicadero y arrancó el motor.

-Bueno, ¿me vas a contar de qué va? -le pregunté cuando estuvimos ya en la autopista hacia Santa Teresa.

-Es una puta basura. Va de dos tíos que se encuentran por casualidad el botín de un robo que habían escondido unos ladrones. Los tipos se pegan la vida padre, bebiendo, drogándose y tirándose cada uno a una docena de tías.

Joe se detuvo.

-¿Y qué más? ¿Cómo termina?

-No termina de ninguna manera, ya te he dicho que es una mierda. No vale ni para una película porno. Parece salido de un tumor cerebral.

Joe alcanzó el periódico y me lo tiró.

-Pero mira lo que he encontrado esta mañana en «espectáculos».

Pasé las páginas del diario hasta llegar a la sección que me indicó mi compañero. En ella leí la noticia del preestreno de *A la caza*, una película de William Friedkin, el director de *French Connection* y *El exorcista*. La película sería presentada ese mismo día en un cine de Los Ángeles en una proyección privada para prensa e invitados a la que asistirían el director y los protagonistas, Al Pacino y Paul Sorvino.

-¿Te refieres a esta película? -pregunté.

-Sí, ya ves que es de Al Pacino.

-¿Qué tienes en mente?

-He pedido que me consigan unas invitaciones para ir al cine esta noche. Y más tarde los de la película darán una fiesta privada en el hotel Hollywood Roosevelt. Si llevamos allí a esos dos idiotas podremos averiguar lo que necesitamos y deshacernos de ellos. Al drogata le inyectaremos una sobredosis.

-¿Y al mexicano?

-No sé. Ya veremos.

Durante el viaje a Santa Teresa pensé que el plan de Joe era demasiado arriesgado. Él tenía claro que la única manera de hacernos con el dinero era matando a los dos ex reclusos, y aquello implicaría una tercera muerte, la de Ralph Sanders. Demasiados cadáveres como para que la policía no terminase encontrando algún indicio que les llevase hasta mí.

Llegamos al pueblo y nos dirigimos a la calle Pacífico. Joe aparcó enfrente del videoclub. La puerta estaba cerrada, pero a través del cristal se veía claramente que el local estaba vacío. Audie y Ramón se encontrarían en la trastienda.

-Espérame aquí un momento -dijo Joe-, voy a confirmar que tenemos las entradas para el cine.

Mi compañero cogió el periódico, bajó del Ford y entró en una cabina telefónica. Mientras hablaba me concentré en la fachada del edificio donde estaba el videoclub. Era un edificio imponente, una sólida mole de paredes grisáceas y cuatro alturas. Junto al local cerrado situado a la izquierda del videoclub había una entrada de carruajes para que pudiesen entrar los coches.

-Vamos, Frank. Tenemos todo a punto.

Bajé del Ford.

-Hay algo extraño -dije cerrando la portezuela sin dejar de mirar al edificio.

-¿Qué es extraño?

-Ese local cerrado a la izquierda del videoclub, ¿lo ves? -Joe asintió-. No tiene ningún cartel. Ni SE ALQUILA, ni SE VENDE. ¿No te parece extraño?

-Y yo qué coño sé. Vamos, Frank, tenemos que convencer a esos tipos para que vengan esta noche a Los Ángeles con nosotros.

Abrimos la puerta del videoclub y las campanillas anunciaron nuestra llegada. De la trastienda salieron a la vez los dos ex convictos.

-Hey, chicos, tenemos una buena noticia -dije-. ¿Sabéis quién estrena hoy película?

-Sí -respondió Ramón-. Al Pacino, *A la caza*. Esta tarde es el preestreno.

-Pues hemos conseguido entradas para los cuatro. Y más tarde podremos ir a la fiesta del Hollywood Roosevelt. Allí podréis ver a Al Pacino en persona.

-¿Cómo? -Audie se llevó las manos a la cabeza y se mesó los cabellos-. Joder, tío, eres mi dios.

El heroinómano superó de un salto el mostrador y se me echó a los brazos. Traté de corresponderle con la mejor de las sonrisas tragándome la repugnancia que me provocaba su desagradable olor corporal.

-¿Cómo lo habéis conseguido? -preguntó Ramón.

-Somos periodistas -dijo Joe.

-Sí, pero independientes, ¿no? Alguien os habrá contratado para que cubráis el acto...

-Venga, ya, joder. -Audie me soltó para apuntar con el dedo a su camarada-. Estos tíos nos están proporcionando la oportunidad de nuestra vida y tú venga a tocar los huevos. ¿Es que no quieres rodar la peli?

-Bueno -intervino nuevamente Joe-, a propósito de eso... esta noche leí el guion y a pesar de que hay buen material es necesario retocarlo bastante.

-Claro, tío -dijo Audie eufórico-, estamos empezando en esto. Es normal. Venga, decidnos, ¿a qué hora salimos para Los Ángeles?

-Estoy esperando que me confirmen el lugar donde me darán las acreditaciones. Creo que si salimos a las cuatro será suficiente.

-Para eso tendríamos que pasarnos antes por el banco para ingresar la caja -dijo Ramón mirando su reloj.

-Pues ya estás tardando, capullo -dijo Audie-. Ve tú solo y yo me quedo aquí por si entra gente.

-Si quieres te acompaño -dijo Joe-. ¿Vale?

Ramón asintió, aparentemente para ahorrarnos una discusión con su amigo. Abrió la caja registradora y sacó unas bolsitas con lo que supuse que era la recaudación del día anterior. Fue hacia la puerta y salió sin despedirse con Joe pegado a sus talones.

-Menudo capullo -dijo Audie cuando se hubieron perdido de vista-. Estoy hasta los cojones de sus paranoias.

-¿Qué le pasa? -pregunté-. ¿Por qué está tan nervioso?

-Bah, cosas suyas. Ven, pasa, estábamos viendo *El cazador*, de Robert de Niro. ¿La has visto?

Le acompañé a la trastienda. Al entrar, un hedor inconfundible a marihuana me asaltó como una carga vikinga. Audie apretó el botón del reproductor para reanudar la película y se dejó caer sobre el sofá.

-¿Quieres? -dijo ofreciéndome un canuto amarillento y pestilente.

-No, gracias.

Me senté a su lado, después de sacudir algo la porquería que había acumulada en ese lado del sofá.

-Ayer en el bar nos dijisteis que vivíais en las casas de la parroquia -dije aparentando normalidad.

-Sí, en un piso de la iglesia.

-¿Y no habéis pensado en alquilar algo por vuestra cuenta?

-Qué va, tío -rio-, no sabes lo barato que resulta vivir en la casa de los curas. Por ahora no nos movemos.

-O sea, que vuestra vida va de aquí a casa, y de casa aquí.

-Sí, tío, como buenos americanos. ¿No es así como nos quiere el presidente Carter?

-Sí, supongo que sí...

Me levanté para echar un vistazo por el cuarto. No había absolutamente nada ahí dentro que pudiese delatar la presencia de tres millones de dólares en billetes, y la total despreocupación de Audie hacia mi merodeo me convenció de que ahí no estaba el dinero.

Audie paró la película.

-Tío, necesito repostar.

Se tiró al suelo y metió el brazo debajo del sofá. Oí cómo se desgarraba un esparadrapo y acto seguido vi aparecer el brazo de Audie sosteniendo un bolso de cuero del tamaño de un billete de cincuenta dólares. Lo abrió. Dentro había una jeringuilla, varias agujas hipodérmicas, una cucharilla y una bolsita con polvos blancos. Audie puso una pequeña cantidad de droga en la cucharilla y a continuación añadió unas gotas de agua de la botella que tenía en su lado del sofá. Sacó un encendedor del bolsillo y le aplicó la llama a la base de la cuchara.

-Tío, pásame el botecito que hay debajo de ese cojín.

Fui al lugar del sofá donde me indicaba Audie y saqué un pequeño frasco con un líquido transparente. En la etiqueta alguien había escrito a mano «Ácido ascórbico». El ex recluso puso unas gotas en la cuchara y filtró el contenido con un papel de fumar. A continuación introdujo la mezcla en la jeringuilla. Se puso la jeringuilla ya preparada en la boca y se levantó la manga. Cuando sacó del bolsillo la goma elástica, me di la vuelta. Aquello me daba demasiado asco.

Escuché un leve gemido a mi espalda, cuando el émbolo empujó la combinación de sangre y heroína a la vena de aquel imbécil. Cuando me giré, el tipo tenía los ojos en blanco y la boca abierta, saboreando la paz interior que le proporcionaba la droga.

Oí el tintineo de la puerta al abrirse. Audie no reaccionaba, así que salí de la trastienda. Eran Ramón y Joe.

-¿Dónde está Audie? -preguntó el mexicano.

-Ahí, dentro. Drogándose.

Detecté un gesto de impaciencia en el rostro de Ramón. Pasó junto a mí dejando por el camino un tufo a sudor y se cerró en la trastienda. Me volví a Joe.

-¿Qué tal?

-Sospecha -dijo mi compañero bajando la voz-. Y mucho. Me ha preguntado cuándo terminaremos el reportaje y si pasaremos mucho tiempo más en Santa Teresa. Creo que va a intentar convencer al otro para no venir a Los Ángeles.

-Ahora no creo que lo convenza de nada.

-Además es un tipo duro -continuó-, será difícil que este hable. Tendremos que agitar las ramas al otro.

Joe encendió un cigarrillo y tiró la cerilla apagada en un cenicero que había en el mostrador. Un cliente entró en el videoclub, y Ramón acudió nada más sonar la campanilla.

-Será mejor que volváis más tarde -nos dijo a nosotros-. Cuando se acerque la hora de salir.

-Genial.

Joe y yo abandonamos el local y subimos al Ford Granada. Condujimos hasta un restaurante de carretera situado a la salida de Santa Teresa, en la carretera de Perdido. Pedimos café en la barra y nos sentamos en una de las mesas. Serían cerca de las doce del mediodía.

-No sé si tendremos otra oportunidad -dijo Joe-. Hay que hacerlo ya, hoy mismo.

-¿Cómo?

-Necesitaremos un par de hombres. El mejor momento será después de la proyección de la película, cuando salgamos al Hollywood Roosevelt. Entonces será de noche. Los meteremos en un coche y los llevaremos a algún lugar... una nave industrial o algo así. Les forzaremos a hablar y cuando tengamos el dinero nos desharemos de ellos.

-¿Y si no hablan?

-Hablarán. Voy a hacer un par de llamadas para preparar todo.

Joe bebió de un solo trago el resto del café y se dirigió al teléfono público que había al fondo de la barra. Lo vi anotar algo en una servilleta que posteriormente guardó dentro de su cartera. Tenía el aspecto firme y decidido de siempre, de tipo que lleva más de treinta años en el negocio y sabe que nada se le puede escapar de las manos. Mostraba una seguridad en sí mismo que yo siempre he envidiado. Y a pesar de que yo hacía mis mejores esfuerzos por imitarle, por demostrar su resolución y energía, siempre llegaba tarde. Siempre me quedaba a dos o tres metros de la meta y lo peor era que sentía que entonces me volvería a ocurrir. Allí sentado, en aquel restaurante vacío y olvidado del oeste de California, me decía a mí mismo que tampoco en esta ocasión demostraría tener lo que había que tener.

Eran casi las tres y media de la tarde cuando Joe volvió a estacionar el Ford Granada frente al videoclub de la calle Pacífico. Comprobó que la Smith & Wesson 42 estaba cargada y la guardó en la guantera bajo llave.

Bajamos del coche y caminamos hasta el local. Para variar, los dos ex reclusos estaban en el mostrador.

-Hola, chicos -saludé-, ¿qué hacéis?

-Cerramos la caja -respondió Ramón-. ¿Puedes pegar este aviso en la puerta?

Me dio una hoja de papel con el mensaje CERRADO HASTA MAÑANA y un rollo de cinta adhesiva.

-No pensaréis ir vestidos así, ¿verdad? -oí que decía Joe.

-No, tío -dijo Audie-, Ramón va ahora a casa a recoger unos jerséis.

Devolví la cinta al mexicano tratando de imaginarme la pinta tan repulsiva con la que aquellos dos desgraciados pensaban presentarse en el preestreno de la película.

-Te llevaré en el coche -propuso Joe a Ramón-, así saldremos antes a Los Ángeles.

-Bien.

El mexicano dio a su compañero los paquetes de monedas que estaba envolviendo y salió del mostrador. Por segunda vez en aquel día me quedé a solas con Audie, quien seguía contando billetes y escribiendo números en una libreta.

-Debe dar mucho dinero este negocio -dije.

-¿Por qué dices eso?

-Pues porque conseguís cubrir costes y además ahorrar algo de pasta. Por no mencionar la heroína. Por lo que sé, no sale barata.

-Yo me meto muy poco, tío. Además, lo estoy dejando. -Audie soltó el lápiz y me miró muy serio-. Oye, colega, eso de la droga no hace falta que salga en tu artículo, ¿verdad?

-Tranquilo, Audie. No te voy a perjudicar. Todo lo contrario.

Sonó el teléfono. El ex convicto respondió antes del segundo timbrado.

-¿Sí...? Ah, vale, tío. Dejé la camisa en el cubo y olvidé plancharla... vale, vale, no te pongas así, ahora iré yo. -Y colgó-. Joder, colega, estoy hasta los huevos de ese puto mexicano. Ni mi padre me hablaba así.

Guardó el dinero y la libreta en la caja registradora y salió del mostrador.

-Vamos, tío, iremos andando a casa, tengo que planchar la puta camisa.

Salimos del videoclub y Audie sacó un manojo de llaves del bolsillo de su deshilachado pantalón vaquero. Cerró la puerta y bajamos la calle Pacífico en dirección contraria al parque. Al doblar la esquina a la derecha, el tipo se paró de golpe.

-Joder, olvidaba algo. Espérame aquí.

Salió corriendo y giró hacia el videoclub. Yo le seguí andando con las manos en los bolsillos. Vi a cierta distancia que aquel imbécil se detenía delante de una puerta y la abría con una llave. Cuando llegué a su altura comprobé que no había abierto el videoclub, sino el local que estaba a su izquierda, el que parecía abandonado. Audie había dejado la puerta abierta, así que me consideré invitado a pasar al interior.

Olía a cerrado. Apilados en la pared de la derecha vi varios utensilios de pintura, rodillos, brochas, cubos... El suelo tenía el desgaste propio del uso y la ausencia de reforma, y en el techo unos cables colgantes recordaban al visitante que debía colocar bombillas si quería tener luz.

Audie no estaba allí. Pasé más adentro y distinguí unos plásticos que cubrían el fondo del local como cortinas de agua sucia. Los aparté y ante mí apareció una puerta similar a la que en el videoclub conducía a la trastienda, pero al atravesarla me encontré en una especie de cochera donde había aparcado un Toyota color verde oliva. El coche estaba atravesado y, a la izquierda, en su parte trasera, había un portón doble que debía de dar a la entrada de carruajes por donde lo habían introducido.

Audie estaba trasteando en la guantera, sentado en el asiento del copiloto con una pierna fuera. Cuando me oyó entrar se revolvió.

-Eh, tío, te dije que esperases fuera, no haces ni puto caso. -El tono de su voz, agrio, me resultó nuevo.

-¿Por qué? ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

El chico cerró la guantera y bajó del Toyota.

-Ramón no quiere que nadie entre aquí, es nuestro pequeño secreto. Le vigilamos a unos tipos este local y aprovechamos para guardar aquí algo de material. -Abrió la mano y me enseñó una pequeña materia amorfa de color marrón que reconocí inmediatamente como hachís-. Es para esta noche, para animarnos.

Rio y le acompañé con ganas. No porque me hiciese gracia su estúpida proposición, sino porque tal vez la suerte se había aliado conmigo.

-Vamos, Audie. Nos esperan.

Salimos de la cochera y el chico cerró con dos llaves distintas sendos cerrojos. Caminamos hacia la casa parroquial, adonde llegamos unos veinte minutos después. En el trayecto Audie no dejó de hacerme preguntas sobre las estrellas de Hollywood a las que veríamos esa noche y el hotel donde sería la fiesta. Traté de contestarlas sonando lo más convincente que puede sonar alguien que desconoce por completo las respuestas.

Abajo, en el portal, vimos a Joe fumando un cigarrillo.

-Ramón te espera arriba -dijo a Audie-. Daos prisa, tenemos que salir ya si no queremos

llegar tarde.

Audie subió las escaleras de dos en dos y se perdió al otro lado del portalón. Joe tiró la colilla y me cogió del brazo para apartarme de la entrada al inmueble.

-Frank, ese mexicano es demasiado listo.

-Ya me lo has dicho antes, pero...

-No, no. Te digo que no se ha tragado el cuento del reportaje. Hay que actuar ya mismo. Estoy pensando...

-Espera, quiero decirte que...

-... estoy pensando pasar del preestreno e ir directamente a...

-Joder, Joe, déjame hablar. Te iba a decir que...

Nuestra fallida conversación terminó cuando oímos cerrarse el portal. Eran Audie y Ramón. Me pareció percibir que habían discutido. El mexicano traía el ceño arrugado como una pasa, y se movía rígidamente como si tratase de impedir que alguien le fuese empujando. Por su parte, Audie, que se había puesto un jersey raído de cuello alto color burdeos, caminaba un par de pasos por delante evitando cualquier contacto visual con su socio.

-¿Dónde tenéis el coche, tíos?

Joe señaló al Granada de color naranja aparcado al otro lado de la calle. Subimos los cuatro y pusimos rumbo a Los Ángeles. Aquel fue el viaje más insólito que he hecho nunca. Íbamos todos en silencio cuando yo ardía en deseos de hablar con Joe, Joe de hablar conmigo, Ramón posiblemente con Audie y Audie con todo el mundo para satisfacer su curiosidad acerca del preestreno al que íbamos a asistir. Así que aproveché la situación para ir dando vueltas a una idea que se me había ocurrido mientras acompañaba a Audie a su casa.

Llegamos a uno de los cines de Hollywood Boulevard, y mientras Audie y Ramón curioseaban entre la multitud que esperaba a Al Pacino en la alfombra roja, un individuo desconocido se acercó discretamente a Joe para darle un sobre.

-Ya tengo las entradas -anunció mi compañero-. Vamos adentro.

Entramos los cuatro en la sala y ocupamos unas butacas excelentemente situadas en la parte central del patio. Cuando llegó la hora del inicio del espectáculo las luces se apagaron y un animador subió al escenario para dirigirse al público. Presentó al director y los principales actores que intervenían en *A la caza* quienes, iluminados por los focos del cine, se levantaron de sus asientos en el palco para corresponder a la ovación. A continuación aquel tipo glosó las enormes virtudes de la película y finalmente, para dicha de todos, cerró el agujero que tenía debajo de la nariz y se largó por donde había venido.

Empezó la proyección, y a los cinco minutos Joe y yo nos levantamos.

-Vamos a comprobar que tenemos confirmadas nuestras invitaciones a la fiesta -dije al oído de Audie, que no me prestó el menor caso.

Salimos del patio de butacas y pasamos al vestíbulo del cine. Esta vez no di opción a que Joe hablase primero:

-Sé dónde está el dinero -empecé-. También cómo podemos apoderarnos de él sin que nadie sospeche nunca de nosotros.

Los ojos de Joe parecieron salirse de las cuencas.

-¿Has visto el dinero? ¿Dónde está?

-¿Recuerdas el local cerrado que hay junto al videoclub? El que no tenía carteles de SE

VENDE o SE ALQUILA. Pues bien, no está desocupado. Lo alquilaron Audie y Ramón.

-¿Por qué?

-Porque en vez de trastienda ese local tiene una cochera, y en ella han metido un Toyota en el que guardan droga y, seguramente, el dinero del atraco.

-Pero ¿lo has visto? ¿Has visto la pasta?

-No, no la he visto, pero estoy casi seguro de que está donde yo creo.

Joe resopló incómodo, pero me pidió que le explicase los detalles de mi plan. Cuando lo hube hecho, se pasó la mano por la nuca sacudiéndose el nerviosismo que le había producido mi propuesta.

-¿Y si el dinero no está donde tú dices? -preguntó al fin.

-Entonces siempre podremos volver a tu idea original.

Joe no lo vio claro, pero terminó accediendo. Salió del cine para conseguir lo que necesitábamos y yo regresé a mi butaca para terminar de ver la película. *A la caza* resultó ser una presunta intriga policiaca ambientada en los círculos homosexuales de Nueva York. Mi interés por aquella historia era inexistente, y eso unido a mi ansia por llegar al hotel Hollywood Roosevelt para poner en marcha mi plan, hizo que cuando finalmente terminó la película sintiese un enorme alivio.

Las luces se encendieron y el público dedicó una cálida ovación al director y los actores. Pude ver a Joe al fondo de la sala mirándome fijamente mientras me unía al coro de aplausos. Me hizo un gesto de asentimiento, así que opté por ponerme en marcha sin más demora.

-Será mejor que vayamos ya al Hollywood Roosevelt -dije a Audie-. Los actores llegarán dentro de unos minutos, después de hacerse las últimas fotos.

Los dos ex reclusos se dejaron guiar mansamente por mí hacia la salida, donde nos reunimos con Joe. Recogimos el coche y nos dirigimos al hotel donde tendría lugar la fiesta de la película.

Había una larga fila de gente esperando ser admitida en el recinto, pero Joe dijo algo al oído de uno de los responsables de seguridad que controlaban el acceso y obtuvimos vía libre para saltárnosla.

Dejamos los abrigos en el guardarropía y a continuación pasamos a una amplia sala con paredes cubiertas de terciopelo rojo. Las luces del techo estaban apagadas, y en su lugar, unas discretas lámparas situadas entre los sofás y las columnas de la sala proyectaban unos haces de luz indirecta sobre los tejidos, en los que retumbaba una música disco. Fuimos a la barra y pedimos unas bebidas. Yo opté por un refresco, pues necesitaba todas mis facultades intactas. Joe, en cambio, pidió un ron.

Al cabo de unos veinte minutos detuvieron la música y un foco de luz iluminó la puerta principal por donde hicieron acto de presencia el director de *A la caza* y sus protagonistas.

-Oye, tío, ¿podemos hablar ya con Al Pacino? -me preguntó Audie sin dejar de aplaudir.

-Ahora tiene que atender a la prensa. Tendrás toda la noche para ello.

-Joder con la prensa.

Joe acudió en mi rescate. Venía con un hombre vestido con un elegante traje gris que tenía dibujada en el rostro una permanente expresión de perplejidad gracias a unas gruesas cejas ascendentes que cubrían sus ojos azules.

-Chicos -dijo Joe-, os presento a Tony. Es uno de los mejores guionistas de Hollywood, ha hecho varias películas con Sidney Lumet. Le hablé de vosotros.

Audie y Ramón saludaron afectuosamente al recién llegado, quien inmediatamente les preguntó por sus proyectos. Joe y yo nos alejamos discretamente.

-¿Tony Rome, guionista? -pregunté a mi compañero-. ¿Estás seguro de que puede hacer el papel?

-Los entretendrá un rato. Vamos, Frank, la chica está allí.

Fuimos a uno de los rincones de la sala, donde nos esperaba una mujer de unos veinticinco años profusamente maquillada. A pesar de la escasa iluminación quedé prendado por su esplendorosa melena rubia y las voluptuosas curvas que dibujaba en su talle un ajustado traje negro.

-Escucha, nena -dijo Joe-, tu hombre es aquel de ahí. El de detrás del sillón.

-¿El chicano?

-No, el otro. El del pelo largo.

-Joder, qué asco. Prefería al chicano.

-Pues es el otro, ¿está claro? Dentro de un momento lo mandaremos a la barra a traer unas copas y a partir de ahí será cosa tuya. ¿Tienes ya las llaves de la habitación?

No sé de dónde, la chica sacó una llave con una chapa del Hollywood Roosevelt y la agitó delante de las narices de Joe.

-Perfecto. Hemos dejado en la habitación una botella de champán con polvos mágicos. Cuanto antes consigas que la beba ese imbécil, antes te dejará tranquila.

Los ojos azul celeste de aquella mujer dejaron de mirar a Joe y me iluminaron el rostro súbitamente con una incierta claridad juvenil.

-Cuando el tío se quede dormido llamas al número que te di -concluyó Joe-. ¿Alguna pregunta?

-No.

-Pues venga, mueve el culo. Literalmente.

La chica me acercó su cara y me sopló en la nariz. Su aliento cálido y húmedo me despertó un deseo infinito de caer en las garras que iban a atrapar a Audie.

-Vamos, Frank. Empieza nuestra parte.

Regresamos con Audie, Ramón y el falso guionista, nuestro amigo Tony Rome.

-Tony, ¿puedes conseguirnos un par de fotos con Al Pacino? -preguntó Joe.

-Claro. Venid conmigo.

Tony nos condujo hacía el rincón opuesto a la barra, donde pudimos ver a Al Pacino y Karen Allen firmando autógrafos. Pasamos entre la gente y llegamos hasta los actores, que accedieron a hacerse una foto con Audie y Ramón. Joe hizo una señal y entre el público apareció un joven con una cámara fotográfica al cuello que disparó varias veces el flash hacía los ex reclusos y sus distinguidos acompañantes. Después, Audie y Ramón dieron la mano a Pacino, besaron a Allen y se alejaron tan contentos.

-¿Qué, no os dije que conoceríais a Al Pacino? -dijo Joe a los dos chicos.

-Sí, tío, pero pensaba que podríamos charlar un rato con él.

-Más tarde. La noche es joven. ¿Nos tomamos otra copa?

Joe pidió a Audie que fuese a la barra a traer otra ronda. Nosotros nos quedamos con Ramón y Tony esperando a unos diez metros, cerca de los servicios.

-Así que tú formaste parte del equipo de guionistas de *Tarde de perros*, ¿verdad? -preguntó Ramón.

-Sí, he trabajado un par de veces con Lumet.

-Esa película debió de costaros mucho esfuerzo.

-Sí... como todas.

-Lo digo porque a diferencia de otras de Lumet, esa peli no estaba basada en ningún libro.

-Bueno, esto... -La voz de Tony empezó a vacilar-. Lo importante es que el equipo esté compenetrado.

Ramón asintió despacio. Era evidente que no se había tragado ni una sola palabra de aquella farsa. Joe tenía razón. Me fijé entonces en la respiración de mi compañero, pesada y acechante como la de un lobo.

-¿Dónde está Audie? -preguntó Ramón tratando de divisar entre la gente que nos separaba de la barra-. Ya debería estar aquí, joder.

-Hay mucha gente en el bar -dije.

-Aquí ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer -dijo el mexicano-. Voy a mear. Cuando salga nos vamos.

Todos tuvimos claro que aquel era el momento. Seguimos con discreción a Ramón hacia el aseo y cuando hubo entrado Tony y Joe pasaron detrás de él. Me aposté en la puerta para impedir que nadie más pudiese entrar. Rápidamente salieron del interior del servicio dos jóvenes con pinta de maricas a los que despedí llevándome el índice a los labios. Pasó algo más de un minuto en el que traté de concentrarme en la música que ahogaba los leves murmullos que escapaban a través de la puerta del servicio. Finalmente, esta se abrió y Tony Rome me indicó sin hablar que pasase al interior. En uno de los retretes estaba Joe, observando el cuerpo sin vida de Ramón.

-Tony, súbele el cuello del jersey, que no se vea la marca -dijo guardando la cuerda en el bolsillo de la chaqueta.

-Saquémoslo al coche ahora -dijo Rome acucillado junto al cadáver-. Frank, sal a ver si el otro ha subido ya a la habitación con la zorra.

Me asomé con cautela al exterior de los servicios. Abrí la puerta y di una vuelta en torno a la barra. No vi ni a la chica ni a Audie, ni por allí ni en las proximidades de la puerta de salida. Regresé al baño para informar a mis compañeros.

-El paso está libre -dije.

Tony y Joe cogieron a Ramón, pasando los brazos de este por sus hombros como si se apoyase en ellos a causa de una cogerza. Yo fui delante para abrir el paso. Caminamos con premura pero sin correr y fuimos directos a la salida del hotel. Tan solo un par de personas repararon en nosotros, pero no nos importunaron. Salimos a la calle y cruzamos el bulevar. En la calle Orange, peor iluminada, estaba aparcado el Ford Granada de Joe. Fuimos hasta él y dejamos el cuerpo de Ramón en el asiento trasero.

-Vayamos a la habitación -me dijo Joe-. La chica debe de estar a punto de llamarnos. Tony, quédate aquí y si ves movimiento te das una vuelta.

Joe le dio las llaves del Ford y juntos regresamos al hotel. Subimos a una habitación del primer piso y, nada más entrar, Joe pegó la oreja al muro que había detrás del cabecero de la cama.

-Siguen ahí dentro -dijo en voz baja.

Miré mi reloj, eran las diez de la noche. Abrí el mueble bar y saqué dos botellitas, una de whisky y otra de ginebra. Pasé el whisky a Joe y me bebí la ginebra de un solo trago. Nos sentamos en la cama sintiendo el calor que nos inundaba las entrañas.

-No sé por qué estamos aquí esperando con el mexicano en el coche -dijo Joe-. Corremos riesgos de manera estúpida.

-Es importante que Audie vea que Ramón regresa con nosotros a Santa Teresa.

-No verá nada. Estará drogado.

-Pues tendremos que reanimarlo un poco.

Sonó el teléfono. Joe descolgó el auricular e intercambió un par de monosílabos con el interlocutor.

-Vamos, Frank -dijo cuando hubo colgado-. La chica ha terminado.

Salimos al pasillo y, casi a la vez, se abrió la puerta de la habitación de al lado. Vi a la rubia, con el vestido algo más arrugado y el pelo revuelto. Vino hacia nosotros y le dio la llave de la habitación a Joe. A mí me tiró un beso antes de girarse y perderse escaleras abajo moviendo rítmicamente a izquierda y derecha su precioso trasero.

Entramos en el cuarto y vimos a Audie tendido bocarriba en la cama totalmente desnudo.

-Joder, qué asco -dijo Joe-, ya podía haberlo vestido ella.

Recogí del suelo la ropa del ex recluso y ayudé a Joe a ponérsela. Lo hicimos con cierta brusquedad para tratar de espabilarlo. El tipo gruñó sin resistirse a nuestra manipulación, aún adormecido por la droga y los efluvios del champán que se había desparramado por las sábanas.

-Intentemos que camine solo -dije-. Conviene que lo vean salir por su propio pie.

Dimos un par de vueltas a la habitación sujetando a Audie por las axilas. Él protestó con murmullos y quejidos incomprensibles, con los ojos en blanco.

-Olvidalo, Frank, este capullo no va a andar solo.

Dejamos a Audie tirado sobre la cama. Fui a la ventana y vi la escalera de incendios. Podíamos utilizarla para bajar al ex recluso por ella, pero enseguida deseché la idea. Si alguien nos veía, sospecharía de inmediato.

-No hay más remedio -dije al fin-. Iremos por la puerta.

Agarramos nuevamente a Audie y salimos al pasillo. Al tipo le colgaba la cabeza y arrastraba los pies, pero se dejó llevar sin dificultad. Llamamos al ascensor y cuando se abrieron las puertas nos dimos de bruces con uno de los botones.

-¿Tienen algún problema, señores?

-Nuestro amigo ha bebido demasiado -dijo Joe.

El chico echó un vistazo al cuerpo flácido de Audie.

-¿Quieren que avise a un médico?

-No, gracias. Tenemos el coche abajo. Lo llevaremos a un dispensario.

Pasamos junto al botones y entramos en el ascensor. En el vestíbulo coincidimos con un grupo de jóvenes que salían alborozados de la fiesta con su autógrafo de Pacino. Nos mezclamos entre ellos y subimos por Orange hacia el Ford Granada. Tony Rome nos esperaba de pie junto a él, fumando con la portezuela de atrás ya abierta.

-Ponte tú entre Ramón y Audie -dije a Tony-. Yo iré delante con Joe.

Subimos al coche y nos pusimos en marcha. Joe cogió la autopista del norte hacia Santa Teresa. Desplegué el parasol y abrí la tapa para mirar el asiento trasero por el espejito. El cadáver

de Ramón estaba justo detrás de mí, con la cabeza apoyada en la ventanilla. En el centro iba Tony, y a su izquierda Audie dormitaba con la boca abierta.

Cuando a lo lejos ya divisábamos las luces de Santa Teresa, escuché la voz de Tony.

-Eh, chicos, este tío se está despertando.

Me giré y vi a Audie tratando de abrir los ojos. Movía la boca como si quisiese escupir una sustancia pegajosa que le impidiese hablar.

-¿Dónde estamos, tíos? -farfulló al fin.

-Llegando a Santa Teresa -dije-. Tuvimos que subir a buscarte a la habitación del hotel. ¿Es que no pudiste avisarnos de que habías ligado con una tía?

-Fue muy rápido, colega. ¿Dónde está Ramón?

-Al lado de Tony. Va dormido, no lo despiertes.

El chico se incorporó levemente y echó un vistazo a su derecha.

-Despertadnos cuando lleguemos, ¿vale?

Entramos en la ciudad y fuimos directos al videoclub de la calle Pacífico. Joe detuvo el coche y antes de bajar comprobé que Audie se había vuelto a dormir. Abrí la portezuela y registré los bolsillos de Ramón. Encontré sus llaves y a continuación abrí el maletero del Ford para sacar la palanca que nos había traído Tony Rome.

-Ahora dejaremos a este en su casa -dijo Joe-. Yo me quedaré con él y Tony volverá con el coche a por ti. Si la pasta no está donde crees...

-Sin problema -interrumpí, y cerré la portezuela.

El Ford se alejó en mitad de un acelerón y yo fui derecho a la puerta del local que estaba junto al videoclub. Comprobé que primero debía abrir una gruesa cadena cerrada con un candado y posteriormente una reja metálica. Probé un par de llaves hasta dar con la buena y deshacerme del candado. Luego abrí la verja. Al deslizarla provoqué un chirrido estridente. Dejé solo el espacio suficiente para pasar yo y volví a cerrar. Fui a tientas al fondo del local y atravesé los plásticos que protegían la puerta de la cochera. Palpé el picaporte y detecté las cerraduras. Probé consecutivamente varias llaves hasta que di con las adecuadas. Finalmente pude acceder al interior.

Nada más entrar pasé la mano por la pared más próxima al marco de la puerta buscando un interruptor. Encontré uno y lo pulsé sin mucha esperanza, pero para mi sorpresa una endeble bombilla que colgaba del techo se encendió, mostrándome el Toyota en todo su esplendor. Me fijé en el maletero. Si mi suposición era cierta, el dinero estaba ahí dentro. De lo contrario, Audie pasaría una mala noche.

Dejé a un lado la palanca y probé a abrir el maletero del coche con las llaves de Ramón. No lo conseguí, así que agarré la palanca e introduje su extremo más aplanado en la ranura de la portezuela. Tomé impulso hacia arriba y dejé caer todo mi peso sobre el trozo de metal. El cierre saltó a la primera.

Una lona de color marrón se desplegaba dentro del maletero, y al retirarla aparecieron varias bolsas de plástico de color amarillo con el anagrama de una compañía de seguridad californiana. Conté doce bolsas de unos seis kilos cada una. Las saqué del interior del maletero y las llevé junto a la puerta de salida del local. En unos minutos llegaría Tony Rome con el Ford de Joe para llevárselas y acompañarme a mí a la casa de Ramón y Audie.

Cuando hube terminado, traté de cerrar el maletero. Tenía que dejar el Toyota en el mismo

estado que lo encontré. Examiné la cerradura y vi que no encajaba perfectamente en la plancha. Tal vez había sido yo quien la había dañado al abrirla con la palanca, pero ya era tarde para buscar soluciones complejas.

Tiré fuertemente de la portezuela del maletero y esta se cerró emitiendo un crujido metálico. Eché un vistazo para comprobar si podía constatar que había sido forzada, pero no fui capaz de llegar a ninguna conclusión definitiva. Salí de la cochera y fui a la salida a esperar a Tony.

Escuché el motor de un coche que se acercaba y finalmente se detenía junto a la puerta. Abrí confiadamente para dar la bienvenida a Rome, y allí, parado frente a mí, me encontré con un coche patrulla de la policía de Santa Teresa. Sin darme tiempo a recuperarme del susto, dos agentes bajaron de él y vinieron directos hacia mí.

Era tarde para hacer como si no los hubiese visto. Salí y cerré la puerta del local echando un vistazo a la pila de bolsas de dinero que había justo al otro lado, en el suelo. No sé cuántas pulsaciones tendría en ese momento, pero seguramente muchas más de las que cualquier corazón humano puede tolerar.

-Buenas noches, señor -dijo uno de los policías-. ¿Es suyo este local?

-No. Soy el inquilino.

El agente me echó un vistazo de arriba abajo.

-¿Va armado?

-No. -Levanté mis manos a la altura del pecho para que pudiese comprobarlo-. Soy un trabajador del barrio.

El policía echó un vistazo a mis costados, pero no me cacheó.

-¿Está trabajando a estas horas? Son casi las once y media de la noche.

Mientras el policía me hablaba sin perder de vista mis manos, que traté de mantener quietas en todo momento, el otro pasó junto a mí para mirar al interior del local a través del cristal.

-Vine a comprobar si los productos de limpieza están a punto -dije-. Para evitar que los operarios pierdan el tiempo mañana.

El agente que curioseaba encendió la linterna y paseó su haz de luz en varias direcciones al otro lado del cristal de la puerta. Temí que viese las bolsas del dinero y tragué saliva.

-Nos ha llamado un vecino temiendo que se estuviese produciendo un robo -aclaró el otro policía.

-Yo tengo las llaves, agente. -Enseñé el manojito que había quitado a Ramón minutos antes-. Puedo demostrarle que una de ellas abre ese candado.

El policía no respondió. El otro había apagado la linterna y torcía la boca con un gesto de incompreensión. Miró a su compañero reclamando su opinión.

-¿Podemos pasar dentro?

-Claro -dije tratando de contener el temblor de mi voz.

Busqué la llave que abría la puerta. No recordaba cuál era, así que probé una y fallé. La segunda tampoco abría.

-Acabo de alquilar el local y aún no me conozco todas las llaves -dije a modo de disculpa.

Las manos empezaban a temblarme. Intenté abrir con una tercera llave y tampoco pude. Los policías tendrían que estar ya sospechando algo. Por fin, a la cuarta, fue la vencida.

Abrí la puerta de par en par para ocultar con su hoja las bolsas amarillas de dinero que había en el suelo. Me coloqué justo al lado para permitir el acceso a los agentes. Al hacerlo tropecé con

una de las bolsas y casi me caigo.

El interior estaba muy oscuro. Los agentes encendieron sus linternas.

-¿No hay luz?

-No, aún no la hemos contratado.

Los focos de las linternas se pasearon caprichosamente por el interior del local en todas direcciones. Uno de ellos se detuvo en los productos de limpieza que había apilados en la pared frente a mí.

-Eso es lo que vine a comprobar -dije.

-¿Y qué es ese plástico de ahí?

El policía se estaba refiriendo a la cortina transparente que tapaba el acceso a la cochera que contenía el Toyota lleno de droga. Si aquellos policías lo registraban me caerían no menos de quince años en prisión.

-Lo hemos puesto para evitar que se manche de pintura ese lado de la pared.

El agente apartó la luz de la cortina.

-De acuerdo, creo que podemos marcharnos -dijo.

Su compañero iluminó el suelo para salir y entonces reparó en una de las bolsas amarillas que había junto a mis pies.

-Cuidado no vaya a tropezar con eso, señor.

-No se preocupe, agente. Son los materiales para la obra, ya los tengo localizados.

Los dos policías salieron por fin del local. Me desearon buenas noches y volvieron al coche patrulla. El agente que iba al volante cogió la radio y habló unos segundos, posiblemente para confirmar que se había tratado de una falsa alarma. A continuación encendió el motor y se puso en marcha. Al verlo partir al fin, me sentí aliviado.

No pasó ni un minuto, cuando el Ford Granada de Joe se detuvo frente a la puerta.

-¿Qué querían esos? -preguntó Tony bajando del coche.

-Por lo visto hice demasiado ruido al entrar y alguien les avisó. Pero ya está todo bajo control.

-¿Tenemos el dinero?

-Lo tenemos.

Entramos en el local y nos repartimos las bolsas para transportarlas. Fui derecho al maletero del Ford, pero Tony me detuvo.

-Ahí no cabe. Está ocupado con el mexicano. Pon la pasta en el asiento de atrás.

Metimos el dinero en el Ford y subimos al coche. Tony me dejó en la casa parroquial donde vivían Audie y Ramón y se marchó a deshacerse del cadáver del mexicano. Cuando subí al piso, Joe me estaba esperando en la puerta.

-¿Todo bien? -me preguntó.

-Sí. Tony se ha marchado con las bolsas.

-¿Cuánto hay?

-No lo sé. Creo que casi todo.

Pasé al interior de la casa y cerramos la puerta. Eché un vistazo a la alcoba y vi a Audie durmiendo a pierna suelta en una de las camas vestido tal y como lo habíamos llevado a Los Ángeles.

-No se ha despertado -dijo Joe-. Tardará aún varias horas.

-¿Hay algo de beber? Necesito un trago.

-Solo cerveza.

Abrimos un par de latas y nos sentamos en el salón. Le conté a Joe con detalle cómo había descubierto el escondite del dinero y el susto que me llevé con la policía.

-¿Vio la poli mi coche? -preguntó Joe.

-No. Tony llegó después de que se marchasen.

-Entonces está todo bien.

Apuré el contenido de mi lata y la tiré con indolencia al suelo.

-Tendremos que dar una parte a Ralph Sanders -recordé.

-Sí, el diez por ciento.

-¿Solo un diez por ciento? Ya te dije que iríamos a partes iguales.

-No digas sandeces. ¿Cómo le vamos a dar la mitad de la pasta? ¿Has perdido el juicio?

Quise replicar de inmediato, pero opté por medir mis palabras. Me levanté y fui al baño a orinar.

-Ese tipo puede meternos en problemas si no queda contento -dije cuando regresé al salón-. Deberíamos subir algo su parte.

-Ni hablar. Te diré lo que haremos. Cuéntale que sus dos amigos se gastaron la mitad de la pasta.

-Vamos, Joe. No le convenceré de eso.

-Pues tendrás que mejorar tus dotes de persuasión. Y si aceptas un consejo, haz ver a ese tipo que si algún día se va de la lengua, lo despedazaremos.

Me dejé caer en el sillón, derrotado.

-No sé, Joe... no sé si funcionará.

-Si Sanders es listo, se conformará con su parte. Y si es estúpido... bueno, en ese caso el mundo tendrá que conformarse con un estúpido menos.

Joe se levantó y encendió el televisor. No me fijé en lo que ponían. Joe se sentó en el sillón y puso los pies sobre la mesa que tenía delante. Yo me acurruqué en el sofá y traté de dormir un rato.

Horas después sentí que alguien me agitaba enérgicamente el hombro.

-Audie se ha despertado -dijo Joe-. Está en el baño.

-¿Nos ha visto?

-Aún no.

Me incorporé y me froté el rostro para despejarme. Audie apareció en el salón secándose la cara con una toalla gris que en su día fue blanca, y el pelo suelto y sucio cayéndole a ambos lados de la cabeza.

-Eh, tíos. ¿Qué hacéis aquí?

-Ramón nos pidió que te hiciésemos compañía. Ibas muy borracho.

-Joder, sí, qué noche. Y qué tía, cómo estaba... joder, joder.

Tiró la toalla en un sillón y fue al mueble de la televisión. Abrió un cajón y sacó un cigarrillo liado. Al encenderlo se propagó en la habitación un desagradable olor a marihuana.

-¿Qué hora es, tíos?

-Las nueve y media.

-Joder -dijo echando el humo por la nariz-, tengo que salir ya al videoclub. Ramón me va a matar si lo dejo allí solo más tiempo.

Joe me miró con extrañeza.

-Ramón se ha marchado -dijo-. No está en el videoclub.

-¿Cómo?

-Sí -intervine yo-. Salió hace varias horas. Nos dijo que se iba a... ¿dijo San Diego, Joe?

-Sí, a San Diego. En un coche de alquiler.

Audie pareció confuso. Tiró el canuto y fue a su cuarto. Joe y yo le seguimos. El chico se fijó en la cama de su compañero, que estaba sin deshacer. A continuación abrió el armario.

-No puede haberse marchado. Su ropa está aquí.

-Dijo que no necesitaba nada -señaló Joe-, solo pasarse antes por el videoclub.

-¿Por el videoclub? Joder, joder, joder.

Audie salió de la alcoba y superó de un salto el sofá. Abrió la puerta de la calle y bajó las escaleras como alma que lleva el diablo. Joe y yo lo seguimos.

-Audie, ¿qué ocurre? ¿Adónde vas?

-Al videoclub, joder.

-Sube al coche, llegaremos antes.

Joe abrió el Ford Granada que Tony había dejado aparcado la noche anterior y nos pusimos en marcha.

-Vamos, rápido, tío, rápido.

Me giré para ver al chico en el asiento trasero.

-¿Qué diablos te pasa, Audie? Me estás preocupando.

El ex recluso no respondió. Cuando llegamos, Audie bajó de un salto y fue a la puerta del local vacío situado junto al videoclub. La abrió y se precipitó en su interior. Joe y yo permanecemos en el coche unos instantes, esperando que Audie hiciese su fatal descubrimiento. Pasados un par de minutos, y al ver que no salía, fuimos al encuentro del chico.

Entramos en el local y pasamos al interior de la cochera donde estaba aparcado el Toyota. Audie estaba llorando arrodillado junto al asiento del copiloto, metiéndose en los bolsillos las bolsitas de heroína que guardaba en la guantera. Joe estaba a punto de echarse a reír. Le hice una señal para que saliese de allí y me acerqué al chico.

-¿Qué ocurre, Audie? -me acuclillé junto a él.

-Ese cabrón, ese hijo de puta...

-¿Quién, Ramón?

-Sí. Se ha ido con todo. No me ha dejado nada.

Se secó la cara con la manga del jersey descolorido. Cerró la puerta del Toyota y salió a la calle. Al salir, vi que Joe estaba en el coche carcajeándose. Audie, ajeno a todo, abrió el candado de la puerta del videoclub y fue a la caja registradora.

-Necesito una pistola, tío. ¿Puedes ayudarme a conseguir una?

-¿Una pistola? No, no sé cómo conseguir un arma. Pero ¿para qué?

Audie se metió unos billetes en el bolsillo del pantalón y salió de detrás del mostrador dejando la caja abierta.

-Ese hijo de puta se ha ido a Tijuana. Voy a ir a por él.
-¿Hablas de Ramón? Nos dijo que se marchaba a San Diego.
-No, es mentira. Se ha pirado a México, a Tijuana. Él es de allí.
-Pero...
-Necesito una puta pistola, tío.

Pasó junto a mí repitiendo sin cesar que necesitaba una puta pistola y salió del local. Yo me quedé en la puerta viéndole marchar calle abajo a trompicones, tambaleándose, como si la calle fuese una gigantesca góndola.

-¡Audie!

Pero ya no respondió. Su figura se difuminó entre la gente que transitaba por la acera hasta que finalmente desapareció. Fui al Ford Granada y me senté junto a Joe, quien me recibió con un respetuoso silencio. Agarró la llave que colgaba junto al volante e hizo contacto. Cuando el motor despertó entre toses de gasolina, Joe se echó nuevamente a reír y me tendió la mano para que la chocase.

Hacía varios días que no aparecía por Oldstock, y el tufo agrio que desprendía aquel desagradable lugar casi se había evaporado por completo de mi piel y de mi ropa. Solía ocurrirme cuando disfrutaba de permisos o me iba de vacaciones. A veces tardaba un día, otras veces una semana, pero siempre recuperaba la humanidad, o al menos la apariencia de humanidad que te proporcionaba escapar de aquella maldita prisión. Pero mis días libres habían pasado, y esa mañana entré nuevamente de servicio en Oldstock. Al cabo de cinco minutos ya podía oler en mi ropa, en mis manos, en todo mi cuerpo, ese detestable aroma que te recordaba que estabas encerrado en prisión sin ser uno de los reclusos.

Ralph Sanders llevaba días fuera del agujero, pero a pesar de ello no pude verlo hasta la hora del patio, ya que la sargento me destinó aquella mañana al bloque 4. En torno al mediodía lo encontré paseando en compañía de otro recluso y me acerqué a él.

-Sanders, ven conmigo a la sala de correspondencia. Quiero que la limpies mientras ordeno el correo.

Él se despidió de su compañero y me acompañó al trastero de los productos de limpieza. Cuando llegamos a la habitación contigua a la biblioteca donde se guardaba la saca del correo, cerré la puerta. Fui al escritorio y abrí mi termo para servir dos vasos de plástico blanco.

-Tenemos algo que celebrar -dije.

-¿Consiguió el dinero?

-Sí.

-¿Y Audie y Ramón?

-Se culpan mutuamente. No sospechan nada.

Sanders rio a carcajada limpia. Le di uno de los vasos y brindamos. Él bebió el suyo de un tirón.

-Ah, esto no es *hootch* -se retorció en una mueca de satisfacción.

-No, no lo es. Al menos eso dice el señor Chivas.

Serví otros dos vasos y volvimos a brindar.

-¿Cuánto dinero tenemos?

-Algo más de un millón.

-¿Solo eso?

-Gastaron mucho -dije-. Pidieron créditos, abrieron un negocio y se fundieron mucha pasta en putas y drogas. Sobre todo Audie.

El recluso me miró por encima del vaso que tenía pegado a los labios transmitiéndome una incredulidad indisimulada.

-Además tuve que pagar a la gente que me ayudó -añadí-. Si lo hubiese hecho yo en persona corríamos el riesgo de que pudiesen llegar a nosotros.

Sanders bebió de un trago el resto del whisky y se sirvió otro vaso.

-De acuerdo, agente Madison. Me conformo con mi medio millón.

Levantó el vaso y lo vació en un instante. Yo me senté a clasificar el correo.

-Deja la escoba -dije al ver que Sanders se disponía a barrer-. Tómate el whisky, es tuyo.

-Gracias, agente Madison.

El recluso ocupó la butaca que había frente a mí y se rellenó el vaso. Lo bebió de un tirón y lo volvió a llenar.

-Ha llegado el tiempo de las buenas noticias, de la felicidad -dijo-. De recibir lo que era merecido.

Sonreí.

-No importa si tardo en salir tres o cuatro años. Cuando lo haga, nada será igual porque por fin tendré una oportunidad. ¿Le importa si enciendo la radio?

Señaló un aparato Sony que había a un lado de la mesa y que solíamos enchufar para amenizar la lectura de las cartas. Le hice un gesto afirmativo y Sanders sintonizó una emisora musical.

Bebió otro par de whiskies siguiendo con la cabeza el ritmo de la música.

-¿Cree que podré vivir con medio millón de dólares el resto de mi vida, agente Madison?

-No, no lo creo. Necesitarás un trabajo.

-Yo nunca he tenido un trabajo.

-Tuviste uno en el banco que atracaste, ¿lo recuerdas?

-No. Aquello nunca fue un trabajo. Fue una obra de caridad.

Al escuchar aquello dejé los sobres que tenía en las manos. Por fin lo vi claro.

-Sí, eso fue -dije-. Una obra de caridad de alguien que te ayudó. El mismo hombre al que estás protegiendo aquí. ¿No es eso?

Sanders se rellenó el vaso y siguió bebiendo.

-Por eso no podías denunciar a Audie y Ramón -continué-. Porque había un cuarto hombre en el atraco. Una persona que no querías que fuese salpicada y que debía permanecer siempre fuera del alcance de la policía. Tus cómplices lo sabían. Por eso ellos estaban tan tranquilos en su videoclub de Santa Teresa esperando que se calmasen las aguas, porque tenían la certeza de que tú no les delatarías.

El recluso se encogió de hombros. Me dedicó una media sonrisa y vació el contenido del termo en su vaso.

-Yo nunca he tenido trabajo, agente Madison -repitió entre hipos-. Pero ¿sabe algo más? Tampoco he tenido dinero. Nunca. Siempre he vivido de alguien. De mi familia, del ejército, de los vietnamitas, de la pensión, de la cárcel... usted no lo creará, pero ni siquiera cuando he tenido dinero, lo he tenido verdaderamente.

La voz de Sanders me llegaba distorsionada, ahogada en el alcohol que enfangaba cada una de sus sílabas. Quizá por eso no conseguía seguirle.

-¿Qué quieres decir? -le pregunté.

-Es una sensación parecida al tener y al no tener. Como el que se acerca a ver un diente de león y lo deshace sin querer, o como el que perdido en un túnel sigue una luz a lo lejos, una luz que cuando sale de la oscuridad y se cree a salvo, resulta ser tan brillante que lo deja ciego. ¿Entiende lo que quiero decirle?

-No.

-Es tener algo tan valioso que no puedes utilizarlo. Algo que vale miles y miles de dólares pero de lo que te resulta imposible disponer. Precisamente por su valor, por su rareza, no puedes gastarlo.

-Yo no conozco nada que sea así -dije interesado.

-Yo sí. Una piedra. Una piedra enormemente rara. Mucho más valiosa que el diamante, mucho más bella que el rubí.

-¿Qué piedra es esa?

-La tanzanita.

Sí, ¿cuánto vale? ¿Por cuánto lo vendemos? ¿Acaso lo sabes? ¿Diez mil dólares? ¿Cien mil? ¿Un millón? Seguro que sabes por cuánto podemos venderlo. Eres tan listo que seguramente sabes también a quién podremos colocárselo. Joder, con lo sencillo que es no sé por qué demonios estoy yo aquí perdiendo el tiempo y no he salido ya a hacerlo.

-¿Eh, agente Madison? ¿A que nunca había oído hablar de ella?

Volví a concentrarme en Sanders. Seguía pegado a mí, respirándome encima un amargo aliento a Chivas e incapaz de mantener totalmente erguida su redonda cabeza de calabaza.

-No... no la conozco.

La puerta de la sala de la correspondencia se abrió de golpe, sorprendiéndonos a Sanders y a mí. Era uno de los compañeros de mi turno.

-Madison, ¿tienes listo el correo? -preguntó.

-Aún no -respondí tratando de reubicarme en aquella sala de Oldstock.

Mi compañero se fijó entonces en que había un recluso allí dentro conmigo. No debió de tardar en percatarse de que estaba medio borracho.

-Es mi porteador -aclaré-. ¿Puedes llevarlo a que se dé una ducha mientras termino con esto?

Sanders se levantó algo aturdido y esperó a que mi colega le indicase que podía salir. Permanecí unos segundos recobrándome de la impresión y me dispuse a preparar el correo con todo su contenido. Cuando hube terminado, llevé las bolsas a los bloques y me marché a casa.

Aquella noche no conseguí acallar las voces cavernarias que resonaron sin cesar entre las paredes de mi mente.

Nunca en toda mi vida he conseguido recordar lo que soñé mientras dormía, si es que alguna vez he soñado algo. Algunos afirman despertarse en mitad de la noche cuando en una pesadilla caían irremisiblemente por un precipicio o se encontraban en una situación análoga a las puertas de la muerte.

Aquella noche, la primera desde mi regreso a Oldstock, apenas pude dormir. Mi mente vagó caprichosamente entre la vigilia y la somnolencia sin llegar a detenerse en ningún lugar en concreto. Pasaron por ella recuerdos, palabras, caras de otro tiempo. Acontecimientos que tenía

arrinconados a oscuras en el cerebro, hasta que esa tarde inexplicablemente Sanders había vuelto a encender la luz de aquel rincón.

Cuando sonó la alarma de mi reloj me desperté sobresaltado y reviví con nitidez las últimas imágenes que se habían proyectado en mi cabeza. Era como uno de esos sueños que nunca tuve, aunque la distancia de los años ya me impedía discernir en él la divisoria entre la realidad y la fantasía.

Yo estaba tumbado en el borde de uno de esos precipicios por donde cae la gente dormida, y agarraba fuertemente con mi mano derecha a un hombre que colgaba en el vacío y corría el peligro mortal de despeñarse. Estábamos solos, nadie podía ayudarnos. Era de noche. El hombre levantó la cabeza para mirarme y me asusté al comprobar que no tenía cara. Su rostro era una lámina uniforme de piel sin ojos, sin boca, sin nada. Era cualquier hombre. Pero a pesar de carecer de facciones percibí su miedo a morir en el abismo, su ruego de que no le soltase. Yo le dije entonces: «Enséñame tu mano, ¿qué llevas en ella?» Él negó con la cabeza e hizo un esfuerzo por levantar el otro brazo, pero no pude ver lo que tenía en la mano. Mis dedos se debilitaban, poco a poco la fuerza con la que lo sujetaba se iba disipando. «Vamos, más arriba, no veo.» El hombre volvió a intentarlo, y al hacer fuerza se despegó otro poco más de mí. Ya solo lo retenía con tres dedos. «¡Quiero verlo, quiero saber qué llevas en la mano!», grité. Y él por fin consiguió levantar el brazo y abrir su mano vacía justo cuando se me resbaló entre los dedos. Cayó al abismo sin gritar, sin quejarse, sin reprocharme mi incredulidad. Se perdió para siempre entre la negrura infinita del precipicio sin llevarse nada en las manos. Y detrás de mí, como un eco lejano, resonó el motor de un coche.

Rememorando aquel delirio revisé los recuerdos olvidados en mi memoria y me vestí aceleradamente. Por primera vez en tres años tenía prisa por llegar a Oldstock y hablar con uno de los personajes más detestables que lo poblaban. Me había propuesto confirmar o refutar la posibilidad de que todo aquel sueño fuese un reflejo verdadero de la pesadilla que viví.

Llegué a la prisión, me puse el uniforme y me situé el primero en la fila del cacheo. Me dejé sobar y entregué al agente el termo sin rechistar. Tenía que terminar pronto. La sargento me envió al bloque 3, situado en el lado opuesto de mi destino. Pero me daba igual. Iba a dirigirme adonde me proponía sin esperar un solo segundo más.

Cuando entramos en el recinto fui a relevar a mi compañero y seguí el protocolo de apertura de puertas. No me molesté en mirar la lista de castigados ni de enfermos. Les dejé salir a todos y en mitad de la galería urgí a los reclusos a mover sus traseros. Después cerré las puertas y yo mismo salí al exterior. No cacheé a los internos que entraban conmigo al patio. Busqué entre los que paseaban junto a los bancos de musculación y vi a mi hombre sentado en uno de los bloques de piedra empotrados en el muro.

-Dedos, tienes que acompañarme.

Floyd quedó desconcertado. Una solicitud así de un guardia suele entenderse como el preámbulo de una amonestación o, peor, de una estancia en el agujero. Pero en el caso del Dedos, entre nosotros había un secreto inconfesable sobre su espionaje para la oficina del fiscal, por lo que mi acometida podía responder a cualquier razón.

Como así fue.

-Necesito leer el correo de un preso -dije cuando nos hubimos apartado de las miradas del resto de los reclusos.

-No me joda, agente Madison.

-Ya estás jodido del todo. El problema es que aún no te has dado cuenta. ¿Quieres comprobarlo?

Floyd rezongó por lo bajo, tal vez acordándose de mi familia. Se apoyó en la pared buscando cobijo de ojos indiscretos.

-¿De quién se trata, agente Madison?

-De Ralph Sanders.

Sus facciones se relajaron durante la décima de segundo que empleó su rostro en dibujar un signo de interrogación.

-¿Sanders?

-Sí, el hombre con quien compartiste la celda cuando llegó.

-Ya sé quién es. Y le dije lo que había, nada interesante, solo una...

-Una carta de su abogado -interrumpí-. Quiero leerla. Ahora.

Lo moví del sitio con un empujón y lo seguí camino del bloque de Ralph Sanders. A esa hora no debía haber nadie en él, ni siquiera los guardias. Usé la llave maestra para abrir y me asomé al interior. Satisfecho, dejé pasar al Dedos delante de mí. Entré en la cabina de los guardias y busqué el interruptor de la celda de Sanders.

-Ya está abierta. Tienes un minuto.

-Si nos descubren...

-Vamos, estás perdiendo el tiempo.

Floyd correteó hacia la celda de Sanders, ubicada a mitad de corredor. Yo me quedé de centinela en la entrada del bloque tratando de imaginar una buena excusa para el caso en que apareciese alguien preguntándose qué demonios hacían un guardia y un recluso en una zona que no les correspondía y sin permiso. Me rodeaba un incómodo silencio que me permitió escuchar al Dedos mientras manipulaba la llave del candado de la taquilla de Sanders. Al cabo de unos segundos lo vi asomar la cabeza y hacerme una seña con la mano para que me acercara.

-Ya está -dijo en un susurro.

Vi la taquilla abierta y su escaso contenido expuesto ante mí. Saqué la caja de cartón de la correspondencia, que solo contenía la carta de su hermana que yo ya había leído y una misiva procedente de su abogado. Me hice con la carta del sello legal y me dispuse a leerla de pie junto a la puerta de la celda.

-Deje que me vaya -pidió Floyd.

-No. Tú te esperas. Esto tiene que quedar igual que estaba.

Oímos un ruido. El Dedos entró en la celda y yo me asomé cautelosamente al exterior de la galería. Alguien había entrado en el bloque sin necesidad de usar la llave.

-Joder, me he dejado la puerta abierta -murmuré.

Dejé la carta sobre el camastro y esperé unos instantes. Si era un recluso, sabía que no podía entrar, así que probablemente se abstuviese de curiosear más allá de la entrada. Pero si era un guardia, tenía la obligación de investigar por qué la puerta del bloque estaba abierta.

Nos apretamos contra la pared de la celda y entorné la puerta. Unos pasos se acercaron por el corredor. Noté a mi lado la respiración trabajosa y ronca del Dedos, a punto de sufrir un infarto. Le puse la mano en el pecho para contenerlo. El ruido de los zapatos seguía acercándose, debía de estar ya a seis o siete celdas de distancia. Palpé la porra. Pensé que una opción sería noquear al intruso sin dejarle tiempo para ver quién había sido, aunque aquello sería peligroso. Si no lo

dejaba sin sentido enseguida y me reconocía, entonces tendría un problema aún mayor. Abrí el botón que sujetaba el arma al cinturón y la extraje muy despacio. La agarré con las dos manos y me coloqué en posición de bateo. Los pasos siguieron unos metros más, pero entonces se detuvieron. No tenía idea de dónde estaría aquel hombre, ni si habría visto medio abierta la puerta de la celda o no. Las manos me sudaban y respiraba por la boca para amortiguar el ruido del aire al entrar en mi organismo. Floyd me miró y señaló la porra. Quería que atacase ya a aquel tipo, antes de que este pudiese descubrirnos. Pero aguanté un poco más. Solo unos segundos más, me dije.

Los pasos volvieron a escucharse, aunque esta vez alejándose de donde nos encontrábamos. Me asomé y vi a un guardia caminando de espaldas a mí hacia la puerta del bloque. Salió y cerró con llave. Nunca supe por qué entró, por qué renunció a examinar toda la galería y por qué finalmente se marchó sin hacer más averiguaciones. Tal vez nos viese entrar o tal vez no. El caso es que volvimos a quedar en el bloque a solas Floyd y yo. El Dedos se sentó en la cama y se secó con la manga el sudor que le chorreaba por la frente.

-Por Dios, agente Madison, termine de una vez.

Recogí la carta del camastro y empecé a leerla. En ella el abogado decía que había entregado a la hermana de Sanders la caja con las pertenencias personales del recluso. También había supervisado la venta de la casa que Sanders tenía en Santa Teresa, pero que el precio obtenido apenas llegaba para cubrir la deuda hipotecaria que pesaba sobre la propiedad. Finalmente llegué al párrafo que me interesaba:

Respecto al objeto que me entregaste para que me cobrase de él mis honorarios, lamento decirte que no me ha sido posible venderlo. Tuve una conversación con la persona de la que te hablé y me aseguró que es imposible encontrar un comprador para semejante mercancía sin declarar antes su procedencia.

Agarré del pescuezo a Floyd.

-Mira esto -le dije poniéndole el papel en las narices-. ¿Lo ves?

-Sí, sí.

-¿Dónde pone aquí que se trate de un cuadro?

-¿Un cuadro?

-Sí. Me dijiste que Sanders había dado a su abogado un cuadro. Un cuadro, ¿recuerdas?

El Dedos se agitó histérico entre mis brazos.

-Entendí que era algo así -dijo titubeante-, un cuadro, una obra de arte. No sé, no queda claro.

Di un pescozón al Dedos y le entregué la carta para que volviese a dejarla en el armario de Sanders. Salí de la celda y fui al cubículo de los guardias para cerrar cuando Floyd hubiese terminado. Antes de salir del bloque comprobé que no había ninguna presencia sospechosa en los alrededores.

El resto de las horas hasta terminar mi turno pasaron lentas como una interminable manada de vacas, mientras en mi mente resonaba con fuerza la alarma que me anunciaba la llegada del tiempo largamente esperado.

Aquella tarde, cuando regresé a casa, llamé a Joe para hacerle una confesión.

-¿Estás seguro de que es ese el nombre del abogado? -Joe señaló con el dedo una placa dorada que anunciaba el despacho en la fachada del edificio.

-Sí -confirmé-. Lo memoricé en la carta.

Joe dio un par de pasos atrás para acaparar con la vista todo el edificio.

-Vayamos a la bolera -dijo-. Mi amigo estará al caer.

Subimos al Ford Granada de Joe y llegamos a la bolera Montrose de la avenida Honolulu, en el norte de la ciudad junto a la interestatal 210. Estacionamos a unos metros de la entrada y caminamos bajo el sol de la tarde y las ondeantes banderas estadounidenses que bordeaban ambos lados de la calle. El amigo de Joe nos estaba esperando sentado en la barra del bar, con un llamativo par de zapatos de color crema para jugar a los bolos colocados en el taburete de al lado. Al vernos llegar, pidió dos cervezas al camarero.

-¿De qué va esto? -preguntó a Joe sin saludar.

-Necesitamos información sobre el abogado que te indiqué -dijo mi compañero.

-¿Para qué?

-Para convencerle de que nos cuente algunas cosas.

El tipo se limpió la espuma que le había quedado en el labio superior y se fijó en mí. Yo sabía que nunca había sido santo de su devoción, pero allí no estaba yo solo.

-Bueno, no perdamos más el tiempo. ¿Has podido averiguar algo sobre él? -preguntó Joe.

-Sí. Quiere dejar de ser abogado.

-¿Qué quieres decir?

-Hace poco presentó una solicitud para entrar a trabajar en la oficina del fiscal, y creo que lo han aceptado. Por lo visto hay aún papeleo pendiente, y el tío está deseoso de incorporarse.

-¿Nada más? Ya te dije que necesitamos algo con lo que poder presionarle.

El amigo de Joe se llevó la mano a la chaqueta y sacó un sobre doblado por la mitad.

-Mira lo que me ha dado uno de mis amigos de la fiscalía -dijo tendiendo el papel a Joe-. Quizás esto te ayude.

Mi compañero leyó el contenido del sobre para sí. Traté de mirar por encima de su hombro eludiendo los inquisidores ojos de su amigo, que no dejaban de escrutar-me.

-Esto es justo lo que necesitamos -dijo pasándome el papel.

Joe llamó al camarero y pagó las bebidas. Dimos las gracias a aquel hombre, quien las recibió en silencio acariciando el cuero suave de sus zapatos color crema.

Regresamos al edificio donde tenía su despacho el abogado de Sanders. En el vestíbulo había un portero vestido de almirante que hizo amago de preguntarnos adónde íbamos, pero nosotros pasamos de largo hacia los ascensores. Subimos al cuarto piso y llamamos al timbre.

Vino a abrir un hombre en mangas de camisa sin corbata pero con tirantes y que en los brazos llevaba una pesada caja de cartón.

-¿Son ustedes los de la mudanza? -nos preguntó.

-No. ¿Y es usted el abogado?

-Sí.

-Pues venimos a verle a usted.

El abogado dejó la caja en el suelo y abrió la puerta de par en par. Al pasar me fijé en un pesado anillo dorado que lucía en su peludo dedo meñique.

-Estamos de mudanza -dijo-. Dejo el despacho. Si necesitan asistencia legal puedo recomendarles a un colega que...

Joe no prestó atención al abogado. Pasó entre los bultos que se amontonaban en el pasillo y

entró en el despacho principal. Cuando nos reunimos con él, mi compañero encendió un cigarrillo sin pedir permiso. Yo cerré la puerta.

-¿Qué quieren? -La voz del abogado traslució una creciente preocupación.

Joe tiró al suelo unas carpetas que había sobre una butaca y se sentó. Yo solicité al abogado que ocupase su sillón. Él se abotonó la camisa Lacoste y siguió mi indicación.

-Necesitamos cierta información sobre un cliente suyo, Ralph Sanders -dijo Joe.

-¿Sanders? Está cumpliendo condena en la prisión federal de Oldstock.

-Exacto.

El abogado cruzó las manos sobre la mesa y adoptó esa típica pose de leguleyo que tanto odio.

-No puedo proporcionarles información confidencial sobre mi cliente, la ley...

-Ralph Sanders está sin un dólar -le interrumpió Joe-. En realidad lleva sin dinero desde hace muchos años. Hemos venido a preguntarle cómo pudo pagarle a usted sus honorarios.

El abogado se reclinó en el sillón.

-¿Quiénes son ustedes?

-No creo que esa sea la respuesta a mi pregunta. -El tono de Joe no admitía réplicas.

-Pues entonces creo que voy a llamar a la policía.

-Hágalo. Les encantará saber que cobra sus honorarios con objetos robados.

Las mejillas del abogado se acalararon con el rojo de los culpables, pero trató de mantener la compostura al descolgar el auricular.

-Eso es mentira.

Empezó a marcar el número de la policía, y en aquel momento perdí la paciencia.

-Dale la carta -dije a Joe mientras pulsaba la clavija que cortaba la comunicación.

El abogado me miró confuso. Joe sacó del bolsillo de su chaqueta el papel que nos habían entregado en la bolera y me lo pasó a mí. Yo se lo dejé al abogado encima de la mesa.

El tipo soltó el teléfono y leyó aquella carta de la oficina del fiscal en la que se cancelaba su contratación después de haberse verificado una mala praxis profesional. Debió de fijarse en el membrete, el lenguaje oficial, el sello auténtico de la fiscalía y la firma nerviosa e ilegible que exterminaba su sueño profesional, el destino que ya acariciaba con la yema de los dedos.

-El contenido de esa carta solo lo conoce nuestro amigo funcionario de la oficina del fiscal que la ha escrito y nosotros dos -dijo Joe-. Si usted colabora, romperemos la carta y nunca nadie sabrá nada. En unos días podrá entrar a trabajar en la oficina del fiscal y empezar a poner culos en la cárcel.

El abogado se puso pálido. Me devolvió la carta y habló con una voz espasmódica.

-¿Qué... quieren saber?

-Cómo le pagó Sanders -dijo Joe.

-No me ha pagado.

-Sabemos que sí.

-Tengo la minuta sin cobrar, se la enseñaré.

Me volví a enervar.

-Saque de una vez el puto collar -dije apoyando mi brazo en el respaldo de su sillón.

El abogado se dio cuenta entonces de que no éramos unos cualesquiera ni habíamos ido allí a

descubrir nada que no supiésemos ya. El tipo se puso en pie y fue a un aparador situado junto a la ventana. Sacó una llave del bolsillo del pantalón y abrió uno de los cajones. Extrajo una funda de terciopelo negro y se la entregó a Joe. Mi compañero se puso el cigarrillo en los labios, deshizo el envoltorio y echó un vistazo al interior. Después sacó el collar y lo extendió entre sus dedos frente a mí.

-¿Es este? -me preguntó.

Reconocí al instante la cadena plateada, el colgante con forma de corona y la joya azulada incrustada en su interior. Mis pupilas se abrieron de par en par para dejar pasar por ellas todo el pasado que se filtraba a través de aquella piedra.

-Sí, es este.

Joe se levantó de la butaca y tiró al suelo la colilla. Se guardó el collar en el bolsillo y recogió del escritorio la carta de la oficina del fiscal.

-Bienvenido a su nuevo puesto -dijo rompiendo el papel en la cara del abogado.

Salimos del despacho y recogimos el Ford Granada para ir a casa de Joe. Al llegar me quedé un largo rato sentado en el sofá contemplando el collar mientras él hacía una llamada telefónica para explicar una historia que yo ya conocía. Cuando hubo terminado, se reunió conmigo.

-¿Y bien? -El tono impaciente de la pregunta quebró mi voz al pronunciarla.

Joe encendió un cigarrillo y se arrellanó cruzando las piernas.

-Necesitan algo más -dijo sin mirarme-, algo que excluya la posibilidad de una mera casualidad.

-¿Casualidad? ¿La misma piedra? ¿La misma corona? ¿El mismo colgante? -Me levanté de un salto para ponerme delante de Joe-. ¿Es que no sabes que «la casualidad es la excusa de los culpables»? Seguro que lo sabes, porque esa es la frase favorita de alguien que tú y yo conocemos muy bien.

A Joe aquellas palabras le resultaron familiares, pero no despertaron en él la reacción que yo esperaba.

-Además, no existen estas coincidencias en el tráfico de joyas -continué.

-¿Por qué lo dices?

-Porque este tipo de piezas rara vez cambian de manos en el mercado negro, son invendibles. Verás, al contrario de lo que la gente piensa, las piedras preciosas son un pésimo elemento de inversión. Los joyeros cargan unos márgenes enormes, y en realidad, ese diamante que has comprado por mil dólares, posiblemente al joyero no le costó ni quinientos. Eso significa que cuando pretendes vender la joya de segunda mano a alguien que quiere revenderla, difícilmente te pagará lo mismo que te costó a ti. ¿Me sigues?

Joe asintió con cierta confusión.

-Eso sucede con las joyas más mediocres, que son casi todas -continué-. Pero con las piedras realmente valiosas como esta, la situación es aún peor. Son conocidas en el mercado, y cuando salen a la venta inmediatamente llaman la atención, por lo que es imposible ocultar su procedencia. Por eso el abogado no pudo venderla.

-Tal vez lleves razón, Frank. Pero eso no demuestra que Sanders sea nuestro hombre.

-Maldita sea, ¡por supuesto que lo es! Ralph Sanders estaba allí y se llevó el collar. Fue él. Aquella fue su «experiencia traumática» en la que casi le pillan...

-No lo sabes.

-Lo sé. -La incredulidad de Joe me dolía como una punzada en el esternón-. Tiene el collar porque estaba allí y se lo llevó él. Sanders fue quien lo hizo. ¿Qué más pruebas os hacen falta? Solo él podía tenerlo, solo él podía saber...

Me detuve al escuchar mi propia voz. Saber, saber... «Saber» era lo importante. Lo único importante. Poseer el collar ciertamente podía deberse a un hecho fortuito, un accidente, algo casual explicable por el capricho del caso o de la suerte. Pero saber algo que nadie podía saber, conocer aquella historia, únicamente podía significar haberla vivido.

-Coge las llaves -dije con resolución-. Te daré ahora mismo la prueba que necesitas.

Joe resopló con fastidio.

-¿Adónde vamos, Frank?

-A Santa Teresa. Primero a mi casa. Tengo que recoger algo.

-¿Y después?

-A la escuela de submarinismo que hay en la playa de Half Moon.

Joe debió de recordar el lugar, aquella choza medio en ruinas con una tabla de surf en la fachada. La curiosidad pudo a su pereza y se levantó del sofá para recoger de la alcayata del vestíbulo las llaves del Ford Granada.

Fuimos en primer lugar a mi casa y después Joe condujo en silencio a la playa. Aparcó justo enfrente de la cabaña donde el letrero CURSOS DE SUBMARINISMO seguía dando una estrambótica bienvenida a los visitantes.

Fue como atravesar un túnel del tiempo. La misma atmósfera apestando a marihuana, el mismo cartel de Bob Marley, los mismos colgantes de espina de pescado. Tampoco Pete había cambiado nada. Seguía sentado en el suelo con las piernas dobladas como un jefe indio envuelto en una nube de marihuana.

-Hola, Pete -saludé-, ¿nos recuerdas?

El chico sacudió la cabeza para quitarse las greñas que le caían por la cara como churretes.

-Si venís a cobrar lo lleváis jodido -sonrió mostrando sus dientes ennegrecidos.

-En realidad queríamos ver tu coche, el Mustang Cobra II.

Pete dio una calada al canuto. Posiblemente en algún rincón de su deteriorada memoria se hubiese encendido la luz del recuerdo y nuestros rostros empezasen a llamar con fuerza a las paredes de su cerebro. Después de todo solo habían pasado tres años.

-El Mustang es historia -dijo-. No podía mantenerlo.

Joe negó con la cabeza. Compartí con él su opinión de lo estúpido que podía llegar a ser aquel hombre. En todo caso no había ido hasta allí para hablar de sus problemas financieros. Abrí a tirones un ventanuco de cristal enmohecido para dejar pasar a la cabaña algo de luz.

-Escucha, Pete -dije sentándome a su lado-. Te diré lo que haremos: yo te formularé tres preguntas, y por cada respuesta correcta te daré cincuenta pavos.

Agité los tres billetes delante de la cara de Pete y sus ojos se iluminaron como si hubiesen entrado en contacto trascendente con la mayor divinidad de los drogatas. Joe permaneció en un segundo plano atento a la escena.

-¿Estás preparado, Pete? -pregunté.

-Sí.

-Bien, seguramente recuerdas cuando compraste el Mustang, ¿verdad? Era muy bonito, de color azul celeste. Pues ahí va la primera pregunta: alguien te prestó el dinero para que lo

compras. ¿Quién fue?

Pete sonrió satisfecho viéndose propietario de los primeros cincuenta dólares.

-Pedí un préstamo al banco.

-¿A qué banco?

-Al West Savings.

-¿A qué oficina del West Savings? -insistí.

-A la de aquí, la de Santa Teresa.

Me volví a Joe, quien seguía impasible. Apenas noté cómo Pete arrancaba de mi mano uno de los billetes.

-Hazme la segunda pregunta.

Saqué del bolsillo de mi chaqueta un trozo de papel que había traído de casa.

-De acuerdo, Pete. Quiero que mires bien esta fotografía, es un recorte de periódico. -Se lo mostré-. Examínala con atención.

Pete entornó los ojos para concentrarse en el rostro sonriente que mostraba la imagen.

-¿Es este el hombre que te atendió en el West Savings de Santa Teresa cuando fuiste a pedir el préstamo?

El chico pareció confuso. Tomó la fotografía en sus propias manos y se la acercó aún más a los ojos.

-No, no es él.

Joe dio un paso hacia mí, extrañado. Recogí la imagen que había enseñado a Pete y se la mostré: era un retrato del gobernador Jerry Brown. Saqué otra foto del bolsillo de mi chaqueta.

-Entonces, ¿era este otro?

Pete se concentró nuevamente.

-Sí, sí. Este sí. Estoy seguro. Ese es el tío que me atendió en el banco.

Mostré a Joe el papel: Pete había reconocido la fotografía carcelaria de Ralph Sanders. Le di al chico el segundo billete de cincuenta dólares.

-Bueno, amigo -dije-. Ahora viene la pregunta más importante. Quiero que sepas que no te pasará nada si nos dices la verdad, sea lo que sea. ¿Entiendes? Solo te pido que nos digas la verdad.

Pete asintió. El humo del cigarrillo de marihuana le subía desde los dedos a la barbilla, rompiéndose allí como una ola en el mar. Traté de vocalizar lo máximo que pude para que mis palabras llegasen nítidas a su sesera.

-Cuando hablaste con este hombre y le pediste el crédito para el Mustang, ¿le contaste cómo pensabas pagar el préstamo? ¿Le dijiste de dónde sacarías el dinero para devolverlo?

El monitor de submarinismo se pasó la lengua por los labios. Tardó unos segundos en responder, no sé si porque hacía memoria o por si sopesaba las consecuencias de su respuesta. Joe se acercó hasta ponerse casi a mi altura.

-Sí. Le dije que iba a necesitar el dinero solo unos días. Y le conté todo. Le expliqué que iba a cobrar un dinero, por qué lo iba a cobrar y quién lo iba a pagar. Todo.

-¿Por qué lo hiciste? -preguntó Joe-. Sabías que no debías hacerlo. ¡Te lo advertimos, gilipollas!

Pete se encogió de hombros.

-A vosotros os vi después -balbuceó-. Además, si no se lo hubiese contado, él no me habría concedido el préstamo.

-¡Imbécil! ¿No podías esperar un par de días? ¿Tenías que comprarte el puto coche inmediatamente?

Agarré del brazo a Joe para tratar de calmarlo. Su mirada se cruzó con la mía. Debía de estar pensando lo mismo que yo: aquella era la prueba definitiva de que Ralph Sanders conocía el secreto, y eso ya no era una casualidad. Joe asintió imperceptiblemente mientras hacía una extraña mueca para morderse la parte interna de la cara.

Di el tercer billete a Pete y salimos de allí.

Aquella noche Joe volvió a llamar por teléfono y supe que por fin mi condena había terminado.

A la mañana siguiente fui a Oldstock por última vez. Entré en el vestuario, me cambié, pasé el cacheo y esperé a que la sargento me asignase un destino, la cocina. Me llevé una bronca por no llevar bien limpios los zapatos, pero a esas alturas ya todo me era indiferente. Aquel día había acudido a la prisión a hablar con tres personas, y cuando terminase de hacerlo con la última ya nada me retendría en aquella maldita cárcel.

Antes de que se abriesen las puertas de las celdas para ir al trabajo, abandoné mi puesto y me dirigí al bloque donde se alojaba Floyd *el Dedos*. Pregunté por él a mi colega de turno en aquel lugar y me enteré de que estaba castigado sin salir ese día por haberse emborrachado la noche anterior con *hootch* y desobedecido una orden directa (dejar de cantar). Esperé a que saliesen de la galería el resto de los reclusos y después me acerqué a su celda. Cuando me vio, el Dedos se levantó del camastro y vino a la puerta.

-Dedos, hoy es mi último día aquí, en Oldstock.

-Lamento oírlo, agente Madison -dijo con una voz resacosa.

El tipo mentía fatal. Percibí en sus ojos el brillo de satisfacción de quien cree que se ha librado de un peso importante.

-Vengo a proponerte un trato -dije-. Aunque en realidad, no es una propuesta. Más bien voy a informarte de lo que vamos a hacer.

El brillo de los ojos de Floyd desapareció de repente.

-¿De qué se trata, agente Madison?

-Vas a incluir en tu lista de visitas y de llamadas telefónicas a un amigo mío llamado Joe. De vez en cuando Joe vendrá a verte y te dará determinados mensajes que tendrás que pasar a Ralph Sanders de manera rápida y precisa. ¿Has entendido?

-Sí, creo que sí. ¿Y obtengo yo algo a cambio?

-Si cumples tu parte del trato en secreto, tendrás tu premio.

-¿Qué premio, agente Madison?

-Uno que ya estás disfrutando ahora mismo. Se llama «tiempo con vida». -Acerqué mi rostro al Dedos para hablarle al oído-. Porque si descubro que intentas joderme, informaré a determinados reclusos de que las condenas extra que les cayeron estando ellos aquí dentro se debieron a que un puto chivato les leyó el correo legal e informó a la fiscalía. Yo me largo de aquí y ya todo me da igual.

Floyd tragó saliva. Al hacerlo, su nuez recorrió con paso inseguro la garganta reseca. Si yo cumplía mi amenaza su vida dentro de Oldstock no valdría un céntimo.

Me despedí de él llevando mi índice a la sien y salí al patio. Allí fuera no me costó dar con Ralph Sanders, mi segunda visita del día. Estaba ayudando a otros dos presos a barrer las inmediaciones del parterre que decoraba un extremo del recinto. Lo llamé para que se acercase sin tomar las habituales precauciones para evitar las suspicacias de los otros reclusos.

-Me han notificado hoy que me trasladan de prisión -dije.

-¿Cuándo se marcha, agente Madison?

-Hoy es mi último día.

No me costó proferir aquella mentira. Mis compañeros sabrían que esa historia no era cierta, pero nunca, en ningún caso, un guardia comenta con reclusos las confidencias de un compañero. No corría peligro de que Sanders descubriese la verdad.

-¿Cómo permaneceremos en contacto, agente Madison? Debemos evitar levantar sospechas... ¿Lo hará a través de otro guardia?

-No, al contrario. Nos transmitiremos mensajes a través de reclusos.

-¿Qué reclusos?

-Empezaremos con Floyd *el Dedos*, confío en él. -Miré alternativamente a izquierda y derecha para asegurarme de estar fuera del alcance de oídos curiosos-. Cuando se acerque la fecha de tu excarcelación, te daré instrucciones. Te diré adónde ir y cómo. Te entregaré tu parte del botín y a partir de entonces ya no tendremos que vernos nunca más. ¿Entendido?

-Perfectamente.

Aquello era el final. Pero al contrario que en otras circunstancias fuera de un centro penitenciario, no procedía ni un apretón de manos ni un abrazo fraternal. Me di la vuelta para marcharme.

-Gracias, agente Madison.

No esperaba escuchar nada más y tampoco lo deseaba. Pero oí aquello y me volví. Ralph Sanders se despedía de mí saludándome con la mano, en un gesto cordial, humano, extraño dentro de la prisión. Su sonrisa melancólica fue lo último que vi en aquel patio antes de que sonase el timbre que marcaba el regreso de los reclusos a los bloques.

Cuando llegó la hora de irme a casa me cambié en el vestuario y, ya de paisano, entré en el despacho del capitán para mi tercera visita. Le dije que dimitía en aquel preciso momento y que al día siguiente ya no volvería a Oldstock. Le entregué mi placa, la tarjeta del aparcamiento, la porra, las llaves de mi taquilla y el profundo asco por aquella maldita cárcel que había rumiado en mi interior durante tres años.

Salí del edificio de acceso a la prisión y fui al aparcamiento. Me propuse no mirar atrás, y no lo hice. Subí al coche y conduje fuera del recinto de la prisión federal. Tampoco miré por el espejo retrovisor para comprobar cómo aquella mole de rejas y hormigón empequeñecía al paso de los kilómetros. Hice como los reclusos que, como yo, salían de Oldstock una vez cumplida su condena.

Dejé la botella de Wild Turkey encima de la mesa y cerré el tapón con toda la fuerza de la que fui capaz. No debía beber más que aquellos dos vasos.

Paseé por el salón mirando ocasionalmente por la ventana que daba a la calle. Hacía más de media hora que Joe debía haber aparcado su Ford Granada frente a la entrada a mi jardín, pero seguía sin haber ni rastro de él.

Me dejé caer en el sillón y froté con fuerza mis sienes, consciente del paso que iba a dar para

pagar el precio de la justicia. La justicia que finalmente me había sacado de Oldstock y que ahora limpiaría la sangre de los inocentes.

No oí el coche. El timbre de la puerta me avisó de la llegada de Joe.

-Vamos, Frank. Está de acuerdo en recibirte.

Recorrimos sin hablar el mismo trayecto que hicimos juntos tres años antes. Y también, como entonces, al caer la tarde fuimos recibidos en un balancín junto a la piscina. Relaté la historia, sin interrupciones, completa, sin omitir nada y, como prueba, Joe sacó de su bolsillo el paño negro que contenía el collar de tanzanita. Me escucharon en silencio, mientras confesaba mis propias culpas, y aquello, mi culpabilidad, fue la mejor prueba que pude proporcionar. Mejor incluso que el collar.

Minutos después salí aliviado de aquel lugar en compañía de Joe. La justicia me había redimido a mí, pero como aquel hombre me dijo junto a la piscina, no había llegado a tiempo para los muertos. A ellos y a él mismo solo les quedaría la venganza, y para que esta pudiese desplegar su manto de redención aún tendrían que pasar unos cuantos años.

Pero yo me sentía aliviado porque, aunque así fuese, aunque tuviésemos que esperar un tiempo, en ese preciso momento supe por fin que aquel maldito día terminaría por llegar.

Los Ángeles, febrero de 1977

EL tipo de la coleta despidió a la clienta que había entrado a comprar unos candados, puso el cartel de CERRADO en la puerta de la ferretería y se dirigió a la trastienda, donde Ray y yo llevábamos un buen rato esperándole.

-Bueno, ¿qué? ¿Has terminado ya de ver las fotos? -preguntó a Ray-. ¿La reconoces?

Mi amigo le mostró una de las hojas plastificadas que había estado examinando.

-Esta es, sin duda -dijo señalando una de las fotografías.

El de la coleta se sentó en el taburete al otro lado de la mesa y se ajustó las gafas que llevaba colgadas del cuello. Tiró de una cadena formada por bolitas metálicas y encendió una bombilla que se puso a bailotear sobre su cabeza. Se acercó a los ojos la foto que le había señalado Ray.

-Así que esta es la caja fuerte que queréis abrir, ¿eh?

Ray asintió con la cabeza. El dueño de la ferretería observó durante unos segundos más la fotografía. Carraspeó para aclararse la garganta antes de hablar:

-Esta caja se puede abrir perforándola -dijo-. Tiene las clavijas dentro del eje, así que podéis abrirla con un mazo y un punzón. Mirad.

Se giró levemente para mostrarnos con el dedo índice las partes de la caja según iba hablando.

-Lo único que hay que hacer es apoyar el punzón contra el eje en este punto, este de aquí. Después golpeáis el disco con el martillo. Al estar las clavijas en el extremo del eje, al retroceder el cabezal por el golpe los dientes se rompen y se libera el bloqueo.

El de la coleta dejó la foto y miró a Ray por encima de los cristales.

-Lo único que tenéis que evitar es machacaros el dedo con el martillo.

Rio mostrándonos sus dientes, separados y hundidos en unas encías ennegrecidas.

-Todo eso está muy bien -dijo Ray-, pero con tu sistema haremos mucho ruido. ¿No hay otra forma más silenciosa?

-Si cubres la maza con un trapo no harás ruido.

-Pero el punzón entrará en contacto con la caja y sonará.

-No mucho. Lo importante es que atines con el punto exacto.

-Aun así, puede que...

Traté de poner fin a aquella discusión inútil.

-Maldita sea, no habrá nadie en la casa cuando entremos -dije-. Nadie oirá nada.

El empleado de la ferretería se quitó las gafas. Reparé entonces en lo profundo que tenía

acoplados los ojos en las cuencas, y lo enrojecidas que tenía estas. Me recordó uno de esos zombis mal maquillados de las películas de serie B.

-¿Tú no eres Frank Morcelli? -me preguntó mirándome con sus ojos acuosos-. ¿El hijo de Dick Morcelli?

-Sí. Pero ahora me llamo Frank Madison. Conviene que me llames así.

-En cierta ocasión trabajé con tu padre. ¿Le darás recuerdos de mi parte?

-No, no se los daré -dije-. Porque yo nunca he estado aquí.

El tipo no dijo nada. Di un golpe en el codo de Ray y se levantó. Salimos a la calle y vimos cómo el hombre de la coleta al otro lado de la puerta de cristal de la ferretería daba la vuelta al cartel de CERRADO. Fuimos a recoger la camioneta Ford F-150 de color rojo de mi amigo.

-Ese capullo me ha reconocido -dije con disgusto.

-Mejor. Así sabrá que con nosotros no se juega.

-Pues a mí no me parece que sea mejor. Quiero mantener a la Familia fuera de este asunto.

-Pero ¿por qué?

-Porque aún no soy miembro, y no están las cosas para ir metiendo la pata.

-No vamos a meter la pata, Frank. Tengo todo estudiado. Saldrá como la seda.

Ray giró la llave de contacto. El motor carraspeó y se puso en marcha a la segunda. Nos incorporamos al tráfico pastoso de la tarde angelina.

-¿Adónde te llevo, Frank?

-He quedado con mi padre. Ya tendría que estar allí, así que pisa el acelerador.

Ray aminoró al entrar en el aparcamiento de clientes del negocio de compraventa y taller de vehículos de mi padre. Sabiendo que ya llegaba a la cita con retraso, salté de la camioneta sin esperar a que esta se detuviese completamente.

Fui corriendo entre coches aparcados y entré jadeante en la recepción. La chica del mostrador me indicó con la cabeza que mi padre estaba en su despacho. Subí de dos en dos los escalones de la escalera y entré. El viejo estaba revisando unos papeles. Al verme entrar, echó un vistazo a su reloj y me fulminó con la mirada.

-¿Y tú quieres formar parte de la Familia, desgraciado?

Me apoyé pesadamente en la puerta.

-¿No sabes que llegar un minuto tarde es una falta de respeto? ¿Es que no lo sabes todavía?

-Lo siento.

-¿Que lo sientes? ¿Que lo sientes?

Mi padre se levantó de la butaca y tiró con fuerza los papeles sobre el escritorio. Ahora vendría la historia del tipo aquel que llegó tarde a una cita con el jefe de la Familia y lo encontraron al día siguiente flotando en el lago Echo Park. Me preparé mentalmente para escuchar por enésima vez la tragedia de aquel pobre infortunado. Sin embargo, el teléfono acudió en mi rescate. Sonó de un potente timbrazo y desvió la atención de mi padre durante unos minutos. Creí entender que era un cliente que quería saber cuándo podría pasarse a recoger un coche. Me senté en un confidente esperando pacientemente el fin de la conversación. Después de colgar, mi padre anotó unos datos en su libreta.

-Lo siento -dije antes de que el viejo pudiese retomar su reprimenda-. Venía con Ray y teníamos tiempo de sobra, pero hubo un corte de circulación en la 105 a la altura de la oficina del sheriff y llegué tarde. Fue un accidente.

-Con Ray... ¿sigues yendo por ahí con ese idiota?

-No es ningún idiota -protesté-. Su padre fue un héroe de guerra.

-Su padre seguramente lo fuese, pero él es un vago y un inútil. ¿O es que ya ha conseguido un trabajo?

Me encogí de hombros.

-Encadena uno detrás de otro -acerté a decir.

-Sí, eso es lo que suelen decir los que no tienen ni oficio ni beneficio.

Mi padre arrancó una hojita de su cuaderno de bolsillo y me alargó el papel.

-Anda, cambia el carburador del Chevy plateado que hay en la entrada. Aquí tienes el vale para los repuestos. Y cuando termines tengo otro par de trabajos para ti.

-Pensé que hoy iría contigo a ver a Rizzi -dije.

-Pensaste mal. Ahora, largo.

Bajé la escalera cabizbajo. Me puse el mono de trabajo y saqué las piezas del almacén con el vale de mi padre. Mientras cambiaba el carburador vi al viejo salir del negocio y reunirse con Mike Rizzi. Juntos subieron en el coche de mi padre y se perdieron rumbo quién sabe dónde. Abandonado como un perro callejero, me sequé el sudor de la frente y volví al carburador.

El año 1977 había empezado muy convulso en la Familia.

El gran jefe Dominic Brooklier acababa de salir de la cárcel, adonde había entrado en la primavera de 1975 a los sesenta y un años de edad después de declararse culpable de un delito de extorsión a un corredor de apuestas llamado Sam Farkas. Antes de entrar a cumplir la pena de veinte meses que le fue impuesta, Brooklier nombró un jefe provisional para dirigir la Familia mientras él estuviese entre rejas. Aquello era un caramelo envenenado, pues los sustitutos de los jefes que cumplen condena luego son vistos con recelo por estos cuando salen de la cárcel y no gozan de vidas largas. Pero aquel hombre fue listo, y solo asumió el encargo después de que Brooklier aceptara que a su lado estuviese en todo momento un conocido miembro de la Cosa Nostra llamado Jimmy Frattiano, a quien todos conocíamos como la Comadreja. Así, los suplentes de Brooklier serían dos: la Comadreja y aquel otro tipo.

Jimmy *la Comadreja* era un hombre peculiar. Tenía la misma edad que el gran jefe Brooklier, pero a diferencia de este no había conseguido llegar a un puesto honorífico dentro del crimen organizado. Iba dando tumbos entre Chicago, California y Las Vegas, y aquel encargo de sustituir a Brooklier fue lo más parecido a ejercer el poder que consiguió nunca. Durante toda su vida había participado en los típicos negocios de la Cosa Nostra, como el soborno, el robo, las apuestas ilegales y la extorsión, aunque su gran sueño fue siempre ser propietario de un casino. Lo intentó en varias ocasiones y fracasó siempre.

La Comadreja no me caía bien. En mi fuero interno siempre lo había visto como un mal oportunista, un perdedor. Aunque tal vez él se creyese un tío listo, y la decisión de que él actuase como ayudante para sustituir a Brooklier la viese como consecuencia de su sagacidad y experiencia. Pero si fue así, no tardó mucho en salir de su error.

Aparqué mi coche en el bulevar Winona, frente al Jumbo's Clown Room y apagué los faros. Debían ser las doce y media de la noche, y Ray no tardaría en aparecer. Saqué de la guantera el *Playboy* y con ayuda de una linterna de bolsillo que sujeté con la boca leí un reportaje de un poli retirado que había abierto en su casa un bar de copas para maricas.

Antes de terminar la historia me sobresaltó el ruido de unos nudillos en la ventanilla del

copiloto. La portezuela se abrió sin esperar respuesta y un hombre vestido con el uniforme de patrullero de la policía de Los Ángeles se introdujo en el interior. Era Ray.

-Joder, tío. No me acostumbro a ese uniforme que llevas -dije tirando la revista al asiento de atrás.

Ray rio a carcajadas.

-Venga, arranca -dijo-. Ya he terminado mi turno.

Me incorporé a la circulación y giré por Hollywood hacia el parque Barnsdall. Conduje en silencio unos minutos mientras Ray se aflojaba la corbata.

-¿Vamos a casa de tu jefe? -pregunté.

-Sí, hoy han ganado los Lakers. Baja por Hoover.

Al cabo de unos veinte minutos llegamos a Pasadena y paramos delante de una vivienda unifamiliar de dos alturas rodeada por una valla de madera blanca. A ambos lados había dos casas de similares dimensiones, una de ellas aún con los adornos navideños colgando del tejado. Aparqué a unos metros de la entrada de gravilla que se abría paso entre el césped.

-Parece que no hay nadie -dije.

-No veo el coche de él, pero la mujer tiene que estar arriba durmiendo.

Salimos del vehículo y paseamos distraídamente alrededor de la propiedad. Me fijé en la caseta de perro que estaba unos metros delante de la entrada de la casa.

-¿Dónde está el chucho?

-Por la noche lo cierran en el patio de atrás -aclaró Ray-. Si quieres verlo damos la vuelta, pero convendría que no te oliese.

-No tengo ningún interés en verlo. Además, ¿no me habías dicho que yo iba a entrar por la puerta de la cocina que da al patio de atrás? ¿Cómo voy a hacerlo si dejan allí al perro por la noche?

-El perro no te hará nada. Lo dormirás antes de entrar.

-¿Cómo?

-Con Valium. Hablé con un veterinario y me dijo que la dosis para dormir a un perro es de dos miligramos por kilo. El chucho debe de pesar unos veinticinco kilos, así que diez pastillas bien trituradas y mezcladas con carne picada harán el trabajo. No tardarán más de veinte minutos en hacer efecto.

-¿Y si el perro no tiene hambre? -pregunté.

Ray sonrió, pero no dijo nada. Volvimos al coche y arranqué el motor. Paramos en un *dinner* situado a un par de manzanas de la casa de Ray. Nos sentamos en una mesa apartada del resto de los clientes: varios universitarios que volvían de una fiesta, un portero de noche y un par de barrenderos. Para entonces Ray ya se había puesto la camiseta blanca y el jersey de cuello alto que le llevaba yo en el coche. Pedimos dos perritos calientes con cebolla frita y un par de cervezas.

-Cuéntame algo más sobre ese tío -le pedí cuando hubo llegado la comida-. Tu jefe.

Ray embadurnó la salchicha con mostaza y mordió casi la mitad. Habló con la boca llena:

-¿Qué quieres saber?

-¿Qué trabajo haces para él exactamente?

-Bueno -Ray se limpió con la servilleta y bebió un trago de cerveza-, soy su chófer o su recadero, no sé. Al muy imbécil le retiraron el carné de conducir hace unas semanas por ir

borracho, así que yo lo llevo de aquí para allá.

-¿Y a qué se dedica?

-A nada.

-¿No me dijiste que tenía una empresa de limpieza?

-La empresa es de su mujer. Ella tiene mucha pasta, es rica de familia. Él solo trabajaba ahí de gerente, pero ya no. Después de eso se metió en varios negocios que le fueron mal, y su mujer tuvo que poner pasta para pagar sus deudas. Pero ahora parece que encontró algo serio.

-¿Sabes de qué se trata?

-No. Lo único que sé es que hace unos días lo acompañé a comprar la caja fuerte porque espera recibir una cantidad muy importante de dinero que debe guardar en su casa durante unos días. Y nosotros aprovecharemos ese momento para entrar y llevarnos la pasta.

Terminé con el perrito y pedí un café a la camarera.

-¿Cómo lo haremos? -pregunté cuando la chica se hubo marchado.

-Yo me cogeré ese día libre y me largaré de la ciudad, y tú entrarás por la noche en la casa con una llave que yo te daré.

-¿En qué habitación está la caja fuerte?

-En el salón, debajo de un cuadro. Es una caja portátil. No tendrás ningún problema en manipularla como nos dijo el tío de la ferretería.

Llegó el café y le eché un sobrecito de azúcar. Mientras lo removía con la cucharilla, el plan de Ray revoloteaba en mi cabeza como una bailarina balinesa.

-Lo que no entiendo es por qué quieres estar ese día fuera de Los Ángeles -dije.

-¿Me tomas el pelo? Para que no se sospeche de mí, naturalmente.

-No seas idiota, Ray. Serás el sospechoso número uno del robo. Aunque no hayas dado tú el golpe, aunque estés a cien kilómetros de distancia. Aunque tengas una docena de testigos. Antes o después descubrirán que tú estabas involucrado.

Ray se recostó en el respaldo del asiento y apoyó su brazo en la silla de al lado.

-Bueno, ¿y qué? -dijo sonriente-. Seguramente para entonces ya estaré lejos.

Aquel comentario no me tranquilizó lo más mínimo, y Ray debió de percibir mi inquietud.

-Oye, Frank -dijo inclinándose hacia delante-, no habrá ningún problema. Cogeremos la pasta y asunto concluido. Mi jefe es un tío legal, no es ningún matón. Pedirá a su mujer la pasta para cubrir las pérdidas y dejará los negocios sucios. Esto le servirá de lección. En el fondo le haremos un favor.

Dejé un par de billetes sobre la mesa y me levanté. Ray me siguió hasta el coche.

-¿Sabes cuándo recibirá el dinero? -pregunté.

-Aún no. Pero cuando lo haga me enteraré.

Abrí el coche y me senté en el asiento del conductor. Bajé la ventanilla para despedirme de Ray.

-¿Nos vemos mañana por la noche? -le pregunté.

-No, Frank. Mañana he quedado con Dorothy. Ya te llamaré.

Aparte de Ray, mi otro gran amigo se llamaba Thomas Ricciardi, y aquel día Thomas llevaba cuarenta y cinco minutos hablando sin parar. Yo le apreciaba mucho, pero cuando estás concentrado tratando de reparar la calefacción de un Toyota lo último que necesitas es la

cantinelas interminables de alguien que no deja quieta la lengua ni para tomar aire.

-Y entonces Bomp lo soltó -dijo Thomas.

-¿Quién?

-Bomp. Bompensiero, Frank Bompensiero.

-Ah, sí. Bomp.

-Joder, el tío pronunció aquellas palabras, una a una. Textual. ¿Me sigues?

Me incorporé y me limpié las manos con un trapo que colgaba del bolsillo del mono.

-Sí, Thomas. Te sigo.

Ricciardi hizo un gesto de extrañeza con las manos.

-¿Y...? Quiero decir, ¿no te parece tremendo? Joder, Frank, Bompensiero dijo que sin Brooklier estábamos mejor. ¡Sin el gran jefe! Y lo oímos todos. Estábamos todos allí: la Comadreja, Mike Rizzi... ¡Estábamos todos!

No dije nada. Me acerqué a la máquina expendedora de refrescos que mi padre había instalado en el taller y saqué una Pepsi. La abrí y le di un buen trago.

-¿Y es verdad? -pregunté-. ¿Es verdad que la Familia estaba mejor antes de que Brooklier saliese de la cárcel?

Thomas me miró como si tuviese delante a un fantasma.

-¿Cómo que...? Y... ¿y qué demonios importa eso? Lo que dijo Bompensiero es un insulto. Un desprecio al jefe.

Mi amigo se bajó del asiento del conductor del Lincoln donde estaba sentado y vino hacia mí. Me agarró con fuerza por el antebrazo.

-Frank, el respeto -dijo en un susurro-. El respeto al jefe es la base de todo.

Me zafé de su mano y di otro trago a la Pepsi.

-Bompensiero lleva en la Familia desde antes de que tú y yo nacióéramos -dije-. Si dijo eso de Brooklier, tendrá alguna razón.

Thomas negó con la cabeza.

-Bomp es un idiota. Se pensó que el gran jefe encadenaría una condena detrás de otra y que nunca saldría de la cárcel. Pero ya ves. Ha salido y no ha tardado ni una hora en recuperar el mando de la Familia. Y ahora ¿qué? ¿Qué crees que ocurrirá con Bomp?

-No ocurrirá nada con Bomp -aseguré mientras entraba al baño para lavarme las manos-. Tiene muchos amigos, aquí y en otras ciudades. Hará las paces con Brooklier y asunto concluido. Todo volverá a su cauce en unos días.

Salí del aseo secándome las manos. Thomas me esperaba apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados. Le tiré la toalla a la cara.

-Ya he terminado con ese cacharro -dije-. Vamos a echar una partida de bolos.

-Buena idea.

Entré en el vestuario seguido por mi amigo. Me quité el mono y lo dejé colgado en una percha junto al de los empleados de mi padre.

-¿Te gusta trabajar de mecánico, Frank? -me preguntó Thomas.

-En absoluto. Pero le he prometido a mi padre que aguantaría hasta el verano. Después ya veríamos.

-¿Sigue él enfadado contigo?

-No... bueno, no lo sé. Se había hecho ilusiones con que terminase la carrera, y verme trabajando de abogado. Pero ya le dije hace tiempo que eso no era lo mío.

Me até los cordones de las botas y subí la cremallera de la chaqueta de cuero.

-Supongo que acabará aceptándolo -concluí-. Después de todo no es fácil hacer carrera de abogado siendo hijo de quien eres.

-Bueno, tu padre hace mucho tiempo que no tiene problemas legales. Y mira qué negocio tan fantástico ha conseguido abrir.

-Mi padre sigue siendo miembro de la Familia y lo será hasta que se muera. ¿Crees que el FBI no lo sabe?

-Ya, pero...

Pasé el brazo por el hombro de Thomas para atajar la discusión.

-Venga, iremos en tu coche -dije.

Fuimos juntos hacia la salida del taller, pero antes de llegar, oí a mi padre que me llamaba a gritos desde la entreplanta. Miré hacia arriba y lo vi apoyado en la barandilla.

-Frank, tienes que llevar el coche a Rizzi. Lo necesita ahora.

Eché un vistazo al Plymouth del 74 que un empleado de mi padre acababa de reparar y me entró una pereza tremenda.

-Está sin lavar -dije tratando de encontrar una excusa para eludir el encargo.

-Da igual.

Fui a decir algo, pero mi padre regresó a su oficina sin esperar respuesta. Refunfuñé por lo bajo, pero subí al coche. Tenía las llaves puestas.

-Vamos -dije a Thomas-. Iremos juntos en el coche de Rizzi y cogeremos un taxi para ir a la bolera.

Mi amigo subió al asiento del copiloto. Noté que estaba eufórico. Arranqué y salimos en dirección a la casa de Rizzi.

-Joder, Frank. Este es el coche de Rizzi. ¡Tenemos nuestros culos en el famoso coche de Rizzi!

Asentí. El Plymouth de Rizzi se había hecho famoso unos meses antes debido a que en él se celebró la ceremonia de iniciación de Rizzi en la Familia. Existe un ritual antiquísimo que se lleva a cabo de manera escrupulosa cuando un nuevo miembro es admitido en la Cosa Nostra. Para hacerlo breve diré que se reúnen en una habitación los principales capos de la Familia con el jefe y el nuevo miembro y se pronuncian unas palabras. Luego se elige un padrino, se quema un papel y se extrae una gota de sangre del padrino y del nuevo admitido. Todo es muy formal y muy solemne.

Pero Rizzi fue admitido en la Familia en un momento especialmente delicado. El gran jefe Brooklier estaba en la cárcel y el FBI hostigaba sin descanso al crimen organizado. Así que no hubo más remedio que prescindir de las formas y simplificar la ceremonia de iniciación. La Comadreja, Bomp y no sé si algún otro hicieron una versión abreviada del ritual en el asiento de atrás del coche de Rizzi. El mismo vehículo que ahora yo conducía al domicilio de su propietario.

-¿Te imaginas ser admitido en la Familia en el puto asiento trasero de un coche? -continuó Thomas Ricciardi-. Aunque si lo piensas es una mierda...

-Mejor eso que nada.

-No jodas, Frank. Las tradiciones son importantes. A mí no me gustaría que me hiciesen eso. Cuando yo ingrese en la Familia querré que todo se haga como se tiene que hacer.

-Vamos -dije entre risas-. Ya te gustaría a ti que te hicieran miembro aunque fuese en el retrete de un avión.

Thomas Ricciardi rio, aunque yo sabía que mi broma no le había hecho mucha gracia. Para la gente como él, la Familia era el centro de su vida. La razón de ser de todo, el objeto de su pensamiento desde que se levantaban por la mañana hasta que se acostaban. Muchos como Thomas matarían por entrar en la Cosa Nostra y, de hecho, no pocos habían tenido que matar para conseguirlo.

-¿Sabes si Brooklier tiene intención de hacer más miembros? -pregunté tratando de ponerme serio.

-No creo que lo haga por ahora... al menos hasta que esté totalmente seguro de quién está de su lado. Además...

Thomas hizo una pausa. Le miré de reojo sin apartar la atención de la circulación.

-Además, ¿qué?

-Ya sabes... hay muchas detenciones, muchas condenas. El FBI tiene mucha suerte últimamente.

No hizo falta decir mucho más. En la Familia, la expresión «el FBI tiene mucha suerte» es un eufemismo que se utiliza para evitar decir que en la Familia hay algún chivato que está actuando como confidente para los federales. Pensar que hay chivatos es algo muy común. Todo el mundo lo ha sospechado alguna vez, en particular cuando algún miembro importante de la Cosa Nostra se sienta en el banquillo de los acusados. Cuando hay detenciones la culpa siempre es de algún delator. Los mafiosos nunca cometen errores porque los errores se castigan con la muerte. Culpar de las desgracias a chivatos anónimos ha salvado muchas vidas en la Familia.

Llegué a la casa de Rizzi. Toqué el claxon antes de entrar en la propiedad y aparcar su Plymouth delante del garaje. Cuando bajé del vehículo vi a Rizzi que nos saludaba con la mano desde una ventana. Estaba con otra persona. Posiblemente con la Comadreja.

Estaba anocheciendo, pero había la luz suficiente como para que pudiese ver cómo Ray se despedía de Dorothy Lomore. Aquello siempre se me hacía un poco pesado. Hablaban durante largo rato con las manos entrelazadas y se decían adiós con un rápido beso justo antes de que ella girase la esquina y entrase en el jardín de la casa de su padre.

Por fin, Ray subió a mi coche y arranqué el motor.

-¿Qué tal está Dorothy? -pregunté.

Ray no respondió. Miraba por la ventanilla, como ausente. Le di un cachete en el muslo con el dorso de la mano.

-Está bien -dijo al fin-. Ya ha presentado los papeles para entrar en la Universidad de Berkeley.

-¿Al final ha decidido ir a San Francisco?

-Sí.

-¿Y su padre le da permiso?

Ray me miró con cierto enojo.

-Su padre está encantado de que se marche de Los Ángeles.

Debí imaginármelo. El padre de Dorothy, Auguste Lomore, era un viejo conocido de mi

padre y del resto de capos de la Familia. Había heredado una empresa de pesca y conserva de pescado, y en los últimos años había aumentado considerablemente su fortuna gracias a un puñado de licencias que había obtenido en detrimento de otros competidores. Dorothy era su única hija, su ojito derecho. Lefore montó en cólera cuando se enteró de que ella salía con un individuo casi diez años mayor que ella y sin oficio conocido. Intentó de varias formas que su hija dejase a aquel muchacho, pero no lo consiguió. Aunque lo cierto es que tampoco quiso insistir demasiado hasta el punto de enfadar a su niña. Sabía que en unos meses ella iría a la universidad y aquello probablemente bastaría para que la pareja se disolviese como un terrón de azúcar en el café. Eso sería lo mejor para todos. Para Dorothy, que podría casarse con alguien de su nivel; para Ray, que podría ahorrarse una paliza; y para mí, que había sido quien los había presentado.

-Frank, necesito la pasta. No veo la hora de que mi jefe reciba el dinero para quitárselo.

-¿Y qué harás con tu parte?

-Seguiré a Dorothy. Me marcharé a San Francisco y abriré un negocio.

Negué con la cabeza. La facilidad con la que Ray se buscaba líos era inaudita, y en aquel mismo momento se me ocurrió una docena de razones por las que aquella idea era una estupidez. Pero no me apetecía discutir. Llegué a la puerta de su casa y detuve el motor. Mi amigo se volvió para hablarme en voz baja.

-Oye, Frank, vosotros... quiero decir, la Familia, trabajáis con el padre de Dorothy, con Auguste Lefore. ¿No?

Aquello me sacó de mis casillas.

-Mira -dije señalándole con el dedo-, en primer lugar, yo no pertenezco a la Familia.

Ray levantó las palmas de las manos tratando de calmarme, pero no le permití que me interrumpiera.

-Y en segundo lugar, los tratos que la Familia pueda tener con Lefore no son asunto mío. Y mucho menos, tuyo.

-Está bien, está bien -dijo mansamente-. Yo solo querría que alguien hablase bien de mí al padre de Dorothy y...

-Ray, por Dios. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que todo esto es absurdo? Auguste Lefore no querrá verte cerca de su hija ni aunque te recomiende el mismísimo gobernador.

Hice una pausa esperando que aquellas palabras encontrasen hueco en las duras entendederas de mi amigo. Pero Ray bajó del coche, lo rodeó y, antes de dirigirse a la puerta de su casa, me soltó desde el otro lado de la ventanilla:

-Serás el padrino de mi boda con Dorothy.

Arranqué el motor.

-No sabes con quién estás jugando -dije-. Lefore es un individuo muy peligroso.

-Yo lo soy más.

-Vas a conseguir que te maten, imbécil.

Ray me replicó algo, pero ya no quise oírle. Pegué un acelerón y lo dejé hablando solo en mitad de la calle frente a su casa.

Era sábado y Rizzi nos había invitado a mi amigo Thomas Ricciardi y a mí a comer a su casa para agradecernos haberle llevado el Plymouth reparado. Mientras la mujer de Rizzi terminaba de cocinar aprovechamos para lavar juntos el coche en el jardín. A pesar de ser febrero, hacía un

tiempo primaveral. Rizzi sacó la radio y estuvimos echando agua sobre el capó durante unos minutos al ritmo de Diana Ross.

Fue entonces, a través del arcoíris que dibujaron las gotas, cuando vi cómo llegaba a casa de Rizzi un hombre bajo, calvo, con gruesas gafas de pasta negra y una prominente panza. Llevaba un puro en la boca y vestía una camisa de lino blanca sin corbata y una chaqueta marrón. Lo reconocí al instante: Frank Bompensiero.

Rizzi se disculpó y entró en casa para recibir a su visita.

Thomas y yo nos quedamos mirando embobados durante unos instantes. Por lo menos yo hacía un par de años que no veía al famoso Bomp, lo cual no era raro, pues él vivía en San Diego y, por lo que yo sabía, no solía venir a menudo a Los Ángeles.

Thomas cerró el grifo del agua. Yo me sequé con una toalla y se la pasé a mi amigo.

-Ese era Bomp -dijo Thomas-. ¿Qué habrá venido a hacer aquí?

-No tengo ni idea.

Nos acercamos con disimulo a la ventana del salón para asomarnos. Allí estaban Rizzi y Bomp, sentados uno frente al otro hablando distendidamente. Se reían por algo, no sé de qué. La mujer de Rizzi entró con una bandeja y les sirvió dos cervezas.

Allí desparramado en el sofá, me pareció increíble que aquel viejo gordo de sesenta y siete años hubiese sido uno de los asesinos más despiadados de la historia de la Cosa Nostra. Por supuesto aquellas cosas no se sabían con certeza, pero en el mundo del hampa californiana se rumoreaba que Bomp había matado con sus propias manos a unas veinte personas. Tal vez fuesen menos, quince, o diez, o cinco. A mí cinco ya me parecía una monstruosidad. Y lo mejor de todo es que Bomp solo había entrado una vez en la cárcel, y no fue por asesinato, sino por traficar con licencias de alcohol. A mediados de los cincuenta para poder abrir un bar en California se necesitaba una licencia especial para servir licores, y la concesión de tales licencias estaba controlada por la Familia. Por lo visto Bomp ganó miles de dólares extorsionando a hosteleros y en una ocasión aceptó un cheque como pago por el soborno. Las autoridades rastrearon el cheque y llegaron hasta él. Le condenaron en 1955 y pasó unos años en prisión. Y eso fue todo. Desde entonces estaba limpio. Jamás había vuelto a tener ningún problema con la justicia.

Y ahí lo tenía yo ahora, justo enfrente de mí. Me fijé en la papada que se desparramaba sobre el cuello de la camisa, los hilachos de pelo rubio que peinaba alrededor de las orejas y sus manos. Unas manos suaves y relucientes que agarraban el vaso de cerveza. Me las imaginé sosteniendo la pequeña cuerda con la que dicen que Bomp estrangulaba a sus víctimas. Él las conocía a todas, pues eran miembros o asociados de la Familia. Así que no tenía ningún problema en aproximarse por la espalda y pasarles la soga alrededor del cuello como el que ayuda a su esposa a anudarse un pañuelo de seda. Con aquella presión sobre la arteria se detenía el flujo de sangre al cerebro y la víctima perdía la consciencia. Y Bomp seguía apretando hasta que el hombre dejaba de respirar.

Rizzi me vio asomado a la ventana y nos hizo una seña con la mano para que pasásemos. Thomas Ricciardi y yo dejamos la manguera y pasamos al interior de la casa. Al entrar al salón me apresuré a estrechar la mano a Bomp antes de que se levantara.

-Sentaos -nos dijo Rizzi-. Bomp va a hablar de algo.

Bompensiero dejó cuidadosamente el vaso de cerveza en la mesa baja que tenía frente a sí y sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón.

-¿Habéis estado alguna vez en el valle de San Fernando? -preguntó.

Me encogí de hombros. En mi vida me había dejado caer por allí.

-Creo que no, Bomp. ¿Por qué?

-Esto no es nuevo -empezó-, pero desde hace un tiempo está empujando fuerte una nueva industria que tiene su centro en ese lugar. Me refiero al cine para adultos.

Miré extrañado a Rizzi.

-¿Pornografía?

La relación de la Cosa Nostra con la pornografía es ambigua. Oficialmente la Familia no quiere saber nada de ella, porque la Familia es una organización de personas honorables que no consumen ese tipo de guarradas. Sin embargo, la pornografía, al igual que otras muchas actividades como por ejemplo el proxenetismo, tienen una característica que las hace idóneas para el mundo del hampa: cuando extorsionas a esos tipos, no hay riesgo de que vayan a la policía a denunciarte.

Bomp asintió con la cabeza mientras el humo de su puro dibujaba un extraño arabesco en el aire.

-Me han hablado de una empresa llamada Forex -dijo sin sacarse el cigarro de la boca-. La llevan dos hermanos que acaban de llegar al valle. Tienen buenas ideas y por lo visto van a ganar mucha pasta.

No era la primera vez que yo oía hablar de Forex. Alguna vez mi padre me había mencionado ese nombre para decirme simplemente que me mantuviese alejado de ese tema. Así, sin más explicaciones.

-Al principio pensamos que podríamos sacarles a esos hermanos una buena comisión -dijo Rizzi-, pero Bomp nos ha sugerido otra idea.

Como siempre se hablaba medio en clave, pero ni Thomas ni yo tuvimos problemas en entender aquello. Lo que Rizzi decía es que el plan original con Forex era la extorsión, es decir, exigirles una parte de los beneficios a cambio de tranquilidad para ejercer sus actividades. Eso la Familia lo llama «comisión». Bomp sonrió a mi amigo y le guiñó un ojo. Noté que Rizzi tenía los ojos clavados en mí.

-Los de Forex tienen un negocio realmente bueno -aclaró Bompensiero-, tan bueno que mi idea es olvidarnos de la comisión y asociarnos con ellos.

-¿Cómo sería eso, Bomp? -preguntó Thomas Ricciardi.

-A los de Forex les han propuesto comprar un cargamento de películas porno de México, material sin declarar pasado por la frontera clandestinamente. Esas películas son importantes, porque servirán para abrir el mercado de Forex. Lo que ocurre es que los hermanos no tienen dinero para pagar el envío. Los mexicanos quieren cobrar por adelantado, lógicamente.

-La idea de Bomp es darles el dinero para que paguen las películas -dijo Rizzi-. De esa manera nos metemos en el negocio con ellos.

Bomp bebió un trago de cerveza y se secó la gota que se le cayó a la pechera.

-¿Por qué no os pasáis hoy por San Fernando y habláis con los chicos de Forex? -propuso-. Que os expliquen ellos el negocio de primera mano y decidís si merece la pena.

-Desde luego, si queremos que el jefe Brooklier apruebe la operación tendremos que echar un vistazo antes -dijo Rizzi-. ¿Tú qué opinas, Frank?

-Parece una buena idea -dije con cautela.

Rizzi asintió suavemente con la cabeza, sin dejar de mirarme. Bomp terminó la cerveza de un solo trago y se levantó trabajosamente del sillón apoyándose en las dos manos.

-Bueno, chicos -dijo-, yo me vuelvo a San Diego. He dejado las señas de los hermanos de Forex a Rizzi. Si vais por allí me contáis.

Al pasar por su lado, Bomp dio una palmadita en la mejilla a Thomas. A mí me dio un beso. Al acercarse pude oler su aliento a puro. Me dijo algo así como que diese recuerdos a mi padre.

Mike Rizzi acompañó a Bomp a la puerta y regresó al cabo de un minuto. Me fijé en Thomas. Tenía la cara iluminada, como si le acabasen de dar un tratamiento facial. Se sentía como el niño al que sus padres por fin le dan permiso para ir a una fiesta.

-Rizzi, lo de Forex suena genial -dijo mi amigo-. ¿Cuándo vamos?

Rizzi sacó del bolsillo de la camisa un trozo de papel.

-Aquí tengo apuntada la dirección. Esta tarde nos pasaremos por allí.

Comimos con Rizzi y su mujer, y después de hacerlo Mike nos propuso salir en ese momento a encontrarnos con los tipos de San Fernando. Montamos los tres en el Plymouth y tomamos la I-101 al noroeste. Pasamos Hollywood Hills y antes de bajar, desde lo alto de la colina, el valle se desplegó ante nosotros como una sucesión de casas esparcidas sin orden en un mar de vegetación encerrada entre las montañas. Las construcciones se alternaban entre las ondulaciones de la tierra como serpentina caídas de una piñata.

Mike Rizzi entró por el bulevar Victory y giró a la derecha por Columbus. Se detuvo frente a un motel situado justo al lado de una farmacia. Serían las cuatro y media de la tarde.

Mike nos pidió que le siguiéramos. Pasamos los tres por delante del empleado de recepción sin saludar y subimos por las escaleras al primer piso. Nos detuvimos frente a una puerta y Rizzi llamó con los nudillos.

Abrió un individuo muy delgado de unos treinta años. Tenía el pelo muy negro, algo largo y peinado a raya. Detrás de él había otro hombre de pie junto a la ventana. Tendría su misma edad más o menos, llevaba unas gafas de cristal ahumado y fumaba nerviosamente.

-Somos los amigos de Bomp -dijo Rizzi.

El tipo que nos había abierto se pasó el dedo por la nariz y se echó a un lado permitiéndonos el acceso al interior. Al pasar por su lado me fijé en una fea cicatriz que tenía en el costado y que podía verse a través de la camisa beige que llevaba desabotonada.

Entramos los tres. La habitación parecía el cuarto de las basuras de un restaurante y olía de manera acorde. En el suelo pude ver algunos botellines de Pepsi, un par de cajas de pizza y varios cubiertos de plástico. Rizzi paseó por la habitación como si la registrase buscando algo. Thomas y yo quedamos detrás, fijándonos en todo lo que ocurría como alumnos que aprenden del maestro.

Mike salió del baño y solo entonces tomó la palabra:

-Bien, explicadnos qué demonios es eso de Forex.

El hombre de la camisa beige nos echó un vistazo rápido a nosotros tres antes de hablar.

-Vídeo doméstico -dijo al fin-. ¿Sabéis de qué va?

Rizzi se volvió para mirarme. Yo me encogí de hombros.

-Mirad.

El tipo se agachó y sacó de debajo de la cama una maleta de cuero, descorrió las cintas que la cerraban por las hebillas y la abrió. Dentro había un aparato de plástico parecido a una cámara de

televisión, pero mucho más pequeño.

-Esta es la cámara del HR-3300, la acabamos de traer de Japón -explicó llevándose el cacharro a los ojos. Fue pasándola ante nosotros como si nos estuviese grabando-. Con este chisme pueden hacerse películas caseras.

-Y luego, ¿cómo se ven? -preguntó Mike Rizzi.

-En la televisión de tu casa. Para ello solo necesitas un reproductor. No es muy grande, será como la mitad de esa maleta.

-Las películas se graban en una cinta -aclaró el de las gafas desde el otro lado de la habitación-. Sacas la cinta de la cámara, la metes en el reproductor, le das al *play* y se ve la película que has grabado.

-Guau -dijo Thomas Ricciardi-. Y eso ¿cuándo se podrá hacer en Estados Unidos?

El de la camisa beige dejó la cámara sobre la cama y sacó un paquete de tabaco del bolsillo del pantalón. Mientras lo hacía me acerqué a la cama y cogí la cámara. Pesaría algo más de un kilo. Puse el ojo en la mirilla y di una vuelta a mi alrededor. Thomas me levantó los dos pulgares.

-Este año saldrá el primer aparato de RCA -dijo mientras encendía un cigarrillo-. A partir de entonces la cosa irá rápida. Sacarán más modelos y para estas Navidades calculamos que ya habrá decenas de miles de reproductores en las casas.

Rizzi tiró al suelo un par de revistas que había en una silla y se sentó en ella.

-¿Y qué pensáis hacer con ese chisme? -preguntó.

-Pelis porno -dijo el de las gafas-. Con una cámara como esa puedes hacer una película en nada de tiempo y ahorrando montones de costes.

-Pero el gran negocio es la distribución -continuó su compañero-. Nuestra idea es olvidarnos de las salas de cine X y vender las cintas para que la gente las vea en sus casas con sus reproductores. Lo que haremos será llevar el cine porno al salón de su domicilio.

-Qué idea más cojonuda -dijo Thomas-. Con la de pajilleros que hay se venderán millones de cintas.

Dejé la cámara sobre la cama y al instante Thomas se abalanzó sobre ella para probarla.

-Pero supongo que la calidad de la grabación y la imagen no será la misma que la del cine -dije.

-¿Y qué más da? -replicó el de las gafas mientras retorció la colilla en un cenicero.

-La gente que ve una película porno lo único que quiere es masturbarse -aclaró el otro-. La mayoría deja de ver la película pasados quince o veinte minutos. Les importa un huevo si la calidad es un poco mejor o peor siempre y cuando se vea lo que se tiene que ver.

-Necesitaríamos ver una prueba de que eso funciona bien -dijo Rizzi desde atrás.

-Mañana traeremos un reproductor y lo conectaremos a esa tele -dijo el de la camisa beige señalando el aparato que había en una esquina de la habitación.

Rizzi asintió. Se levantó de la silla y nos hizo un gesto con la cabeza para que le acompañásemos a la salida. Antes de abrir la puerta, oímos la voz del hombre de la camisa beige.

-Un momento -dijo-. Cuando hablamos con vuestro amigo, el gordo...

-Bompensiero -aclaró el de las gafas.

-Eso... Bompensiero. Le hablamos de una remesa de cintas que queríamos comprar a unos mexicanos. Es porno duro, material clandestino, y no podemos pedir pasta al banco para pagarlo.

Rizzi soltó el pomo de la puerta y se volvió.

-¿Y bien?

-Pensábamos que vosotros querríais participar en el negocio...

-Ese cargamento nos puede ayudar mucho -dijo el de las gafas-. Cuando lo vendamos tendremos pasta para empezar a grabar y vender nuestras cintas y ganar dinero de verdad.

-¿Así que necesitáis financiación?

El de la camisa beige asintió con la cabeza.

-¿De cuánto dinero hablamos?

Los dos hombres de Forex se miraron durante unos instantes.

-Con diez mil pavos tendríamos suficiente.

Rizzi volvió a abrir la puerta de la habitación del motel.

-Hablaemos de ello mañana -dijo antes de salir.

Serían las once y veinte de la noche. El hombre desconocido salió del local de *striptease* tambaleándose y con el traje arrugado. Consiguió abrir la portezuela del coche después de forcejear con ella durante casi un minuto. Se sentó en el asiento del conductor, apoyó las manos en el volante y dejó caer la cabeza sobre ellas. Se mantuvo inmóvil unos instantes, tratando de estabilizar un ritmo constante de respiración. Entonces giró la llave y arrancó el motor. Dio marcha atrás con descuido y golpeó al coche de atrás. Metió la primera y en una maniobra muy torpe, por fin, consiguió salir.

Antes de que pudiese incorporarse a la circulación, Ray emergió de entre las sombras y con la linterna encendida le indicó que debía detenerse. El hombre vio a aquel policía haciéndole señas y se detuvo al instante. Ray se acercó al conductor, quien abrió la ventanilla con torpeza. Mientras mi amigo le cegaba con la luz de la linterna, yo me deslicé por detrás del coche para asistir secretamente a la escena.

-Señor, va usted a conducir sin las luces -dijo Ray.

El hombre echó un vistazo al cuadro de mandos y comprobó que era cierto.

-Iba a encenderlas ahora -dijo con la voz disonante, casi en falsete.

Ray siguió enfocándole con la linterna directamente a los ojos.

-¿Ha bebido usted? -preguntó.

El tipo titubeó.

-No... no mucho, quiero decir.

-Será mejor que salga del coche.

Ray apagó la linterna y echó un vistazo a su alrededor. Yo también lo hice. No se veía a nadie por los alrededores. El hombre abrió la portezuela y bajó del vehículo trabajosamente. Se apoyó en el coche con evidentes dificultades para mantenerse erguido.

-Creo que no está en condiciones de conducir, y debo formular una denuncia -dijo Ray-. Tendrá que acompañarme a comisaría.

Al escuchar aquello el hombre pareció recobrar algo sus facultades.

-¿Una denuncia? ¿A comisaría? Pero...

-Usted ha sido visto conduciendo en estado de ebriedad -le interrumpió Ray-. Ha puesto conscientemente en peligro al resto de las personas que circulan por la vía pública.

-Pero si no he recorrido ni medio metro...

-Por fortuna. -Ray sacó una libreta del bolsillo de la camisa-. Le tomaré los datos antes de acompañarle a comisaría. ¿Ha estado usted en ese club?

Ray señaló con el pulgar el local de *striptease* de donde había salido el borracho.

-Oiga, oiga, agente... No...

-Si no me lo dice puedo entrar y preguntárselo yo mismo al camarero.

-Está bien, sí, sí estuve allí. Pero, veré, yo estoy casado y no hay necesidad de...

-Debo recoger en la denuncia todos los hechos.

Ray empezó a apuntar algo en su libreta. El borracho pareció agitarse cada vez más.

-Oiga, agente... oiga. Por favor, deje de escribir un momento.

Ray resopló. Dejó el bolígrafo y prestó atención a aquel hombre.

-Veré, esta noche he salido a divertirme un rato. No soy ningún delincuente, sino un padre de familia.

-Eso debería haberlo pensado antes.

-Escuche, agente, tal vez si pagase una multa...

-Por supuesto que va a pagar una multa -dijo Ray.

-Quiero decir... pagando ahora la multa y evitando el papeleo y la denuncia...

El hombre pronunció aquellas últimas palabras con una voz pastosa que sonó a ofrecimiento. Ray se guardó el bolígrafo en el bolsillo.

-Serán ochenta dólares -dijo con cierta resignación.

El hombre se apresuró a sacar la cartera del bolsillo interior de su chaqueta y con dedos temblorosos rebuscó en su interior hasta sacar un fajo de billetes. Los contó atropelladamente hasta llegar al final.

-Solo llevo sesenta y siete dólares -dijo con desmayo ofreciendo el fajo a Ray.

Mi amigo echó un rápido vistazo a su alrededor y cogió el dinero. Lo hizo desaparecer en el bolsillo del pantalón en un visto y no visto.

-Está bien, hoy me ha pillado usted de buen humor. Suba al coche y conduzca con cuidado.

El tipo no dejó escapar ni un solo segundo, no fuese que aquel agente se lo pensase mejor. Se puso al volante y desapareció de nuestra vista en unos pocos segundos.

Ray me guiñó un ojo y se reunió conmigo. Sin decir una palabra montamos en mi coche. Arranqué y me dirigí a la casa de Ray.

-Sesenta y siete pavos -dijo mientras este se quitaba el disfraz de policía en el asiento de copiloto-. No está mal para diez minutos de trabajo.

Preferí ignorar el comentario de mi amigo.

-Vamos, Frank, ya has visto que es seguro. Un golpe fácil y rápido. ¿Qué riesgos le ves? No me digas que puede pillarme un poli de verdad haciéndolo, o que uno de esos desgraciados me va a denunciar. Para ello tendría que admitir que salía borracho de un puticlub y...

-No, Ray, no iba a decirte nada de eso.

-¿Entonces?

Un semáforo me obligó a detener la marcha, lo cual aproveché para girarme a mi derecha y enfrentarme a la sonrisa estúpida de Ray.

-El riesgo que veo es que uno de esos desgraciados te saque un arma y te deje seco de un disparo -dije-. Ese es el riesgo que veo.

La expresión de Ray se contrajo en una mueca incrédula. El disco se puso verde y puse el coche en movimiento. Conduje durante unos minutos disfrutando del silencio que provocó mi comentario.

-¿Sabes ya cuándo recibirá tu jefe el dinero? -pregunté.

-No.

La respuesta cortante de mi amigo me hizo ver que no estaba dispuesto a levantar el ánimo fácilmente.

-Hoy me han hablado a mí de un negocio muy original -insistí-. ¿Quieres saber de qué se trata?

Ray asintió.

-Porno. Películas porno hechas en casa.

-¿Películas como las de los cines X? ¿Hechas por profesionales o por aficionados?

-Eso no lo sé. El negocio consiste en grabarlas con equipos caseros y distribuir las luego para ser vistas en domicilios.

-¿En domicilios? Y ¿cómo hacen eso?

-Con reproductores de vídeo que leen esas cintas -expliqué-. Ya se han empezado a vender en Japón y pronto llegarán aquí.

Ray se reclinó y puso los pies en el salpicadero. Yo odiaba que hiciese eso, pero aquella vez se lo permití.

-El porno es un buen negocio, mueve mucha pasta -dijo mi amigo.

-Lo sé. Han pedido ayuda a la Familia y creo que les van a dar un préstamo para que puedan poner en marcha el tinglado.

-Si se mete la Familia entonces ha dejado de ser un buen negocio. No hay que mezclarse con ellos, ¿verdad, Frank?

-No te lo estoy diciendo para que tú te plantees hacerlo -dije-. Solo te lo cuento.

Por fin llegué frente a la casa de Ray. Detuve el coche y apagué las luces.

-Cuando robemos la pasta de mi jefe me largaré a San Francisco con Dorothy -dijo Ray a modo de recordatorio-. Pondré un negocio y me ganaré bien la vida.

-Un negocio...

-Sí, un negocio. Un negocio para vender reproductores de esos de vídeo que dices. Dentro de poco llegarán a Estados Unidos, ¿no? Pues yo seré de los primeros en venderlos.

Ray me guiñó el ojo, abrió la puerta del coche y bajó con el disfraz de policía hecho un gurreño debajo del brazo. Lo vi llegar a la puerta de su casa y sacar la llave que dejaba siempre bajo una maceta situada junto a la puerta. Siempre andaba perdiendo sus llaves y aquella costumbre de dejarla bajo el tiesto le evitaba pagar las abusivas tarifas de los cerrajeros.

Entró y encendió la luz del recibidor.

Al día siguiente estaba lavando coches en el taller de mi padre en compañía de mi amigo Thomas Ricciardi cuando antes de la pausa del almuerzo vimos llegar el viejo Impala de Jimmy *la Comadreja*. Él mismo iba al volante. Aparcó justo a la entrada del concesionario y vino hacia nosotros con su célebre sonrisa de vendedor de seguros.

-¿Está Dick en casa? -preguntó apuntando con el mentón hacia el despacho de mi padre en la entreplanta.

-Sí, Jimmy. Allí arriba.

-Estupendo. Subo a verle.

La Comadreja inició una carrerilla y subió las escaleras de metal agitando su chaqueta verde a derecha e izquierda. A medio camino se detuvo y me habló nuevamente desde la altura.

-Oye, Frank, hazme el favor de revisar el Impala. Hace un ruido un poco extraño.

Le levanté el pulgar diciéndome para mis adentros que antes de echarle un vistazo a su coche me doctoraría en Físicas en Princeton. La Comadreja entró en la oficina de mi padre y yo volví al lavado del coche que tenía entre manos.

-Ese Comadreja es un gran tipo -dijo Thomas-. Lo admiro de veras.

-¿En serio?

-Sí. Y además nos aprecia bastante. ¿Sabes que el otro día me dijo que si demostramos tener lo que hay que tener, tú y yo seríamos los próximos en ser miembros de la Familia? Joder, Frank. Me dio un subidón tremendo. ¿Te imaginas? Tú y yo al fin miembros de la Familia.

Hice una pausa en el frotado. Me pregunté qué habría querido decir Jimmy con eso de «tener lo que hay que tener». Y sobre todo cómo podríamos demostrarlo Thomas y yo. La voz de mi padre me arrancó de aquellas reflexiones.

-Frank, tenemos que ir a San Diego. Iremos todos en el coche de Jimmy, así que ponte al volante.

No me apeteció nada recorrer los doscientos kilómetros de ida y los doscientos de vuelta que nos separaban de aquella ciudad, y menos aún en el Impala de la Comadreja, pero discutir las órdenes del viejo estaba fuera del orden del día.

-¿Puede acompañarnos Thomas? -pregunté tratando de obtener al menos una victoria parcial-. Él vendrá detrás de nosotros en uno de nuestros coches por si decidimos volver por separado.

-Claro, que venga también -dijo la Comadreja-. Vamos a ver a Bomp. Lo pasaremos bien.

Montamos en el coche. Yo al volante y detrás mi padre y la Comadreja. Cogimos la I-5 y pusimos rumbo al sur a la frontera con México dejando a la derecha el océano. Pegado a mi trasero llevaba a Thomas conduciendo un coche de mi padre. En el asiento de atrás, mi padre y Jimmy no dejaron de hablar ni un solo minuto del trayecto.

-Bomp tiene razón en una cosa -decía Jimmy-. Brooklier se está pasando. A mí me llamó cuando lo metieron en la cárcel para mantener el orden en la Familia y lo hice lo mejor que supe. Y él, ahora, me deja tirado. Me ha usado como una servilleta de papel, y eso no se hace, Dick.

-No exageres. Has vuelto a ocupar el puesto que tenías antes de la detención de Brooklier.

-Joder, Dick. Relegado a un puto soldado. Eso es lo que soy ahora. Después de sustituir al jefe ahora vuelvo a ser un soldado. Ni siquiera me ascienden a capo. Menuda mierda. -La Comadreja encendió un pitillo y abrió la ventanilla para ventilar el ambiente-. Lo único que pido es respeto. Respeto. Creo que lo he ganado, ¿no?

Mi padre suspiró. Aquella conversación no le resultaba cómoda.

-Si esto no cambia pronto me vuelvo a Chicago y que le den por culo a Brooklier.

-¿Por qué crees que no te asciende Brooklier a capo? -preguntó mi padre.

-Porque no le traemos negocio. Pero joder, Dick, el negocio está difícil. Hay muchas detenciones. El FBI pone micrófonos en todos lados. Vas al retrete y te encuentras un puto micro grabándote desde el inodoro. Así no hay manera de organizar nada. Pero además, tú mismo puedes verlo. ¿Cuántos negocios buenos de verdad han aparecido en los últimos cinco años?

Quiero decir, aparte de los que ya existían. Negocios nuevos. Joder, ¿es que acaso Bomp y yo tenemos una puta varita mágica?

Jimmy tiró el cigarrillo a medio consumir y subió la ventanilla.

-Bomp trajo el negocio de Forex hace unos meses y todavía están dándole vueltas -dijo-. Para una cosa que traemos y no se deciden.

Oír aquello sobre Forex me puso en alerta. Afiné el oído para ver lo que venía detrás. Aparentemente ni mi padre ni la Comadreja sabían aún que yo había estado con los tipos de Forex en compañía de Mike Rizzi.

-Eso del porno es asqueroso -dijo mi padre-. Además Forex es un tema antiguo. Hay que estar loco para creer que eso es un buen negocio.

-Es antiguo porque Brooklier no nos autoriza a dar la pasta a los chicos de Forex, y sin dinero no pueden grabar las películas. Bomp se lo explicó a Brooklier y aún estamos igual. Pero al final lo conseguiremos, Dick. He conseguido convencer a Lomore para que nos financie.

-¿Auguste Lomore?

-El mismo -confirmó la Comadreja-. El magnate de la pesca. Él nos dejará la pasta para prestar a los de Forex.

-¿Y confiáis en Lomore? ¿Estáis seguros?

-Sí. ¿Por qué no íbamos a hacerlo?

Vi por el espejo retrovisor cómo mi padre negaba con la cabeza.

-He hecho reparaciones a coches de Auguste Lomore, lo conozco y sé que es un mal bicho -dijo-. Vendería a su madre por un dólar.

-Pues perfecto. A eso lo llamo yo ser un hombre de negocios. Además, Lomore nos debe muchos favores. Ha conseguido varios caladeros gracias a nuestros contactos en la Administración, y hace poco sacamos del mercado a un competidor que le estaba poniendo las cosas difíciles al norte del estado.

Reduje la velocidad para poder concentrarme aún mejor en la conversación de los dos hombres. Aquella era la primera vez que escuchaba información de primera mano sobre el padre de Dorothy, la novia de mi amigo Ray.

-Lo que pasa es que Lomore está atravesando ahora una mala racha personal -continuó la Comadreja-. Por lo visto su hija le está dando disgustos y seguramente por eso habrás observado que Lomore se comporta de un modo arisco. Pero el tipo es leal, y además se lleva fenomenal con Brooklier. A veces discuten y se pelean, pero los dos se adoran y harían cualquier cosa el uno por el otro.

Mi padre seguía con el gesto torcido. Era evidente que desde que salimos de Los Ángeles la Comadreja no había dejado de sacar temas que no le apetecía tratar.

-En todo caso, Jimmy, convendría que tanto Bomp como tú abandonaseis de una vez esa actitud hostil hacia Brooklier. Él es el jefe, y vosotros no. Esa es la única verdad.

-Un momento, a mí no me metas en el saco de Bomp. Él es un bocazas, de acuerdo. Pero yo en ningún momento he discutido públicamente la autoridad de Brooklier. Estoy de acuerdo en que hay que tranquilizar a Bomp, y para eso estamos yendo ahora a San Diego, ¿no?

-Sí, Jimmy. Pero esto podías haberlo hecho tú solo. No entiendo por qué debo acompañarte.

-Ya sabes cómo es Bomp de incrédulo. Si vienes conmigo sabrá que la cosa va en serio.

-No sé por qué Bomp te creará más por venir yo -dijo mi padre-. Apenas tengo relación con

él. En cambio, tú le llamas por teléfono casi a diario, ¿no?

-Sí, aunque hablar con Bomp es una pesadez. Está tan convencido de que tiene el teléfono pinchado por los federales que me hace llamarle a su casa para hacerle una señal y luego, diez minutos después, volver a telefonarle a una cabina que hay al lado de su casa.

Mi padre retorció los ojos tratando de entender aquello.

-Si hace eso todos los días, los federales le pincharán también la cabina, ¿no?

-Pues claro. Lo que pasa es que Bomp está paranoico. Espero que esta visita sirva para abrirle los ojos de una maldita vez.

Llegamos a San Diego y nos dirigimos a la casa de Bompensiero. Allí, su mujer nos indicó que se encontraba en un bar situado a unas cuantas manzanas en compañía de unos amigos. Nos dirigimos a aquel local y aparqué en la puerta. Thomas Ricciardi, que venía en el otro coche, estacionó justo detrás de nosotros. Entramos los cuatro en la cafetería. En un reservado vimos a Bomp comiendo con dos hombres. Al acercarnos me di cuenta de que uno de ellos era Mike Rizzi, el miembro de la Familia con quien había ido a visitar a los dos hermanos de Forex. Me imaginé a Rizzi hablando de ello con el viejo y el corazón me dio un vuelco. Si mi padre se enteraba de mi visita a Forex, me arrancaba la cabeza allí mismo.

La Comadreja y mi padre saludaron efusivamente a los tres hombres y se sentaron en la misma mesa. Thomas y yo no estábamos invitados a la reunión, así que nos pagaron un almuerzo y nos sentamos en otro reservado distinto. Me sentí aliviado por no compartir mesa con ellos.

Cuando terminamos de comer, Thomas y yo nos acercamos a su reservado para saber qué planes tenían para nosotros.

-Frank, nosotros aún no hemos terminado -dijo mi padre-. Así que vuelve a Los Ángeles con Thomas en nuestro coche. Yo regresaré con Jimmy más tarde.

Asentí con la cabeza. La Comadreja nos sonrió mostrando su ortodoncia de dos mil dólares y, como si fuésemos dos camareros sedientos de propina, nos dio un puro a Thomas y a mí.

-¿Has echado un vistazo al ruido de mi Impala, Frank? -me preguntó metiendo el cigarro en el bolsillo de mi chaqueta.

-Sí -mentí-, pero aún no sé qué puede provocarlo. Tráemelo un día de estos y lo miraré a fondo.

-Temo que sea algo serio. Cuando te lo lleve no tardes en mirarlo, no me gustaría estrellarme con él en cualquier curva.

Thomas y yo salimos del bar y subimos en el coche de mi padre. Bajé las ventanillas para ventilar el ambiente y tomé el camino opuesto en dirección a Los Ángeles.

-Habría dado cualquier cosa por escuchar lo que hablaban ellos -dijo mi amigo.

-Creo haber entendido algo acerca de Forex.

-Sí, seguramente sería eso. Dentro de poco empezaremos a trabajar ese tema del porno.

-¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

-Por lo visto nos han pedido que empecemos distribuyendo una remesa de películas para cine que han exportado ilegalmente de México. Todo negro, sin declarar. Si demostramos que tenemos capacidad para hacerlo se asociarán con nosotros. No hará falta recurrir a una miserable comisión, nos meteremos en el negocio como socios. ¿No es fantástico?

No. No me parecía tan fantástico. Tal vez el porno de Forex diese montones de billetes a la Familia y al final hubiese suficiente pasta para todos, pero desobedecer a mi padre no me hacía

ninguna gracia.

-El jefe Brooklier ha dado el visto bueno -continuó Thomas ajeno a mis pensamientos-. Usaremos el dinero de Auguste Lemoire para financiar a Forex. Será increíble. ¡Nos haremos ricos, Frank!

Dejé a Thomas en su casa y me dirigí a la de Ray. A lo lejos vi que había alguien sentado junto a la puerta de la vivienda unifamiliar que mi amigo tenía alquilada. Cuando aparqué distinguí a Dorothy Lemoire, que estaba leyendo una revista.

-¿No ha llegado aún Ray? -le pregunté.

-No, pero espero que no tarde.

-Podrías haber entrado dentro de la casa. Ray siempre deja la llave debajo de esa maceta.

Dorothy cerró la revista y la dejó sobre sus rodillas. Me miró con sus ojos de color azul turquesa y al sonreír me mostró dos preciosos hoyuelos en sus mejillas. Vestía una camiseta de manga larga y un chaleco que confundían su linaje de platino con la fauna local del instituto al que iba.

-He oído que irás a estudiar a San Francisco -dije.

-Sí. Estoy deseando salir de casa de mis padres e independizarme.

-Bueno, eso de independizarte... tu padre te seguirá pagando las facturas, ¿no?

-Ya sabes a lo que me refiero.

Me agaché para ponerme a su altura y su colonia me atrapó al instante como una de las redes de los barcos de Lemoire.

-Cualquier chica estaría encantada de ponerse en tu lugar.

-Eso es porque no tienen que convivir a diario con mis padres. Son unos dictadores insoportables, y yo ya soy una mujer adulta, capaz de tomar mis propias decisiones, ¿no te parece?

-No me cabe duda. Como tampoco que ellos se preocupan de que no te falte lo mejor.

Dorothy intentó emitir una risa sarcástica, pero no pudo. Supongo que trataba de encontrar una réplica inteligente. Eché un vistazo a mi alrededor. En el césped que había frente a la casa de Ray podían verse desperdigados objetos de muy distinta índole: una bicicleta a la que le faltaba una rueda, un cortador de césped mecánico, un rastrillo, un par de cajas con chatarra... Me deprimí.

-Mira qué desastre -dije paseando mi mirada por el jardín-. ¿Acaso quieres terminar así?

-Ray es tu amigo. No sé por qué dices eso...

-Precisamente porque es mi amigo puedo hablar así. Quizás hoy te parezca gracioso o puede que romántico, pero dentro de unos años dejarás de verlo de esa manera. Y entonces aquí alrededor verás la basura que yo veo ahora.

-Hablas como mi padre. Me aburres, Frank.

Dorothy se levantó con agilidad y se dirigió a la calle sacudiendo su larga melena rubia.

-Sabes que tengo razón -insistí.

Ella no se volvió.

-Sí, claro. Todos tenéis razón. Lo sabéis todo.

-Si no lo haces por ti, hazlo por Ray -dije incorporándome-. Tu padre lo hará pedazos. Sé que él ha descubierto lo vuestro y que no lo va a permitir. ¿Vas a dejar que le ocurra a Ray algo malo?

Entonces sí se volvió.

-No le pasará nada porque he prometido a mi padre que voy a dejar a Ray.

-¿Lo harás? ¿De verdad?

-Claro. Cuando me marche a San Francisco ya todo estará terminado. Dentro de poco.

-Será lo mejor -dije-. Todos saldremos ganando.

Oí un ruido de motor y la camioneta Ford F-150 de Ray se detuvo frente a la propiedad. Mi amigo tocó el claxon y nos saludó con la mano. Dorothy corrió hacia él. Lo último que vi fue a la chica diciéndome adiós desde la camioneta con una sonrisa de jugadora farolera. Aquella imagen se quedó conmigo y con toda la inmundicia que Ray tenía desparramada en su jardín.

Al llegar a casa vi la luz del contestador telefónico parpadeando con insistencia. Rebobiné la cinta para escuchar el mensaje y una voz masculina con tono neutro me habló como recitando un texto escrito:

Señor Madison, le llamo de la unidad de urgencias del hospital White Memorial. Su padre Richard Madison ha sufrido un accidente de circulación. Tiene lesiones graves y actualmente se encuentra ingresado en el pabellón de cuidados intensivos. Cuando escuche este mensaje póngase en contacto con nosotros en el número...

Terminé de escuchar la grabación y colgué con fuerza. Un temor intenso se apoderó de mí y se extendió por todos mis miembros como una inmensa mancha de aceite. Marqué temblorosamente el número que me había facilitado aquel hombre y una enfermera de la UCI atendió mi llamada. Me dijo que mi padre estaba en coma y que los doctores me facilitarían los detalles en persona.

Cogí las llaves del coche y salí hacia el White Memorial. Llegué al cabo de pocos minutos y me dirigí a la Unidad de Cuidados Intensivos. La enfermera con quien había hablado llamó a uno de los doctores.

-¿Es usted familiar de Richard Madison? -preguntó el médico.

-Su hijo. No hay más familia.

-Pase a mi despacho.

Seguí al doctor. De la expresión adusta que pude leer en su cara deduje que las noticias malas no habían hecho sino empezar. Al hablar lo hizo con una voz afectada de muchos años de experiencia en la comunicación de desgracias.

-Su padre iba solo en el coche y se salió de la carretera a la altura de Fullerton. Cayó por un pequeño terraplén y colisionó contra uno de los árboles que bordean la vía. El impacto debió de ser muy fuerte. Tiene diversas contusiones, principalmente en el pecho y la cabeza, donde se golpeó con el parabrisas. Esto último es lo más preocupante. Por fortuna, un conductor que vio el accidente llamó por teléfono desde una cafetería próxima. Cuando llegaron las asistencias su padre se encontraba muy grave. En la ambulancia sufrió una parada cardiorrespiratoria, pero los sanitarios consiguieron resucitarlo. Ahora está en coma.

Aquel discurso consiguió su propósito, si es que este era preocuparme aún más. Le hice la pregunta que sin duda estaba esperando:

-¿Salvará la vida?

-Las lesiones cerebrales son imprevisibles, señor Madison. Un paciente puede salir del coma en unas horas, en unos días, o tal vez nunca. Ahora mismo lo tenemos con respiración asistida, eso es todo lo que puedo decirle.

Ni siquiera respiraba por sí mismo. Si apagaban la máquina, mi padre moriría en aquel mismo momento.

Acudieron a mi mente pensamientos largamente olvidados, como si fuesen fábulas de la infancia contadas en las noches de lluvia. Mi madre había fallecido cuando yo tenía cuatro años, apenas me acuerdo de ella. Mi padre asumió el rol de padre y madre, y el viejo lo había hecho bien. Su mejor virtud durante todos aquellos años fue darme la impresión de que, a pesar de ser solo dos personas, éramos una familia. La perspectiva de afrontar en adelante mi vida sin su referencia me sacudió con una sensación de fatalidad inevitable, con la misma impresión que causa el precipicio que se abre a tus pies y cuyo fondo no se alcanza a distinguir.

-Si quiere, puede ver a su padre ahora.

Salimos del despacho del médico y recorrimos un par de pasillos. Nos detuvimos ante un cubículo cerrado por mamparas de cristal con unas persianas. Mi padre estaba tumbado en la cama, tapado hasta la garganta y con una venda recorriéndole el cráneo. Un par de tubos le salían de la nariz y, junto a él, varias máquinas mostraban en su lenguaje hasta qué punto se aferraba a la vida en cada momento. Sin querer, la situación se apoderó de mi voluntad y noté un cosquilleo en la nariz que hube de sofocar restregándola con un pañuelo.

-En la sala de espera hay un par de amigos de su padre -me dijo el médico casi al oído-. No les hemos permitido entrar aquí, pero tal vez usted quiera verlos.

Asentí con la cabeza sin dejar de mirar el cuerpo indefenso de mi padre. Casi no escuché cómo el doctor me dejaba a solas. Permanecí unos minutos como ausente, incapaz de pensar o decir nada al hombre que yacía medio muerto ante mí. Con el paso de los minutos las volutas de humo que me rodeaban se disiparon y fui tomando conciencia de mi entorno. Varias preguntas me asaltaron, pero no tenía a quién hacérselas. Salí entonces hacia la sala de espera.

Al llegar vi que solo había una persona en ella. Era Mike Rizzi. Estaba sentado en una silla leyendo el *Los Angeles Times* como si estuviese esperando su turno en la barbería. Hacía mucho calor.

-Frank, hijo -dijo al verme-, ¡qué desgracia!

Me abrazó con fuerza y me dio un par de besos en las mejillas. Sentí el olor de su loción para el afeitado, su piel áspera y el contraste entre el pelo negro y sus patillas prematuramente encanecidas.

-Rizzi, ¿qué ha pasado?

Mike tiró de mi brazo para obligarme a sentarme junto a él.

-Terminamos de hablar en aquel bar de San Diego, y decidimos quedarnos a dormir allí. Sin embargo, tu padre quiso regresar inmediatamente a Los Ángeles, así que la Comadreja le prestó su coche. Dick nos preguntó si queríamos ir alguno con él, pero preferimos permanecer en San Diego. Antes de salir la Comadreja le dijo que condujese despacio, que el Impala tenía una avería que aún no había localizado. Un par de horas después alguien del taller de tu padre llamó a mi casa. Te buscaba a ti. Mi mujer le dijo que estarías en San Diego y le dio el teléfono del bar. Recibimos su llamada. Por lo visto en el hospital estaban intentando localizarte. Yo vine enseguida en mi coche. Brooklier estuvo aquí hasta hace unos minutos y me pidió que me quedase para esperarte.

Rizzi debió de percibir mi perplejidad ante aquella historia.

-Lo sentimos mucho, chico. *Siamo tutti addolorati*.

Esboqué una media sonrisa para agradecer aquella muestra de apoyo, o lo que diablos fuese. La puerta de la sala de espera se abrió y por ella apareció mi amigo Thomas Ricciardi.

-Frank, acabo de enterarme por la Comadreja -dijo.

Se acuclilló frente a mí y me abrazó. Le correspondí con un cachete en la nuca.

-Ya le he contado lo del accidente -dijo Rizzi-. Pero hay algo más.

Me giré hacia Mike expectante.

-Escucha, Frank. Esta tarde en San Diego estuvimos discutiendo sobre Forex. Ya tenemos casi todo preparado para empezar. -Rizzi tragó saliva antes de continuar-. Antes de salir hacia Los Ángeles, tu padre nos dijo que quería que tú participases en este negocio.

Un profundo estupor se apoderó de mí al escuchar aquello y aún no entiendo cómo Rizzi no notó mi incredulidad. Me abstuve de decir nada y dejé que aquel hombre continuase hablando.

-Tu padre nos dijo que denunciases el robo de uno de vuestros coches y lo tuvieses a punto para ir a por las cintas de vídeo -concluyó Rizzi mientras se levantaba de la butaca.

-¿Para... para cuándo? -pregunté.

-Tres o cuatro días. Ya te avisaremos.

Mike Rizzi se inclinó y volvió a besarme. Guiñó un ojo a Thomas y se dirigió a la puerta. Antes de salir por ella se giró hacia mí.

-Espero que todo salga bien -dijo-. Dick es fuerte.

Y se marchó.

Me quedé unos instantes pensativo con la vista perdida en algún punto de aquella tórrida sala. Tenía a Thomas junto a mí. Sentía su mano grande y surcada de venas apoyada en mi muslo.

-¿Has oído eso? -le pregunté.

-Claro. Rizzi tiene razón. Tu padre se pondrá bien, es un hombre fuerte.

Negué con la cabeza.

-No, Thomas. Me refiero a lo otro, lo de Forex.

-Ya te dije que el tema estaba caliente. Lo haremos pronto. Cogeremos las cintas y...

-Thomas: mi padre me prohibió desde el primer momento meterme en lo de Forex.

-Bueno, tal vez cambió de idea.

Me froté con fuerza la cara tratando de poner en orden mis ideas.

-Hoy mismo, en el coche de la Comadreja, mientras los llevaba a San Diego mi padre volvió a hablar mal de Forex. Dijo que había que estar loco para meterse en ello.

Thomas suspiró. Cruzó las piernas y los brazos adoptando una actitud defensiva.

-Ya has oído a Rizzi -dijo-. Seguramente en San Diego lo convencieron de lo contrario. Tu padre no podía tener todos los datos. Él no fue a ver a los de Forex, al contrario que tú y yo...

-No, no. Tú conoces a mi padre. Es testarudo. -Me levanté-. Rizzi nos ha mentado. Mi padre no dijo que yo debía entrar en Forex.

-Rizzi no miente nunca -dijo sentencioso como si hubiese tocado su fibra más sensible-. En todo caso, la Familia querrá introducirte en el negocio para beneficiarte.

Era inútil, discutir con Thomas sobre esos asuntos era como hablar con la pared. Desistí de replicar. Él se puso en pie y tomó la iniciativa:

-Entiendo que en una situación así te asalten todo tipo de dudas -dijo-. Pero no olvides que, después de todo, nosotros somos tus amigos.

Thomas pasó junto a mí y salió de la sala de espera algo malhumorado. Me ahorré compartir con él otras dudas aún más preocupantes que lo de Forex. Por ejemplo, el hecho de que mi padre desde siempre detestaba conducir un coche que no era suyo. Y, sobre todo, que hacía un par de meses que había decidido dejar de conducir largas distancias.

Tenía muchas preguntas, pero había vuelto a quedarme solo y nadie podía darme ninguna respuesta. Y, sobre todo, nadie podía tampoco dar marcha atrás a las manecillas del reloj y desintegrar la realidad: la realidad de que mi padre estaba en coma después de tener un accidente con un coche que yo me había negado a reparar.

-Una enfermera de la UCI me dijo que estarías aquí.

Me volví y vi a Ray. La cafetería del hospital estaba ya vacía a excepción de una mujer negra vestida con una bata azul y un delantal que barría el suelo con una mopa alargada. Empujé lejos de mí la bandeja con los restos de la cena e invité a mi amigo a que se sentase. Ray me puso delante un vaso de plástico con un humeante sucedáneo de café con leche.

-¿Cómo está? -me preguntó.

-Igual. Pueden pasar semanas sin que haya ninguna novedad. Los médicos me han dicho que yo puedo venir cuando quiera, pero que si hay algún cambio me llamarán ellos.

-Pues vete a casa, Frank.

-Sí, supongo que debería irme.

Cogí el café y lo olfateé. Desistí de probarlo.

-Pasan cosas raras, Ray.

-¿A qué te refieres?

-A todo. Últimamente todo va mal, y la impresión que me da es que solo puede empeorar.

-Vamos, Frank. Anímate. ¿Sabes? Te traigo buenas noticias.

Ray acercó su silla hasta casi pegarse a mí.

-Hoy he sabido que mi jefe recibirá el dinero mañana. Será por la tarde, así que lo guardará en la caja fuerte. Es nuestra oportunidad, debemos darnos prisa porque tal vez al día siguiente lo lleve al banco.

-Ray, no creo que tu jefe lleve el dinero al banco. Seguramente se trate de dinero negro, por eso compró la caja fuerte.

-Bueno, qué más da. El caso es que mañana juegan los Lakers en el Staples contra los Milwaukee Bucks. Los Bucks son un equipo muy malo, así que los Lakers ganarán sin problemas. Mi jefe saldrá contento del pabellón y se irá a tomar algo con los amigos. Puedes aprovechar ese momento.

-¿Y la mujer de tu jefe?

-Cuando él va a ver a los Lakers, ella queda con las amigas. La casa estará vacía. Toda para ti. Mañana me pasaré por vuestro concesionario y te llevaré una copia de la llave de la puerta de atrás. Después me marcharé a Laguna Beach con unos conocidos para jugar al póker. Pasaré toda la noche allí con ellos, así que tendré una coartada perfecta. ¿Qué te parece?

Puse los ojos en blanco. Tenía preparadas varias docenas de razones para desestimar el plan de Ray, pero el cansancio y el abatimiento por el accidente de mi padre habían ejercido en mí un efecto sedante. Me encogí de hombros.

-Vamos -dijo mi amigo-. Te llevaré a casa.

-Está bien, pero antes quiero pasar por la habitación de mi padre.

Entramos en el área de cuidados intensivos. Desde fuera del cubículo pude ver nuevamente al viejo. Seguía en la misma posición, con los mismo tubos y máquinas que lo ataban a nuestro mundo. Tan lejano y ajeno a todo. Ausente. Me abatió comprobar que ni siquiera el ruido que hacía al respirar era suyo.

Me desperté más temprano que de costumbre. Marqué el teléfono del hospital y pedí que me pasaran con la enfermera de guardia. Le pregunté por mi padre y ella me dijo que no había ninguna novedad, y que si las había desde el hospital se pondrían en contacto conmigo. Noté en aquella mujer una cierta resignación forzada de quien sabe que trata con un novato en materia de pacientes en coma. Sus explicaciones eran cordiales pero categóricas. Concluí que le daría la buena noticia de la semana si le ahorra más llamadas matutinas como aquella.

Me vestí y salí al concesionario. Al llegar recibí las condolencias de todos los empleados de mi padre. Aquello me molestó. Les recordé que el viejo Dick aún estaba vivo y los mandé a trabajar. Tal vez estuve un poco duro con los chicos, pero eran los únicos sobre los que podía volcar mi frustración.

Tenía que cumplir el encargo de Mike Rizzi, así que me dirigí a la parte trasera y elegí uno de los coches de nuestra empresa. Un Ford Capri color rojo del 73 que habíamos aceptado a un cliente como compensación por una deuda que tenía contraída con nosotros. Llené el depósito de combustible y lo saqué discretamente del concesionario para llevarlo a uno de nuestros garajes de la parte de Montebello. Dejé el Ford allí cerrado y regresé en taxi al concesionario. A continuación me dirigí a la comisaría más próxima y denuncié el robo del vehículo. Dije simplemente que lo habíamos dejado aparcado en la puerta del negocio la noche anterior y que esta mañana no estaba allí. El agente tomó mis datos y, sin mucha convicción, me dijo que si el coche aparecía se pondría en contacto conmigo. Al salir, busqué una cabina telefónica y llamé a Mike Rizzi. Le dije que tenía un coche a punto. Me dio las gracias y me pidió que estuviese atento a su llamada en los próximos días. Solo al final, como quien recuerda a última hora que se olvida de comprar palomitas en el supermercado, me preguntó por mi padre. Le dije que seguía igual.

Recorrí los pocos metros que me separaban de la concesión de mi padre. Caminaba desanimado, con las manos en los bolsillos y la cabeza vencida. No vi a Ray hasta que casi me choqué con él a la entrada del establecimiento.

-Llevo esperándote un buen rato. -Me saludó apoyado en la barra de acceso al aparcamiento para clientes.

-He estado haciendo recados.

-¿Qué tal tu padre?

Me encogí de hombros. Aquello bastó.

Entré al concesionario y subí a la entreplanta donde mi padre tenía la oficina. Ray me siguió en silencio. Cuando hubo cerrado la puerta se animó a hablar.

-Toma, Frank, ya tengo esto.

Sacó del bolsillo del pantalón algo que me tendió. Era una llave. La miré extrañado.

-Es la llave de la casa de mi jefe -aclaró-. La de la puerta de atrás, ¿recuerdas? Mi jefe tiene un juego completo de llaves en el coche y esta mañana le hice una copia sin que se diese cuenta.

Cogí la llave.

-Y aquí tienes una caja de Valium. Con que tritures diez pastillas y las mezcles con carne

picada es suficiente para dormir al perro.

Cogí la caja de Valium.

-La mejor hora para que vayas es las ocho y media -continuó-. A esa hora ya habrá salido para el partido y la mujer no habrá llegado. Al final yo iré solo a Laguna Beach. Mis amigos no pueden acompañarme. De todas formas iré a cenar a algún restaurante y me dejaré ver para tener testigos suficientes de que esta noche yo no estuve en Los Ángeles.

Asentí, pero Ray notó que mi mente vagaba por otro sitio.

-Frank, ¿me estás oyendo? ¿Me sigues?

-Sí, claro. Irás solo a Laguna Beach.

-Bien, escucha. La caja fuerte está oculta en el salón. En un armario camuflado que hay detrás del carrito de las bebidas alcohólicas. Lo encontrarás fácilmente. El carrito tiene encima una pintura enorme de la mujer de mi jefe. ¿Has comprendido?

-Sí.

-Detrás del carrito hay un armario. No busques porque no verás ningún tirador. Simplemente tira del panel de madera a un lado y se abrirá. Es un armario a prueba de ladrones. La caja está dentro. La sacas, la abres, coges la pasta y desapareces de allí. ¿De acuerdo?

Asentí nuevamente.

-Mañana cuando se descubra el robo habrá jaleo. Así que le he pedido a mi jefe dos días libres. Yo volveré de Laguna Beach pasado mañana. Te avisaré cuando podamos vernos para repartirnos el dinero.

Ray me dio una palmada en la espalda a modo de despedida y se largó. No se quedó más tiempo para escuchar eventuales problemas o protestas mías. Me dejó solo en el despacho de mi padre con una llave en la mano derecha y una caja de Valium en la izquierda.

Antes de regresar a casa pasé por el White Memorial. Fui directo a la jaula de cristal donde tenían a mi padre conectado a las máquinas y me ahorré la explicación de los médicos de que todo seguía igual.

Permanecí allí casi una hora, rememorando varios episodios de mi vida con el viejo, episodios a los que hasta entonces no había sabido otorgar el incalculable valor que tenían. Volví a notar la sensación acuosa en mis ojos y la sequedad de la garganta. Aquella emoción contenida, envuelta en aroma a desinfectante, me acompañó hasta la salida del hospital a través de sus interminables pasillos.

Cuando llegué a casa empecé a concienciarme del trabajo que me esperaba esa misma noche. Saqué una mochila del armario de mi habitación y metí en ella el mazo y el punzón que tenía preparados para abrir la caja fuerte, tal y como nos había explicado el dueño de la ferretería. Abrí un cajón y saqué una linterna. Abrí otro y cogí unos guantes y un pasamontañas de cuando fui a esquiar a Colorado. Puse todo dentro del macuto.

Bajé a la cocina y busqué carne picada en el frigorífico, pero no tenía nada. Había olvidado comprarla. Miré el reloj. Era demasiado tarde. Saqué medio salami y abrí un boquete de unos tres centímetros de ancho y varios de largo. Saqué la carne del fiambre y la dejé a un lado. A continuación trituré una docena de Valiums e introduje dentro del salami una mezcla de pastillas y carne. Cerré el agujero del salami lo mejor que pude con más carne. Envolví el fiambre con papel de cocina y lo metí en la bolsa. Cerré la mochila y me la colgué al hombro. Salí de casa para recoger el coche. El reloj me indicó que eran las siete y media de la tarde.

Arranqué el motor, pero antes de incorporarme a la circulación me asaltó una duda. Reflexioné durante unos instantes y finalmente opté por dirigirme al concesionario. Cuando llegué ya no quedaba nadie dentro. Abrí con mis llaves y fui al mostrador de la caja. Colgada de unos anclajes debajo del mueble había una escopeta recortada con un cañón de 45 centímetros suficiente para volar la cabeza a un elefante. Envolví la escopeta con una toalla y la metí en la mochila. Una pequeña porción de la culata quedó fuera del macuto, pero lo cerré de manera que casi no se apreciase.

Salí del concesionario y cerré nuevamente la puerta. Cuando me giré para volver al coche, me llevé un susto de muerte. Allí de pie junto a la barra del aparcamiento estaba mi amigo Thomas Ricciardi.

-Hola, Frank. Te busqué en casa y en el hospital, pero no conseguí dar contigo.

-He estado haciendo unos recados -dije-. ¿Qué querías?

Thomas se fijó en la mochila que llevaba colgada. No sé si vio la escopeta.

-¿Vas de viaje? -me preguntó.

-No. He recogido unas cosas de aquí para llevármelas a casa.

Aquello no debió de sonar muy convincente. Thomas guiñó los ojos con suspicacia y varias arrugas hicieron un inesperado acto de presencia en el puente de su nariz.

-Hay un cambio de planes, Frank -dijo al fin-. Lo de Forex será esta misma noche. Rizzi me ha encargado que te avise. Tienes que venir a recogerlos en el coche a las diez. A casa de Rizzi.

Un par de gotas de sudor me recorrieron las sienes. Traté de aparentar normalidad.

-¿Esta noche? ¿A qué viene tanta prisa?

-Auguste Lemoire nos ha dado el dinero, pero quiere que el intercambio se haga ya. Por lo visto no se fía mucho de los de Forex.

-Bueno... está bien.

-Tienes el coche a punto, ¿no?

-Sí. Ya se lo dije a Rizzi.

-¿Es ese de ahí? -preguntó señalando el vehículo en que había llegado.

-No. Es un Ford Capri que tengo aparcado en otro lugar. Luego lo recogeré y lo llevaré a casa de Rizzi.

-Perfecto. Pues a las diez. Sé puntual.

Thomas se hizo a un lado y me dejó el paso libre hasta mi vehículo. Ocupé el puesto del conductor y dejé la mochila en el suelo, en el puesto del copiloto. Arranqué y salí despacio. Al pasar junto a Thomas le saludé con la mano, pero creo que él no me devolvió el saludo.

Eran las ocho y veinte. Tendría que darme prisa. De camino a la casa del jefe de Ray hice cálculos sobre el tiempo que me llevaría allanar aquella propiedad, localizar la caja, abrirla, sustraer el dinero y volver al coche. Después tendría que ir hasta el lugar donde había aparcado el Ford y cambiar de vehículo. Desde aquel lugar hasta la casa de Rizzi habría una media hora larga. Eso quería decir que tenía algo menos de treinta y cinco minutos para dar el golpe. Intenté tranquilizarme repitiéndome que había tiempo de sobra. Más me valía o la Familia no tendría piedad de mí si el negocio de Forex se malograba por mi impuntualidad.

Cuando llegué a la casa del jefe de Ray en Pasadena ya era noche cerrada. Todas las luces de la vivienda estaban apagadas, lo cual era síntoma de que, tal y como me había indicado mi amigo, estaba vacía.

Aparqué a unos metros de la entrada y antes de bajar me aseguré de que no había nadie merodeando por los alrededores. Cogí la mochila, saqué los guantes, me los puse y fui directamente a la parte de atrás de la casa. Me encaramé a lo alto del muro sin dificultad y desde aquella altura pude ver al perro, al que mi presencia acababa de despertar. Antes de que pudiese alarmar al vecindario con sus ladridos, saqué el salami. Cuando me disponía a tirárselo recordé algo: el Valium tardaría en hacer efecto unos veinte minutos, y después de la visita de Thomas Ricciardi yo no disponía de tanto tiempo.

Con el perro pendiente de mi decisión sobre el salami tuve que decidirme en pocos segundos. Opté por arrojarle el fiambre a la otra punta del jardincillo trasero. El perro se abalanzó sobre la carne, y en aquel mismo punto empezó a engullirla de manera ansiosa. Con bastante temor me dejé caer en el interior de la propiedad. Espere un par de segundos por si el perro prefería venir a mi encuentro, pero por fortuna no fue así. Tal era su ansia de carne que ni siquiera notó mi intromisión en la casa de sus dueños. Con un par de zancadas me planté junto a la puerta trasera de la casa y la abrí sin dificultad con la llave que me había entregado Ray. Pasé al interior y cerré detrás de mí. Para entonces el chucho ya se había comido el salami y olfateaba aquí y allá, preguntándose posiblemente dónde diablos me había metido. Me dije entonces que hasta dentro de unos veinte minutos yo no podría salir por aquella puerta.

Cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a aquella oscuridad constaté que me encontraba en la cocina. A través de sus cristales entraba una luz muy tenue procedente de la farola que había en la calle. Pasé al salón. Aquello estaba aún más oscuro. Sopesé si encender la luz, pero me dije que no era una buena idea, así que saqué la linterna y paseé su haz de luz por las paredes de la estancia. Me detuve al llegar a un cuadro de una mujer madura, de cabeza pequeña y proporcionada, tocada con una diadema de diamantes.

Debajo del cuadro había un carrito de dos alturas. En su parte de abajo se desplegaba una variada colección de botellas de licor. En la parte alta, una cubitera y varios vasos altos y bajos.

Me puse la linterna entre los dientes y aparté el carrito. La pared estaba recorrida por un panel de madera de metro y medio de altura. Puse las dos manos sobre ella y las deslicé a la derecha. No pasó nada. Hice lo mismo hacia la izquierda. Tampoco.

Quedé un tanto desconcertado. Apunté con la linterna la zona buscando algún indicio que delatase la presencia de una apertura, pero no vi nada. Volví a intentarlo sin éxito. Pensé durante unos segundos y se me ocurrió que para que el panel pudiese deslizarse tendría que pasar por debajo de la pared. Así que empujé levemente y noté cómo una porción de pared se hundía ante mi acometida. Deslicé a un lado el panel y ante mí apareció un hueco excavado en el muro. La luz de la linterna delató la presencia en su interior de una caja metálica rectangular del tamaño de una olla a presión. A primera vista me pareció demasiado pequeña para contener la inmensa cantidad de billetes que debía contener.

Agarré la caja con fuerza con las dos manos y la extraje de su escondite preparado para hacer un enorme esfuerzo.

No hizo falta. La caja parecía robusta, pero era muy liviana, unos cinco kilos, aproximadamente. Me dije a mí mismo que los billetes no pesaban tanto, después de todo, y me llevé la caja a la cocina, donde podría trabajar con más comodidad sin necesidad de encender ninguna luz. Depositó la caja sobre la encimera junto a la ventana por la que entraba la luz de la farola. Saqué el mazo y el punzón y adopté la posición que aprendí en la trastienda de la ferretería. Me disponía a dar el golpe cuando el ruido de unas llaves me detuvo. Me abalancé a la

puerta de la cocina y la entorné. Desde mi escondite pude ver cómo entraban en la casa un hombre y una mujer.

-Ya ves cómo algún día tenía que ocurrir -dijo ella con enojo.

-Ha sido mala suerte. Su vuelo se canceló. ¿Quién podía preverlo?

La mujer cerró la puerta de la calle de un portazo. Encendió la luz del salón, se quitó un pañuelo que llevaba anudado al cuello y lo dejó sobre un sillón.

-No podemos continuar así, parecemos adolescentes huyendo de sus padres.

-No empieces otra vez -dijo él-. Ya hemos hablado de esto ochenta veces.

El tipo se dejó caer pesadamente en el sofá y se frotó las sienes como si tratase de poner en orden sus ideas. Tendría unos cincuenta años, era calvo, entrado en carnes y tenía los ojos saltones como los de un sapo.

Me fijé en el escondite de la caja. Estaba a medio abrir detrás del carrito de las bebidas. Si lo descubrían, estaba perdido.

La mujer sacó del bolso un paquete de cigarrillos y encendió uno.

-¿Sabes cuándo volverá tu marido? -preguntó él.

Ella miró el reloj.

-Ha ido a ver el partido -respondió-. No creo que vuelva antes de un par de horas.

El hombre se levantó y se puso detrás de ella. Pasó sus manos alrededor de su talle y le besó la nuca.

-Podríamos aprovechar ya que estamos aquí.

-Quita -dijo la mujer zafándose del abrazo-. En lugar de pensar continuamente en el sexo podrías considerar alguna vez hacia dónde va lo nuestro.

-¿Y adónde quieres que vaya? ¿Acaso te has divorciado tú? ¿Has pedido los papeles? No lo creo, soy vuestro abogado y no me consta que hayas solicitado nada.

-No seas idiota. El primero que debe tramitar el divorcio eres tú. Te costará menos hacerlo, tu mujer trabaja y vuestros hijos son mayores de edad.

Ella fue hacia el carrito de las bebidas y se sirvió un líquido cobrizo en un vaso bajo. Notó que el carro estaba fuera de su sitio y lo empujó con la cadera hasta la pared. Temblé pensando que lo siguiente sería comprobar si el compartimento secreto estaba bien cerrado.

-Precisamente. -El gordo fue hacia ella y tomó de entre sus dedos el cigarrillo para darle una calada y distraer su atención-. Al tener ella bienes, será más complicado hacer la división. En cambio, tu marido no tiene dónde caerse muerto.

La mujer rio.

-Calla -dijo cuando se hubo calmado-, ¿acaso no te hablé de su gran negocio?

-Sí, lo hiciste. ¿Qué ha ocurrido con eso? ¿Tiene ya el dinero?

-Esta tarde se suponía que tenía que venir el comprador a traerle el dinero en metálico, pero el tipo no ha aparecido. Yo creo que le han timado, como siempre.

Los dos rieron con ganas. Alarmado, eché un vistazo a la caja fuerte que tenía sobre la encimera y que teóricamente estaba repleta de dinero.

-Menudo imbécil -dijo él.

El tipo se acercó a la mujer y volvió a estrecharla entre sus brazos. Acercó sus labios a los de ella y esta vez consiguió que cediese. La besó apasionadamente y deslizó sus manos sebosas por

la espalda de la mujer buscando el cierre del vestido. No sin dificultad consiguió desabrochar el botón. A continuación la empujó hacia el sofá y ambos cayeron aún fundidos en un abrazo.

Hasta mí llegó el chasquido intermitente de sus labios al besarse. Miré el reloj. Según el horario que había fijado, me quedaban unos diez minutos para abrir la caja, vaciar el contenido, dejarla en el mismo lugar donde la había encontrado y regresar al coche. Volví a asomarme al salón. El sapo se había bajado los pantalones y con su peludo culo al aire estaba ahora lamiendo con avidez los pezones minúsculos de la mujer. Sentí bastante repulsión y aparté mi vista de aquella horrible visión.

Consideré mis opciones. Saltar el muro con el perro fuera y la caja en brazos era imposible, así que solo se me ocurrieron dos vías de actuación. La primera, salir disparado de aquella casa por la cocina dejando allí la caja fuerte intacta. Aquello significaría el fracaso definitivo del plan de Ray de robar en aquel lugar, pero al menos yo salvaría mi vida al llegar a tiempo a la reunión con Rizzi y Forex.

La segunda alternativa consistía en ponerme el pasamontañas, entrar en el salón con la recortada, asustar a los tortolitos y, mientras ellos me esperaban castigados de cara a la pared, abrir la caja y llevarme su contenido, fuera lo que fuese. Calculé lo que tardarían en llamar a la policía una vez que yo hubiese salido de la casa, y la idea de tener a la policía buscándome mientras transportaba a los miembros de la Familia en posesión de material pornográfico exportado ilegalmente no me pareció la más juiciosa.

Aún seguía meditando cuando la voz de la mujer volvió a resonar en el salón.

-Espera, espera -dijo-. Aquí no.

-Nena, ya casi estoy.

-Que no... te digo que aquí no quiero. Vamos a la cama.

El sapo se resistió, pero ella lo apartó con habilidad, dejándole bocabajo sobre el sofá.

-Vamos arriba -dijo la mujer cubriéndose sus vergüenzas con el vestido.

El hombre se levantó y a regañadientes la siguió escaleras arriba andando como un pingüino. Sus ropas quedaron desperdigadas por el salón.

Los vi perderse en el piso superior y di gracias al cielo. Habían dejado encendida la luz del salón, pero aquello sería lo más parecido a la única oportunidad que tendría para abrir la maldita caja y llevarme lo que quiera que hubiese dentro.

Fui a la mochila y, ayudado por la luz del salón, vertí sobre la encimera todo su contenido. Cogí la toalla con que había envuelto la recortada y la enrollé en torno a la cabeza del mazo. Apoyé el punzón en el lugar que me indicó el ferretero y descargué un fuerte golpe que provocó un ruido seco contra la caja, a mi juicio perfectamente audible desde el piso de arriba. Maniobré con la apertura como había aprendido, pero aquello no se abría. Opté por dar otro golpe, más fuerte que el anterior. Al demonio con el ruido. Esta vez la portezuela acusó el impacto y se abrió. Me agaché tratando de escrutar su interior, pero me pareció que allí dentro no había nada. Palpé en cada uno de sus compartimentos. Nada.

En ese momento la luz de la cocina se encendió. El amante de la señora de la casa estaba en la puerta frente a mí totalmente desnudo y armado con un paraguas. El tipo estaba petrificado y tenía la cara desencajada. Yo sentí cómo se me disparaban las pulsaciones. Miré a mi alrededor y reparé en la escopeta recortada. La agarré y le apunté a las pelotas. El individuo dejó caer el paraguas, se dio la media vuelta y huyó despavorido hacia el piso superior en mitad de un

alarido.

Sin quitarme el pasamontañas, volví a mirar dentro de la caja fuerte. Estaba totalmente vacía. Abrí un pequeño cajón que recorría la parte inferior y dentro encontré una funda de terciopelo negro. Sin pensármelo dos veces me la metí en el bolsillo. Agarré la mochila, metí dentro todas mis cosas, abrí la puerta que daba al jardín trasero y me asomé. El perro dormía como un bendito. Me encaramé de un salto a lo alto del muro y me dejé caer al otro lado. Sin echar la vista atrás corrí hasta el coche, arranqué y salí del vecindario.

A un par de manzanas de distancia me quité el pasamontañas. Encendí la luz interna del habitáculo y miré el reloj. Eran las diez menos veinte. No me iba a dar tiempo a pasar por el garaje para recoger el Ford Capri, así que tendría que usar aquel mismo coche so pena de llegar tarde a la reunión con Rizzi y los demás.

Puse rumbo a la casa de Mike. Conduje con determinación, poniendo todo el cuidado para no cometer ninguna infracción. En un semáforo noté cómo algo se me clavaba en el muslo y entonces recordé el envoltorio de terciopelo que había sacado de la caja fuerte del jefe de Ray y que llevaba en mi bolsillo. Volví a encender la luz interior, saqué el paquete y lo abrí. Era un collar. Un collar normal y corriente. Tenía una cadenita plateada y de ella colgaba una coronita de unos tres centímetros también plateada con una piedra azulada en su interior. El semáforo se puso en verde. Guardé el collar en la funda y la metí en el bolsillo. Maldije a Ray, pero me obligué a dejar de pensar en ello y concentrarme en lo de Forex.

Llegué a la casa de Mike Rizzi a las diez menos cuatro minutos. Saqué el collar del bolsillo y lo introduje en la mochila. A continuación bajé del coche, metí el macuto en el maletero y me dirigí todo sudoroso a la puerta principal para llamar con los nudillos. Al cabo de unos segundos me abrió el propio Mike.

No dijo nada. Murmuró un «es él», y dejó salir a Thomas Ricciardi. Rizzi cerró la puerta, y los tres nos dirigimos a mi coche. Abrí la puerta trasera para que Thomas entrase a su interior. Mi amigo se me quedó mirando con gesto extrañado. Aquel no era el Ford Capri del que yo le había hablado, pero no le di ninguna explicación. Cerré la puerta y ocupé mi puesto al volante. Rizzi ya estaba sentado a mi lado. En su regazo llevaba una bolsa de deporte que hasta entonces me había pasado inadvertida.

-Vamos al motel de San Fernando, Frank. No corras.

Arranqué y me puse en marcha. Fuimos en silencio hasta Hollywood Hills, cuando Rizzi abrió por fin la boca.

-Buen coche, Frank. ¿Denunciaste su robo?

Tragué saliva.

-Sí, esta mañana -respondí.

Miré por el espejo retrovisor a Thomas. Él sabía que había mentido, o bien esta tarde en el concesionario cuando le dije que iría a recogerlos en un Ford, o bien ahora. Pero por suerte, mi amigo no dijo nada.

-Nosotros dos nos bajaremos un par de manzanas antes de llegar al motel -dijo Rizzi-. Tú da dos o tres vueltas y pasados unos minutos aparca lo más cerca que puedas de la recepción. Deja el maletero abierto y quédate de pie junto a él. Bajaremos las cajas con las cintas, las meteremos dentro y nos iremos. ¿De acuerdo?

-Sí, Mike.

Llegamos a las inmediaciones del motel. Rizzi me ordenó que parase. Thomas y él bajaron del coche y se marcharon a pie. Puse el motor en marcha y me incorporé a la circulación. Pasé frente al motel y justo delante de la puerta vi un magnífico hueco para aparcar el coche. Resistí la tentación de hacerlo y cumplí las órdenes. Tomé la primera a la derecha y subí un par de calles. Me detuve en un par de semáforos. Giré en torno al motel y pasados unos minutos estuve nuevamente de vuelta. Me fijé que no había ni un solo hueco para aparcar en varias manzanas a la redonda, pero a lo lejos pude ver que el lugar justo delante de la entrada al motel seguía vacío. Aquello me extrañó, pero no quise quejarme de mi buena suerte, ya que últimamente no me visitaba a menudo. Antes de llegar al bloque del motel tuve que detenerme en otro semáforo. Entonces ocurrió todo.

Varios coches con las luces rotatorias en los parabrisas se pusieron en marcha al unísono y se detuvieron justo delante del motel. De ellos salieron casi una docena de hombres vestidos de paisano, que se dirigieron al interior del motel. Otros quedaron fuera esperando. No me hizo falta pensar mucho para llegar a la conclusión de que aquello era una redada federal. Cuando el disco se puso verde, en lugar de seguir de frente torcí a la derecha.

De alguna manera el FBI había sabido de nuestro acuerdo con Forex y había esperado el momento oportuno para actuar. Conduje fuera del valle como si la cosa no fuese conmigo. Pensé unos instantes, sopesando si algún agente habría reparado en que Rizzi y los demás habían bajado de mi coche, o si se habría fijado en aquel extraño que había pasado frente al motel. Pero aquella era la segunda vez que la diosa fortuna había decidido que yo eludiese la cárcel y decidí que no debía correr riesgos. Me dirigí al garaje de Montebello donde había aparcado el Ford Capri. Al llegar saqué el Ford, puse dentro de su maletero la mochila y dejé dentro del garaje el vehículo con el que había llegado.

Al volante del Ford pensé qué sería lo más acertado. Podría ir a mi casa, aunque huir como un conejo después de haber caído en una redada del FBI unos amigos de la Familia no me pareció la mejor idea. Podría llamar por teléfono desde una cabina, pero la posibilidad de que el teléfono de la persona a la que llamase estuviese pinchado me convenció de que no debía hacerlo.

Finalmente opté por dirigirme a la casa de Jimmy *la Comadreja*. Aparqué en la parte de atrás y fui andando hasta la puerta.

La Comadreja apareció unos segundos después de que llamase al timbre, y a juzgar por su aspecto somnoliento creí que lo había sacado de la cama.

-Frank, ¿qué ocurre?

-Será mejor que me dejes pasar, Jimmy.

Entré en su casa y pasé a la cocina. La Comadreja abrió la nevera y me dio una cerveza. Él se abrió otra.

-¿Qué tal está Dick? -preguntó-. ¿Ha salido del coma?

-No. No vengo a hablarte de mi padre, sino de Forex. Esta noche íbamos a llevar el dinero de Lemoire para hacernos cargo de las cintas de vídeo.

-Sí, lo sé. Iban Rizzi y Ricciardi.

-Yo también -dije-. Era el conductor.

-Y ¿cómo ha ido todo?

-Los chicos han caído en una redada. Los dos. Yo escapé de milagro. He venido aquí

directamente.

La Comadreja casi se atraganta al escuchar aquello.

-¿No te ha seguido nadie? -me preguntó mientras se limpiaba la barbilla con un paño de cocina.

-No.

-Y ¿has venido en el mismo coche?

-No. Lo cambié hace un rato. Creo que deberíamos avisar a Brooklier.

Jimmy no dijo nada. Pasó al salón y miró por la ventana buscando algo sospechoso.

-No podemos llamar al jefe por teléfono -dijo-. Iremos a verle en persona.

La Comadreja subió al piso superior a vestirse. Yo me terminé la cerveza y busqué un aseo donde poder orinar. Cuando terminé, Jimmy ya estaba listo para salir.

-Iremos en tu coche -dijo.

Salimos y dimos la vuelta a la propiedad. Subimos al Ford Capri y la Comadreja me dio las indicaciones para ir a la casa de Brooklier, una vivienda unifamiliar de estilo colonial español. Cuando llegamos, lo encontramos despierto y vestido como si nos estuviese esperando.

-Me acaba de llamar el abogado -dijo el gran jefe-. Rizzi le telefoneó desde la cárcel.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó la Comadreja.

-No lo sé. Quizá nos lo pueda explicar Frank...

Los ojos de Brooklier se clavaron en mí como los colmillos de una cobra. Era la primera vez que tenía delante preguntándome algo cara a cara al máximo responsable de la Familia, el hombre que dictaba las condenas a muerte que con mayor rapidez se ejecutaban en la costa Oeste.

-Seguí las indicaciones de Mike Rizzi -dije tratando de controlar los nervios-, cuando giré la esquina para recogerles en la puerta del motel vi los coches de los federales y me largué de allí. Ya los habían detenido, yo no podía hacer nada.

El gran jefe se pasó el dedo índice por su enorme nariz. Su rostro no reveló ninguna emoción ante mis palabras. La Comadreja vino en mi ayuda.

-Sospecho que el FBI llevaba tiempo detrás de Forex y aprovecharon la ocasión -dijo.

Brooklier resopló impaciente.

-¿Y qué te hace pensar eso? -preguntó.

-Es lo único que puede explicar lo ocurrido esta noche.

-¿Ah, sí, Jimmy? ¿Seguro que no encuentras otra explicación?

La Comadreja fue a decir algo, pero el teléfono sonó. El gran jefe descolgó. Dijo simplemente «Brooklier» y no volvió a decir ni una palabra. Cuando su interlocutor hubo terminado de hablar, el gran jefe dejó el auricular en su sitio.

-El abogado está viniendo para acá -dijo-. Mientras tanto quiero que Frank me cuente todo otra vez.

Brooklier aún no nos había invitado a sentarnos. Con la boca un poco seca por la inquietud expliqué paso a paso mis movimientos desde el momento en que recogí a Rizzi y Thomas Ricciardi en el domicilio del primero. Cuando hube terminado mi relato, la Comadreja pidió permiso a Brooklier para tomar una cerveza. El gran jefe le indicó que podía ir a cogerla él mismo a la cocina. Jimmy salió de la habitación y quedé a solas con Brooklier en el salón.

-Últimamente tenemos muy mala suerte, Frank -me dijo bajando su voz grave haciéndome partícipe de una secreta confidencia-. Primero lo de tu padre, ahora esto. ¿Qué más noticias negativas tendremos que recibir esta noche?

Me encogí de hombros. Brooklier echó un vistazo a la puerta por donde había salido la Comadreja. No viendo a nadie, volvió a hablar:

-Cuando fuiste a recoger a Jimmy, ¿estaba solo?

-No vi a nadie con él -respondí.

Alguien llamó a la puerta de la calle. La Comadreja, que pasaba por allí, fue a abrir. Llegó al salón en compañía de un hombre a quien yo no conocía.

-Ha llegado el abogado -dijo Jimmy.

El recién llegado saludó a Brooklier. El jefe me presentó e invitó a hablar a aquel tipo.

-Acabo de llegar del centro de detención -dijo el abogado-. Los cargos aún no están claros.

-¿Cuándo se sabrán?

-Mañana, probablemente.

-Pero ¿qué ley han usado para la detención?

-La RICO -dijo el abogado, haciendo referencia a la ley contra la extorsión criminal y las organizaciones corruptas.

Brooklier gruñó algo en italiano.

-Es posible que a Ricciardi lo pongan en libertad pronto ya que no tiene antecedentes - continuó el abogado-. Con Mike Rizzi la cosa irá más lenta, y seguramente la fianza será alta.

Volvió a sonar el teléfono. Brooklier respondió nuevamente pronunciando su nombre y nuevamente guardó silencio hasta colgar.

-Es Lemoire -dijo dirigiéndose a la Comadreja-. Quiere vernos mañana por la mañana. Pásate tú con Frank.

-De acuerdo -dijo Jimmy-. ¿Algo más?

-Nada. Ya podéis marcharos.

La Comadreja dio un trago a la cerveza y asintió con la cabeza. Dejó la botella en una mesa y me agarró del brazo para sacarme de aquel lugar.

Recogimos el coche y dejé a Jimmy en su casa. Antes de bajar del coche me ordenó que me quedase en casa hasta que él me llamase por teléfono con instrucciones. A continuación conduje hacia el concesionario. A pesar de no llamar excesivamente la atención, no quería seguir circulando en un coche cuya sustracción había sido denunciada ese mismo día, así que dejé el vehículo guardado en lo más recóndito de nuestro taller y cogí otro. Preocupado por los graves acontecimientos que había vivido en el asunto Forex casi olvidé recuperar la mochila que había dejado en el maletero del Ford Capri. La recogí y la metí en el maletero del nuevo vehículo. Cuando llegué a casa guardé todos los objetos en su lugar y escondí el collar lo mejor que pude en el cajón de mi ropa interior.

A la mañana siguiente volví a llamar a la UCI del White Memorial. Me importaba muy poco lo que opinase de mí la enfermera. Posiblemente no pudiese pasarme en todo el día por el hospital y quería saber cómo estaba mi padre.

No había ninguna novedad.

Jimmy me telefoneó a las diez y media para pedirme que pasase a recogerle. Lo hice, y ya dentro del coche me recordó que teníamos que ir a la mansión de Auguste Lemoire en Hollywood

Boulevard. Al llegar, una asistente mexicana nos condujo al despacho del industrial, donde nos sentamos frente a él, al otro lado del escritorio. Yo asistí a la discusión de aquellos dos hombres en un segundo plano.

-¿Qué demonios ha ocurrido, Jimmy? -preguntó Lemoire.

-No lo sabemos aún.

-¿No lo sabes? Pues permíteme que te lo diga yo. El FBI se ha incautado de diez mil dólares que le había dado a tu amigo Mike Rizzi. ¿Qué te parece?

A pesar de que Lemoire modulaba su voz con cuidado de no parecer ansioso, se notaba a la legua que estaba hecho una furia.

-No sé si recuperaremos el dinero, Auguste, pero lo que sí puedo asegurarte es que nuestros hombres no mencionarán tu nombre a los federales.

-¿Debo agradeceréte, Jimmy?

-Sé que es difícil confiar ahora en nosotros, pero encontraremos al responsable de esto, si lo hay.

-Seguro que lo hay. Después de todo muy poca gente conocía lo de Forex.

-Es verdad, Auguste..., aparte de ti y alguno más nadie sabía nada...

Lemoire se levantó de la butaca como impulsado por un resorte.

-¿Acaso me estás acusando, basura italiana? -bramó apuntando con el dedo a la Comadreja-. Estoy harto de vosotros, empezando por ti. Os creéis con derecho a todo, ¿verdad? Pues escúchame bien: a mí no me vais a tomar el pelo. Así que ya puedes levantar el culo de esa silla e ir a decírselo a Brooklier.

La Comadreja se puso en pie. Yo le imité. Salimos de la mansión Lemoire sin decir ni una palabra más. De camino a la casa de Jimmy traté de enfriar el ambiente.

-Lemoire parece muy molesto -dijo-. ¿Crees que puede meternos en líos?

-No. Lo que le ocurre es que tiene problemas en casa, con su hija.

-Bueno, ha perdido diez mil dólares...

-Bah, eso no es dinero para Lemoire.

Jimmy encendió un cigarrillo y abrió la ventanilla.

-Pero esta conversación era necesaria -dijo-. Conviene que no olvide quiénes somos nosotros.

Llegamos a casa de la Comadreja. Nada más bajar del coche, antes de que yo me pusiese en marcha para irme, dos vehículos se pusieron a nuestra altura. Por un momento pensé que era el FBI, pero de uno de ellos bajó Brooklier y del otro, el abogado del día anterior. Jimmy me habló desde fuera.

-Ven con nosotros, Frank.

Los cuatro nos dirigimos a la vivienda de la Comadreja y nos instalamos en el salón.

-Jimmy, quiero que oigas esto -empezó diciendo Brooklier-. Seguro que te gustará.

Sin dejar de mirar fijamente a la Comadreja, el jefe hizo una señal al abogado. Este carraspeó antes de hablar:

-Esta mañana hemos sabido varios detalles de la operación Forex. No fue un golpe de suerte del FBI. Se trató de un señuelo de los federales. Desde el principio todo era una trampa.

Jimmy miró alternativamente al abogado, luego a Brooklier, luego a mí y luego otra vez a Brooklier. Abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le helaron en los labios.

-Un señuelo del FBI -repitió el gran jefe-. Todo preparado desde el principio.

-¿Cómo lo habéis sabido? -preguntó Jimmy.

-El FBI propuso un trato a nuestros hombres y les reveló la operación, pero los chicos en lugar de aceptar nos han contado todo.

-Los dos hermanos que llevaban Forex en realidad son dos agentes federales -añadió el abogado.

-No... no puedo creerlo -farfulló la Comadreja.

Brooklier se sentó en el extremo del sillón.

-Ayer me dijiste que el FBI estaría vigilando Forex y que cuando se echaron sobre ellos nosotros caímos en la red por accidente.

-Sí, eso pensaba -admitió Jimmy.

-El FBI no estaba vigilando Forex -aclaró el abogado-. Las detenciones de Rizzi y los otros no fueron una casualidad. Toda la operación se hizo para atraer a la Familia.

-¿Quién trajo el negocio de Forex? -preguntó el gran jefe.

La Comadreja abrió las manos como si orase.

-Ya sabes que fue Bomp -dijo.

-Sí, sé que fue Bomp. Y también sé de qué va todo esto. De repente he encontrado respuestas para un montón de preguntas que me hago desde hace tiempo.

Brooklier se puso en pie.

-Espera, espera. -La voz de Jimmy sonó como una súplica-. Te equivocas. Bomp no es un chivato. No trabaja para el FBI.

-¿Cómo lo sabes, Jimmy?

-Porque si Forex es una trampa del FBI y Bomp trabaja para ellos, ¿no sería muy evidente? El FBI nos estaría entregando a su informante. Los federales no hacen eso. Bomp simplemente cayó en la trampa, igual que todos nosotros.

El gran jefe miró de reojo al abogado. Se estiró la chaqueta y se abrochó los botones.

-O Bomp es un traidor o es un estúpido -dijo-. Y para el caso es lo mismo.

La Comadreja se levantó y se interpuso entre Brooklier y la puerta.

-Déjame que hable con él -dijo-. Creo que puedo aclararlo todo. Dame un día.

Brooklier no dijo nada, pero pareció que asentía.

Cuando se hubo marchado el gran jefe, la Comadreja me pidió que lo dejase solo, lo cual hice de buena gana. Fui directo al hospital White Memorial. Subí a la habitación de mi padre para comprobar que seguía en el mismo estado en que lo dejé: un amasijo inanimado de huesos y carne al que solo faltaba un ataúd para poder enterrar.

Me senté en una silla junto a él y le cogí la mano. Al cabo de unos minutos, sin darme cuenta, le empecé a hablar. Le aseguré que saldríamos juntos de aquel hospital, él tal vez en silla de ruedas, pero solo durante unos días. Volveríamos al concesionario y yo me ocuparía del negocio por un tiempo. Mientras, él podría salir a pescar, o a caminar, aunque no distancias demasiado largas. Siempre le haría caso, jamás desoiría los consejos que quisiese darme. Tendría los coches a punto el día antes de entregarlos y trataría bien a todos los empleados. Llegaría siempre puntual a las citas y ya no me dejaría arrastrar por las locuras de nadie, ni me acercaría a los negocios de la Familia que él me desaconsejase. Me haría miembro de la Cosa Nostra, no solo por ser hijo de Dick Morcelli, por mi sangre y mi origen italiano, sino por mi lealtad. La

virtud más importante de todas, la que, según él, era la única que podía mantener con vida cualquier relación humana. Él fue leal a mi madre incluso después de muerta, y yo juré aquella noche a mi padre lealtad hasta el último día de mi vida.

Volví a casa y me fui derecho a la cama. Al día siguiente era domingo y el taller estaba cerrado, así que me quedé toda la mañana en casa pendiente del teléfono por si Brooklier o la Comadreja me necesitaban. Hasta entonces no había detectado ninguna suspicacia de la Familia por mi milagrosa huida del FBI durante la redada de Forex, aunque ignoraba si tal condescendencia era fruto de su convencimiento en mi inocencia o de la lástima que les producía mi previsible orfandad.

En torno a mediodía estaba preparándome unos *tortellini* para el almuerzo cuando alguien llamó a la puerta. Me alarmé, pensando que tal vez hubiese alguna mala noticia del hospital, pero mientras me secaba las manos me dije que si así fuese me enteraría por teléfono. Al abrir la puerta me encontré con alguien a quien tenía casi olvidado: Ray. Al ver la estúpida sonrisa que tenía grabada en su afilado rostro sentí que por dentro me llevaban los demonios.

-Hola, Frank, ¿cómo fue todo?

Cerré de un portazo y le agarré de las solapas de la chaqueta.

-¿Que cómo fue todo? ¡Maldito cabrón!

Ray no supo cómo reaccionar. Agarró mis muñecas en actitud defensiva y balbuceó algo. Le miré con todo el desprecio que había acumulado durante aquellas horas, dispuesto a darle un buen mamporro. Estuve a punto de hacerlo, pero el modo en que él renunció a defenderse me hizo soltarle. Sin decir una palabra me dirigí a mi cuarto. Él me siguió.

-¿Qué te pasa, amigo? -dijo con voz trémula-. ¿Hay algún problema?

-Sí. Este es el problema.

Abrí el cajón de mi ropa interior y extraje la funda de terciopelo negro que había sacado de la caja fuerte de su jefe y que protegía el collar. Se lo tiré a la cara, pero Ray lo cogió al vuelo antes de que le diese de lleno.

-¿Qué es esto? -preguntó.

-Eso es lo que había dentro de la caja.

Ray miró extrañado el paquete. Lo abrió y tuvo frente a sí el collar de la piedra azul.

-¿Y la pasta?

-No había pasta. No había nada. *Niente. Nothing.* -Cerré el cajón dando un fuerte golpe-. Lo único que encontré dentro de la caja fue eso.

Mi amigo dejó sobre mi cama la funda negra y colgó el collar en la palma de su mano.

-No entiendo... -masculló sin poder dejar de mirar aquel objeto.

-Pues yo te lo explicaré. Ese collar es robado, y tu jefe participó en el golpe. Su parte consistía en localizar al perista, y por eso iba a cobrar una cantidad importante de dinero: porque él era el encargado de entregar la mercancía y recibir el dinero. El problema es que por alguna razón la cita se suspendió, y el intercambio no se produjo. Así que cuando yo entré en la casa en la caja no estaba el dinero, sino el collar.

Ray se dejó caer sobre la cama vencido por el revés.

-Podrías haberlo dejado en la caja -dijo como absorto-. Hubiésemos vuelto a por la pasta al día siguiente.

-Oh sí, ¡qué gran idea! Dejar el collar dentro de una caja fuerte destrozada con un mazo y un

punzón.

-Ya... tienes razón...

-Además, me pillaron.

Los ojos negros de Ray se clavaron en mí.

-¿Cómo? ¿Quién te pilló?

-La mujer de tu jefe vino a casa con un amiguito, el abogado de la familia. Subieron al piso de arriba a pasarlo bien, pero cuando golpeé la caja, me oyeron y el tipo bajó a ver qué ocurría.

-¿Te vio la cara?

-No, no me vio. Llevaba puesto un pasamontañas.

Ray pareció recobrar el ánimo.

-Bueno -dijo levantándose de mi cama-, pues qué le vamos a hacer. No todo está perdido.

Mi amigo cogió la funda de terciopelo y salió de la habitación. Fui detrás de él y le di alcance en la puerta de la calle.

-¿Qué quieres decir? -le pregunté.

-Pues que al menos tenemos esto. Lo venderemos.

-¿Ah, sí? ¿Lo vamos a vender? -Arranqué el collar de sus manos y se lo puse delante de las narices-. Vamos, míralo bien y dime: ¿cuánto vale?

-¿Cuánto vale?

-Sí, ¿cuánto vale? ¿Por cuánto lo vendemos? ¿Acaso lo sabes? ¿Diez mil dólares? ¿Cien mil? ¿Un millón? Seguro que sabes por cuánto podemos venderlo. Eres tan listo que seguramente sabes también a quién podremos colocárselo. Joder, con lo sencillo que es no sé por qué demonios estoy yo aquí perdiendo el tiempo y no he salido ya a hacerlo.

Ray tragó saliva. Creo que en aquel momento empezó a considerar las implicaciones de su idea. Lentamente me tendió su mano abierta y dijo:

-Dame el collar. Yo encontraré la manera de responder a tus preguntas.

Eran tantas las ganas que tenía de quitarme de delante a aquel idiota que obedecí. A continuación di un paso atrás y le permití abrir la puerta de la calle. Cuando hubo salido me asomé a la ventana y lo vi entrar en su camioneta roja. Antes de ponerse en marcha lanzó una mirada hacia la casa, pero no sé si me vio. En cierto modo me alegré de verlo partir con el collar. Sentí que me había quitado un peso de encima.

Cuando la camioneta de Ray se hubo perdido de vista cogí mi chaqueta y salí de casa. Llegué al White Memorial media hora después. La enfermera de la UCI me informó de que estaban limpiando la habitación de mi padre y que tendría que esperar unos minutos. Bajé a la cafetería y pedí un té en la barra. Alguien había dejado sobre la mesa el *Times* de la mañana y aproveché para echarle un vistazo. En la primera página venía la noticia de la nueva víctima del asesino del acantilado, un joven indigente de diecisiete años cuyo cuerpo había sido descubierto en una cala próxima a Laguna Beach. El portavoz de la Policía de Los Ángeles había confirmado que las heridas se correspondían con el *modus operandi* del asesino en serie, pero hasta el momento no habían trascendido otras informaciones sobre la investigación.

No pude leer el resto del artículo, pues la enfermera llegó para indicarme que podía subir a la habitación de mi padre. Así lo hice. Quedé unos minutos en pie, abstraído por la presencia ausente de mi padre.

-Hola, Frank.

Aquella voz grave me sobresaltó. Me giré y vi al gran jefe Brooklier. No venía solo, le acompañaba mi amigo Thomas Ricciardi, a quien yo creía aún en prisión. No supe qué decir. Ignoraba lo que Thomas hubiese contado a la Familia sobre la noche de Forex y mis injustificadas idas y venidas de aquella noche.

-¿No te alegras de ver a Thomas? -me preguntó Brooklier, algo incómodo por mi silencio.

-Claro que sí -dije.

-Acaban de soltarlo. Esta mañana.

Alargué mi mano derecha y Thomas la estrechó sin fuerza, mecánicamente, sin el menor gesto de amistad. Brooklier cerró la puerta de cristal del cubículo. Al hablar lo hizo muy bajo, como dirigiendo un rezo.

-Como ya sabes, la operación Forex fue preparada por el FBI para tendernos una trampa -dijo-. Estamos completamente seguros de que los federales utilizaron a alguien de dentro para conseguirlo.

-Bompensiero -dije yo.

-Sí, fue Bomp. Lleva trabajando para el FBI desde hace bastante tiempo. Les ha contado un montón de cosas de nosotros.

-Pero... ¿hay pruebas de ello?

-Nos lo ha asegurado Auguste Lemoire -aseguró Brooklier-. Un contacto suyo en la oficina del FBI se lo ha confirmado.

Quise saber cómo estaba la Familia tan segura de la veracidad de la información de Lemoire, pero tuve el buen juicio de abstenerme de indagar más.

-Bomp caerá -continuó el gran jefe-, caerá muy pronto. Y vosotros dos entraréis en la Familia.

Se me heló la sangre. El ingreso en la Familia exigía que cualquier candidato demostrase su capacidad para llevar a cabo cualquier orden que recibiese, incluido un asesinato, y en este caso planeaba en el aire el de Frank Bompensiero. Las palabras de Brooklier eran lo más parecido a una orden de ejecución que un miembro de la Cosa Nostra podía recibir. Thomas, que asistió a aquel diálogo en silencio, asintió con la cabeza con la sombra de la venganza proyectada en sus ojos.

-¿Qué ocurrirá con la Comadreja? -preguntó mi amigo.

-El futuro de Jimmy dependerá de lo que haga en las próximas horas. Salvará la vida si nos dice la verdad sobre Bomp. Si trata de protegerle sabremos que es otro traidor y correrá su misma suerte.

Tragué saliva.

-Venid los dos esta tarde a mi casa -continuó el gran jefe-, hay mucho trabajo por hacer.

Brooklier pasó junto a mí, para apretar el brazo de mi padre. Fue su despedida. Nos miró alternativamente a Thomas y a mí y salió del cubículo. Respiré hondo, pero dentro de la estancia aún quedaba conmigo Ricciardi.

-¿Lo has pasado muy mal en la cárcel?

-No. -La voz de Thomas era cordial, pero distante-. Estuve encerrado en una celda de la prisión del condado. Era una jodida pocilga, pero la Familia depositó mi fianza esta mañana.

-¿Y Rizzi?

-También está fuera.

-Me alegro mucho. Siento lo ocurrido.

No aprecié ningún síntoma de simpatía en el rostro de Thomas ante mi lamento.

-Cuando iba a detenerme frente al motel vi entrar a los federales -dije tratando de justificarme-. Hui inmediatamente, no podía hacer nada.

-Tuviste suerte. Según hemos sabido, los federales habían dejado el hueco libre para que aparcásemos sin problemas y así cayésemos todos. Tuviste mucha suerte.

Aquella frase final sonó con todo su resquemor.

-Dime una cosa, Frank. ¿Por qué no viniste aquella noche con el Ford Capri?

-Tuve problemas para arrancarlo. Llevaba mucho tiempo parado en el garaje y no quise correr riesgos.

-O sea, que viniste al motel de Forex con un coche cuya desaparición no habías denunciado. Eso no fue lo que dijo Rizzi...

Sentí un sudor frío recorriéndome la espalda.

-Ningún agente reparó en la matrícula -dije-. Y de hecho, nadie ha venido a preguntar por el coche.

-Eso sí que es suerte, ¿verdad, Frank? Toda la manzana vigilada por el FBI y tú consigues huir sin que nadie te vea...

No supe cómo tomarme aquello. La presencia de Brooklier y lo que había dicho sobre Bomp aún me tenían en vilo, y lo único que tenía claro es que quería a Thomas fuera de la habitación de mi padre en aquel mismo momento. Fui hasta la puerta, la abrí y permanecí con ella abierta indicándole que la visita había concluido.

Mi amigo captó el mensaje y salió sin despedirse.

Llegué a las cinco y media a la casa donde vivía Brooklier. Vi aparcado en la puerta el coche de Rizzi y estacioné el mío detrás. Dentro del salón estaban Brooklier y Mike Rizzi, charlando sobre algo. Al entrar yo, todos callaron.

-Pasa, Frank -dijo Brooklier-. Estamos esperando a la Comadreja.

No vi a Thomas, y aquello me reconfortó. Estreché la mano de los presentes, pero no nos intercambiamos ninguna palabra de aliento o afecto. Me senté en el sillón que me indicó Brooklier y se retomó la conversación.

-Por lo visto fue un hombre solo -dijo Rizzi.

-¿Se sabe quién era? -preguntó Brooklier.

-No, aunque a juzgar por lo bien informado que estaba sobre la casa debe de ser algún criado o alguien con acceso al servicio.

-O a la puta de la mujer.

-Menuda zorra.

Asistí a aquel coloquio con fingido interés, tratando de averiguar de qué demonios estaban hablando. Brooklier percibió mi confusión.

-La noche de Forex entraron a robar en casa de un conocido nuestro -aclaró el gran jefe-. Nos han pedido que le echemos una mano.

-Fue en Pasadena -dijo Rizzi-. El ladrón entró en la casa con una recortada y se llevó un collar, pero no tardaremos en encontrarlo. Es una joya muy especial. No puede venderse sin que nos enteremos.

Asentí. Sin ellos saberlo, tenían delante al autor de aquel robo. Saqué un pañuelo del bolsillo

y a escondidas me sequé el sudor que me había empezado a brotar en la frente como un manantial. Antes de que tuviese que justificar mi repentino acaloramiento, la puerta del salón se abrió y apareció Jimmy *la Comadreja*.

-¿Has visto a Bomp? -le preguntó Brooklier.

Jimmy se sentó en el extremo de un sofá y nos miró alternativamente a cada uno de nosotros. Traía el rostro circunspecto. Sus cejas, que permanentemente caían inclinadas hacia abajo otorgándole una expresión de candidez, estaban enmarañadas y rebeldes, caracterizando a un hombre distinto.

-Acabo de volver de San Diego -dijo al fin.

-¿Y bien?

La Comadreja respiró hondo. Se desabrochó el botón de la chaqueta y negó con la cabeza.

-Dice Bomp que el negocio de Forex lo conoció a través de un tipo de Los Ángeles llamado Daniel. Le pedí que me diese toda la información que tuviese de ese hombre, pues queríamos hablar con él, pero Bomp me dijo que eso ya no sería posible.

-¿Por qué?

-Porque él mismo fue a Los Ángeles para pedir explicaciones a ese hombre y lo mató.

-¿Lo mató? ¿Cómo? ¿Dónde?

La Comadreja volvió a respirar hondo como si el aire que envolvía aquel salón no tuviese el oxígeno suficiente para sus pulmones.

-Bomp me dijo que se deshizo del cadáver.

Rizzi me dirigió una mirada en la que pude ver impresa una burla. Brooklier se levantó y se colocó justo delante de la Comadreja.

-Y tú, ¿qué crees, Jimmy? ¿Te ha contado la verdad?

La Comadreja levantó los ojos para mirar al gran jefe, pero no fue capaz de sostenerle la mirada. Derrotado, bajó la barbilla y negó con la cabeza.

El gran jefe se volvió a Rizzi y le hizo una señal convenida. Mike asintió y, sin despedirse, salió de la casa. Brooklier se dirigió entonces a mí:

-Frank, acompaña a Jimmy a su casa.

Me levanté como un resorte y esperé en la puerta a que viniese la Comadreja. Jimmy pasó frente a mí cabizbajo y fue hacia mi coche soportando el enorme peso que había caído sobre sus hombros. Antes de salir, el gran jefe me habló nuevamente.

-Date una vuelta por ahí, Frank. A ver si te enteras de algo de ese collar.

Dejé a la Comadreja en su domicilio y, sin detenerme siquiera a llamar por teléfono desde cualquier cabina, conduje a toda velocidad rezando por encontrar en su casa a Ray. Aparqué descuidadamente junto al buzón que daba acceso a la vivienda unifamiliar que aquel desgraciado tenía alquilada y creo que con las prisas no llegué a cerrar el coche. Vi su camioneta aparcada debajo de la canasta que tenía colgada sobre el garaje y di gracias al cielo. Llamé con insistencia a la puerta hasta que me abrió.

-¿Qué ocurre? -Los ojos de Ray reflejaron la alarma que mis golpes le habían generado.

Le eché a un lado de un empujón y accedí al interior de la casa.

-¿Dónde está? -pregunté sin dejar de mirar a mi alrededor.

-¿Quién?

-El collar, el puto collar. ¿Dónde lo tienes?

Mi amigo cerró la puerta y fue a la cocina. Abrió un armario situado junto al frigorífico y sacó un bote plateado. Al abrirlo se propagó un intenso olor a café. Ray metió los dedos entre el polvo marrón que cubría el recipiente y extrajo una bolsita de plástico herméticamente cerrada. Me la enseñó. Dentro estaba el collar.

-¿Me puedes decir ya qué demonios ocurre? -me preguntó.

Estiré el brazo para quitarle el collar, pero él hábilmente retiró la mano a tiempo para ponerlo fuera de mi alcance.

-Tenemos que deshacernos de él inmediatamente -dije resignado.

-Por supuesto. En cuanto encuentre un comprador.

-No, joder, no me entiendes. La Familia está detrás de ese collar. Acabo de saberlo.

Ray rio con su habitual risita histérica de coyote.

-¿Mi jefe mezclado con la Familia? No seas absurdo.

-Tu jefe seguramente no, pero sus socios sí lo están. Brooklier en persona se ha preocupado por ese maldito collar. Esto nos puede costar la vida, tenemos que deshacernos de él. Ahora.

La sonrisa de Ray se heló en sus labios, pero aquello duró un segundo.

-Vamos, Frank. Creo que te estás pasando. Los tipos han perdido el collar y dan palos de ciego. Es imposible que den con nosotros. ¿Cuántos habitantes hay en Los Ángeles? ¿Tres millones de personas? ¿Crees de verdad que van a saber que hemos sido nosotros?

Me sorprendí de lo estúpido que podía llegar a ser Ray. En aquel momento recordé a mi padre y sus opiniones sobre mi amigo.

-Mira, lo tengo casi hecho -continuó-. He localizado a un perista y tal vez mañana consiga vender el collar, nos repartiremos la pasta y todo habrá terminado. ¿De acuerdo?

Al escuchar aquello me derrumbé definitivamente. No sabía si Ray era incapaz de entender o si, en cambio, podía darse cuenta de la situación pero prefería ignorarla. Sin embargo, lo que más me dolió fue comprobar que debido a la sed de dinero que tenía, Ray era capaz de poner en riesgo no solo su vida, sino también la mía. Me pareció el acto de egoísmo más repugnante al que nunca había asistido.

-Eres un idiota -le dije al fin sacudiendo la cabeza-, un perfecto idiota. El tío más idiota de toda la costa Oeste. Ahora me doy cuenta. Dentro de tu cabeza no debe de haber ni serrín. Quédate con el maldito collar. Yo no quiero nada. No quiero saber nada más de él, ni que me des mi parte. Quédate con todo. Y tampoco hace falta que me llames, ni que me cuentes lo feliz que eres con la pasta. No quiero volver a verte en toda mi vida, Ray.

No quise quedarme a averiguar el efecto que tenían mis palabras. Aquel fue mi adiós a las tropas. Salí de su casa y, efectivamente, nunca más volví a ver a Ray en toda mi vida.

A partir de entonces los hechos se sucedieron a borbotones, arrastrando a su paso a todos los protagonistas como un remolino de agua que se esfuma por el retrete.

Después de dejar a Ray me fui a casa, donde llegué hacia las siete de la tarde. Vi aparcado en la puerta un Chrysler Newport de color marrón. Dentro había dos hombres a los que no conocía de nada. Cuando bajé de mi coche los vi venir hacia mí.

-Brooklier quiere verte -dijo uno de ellos.

-¿Dónde?

-En el hospital White Memorial. Ven con nosotros.

Volví a mi coche y conduje detrás del Chrysler hasta el hospital.

Brooklier estaba con otro soldado junto a la puerta del cubículo de mi padre. Me hizo una señal para que entrase en la habitación con él. Quedé a solas con él y con el viejo.

-Esta noche será lo de Bompensiero, en San Diego -dijo casi en un susurro.

Asentí nerviosamente tratando de sacudir fuera de mí la inquietud que me habían generado aquellas palabras. La posibilidad de que me ordenase ir a apretar el gatillo me seguía angustiando.

-¿Iré yo a hacerlo? -pregunté aterrado.

-No, Frank. A ti quiero pedirte otra cosa. Necesito que vayas ahora a ver a Auguste Lemoire y le cuentes lo que te acabo de decir. Trata de tranquilizarle, ¿de acuerdo?

Respiré aliviado.

-¿Vendrá conmigo la Comadreja? -pregunté.

-No. Tú solo.

Brooklier se dispuso a salir. Desde la puerta se volvió para hacer una leve inclinación hacia mi padre en señal de respeto.

-Si hay algún problema me avisas -dijo.

Esperé un minuto a que Brooklier se marchase con su comitiva y salí del White Memorial. Sopesé si pasar por casa para cambiarme de ropa y ponerme algo más elegante, pero decidí cumplir con celeridad la orden del jefe. Así que fui directo a la mansión de Lemoire.

Cuando llegué a Hollywood Boulevard el apellido de Brooklier obró milagros, pues fui admitido al instante en el despacho del magnate de la pesca californiana. Lo encontré pálido, sudoroso. La puerta era doble y se cerraba corriendo horizontalmente las dos hojas. Lemoire lo hizo con movimientos torpes, pues las manos le temblaban ligeramente. Se dio la vuelta y, aún de pie, me habló:

-Bueno, ¿qué? ¿Qué noticias hay?

Di el mensaje de Brooklier esperando que aquello sirviese para calmar los nervios de aquel hombre. Pero no fue así.

-Eso está muy bien -dijo-, pero ¿y la Comadreja?

-¿La Comadreja?

-Sí, ¿qué me dices de ese cerdo? Fue él quien me metió en Forex. Le dije a Brooklier que quiero su cabeza.

Aquello me paralizó. Verdaderamente no supe cómo reaccionar.

-No... no tengo constancia de que Jimmy...

-Vamos, no seáis ingenuos. Mientras vuestro jefe estaba en la cárcel, tanto Bomp como Jimmy trabajaron para el FBI. Están juntos en todo. ¿Es que no lo sabéis?

Lemoire empezó a negar con la cabeza y a hacer aspavientos con las manos a escasos centímetros de mi cara. Temí que fuese a golpearme.

-Señor Lemoire, Jimmy no...

-El FBI organizó lo de Forex porque sabía que gracias a Bomp y a la Comadreja la Familia picaría el anzuelo -me interrumpió Lemoire, con su furia en aumento-. Pero el cerdo de la Comadreja quiso que yo también cayese, y eso no lo olvidaré nunca. Me parece muy bien si Brooklier quiere acabar con Bomp, pero yo a la Comadreja no le perdono. Y exijo que se me haga caso.

Lemoire siguió hablando, exponiéndome sus múltiples quejas sobre el modo en que la Familia

le había faltado al respeto en los últimos meses. Todos le ninguneaban, hasta en su propia casa. Ya nadie recordaba por qué estaba él allí, por qué había ascendido hasta ocupar su situación en la sociedad de Los Ángeles. Lemoire dijo que era poderoso y que no se detendría ante nada para conseguir lo que merecía: respeto.

Noté que las puertas del despacho se abrían unos centímetros, pero decidí no interrumpirle. Solo faltaba que me acusase a mí también de faltarle al respeto.

-Escucha -dijo entonces-. Escúchame bien. Estoy harto. ¡Harto! Ya sé que es tu amigo, y es muy loable que lo defiendas. Pero ese tipo ha puesto en riesgo mi familia y los avisos ya se han terminado. Quiero que muera hoy. Así que si vosotros no queréis hacerme ese favor, entonces lo haré yo. ¡Lo haré yo! Hoy mismo. ¡Esta misma noche! ¿Está claro?

No me sequé las gotas de saliva que Lemoire me había salpicado por miedo a ofenderle. Le dije que transmitiría su mensaje a Brooklier y le saludé con la cabeza deseando salir de allí.

Recogí el coche. Había dejado a Lemoire más nervioso de como lo había encontrado, por lo que la misión de tranquilizarle podía considerarse un estrepitoso fracaso. Convenía que Brooklier lo supiese cuando antes, así que fui directo al domicilio del gran jefe, quien me recibió de inmediato.

-Lemoire no considera suficiente lo de Bomp -le dije-. Exige que se elimine también a la Comadreja. Según él, Jimmy es un confidente del FBI que buscó su caída en Forex.

Brooklier picoteaba de un platillo de cacahuets, agitando el pie que le colgaba al cruzar las piernas.

-¿Dijo algo más?

-Sí. Me aseguró que si la Familia no mataba a Jimmy esta noche, que entonces lo haría él.

Aquello sí inquietó algo al gran jefe, lo suficiente para que dejase de bailotear con el pie. Se limpió las manos con una servilleta y se levantó.

-No sé si Jimmy saldrá de esta -dijo-, pero si muere será por decisión nuestra, no de ese pescadero presuntuoso. Escúchame, Frank.

Brooklier me ordenó que fuese a casa de Rizzi y consiguiese un arma. A continuación tenía que ir al chalet de la Comadreja y llevármelo a mi casa. Allí pasaría la noche, lejos de las garras de Lemoire. Después de decirme lo que debía hacer como si fuese el propietario de mi vida, el jefe me acompañó a la puerta de su casa.

-No intentes ponerte en contacto con nosotros -dijo-. Te llamaremos para saber que todo ha ido bien.

Recogí el coche y fui adonde vivía Mike Rizzi a pedirle una pistola. Tuve que parar a repostar porque mi coche ya casi estaba en reserva. Durante aquellos días creo que recorrí los kilómetros suficientes para atravesar el país. Cuando fui a pagar observé en un reloj situado sobre la caja registradora que eran las nueve de la noche.

Rizzi me recibió en bata. Me dejó pasar al recibidor, pero no me condujo al salón. Hablamos en la entrada de su casa bajo la tenue luz de una lámpara de mesa.

-Me manda Brooklier para que me prestes un arma.

-El jefe debe de estar de broma -me dijo Mike-. Salí bajo fianza de milagro y estoy pendiente de juicio. Así que me he deshecho de todas las armas menos de una, y esa no te la puedo dejar.

Aquello era una contrariedad. Yo tenía la recortada del taller que había usado la noche del robo del collar, pero por nada del mundo quería sacarla de donde estaba. Me froté la nuca

tratando de pensar.

-¿Para qué quieres el arma? -me preguntó Rizzi.

-Brooklier quiere que recoja a la Comadreja y le lleve a pasar la noche conmigo. Lemoire ha amenazado a Jimmy, así que la pistola es para protegernos.

-¿Acaso Lemoire sospecharía que Jimmy está en tu casa?

-Supongo que no.

-Por supuesto que no. Vamos, Frank, no necesitas ninguna pistola para eso.

-Pero el jefe...

-Tranquilízate. Yo llamaré a Brooklier y le explicaré todo.

Rizzi tiró de mí hacia la puerta. Me fijé entonces que debajo de la bata no llevaba el pijama, sino que iba vestido de calle. Tal vez Mike tuviese razón y no necesitase estar armado esa noche, pero la ira de Lemoire me había sobresaltado lo suficiente para insistir.

-Vamos, Rizzi, déjame tu pistola.

-No, joder. No puedo. La necesito esta noche.

-¿Para lo de Bomp...?

-No. Yo no iré a San Diego. Esta noche me tengo que encargar del idiota que robó el collar al hombre de Pasadena.

Me detuve en seco.

-¿Cómo?

-El tipo que se cree muy listo, pero nosotros lo fuimos más. Le pusimos de cebo un perista amigo nuestro que le dijo que le compraría el collar. Esta noche hemos quedado con él, así que no puedo dejarte el arma. -Mike abrió la puerta de su casa-. Y ahora tienes que irte. Vamos, Frank, ¡lárgate de una puta vez!

Traté de averiguar algo más, pero Rizzi consiguió sacarme de su casa a empujones.

Miré el reloj. Eran casi las diez. Ignoraba a qué hora me llamaría Brooklier para comprobar que Jimmy estaba a salvo en mi casa, pero lo más urgente era evitar que matasen a Ray. Subí al coche y conduje lo más rápido que pude a su casa.

La encontré a oscuras, aparentemente desierta. Llamé a la puerta, pero Ray no abrió. Busqué la llave debajo de la maceta y la encontré. Al encender la luz vi algo extraño. Ray había cubierto algunos muebles con unas sábanas blancas, como si fuese a estar ausente durante bastante tiempo. Corrí al dormitorio y abrí el armario. La mayor parte de su ropa no estaba guardada dentro.

Me temí lo peor. Fui al lugar donde había visto que Ray guardaba el collar. Abrí el frasco metálico, pero lo encontré vacío. No quedaba ni siquiera el café molido que servía para ocultar la bolsita de plástico que contenía la joya. Ray se había largado, tal vez para siempre, convencido de que el perista le daría el dinero suficiente para no tener que regresar nunca más.

Eché un vistazo a toda la casa esperando encontrar algo que me demostrase que mis suposiciones eran falsas, pero nada me hizo cambiar de opinión. Al pasar junto al teléfono vi el contestador automático de Ray. La cinta estaba sin rebobinar, como si alguien hubiese dejado un mensaje. La luz estaba apagada, por lo que tal mensaje ya había sido escuchado. Apreté el botón de retroceso y cuando la cinta llegó al principio pulsé el *play*. Distinguí entonces la voz de Dorothy Lemoire.

Ray, acaba de estar en mi casa tu amigo Frank Madison. Se encerró en el despacho con mi

padre, pero pude oír el final de la conversación. Estaban hablando de ti. Mi padre le decía a Frank algo parecido a lo que me dijo a mí el otro día: que no iba a consentir que tú jugases con la estabilidad de nuestra familia. Entonces le dijo que tenías que morir hoy. Esta misma noche. Madison protestó algo, pero no se negó. Estoy segura de que lo van a hacer. Ray, tienes que salir de ahí. Reúnete conmigo esta misma noche en la playa del Cabrillo, en San Pedro. En la parte de arriba, junto al restaurante. Te estaré esperando hasta que llegues.

No podía creerlo: la muy estúpida nos había espiado y pensó que su padre se refería a Ray, en lugar de a la Comadreja. Y lo peor es que Ray había escuchado el mensaje, por lo que si yo lo encontraba sería imposible convencerle de que en realidad le andaba buscando para salvarle la vida. Maldije mil veces a aquella jodida niñata mientras me aseguraba de que el mensaje quedaba totalmente borrado en aquel contestador.

No tenía sentido seguir buscando el collar en aquella casa, Ray se lo había llevado con él. Miré el reloj. Ya eran las diez y media pasadas. Hacía rato que tendría que estar en casa con la Comadreja, aunque tal vez Jimmy podría esperar mi llegada un rato más, si es que Auguste Lemoire no había enviado ya a alguien para agradecerle su invitación a participar en Forex.

Volví al coche y cogí el bulevar Venice en dirección este para tomar luego la I-110 y atravesar Gardena y Torrance para llegar a San Pedro. A pesar de la hora encontré bastante tráfico, y me pregunté adónde demonios irían todos aquellos estúpidos que me obstaculizaban la marcha precisamente esa noche.

Llegué al Cabrillo. Aquello lo conocía muy mal, y a mi pesar descubrí que la zona estaba pobremente iluminada. Dorothy Lemoire había mencionado un restaurante situado en la parte alta, así que deseché la zona de las playas más allá del rompeolas donde estaba la rampa de lanzamiento de barcos. Subí por la única cuesta que encontré hacia el barranco y llegué a una zona donde la oscuridad era absoluta. En un cierto punto dejó de haber asfalto, y la carretera se convirtió en un camino de grava que hizo traquetear el coche de manera inquietante. Temí haberme perdido, pero al cabo de unos metros vi un cartel que anunciaba la presencia de un restaurante un poco más allá.

Antes de llegar a él, en mitad de la oscuridad a un lado de la carretera, en una lengua de tierra de unos quince metros de profundidad que se abría en el arcén de la derecha, había dos coches parados. Uno de ellos con las luces de emergencia encendidas. Llegué hasta ellos y me detuve justo detrás para que mis faros iluminasen algo la escena. Bajé del coche. Me pareció escuchar un murmullo lejano, como el de un motor de coche. Pero enseguida aprecié que el ruido que más intensamente percibía era el de las olas que se estrellaban contra las rocas en el acantilado que se abría a mis pies. Me acerqué al borde del barranco, pero la irregular superficie arenosa sobre la que me apoyaba me hizo temer un resbalón y me alejé asustado.

El vehículo que tenía las luces encendidas era la camioneta Ford F-150 de Ray. La puerta del conductor estaba abierta, pero en su interior no había nadie. El coche de al lado era un Mercedes. Un coche muy parecido a uno que en su día pusimos a punto en el taller de mi padre para Auguste Lemoire. Tampoco había nadie dentro del Mercedes.

-¡Ray! ¡Dorothy! ¿Estáis aquí? ¿Podéis oírme?

Giré un par de veces sobre mis talones, pero nadie respondió a mi llamada. Si se habían ocultado sería imposible dar con ellos. Más allá de los tubos de luz de los faros de mi coche no se veía absolutamente nada.

Eché otro vistazo a la camioneta. En el asiento del copiloto vi una maleta de piel. A pesar de

que no la llegué a tocar, pude comprobar que era muy abultada. Aquello sí me pareció más extraño. Abrí la guantera, pero no encontré en ella más que los papeles del coche. Me propuse echar un vistazo, pero entonces recordé la orden de Brooklier de recoger a la Comadreja y me dije que tenía que largarme ya mismo de aquel lugar.

-Vamos, Ray. Si me estás oyendo sal de donde estés. Quiero hablar contigo y no tengo mucho tiempo. ¡Haz el favor de venir aquí! ¡No voy armado!

Me abrí la chaqueta demostrando la veracidad de mi afirmación, pero nadie respondió. Miré el reloj. Eran las once y veinte. Verdaderamente no podía perder ni un minuto más.

Regresé a mi coche, di marcha atrás y regresé por donde había venido. Fui directo a la casa de la Comadreja, adonde llegué al cabo de una media hora. Llamé a la puerta insistentemente, pensando que tal vez Jimmy estuviese durmiendo. Pero no era así. Vino a abrirme enseguida y me completamente vestido.

-¿Qué ocurre, Frank? ¿Alguna noticia de San Diego?

-Ninguna. Pero tenemos que largarnos de aquí. Auguste Lemoire te busca y el jefe me ha pedido que te esconda en mi casa esta noche.

Tal vez consciente de la gravedad de la situación, Jimmy no quiso indagar nada más. Cerró la puerta detrás de él y me acompañó al coche. Cuando me hube incorporado a la circulación, la Comadreja encendió un cigarrillo y abrió la ventanilla.

-¿Y qué le pasa a ese loco de Lemoire? -me preguntó.

-Te acusa de haberle tendido una trampa para que cayese en Forex.

Jimmy tiró el cigarrillo nada más encenderlo y escupió hacia la calle. Esperé algún tipo de defensa o justificación, pero no dijo nada.

-Oye, Jimmy, ¿lo de Bomp se ha hecho ya? -pregunté.

La Comadreja echó un vistazo a su reloj.

-Sí, seguramente sí -dijo-. Pobre Bomp...

-¿Cómo ha sido?

Suspiró.

-Le hice la señal para que saliese de su casa y fuese a la cabina telefónica a la que le llamo -explicó-. Cuando lo hice, avisé a Brooklier. Él quería ser quien hiciese la llamada a la cabina. Cuando Bomp levantase el auricular, Thomas Ricciardi le dispararía. Le estaría esperando allí, oculto en algún lado.

-¿Ha ido solo Thomas a hacerlo?

-No -respondió en un suspiro-. Un conductor le acompañaba.

Llegué a mi casa, pero antes de entrar en el garaje di una vuelta a la manzana tratando de detectar algo extraño en las proximidades. Nada vi. Dejé el vehículo dentro de la cochera y conduje a Jimmy al interior.

-Espero que pasemos la noche tranquila -dije atrancando la puerta de atrás-. Fui a pedirle un arma a Mike Rizzi, pero me dijo que la necesitaba esta noche.

Jimmy asintió con un gruñido mientras se apoltronaba en el sofá del salón.

-Me dijo que iban a por un tipo que robó un collar -continué aparentando desinterés-, ¿sabes tú algo de eso?

Pero la Comadreja no me respondió. Se había quedado dormido como un tronco.

Aquella noche dormí poco. Solo conseguí conciliar el sueño de madrugada durante un par de

horas, hasta que unos golpes impetuosos a la puerta me despertaron a las siete y media. Bajé corriendo a abrir. Jimmy ya no estaba en el salón.

-¡Abra! ¡Policía!

Me pasé la mano por el pelo. Llevaba una camiseta de manga corta y un pantalón de deporte. Así vestido abrí a dos hombres trajeados que se identificaron con sendas placas de detective del Departamento de Policía de Los Ángeles.

-¿Es usted Frank Madison?

-Sí.

Les invité a pasar. Antes de cerrar la puerta vi junto al felpudo el periódico del día y lo recogí. En la primera plana había un recuadro con la noticia del asesinato en San Diego de Frank Bompensiero.

Dejé el periódico sobre la mesa como si la cosa no fuese conmigo mientras uno de los detectives echaba un vistazo descarado al salón.

-Ayer por la noche se cometió un homicidio y nos gustaría hablar con usted sobre el tema - dijo su compañero.

Traté de mantener la calma, pero por dentro me consumió la idea de que algún micrófono hubiese delatado el conocimiento que yo tenía del asesinato de Bomp. El crimen había tenido lugar en San Diego, pero si la policía había conseguido seguir la pista a Thomas Ricciardi, seguramente las investigaciones las llevarían las policías de ambas jurisdicciones, la de allí y la de Los Ángeles.

-¿Un homicidio...? -balbucí-. ¿Y qué puedo hacer por ustedes?

-Señor Madison, nos gustaría que nos acompañase a comisaría, allí estaremos más tranquilos. ¿Tiene algún inconveniente?

-Pensaba ir esta mañana al hospital a ver a mi padre.

-No le llevará mucho tiempo -dijo el otro.

El tono de aquellos dos hombres era extrañamente cordial, como si estuviesen suplicando una ayuda que solo yo podía proporcionar. Pensé que la escena había sido cuidadosamente estudiada, de modo que negarse en tales circunstancias, más que una cuestión de índole legal, parecería una desconsideración.

Acepté acompañarles y subí a mi cuarto para vestirme a toda prisa y salir de allí cuanto antes, esperando que ninguna llamada telefónica o visita inapropiada les sirviese para establecer una mayor relación entre la Familia, el crimen de San Diego y yo.

Me invitaron a ocupar el asiento trasero de su coche y me llevaron a las oficinas del Departamento de Policía, en el 150 N de la calle Los Ángeles. Una vez allí me hicieron pasar a una de esas salas de interrogatorios con una mesa, unas sillas y un espejo falso en la pared. En ningún momento los detectives me dijeron que estaba detenido, ni me leyeron la advertencia Miranda. Únicamente me preguntaron si quería un café y me pidieron que esperase unos minutos. Permanecí allí casi un cuarto de hora, preguntándome qué iba a ocurrir a continuación y cómo podía convencer yo a aquellos tipos de que no sabía nada de la muerte de Bomp. Seguramente habría alguien detrás de aquel espejo observando atentamente mi comportamiento, por lo que aparenté estar tranquilo. En todo caso, si con ello pretendían que la histeria se apoderase de mí, casi lo consiguieron.

Al fin los dos detectives aparecieron con mi café y una carpeta azul bajo el brazo.

-Como le dijimos antes, señor Madison, ayer por la noche se produjo un homicidio -dijo uno de ellos mientras se sentaba frente a mí.

El otro detective ocupó otra silla junto a él y revolvió los papeles que había dentro de la carpeta sin que yo pudiese verlos.

-Vamos a enseñarle una fotografía del cadáver, para ver si puede reconocerlo -dijo-. La imagen es un poco dura.

Puso una foto sobre la mesa y la empujó con su dedo índice hacia mí. Tomé la foto entre mis manos y la vi.

-Oh, Dios...

-¿Sabe quién es?

-Sí. Es Dorothy Lemoire...

Los dos ojos medio abiertos de Dorothy me miraban desde aquel pedazo de papel, con la boca retorcida y la nariz desviada en mitad de un rostro hinchado y deforme. Tenía el pelo sucio y alborotado, con manchas de un color rojo muy oscuro. No quise seguir viéndola así y devolví la fotografía a uno de los detectives.

-¿De qué conocía a la señorita Lemoire?

-Su padre es cliente del taller de mi padre.

El otro detective sacó otra fotografía.

-La víctima fue encontrada en la playa del Cabrillo a primera hora de esta mañana. Fue arrojada al mar desde el barranco. Allí en lo alto encontramos su coche, un Mercedes. Y junto a él había un segundo vehículo. Este de aquí. -El policía me tendió una fotografía-. ¿Lo reconoce?

Era la camioneta roja Ford F-150 de Ray.

-Sí, lo reconozco. Es de un amigo mío llamado Ray.

-¿Hay alguna razón para que las huellas de usted estén en la guantera de esa camioneta?

El corazón se me aceleró. Mientras pensaba una respuesta repasaba la lista de cosas que la policía podía haber encontrado en aquel vehículo.

-Tuvimos la Ford de Ray en nuestro taller hasta hace poco para hacerle el mantenimiento. Supongo que mis huellas estarán en varias partes.

El detective intercambió una mirada con su compañero. No supe bien qué significaba aquello.

-¿Dónde está Ray? -pregunté.

-No lo sabemos, señor Madison. Pensábamos que tal vez usted lo sabría...

-No, no tengo la menor idea. Vi a Ray por última vez ayer por la mañana. Estuve en su casa y discutimos por una tontería. Después me marché y no volví a verlo.

El detective guardó la foto revolviendo en el interior de la carpeta. Me pregunté cuál vendría a continuación.

-Sí, señor Madison, eso lo sabemos. Un vecino les oyó discutir ayer y le vio salir a usted de casa de Ray y subir en su coche. Tomó nota de la matrícula y coincide con su vehículo.

Me alarmé al pensar que tal vez aquel vecino pudiese entender lo que Ray y yo estábamos hablando.

-¿Ray conocía a Dorothy? -preguntó el otro detective.

-Sí, eran amigos.

-¿Muy amigos?

Contuve mis ganas de responder. Contarles la verdad les habría llevado a suponer que yo sabía demasiado sobre la historia de ellos dos, lo cual no me convenía.

-Ray no ha hecho nada malo a Dorothy, estoy seguro de ello -dije como respuesta.

-Señor Madison, por ahora no manejamos la hipótesis de que Ray asesinase a la chica. Al revés, nos preocupa otra cosa.

-¿Qué... qué quiere decir?

El detective dejó la carpeta a un lado y entrelazó los dedos sobre la mesa. Hizo una breve pausa tratando de percibir la inquietud que transpiraba mi voz.

-Solo le hemos enseñado la fotografía del rostro de Dorothy -dijo al fin-, pero por las heridas que tiene en el resto del cuerpo estamos seguros de que la mató el asesino del acantilado.

Sentí un hormigueo en el estómago similar al que me produce ascender a lo alto de la montaña rusa en el parque de atracciones. En aquel momento fui incapaz de comprender totalmente las implicaciones de esa noticia.

-Y entonces... ¿Ray?

-Lo estamos buscando, señor Madison.

No hubo más preguntas. Salí de aquella sala con el temor de que Ray hubiese sido también víctima de aquel sádico criminal. Por entonces desconocía el modo en que actuaba ese asesino en serie, y si alguna vez había atacado a más de una víctima. En los ascensores de la comisaría me crucé con los padres de Ray, pero no creo que me reconocieran. La madre venía llorando, secándose los ojos con un pañuelo apoyada en el hombro de su marido.

Llegué a la calle y busqué un taxi. Antes de que pudiese parar alguno, un Lincoln negro se detuvo junto a mí. La puerta de atrás se abrió y vi a Brooklier haciéndome una seña para que subiese. Lo hice y el vehículo se puso en marcha. Junto al conductor iba un segundo hombre, uno de los soldados del gran jefe.

-Un amigo de la policía nos ha dicho que te traían aquí para interrogarte -me dijo Brooklier.

-Sí. Pero no sobre Bomp, sino sobre Dorothy Lemoire.

La cara del gran jefe dibujó un gran signo de interrogación similar al que seguramente hice yo esa mañana con la policía.

-¿Qué le ha ocurrido a la chica?

-Por lo visto ayer la mató el asesino del acantilado.

-Joder... ¿y tú qué sabes de eso?

-Nada. Pero un amigo mío llamado Ray salía con Dorothy. Ray ha desaparecido, y la policía me ha preguntado si sé dónde está.

-¿Y lo sabes?

-No.

Los ojos de Brooklier se revolvieron inquietos en sus cuencas al son de las sospechas que revoloteaban por su mente.

-¿Dices que ese Ray es el tío que salía con la hija de Auguste Lemoire? -preguntó.

Asentí con la cabeza. Brooklier se incorporó para dirigirse al conductor.

-Vamos a ver a Lemoire -ordenó.

Ignoraba la razón de aquella súbita decisión, pero el gran jefe no se detuvo a explicarme

nada. Me imaginé entonces irrumpiendo en la mansión de aquel hombre tan poderoso por tercera vez en pocos días, en esta ocasión horas después de saber que su hija había sido víctima de un asesino en serie. Me pareció pretencioso por parte de Brooklier invadir el duelo de aquella gente. Y peor aún, llevándome a mí como protagonista de aún no sabía qué.

Mientras el Lincoln entraba en la propiedad de la familia Lefore, me imaginé una gran cantidad de agentes de policía por los alrededores rebuscando entre la maleza pruebas y demás indicios que les permitieran dar con el asesino. Pero nada de eso vi en la mansión Lefore. Estaba todo prácticamente igual que el día anterior cuando fui a intentar calmar su cólera por lo de Forex. Una asistenta nos llevó a Brooklier y a mí al despacho de Auguste. Estaba sentado en el borde de su sillón, mirando al suelo, con las manos juntas como si orase. Cuando la criada cerró la puerta, Lefore levantó sus ojos enrojecidos y cruzó con Brooklier una mirada sin expresión.

-Acabo de enterarme, Auguste -dijo el gran jefe-. Lo siento mucho.

El industrial no dijo nada, casi no se movió del sitio. Siguió sentado, reclinado hacia delante, respirando pesadamente bajo la camisa medio desabotonada que mostraba su pecho velludo.

-¿Qué te ha dicho la policía? -preguntó Brooklier.

-Que ha sido un asesino en serie. Pero no es verdad.

-¿No es verdad?

-No. Ha sido el chico, Ray, el joven con el que salía.

El jefe me miró reclamando una explicación.

-Señor Lefore -dijo-, a mí la policía me ha dicho que seguramente Ray también ha sido víctima del asesino del acantilado.

El padre de Dorothy reparó en mí por primera vez.

-No. Ella me dijo que iba a quedar con su novio para dejarlo. Le iba a decir que se marchaba a San Francisco y que quería terminar la relación. Ayer salió a hacerlo, y ese maldito la mató.

Lefore se echó hacia atrás y se tapó la cara con las manos. Hasta Brooklier y hasta mí llegaron los ecos ahogados de sus sollozos. En aquel momento pude haber dicho muchas cosas. Que Dorothy no tenía ninguna intención de dejar a Ray, o que las heridas de la chica habían convencido a la policía de que había sido víctima del asesino del acantilado, o que su hija no había salido la noche anterior a dejar a mi amigo, sino a salvarle la vida porque pensaba que yo iba a matarlo. Pero decidí no abrir la boca, no sé si por cobardía o porque nada de ello hubiese servido para calmar el dolor de aquel hombre.

Seguramente por cobardía.

-¿Podemos hacer algo por ti? -preguntó Brooklier.

Lefore sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por los ojos.

-Encuentra a ese hijo de puta y tráemelo. Tráeme al asesino de mi hija.

-Lo haré aunque tenga que bajar al mismo infierno a buscarlo -dijo el gran jefe-. Te lo prometo, Auguste.

Salimos de la casa y cuando llegamos al Lincoln, Brooklier me preguntó adónde quería ir. Le pedí que me llevase al hospital White Memorial.

Subí a la habitación de mi padre, y le encontré exactamente igual que la última vez. Y que la penúltima, y que la anterior. Ese es un síntoma del coma: cada día es igual que los demás. Me senté junto a su cama meditando sobre lo muerto que parecía él que estaba vivo, y la vida que el

día anterior rezumaba por cada poro de Dorothy hasta que se cruzó con aquel asesino.

Llamé al concesionario de mi padre para avisar de que no iría a trabajar y me salté el almuerzo. Permanecí en aquella extraña prisión de cristal durante varias horas haciendo compañía a mi padre hasta que me quedé dormido. Debían de ser las cinco de la tarde cuando una mano agitó mi hombro para despertarme.

-Señor Madison...

Eran los dos detectives que había conocido por la mañana.

-En su taller nos han dicho que lo encontraríamos aquí -dijo uno de los policías con el tono cansado debido al paso de las horas.

-¿Qué ocurre?

-Volvemos a necesitarle.

Me puse en pie estirándome de manera discreta para desentumecer los músculos.

-¿Hay alguna novedad? -pregunté-. ¿Tengo que ir otra vez a la comisaría?

-En realidad no, señor Madison. Esta vez se trata de un reconocimiento.

-Debe venir con nosotros al depósito de cadáveres.

-¿Al depósito de cadáveres? -Note cómo los ojos se me abrieron hasta que casi se me saltaron-. ¿Es Ray?

-Me temo que sí. Hace un par de horas lo encontró un joven que había salido a dar una vuelta en barca, cerca del Cabrillo. Se había enganchado en una boya. En estos momentos le están practicando la autopsia.

Me dejé llevar mansamente al aparcamiento donde los detectives habían estacionado su vehículo y ocupé el asiento de atrás. Sentí una angustia cada vez más profunda conforme nos acercábamos a la morgue del condado en Mission Road. Bajé del coche y antes de entrar eché un vistazo al denso tráfico que concurría por la interestatal 5, a unos pocos metros de él.

Los detectives me condujeron a una sala donde había un cristal muy amplio, a través del cual podía verse una habitación vacía. La puerta se abrió y un hombre vestido con una bata azul entró empujando una camilla que colocó junto al cristal. La camilla transportaba un cuerpo metido en una bolsa de plástico. A una señal de los detectives el empleado del depósito tiró de la cremallera y dejó al descubierto la cara de aquel hombre. A pesar de las múltiples heridas que tenía en el rostro era inconfundible.

-Es él, es Ray.

El doctor cubrió nuevamente el cuerpo de Ray y lo sacó de la habitación. Me sentí mal, y los dos detectives me llevaron a una sala de espera donde había un dispensador de agua con vasos de plástico. Llené uno y me senté en una de las sillas forradas de tela verde para calmar mis nervios. El médico que nos había enseñado el cadáver de Ray entró en la sala llevando una carpeta roja y pidió a los detectives que lo acompañasen, por lo visto tenía algo que decirles. Los policías me pidieron que los esperase unos instantes y después me acompañarían a casa. Permanecí durante casi un cuarto de hora mirando la pared desnuda de aquella sala, meditando sobre la desafortunada manera en que Ray y Dorothy pudieron llegar a cruzarse con el asesino del acantilado. Pensé que ellos eran dos y el asesino solo una persona, aunque si este iba armado no habría tenido ningún problema en hacerse con el control de la situación. También era posible que hubiese atacado a traición a Ray dejándolo fuera de combate, y en tal caso ocuparse a solas de la chica hubiese sido relativamente fácil.

La puerta se abrió. Eran los dos detectives. Me levanté y tiré el vaso de plástico a una papelería que había en un rincón.

-Señor Madison, vamos a tener que pedirle que nos acompañe a la jefatura.

-¿Por qué? ¿Qué ocurre?

-Parece que la investigación ha dado un giro inesperado -dijo el otro detective mostrándome la carpeta roja de plástico que le había entregado el médico.

La duda de lo que contenía aquel portafolios me acompañó hasta el Departamento de Policía de Los Ángeles. ¿Qué sería? Y sobre todo, ¿qué relación tendría conmigo? No podía parar de hacerme preguntas. Los signos de interrogación se agolpaban en mi mente golpeando las paredes de mi cabeza como taladradoras. Uno no sabe lo que es morir de miedo hasta que no es acompañado por segunda vez en un día a una sala de interrogatorios, sobre todo si hay cosas que prefiere esconder a la policía.

Los detectives me dejaron a solas un par de minutos en la sala para que me cociese en mi propio jugo. Después entraron nuevamente los dos juntos. Uno de ellos puso un calendario sobre la mesa, uno pequeño plastificado en el que cada hoja es un mes y que tenía un anagrama del Departamento de Policía impreso. Lo abrió por la hoja del mes corriente y lo colocó frente a mí.

-Señor Madison, vamos a pedirle que haga memoria. ¿Vio usted a su amigo Ray este día?

El detective señaló una fecha del calendario: el día que yo había entrado a robar en el domicilio del jefe de Ray y me llevé el collar que ahora buscaba la Familia.

-Sí -respondí-. Ese día vi a Ray por la mañana.

-¿Y por la tarde?

-No. Esa tarde Ray se marchó de viaje.

-¿Recuerda adónde?

-Sí, a Laguna Beach.

El otro detective apuntó algo en su cuaderno y cogió el calendario. Echó un par de hojas atrás y me mostró la de noviembre de 1976. Me preguntó si recordaba haber estado con Ray en Los Ángeles determinado día de ese mes, pero esa pregunta no fui capaz de responderla con seguridad. A continuación hube de hacer memoria sobre otro par de fechas sobre las que tampoco pude ser muy preciso.

El detective dejó a un lado el calendario y pasó a otro asunto.

-Señor Madison, nos gustaría que ahora nos contase algo sobre el modo de vida de Ray.

-¿Qué quiere saber?

-Sus padres nos dijeron que no trabajaba...

-Tenía trabajos esporádicos... alguna vez nos echó una mano a nosotros en el taller.

-¿Sabe usted si tenía alguna ocupación en estos últimos días?

Sí la tenía, como ayudante del hombre al que le robamos el collar.

-No me consta -dije.

El detective anotó algo, tal vez la mentira que les acababa de soltar. Su compañero volvió a la carga.

-¿Ray salía a menudo por la noche?

-Sí, bueno... como todo el mundo. Quiero decir... lo normal.

-¿Lo hacía solo o acompañado?

-Por las tardes solía quedar con Dorothy.

-Pero ¿por la noche?

El toque de alarma que sonaba en mi cabeza desde el principio de aquel interrogatorio se volvió insoportable.

-Detectives, por favor -dije-. No entiendo a qué vienen todas estas preguntas sobre Ray. Ha sido la víctima de un crimen y no veo por qué escarbar...

-Señor Madison -me interrumpió uno de los policías-. Tenemos razones para creer que fue Ray quien asesinó a Dorothy Lemoire.

De repente la luz se encendió en mi cabeza y por fin las razones de todas aquellas preguntas se mostraron ante mí con total claridad. La policía estaba tratando de situar a Ray en los escenarios de los delitos cometidos por el asesino del acantilado.

-Es imposible... no puedo creerlo. Nunca lo creeré. Y me niego a seguir colaborando en esto. -Me levanté dispuesto a marcharme-. Saldré de aquí en este mismo momento a menos que demuestren sus acusaciones.

Uno de los detectives me lanzó una mirada de pesadumbre.

-Tenemos fuertes indicios -dijo el otro.

-¿Cuáles?

El policía abrió la carpeta que había traído del depósito de cadáveres y sacó unas fotos.

-Mire, señor Madison, vea esta fotografía. -Me enseñó una imagen del cadáver de Dorothy de cintura para arriba-. ¿Ve todas estas heridas? ¿Y estas de aquí?

Asentí.

-Son abrasiones resultado de la caída por el barranco. ¿Ve el color que tienen? Son blancas, ¿lo ve? Presentan ese aspecto porque la víctima no sangró al hacerse tales heridas. Y no sangró porque cuando el asesino la arrojó al mar, la chica ya estaba muerta.

-Los muertos no sangran, señor Madison -añadió el otro detective.

Tomé la foto y comprobé el aspecto blanquecino de las heridas que me había indicado el policía.

-Ahora vea esta fotografía que el forense ha tomado del cuerpo de Ray. -Me mostró una fotografía del torso de mi amigo-. Estas abrasiones también son producto de la caída. Fíjese en el color. ¿Lo ve?

Me fijé en ellas. Efectivamente tenían un color amoratado, distinto al que presentaban las heridas de Dorothy.

-A diferencia de la chica, Ray sangró. Porque cuando cayó por el acantilado aún estaba vivo.

-¿Y qué quieren decirme con eso? -protesté tirando la fotografía sobre la mesa-. Cuando el asesino del acantilado arrojó el cuerpo de Ray, mi amigo aún respiraba. Eso es todo.

-No, señor Madison. El cadáver de Ray no presenta ninguna herida por arma blanca. El asesino del acantilado no le atacó a él.

-¿Cómo...?

-Estamos convencidos de que Ray cayó accidentalmente por el barranco cuando arrojó el cadáver de la chica.

La imagen del borde del precipicio que yo había visitado el día anterior regresó a mi mente. Recordé su aspecto arenoso, y el temor que tuve de resbalar y precipitarme al vacío si me acercaba demasiado.

Los detectives recogieron las fotos y las guardaron en su carpeta. En ese momento, un agente de uniforme irrumpió en la sala sin llamar a la puerta.

-Estamos listos -dijo.

Los dos detectives se levantaron al unísono.

-Señor Madison, hemos conseguido una orden para registrar el domicilio de Ray. Por favor, acompáñenos. Nos servirá como testigo.

Seguí dócilmente a los dos hombres y volví a meterme en el asiento trasero de su coche. Había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho en las últimas horas.

Llegamos a la casa de Ray y uno de los cuatro agentes que nos acompañaba llamó a la puerta. Supuse que eso vendría en la ley. Como nadie abrió otro de los agentes procedió a echar la puerta abajo. Pasé al interior con los policías dejando atrás la maceta bajo la cual hubiésemos podido encontrar la llave de la casa.

-Usted quédese aquí, señor Madison -dijo uno de los detectives señalándome un sillón del salón-. Si le necesitamos ya le avisaremos.

Los seis policías revolotearon a mi alrededor abriendo cajones, levantando cojines, escrutando cada centímetro cuadrado del suelo. Uno de ellos salió al jardín y empezó a catalogar los objetos que Ray tenía ahí fuera.

Al cabo de unos minutos una voz se escuchó desde el dormitorio de Ray. Los dos detectives corrieron hacia allá y en un momento todo el interés de los policías se centró en aquel lugar. Por un momento imaginé que habían dado con el collar robado.

-Señor Madison, necesitamos que venga a ver esto.

Entré en la alcoba. Los policías abrieron un pasillo para que pudiese pasar entre ellos hacia el armario donde Ray guardaba su ropa y uno de ellos abrió el cajón que recorría la parte inferior del mueble.

-Lo hemos encontrado así -dijo.

El agente sacó una bolsa de plástico de tintorería que extendió para que todos pudiésemos verla. La abrió, extrajo el disfraz de policía de Ray y lo dejó cuidadosamente sobre la cama.

-¿Sabía usted que Ray tenía un uniforme falso de policía? -me preguntó uno de los detectives.

-No -mentí.

-¿Y no se imagina para qué necesitaba algo así?

Negué con la cabeza.

Los agentes siguieron revolviendo las cosas de Ray durante algún tiempo. Se incautaron del disfraz y de todos los cuchillos de la cocina, y al cabo de una hora aproximadamente dieron por concluido el registro y dejamos la casa.

Los detectives me pidieron un poco más de paciencia. Uno de ellos quería aclarar un aspecto de mi declaración mientras el otro se dedicaba al papeleo del registro. Regresamos a la comisaría de policía y me condujeron a la sala de espera, donde tuve que aguardar unos instantes. Allí, sobre una mesa, vi un ejemplar de un periódico de la tarde. En la portada vi la noticia de que Auguste Lemoire había ofrecido una recompensa de medio millón de dólares a aquella persona que fuese capaz de proporcionar una pista cierta que sirviese para localizar al culpable del asesinato de su hija Dorothy.

No pude leer el artículo entero. Llegó el detective que quería hablar conmigo y me llevó a la

sala de interrogatorios de costumbre. El tipo fue directamente al grano.

-Señor Madison, ¿cómo sabe usted que Ray estuvo en Laguna Beach aquel día en concreto?

-Me lo contó él mismo cuando lo vi por la mañana. Por lo visto el plan inicial era ir en compañía de otros amigos, pero más tarde me dijo que finalmente iría solo.

-¿Sabe lo que hizo allí, dónde se alojó, a quién vio?

Respondí negativamente a todas las preguntas. Verdaderamente no tenía ni idea de lo que Ray había hecho aquella noche en Laguna Beach, si es que verdaderamente había estado allí la noche que yo entré a robar el collar de su jefe.

-¿Sabe usted que esa misma noche el asesino del acantilado mató a un mendigo de diecisiete años?

-Sí, lo leí en el periódico, pero en aquel momento no establecí ninguna conexión. Al igual que no la establezco ahora. Ray es inocente y no he visto ninguna prueba que lo incrimine.

-En ocasiones los indicios son tan poderosos como las pruebas, y en este caso los indicios cuentan una historia bastante clara.

-Me gustaría oírla.

-Verá, los asesinos en serie como el del acantilado establecen un patrón de actuación que van perfeccionando con el tiempo y que les permite actuar cada vez más rápido y de manera más segura. En el caso de Ray creemos que utilizaba su disfraz de policía para acercarse a las víctimas y poder atacarlas posteriormente, cuando estas menos lo esperasen.

-Eso no pueden probarlo.

-En el caso de Dorothy, lo más probable es que ella le hubiese citado para decirle que quería dejar la relación. El padre de la chica nos dijo que esa era la intención de Dorothy. Él debió de reaccionar mal, sufrió un ataque de ira y mató a la muchacha utilizando el mismo método que usaba con el resto de sus víctimas. Después intentó deshacerse del cadáver arrojándolo por el acantilado, pero resbaló y cayó detrás.

-Todo eso son especulaciones.

El policía resopló con impaciencia.

-Posiblemente no podamos demostrarlo nunca, pero en un caso como este en el que el principal sospechoso ha muerto y no puede ser llevado a juicio, lo más importante es que no haya más muertes. Hay mucho chalado que querría ocupar su lugar y apuntarse todos sus crímenes, y por ello es necesario que se mantenga todo en secreto, que nunca nadie sepa ni diga nada.

Negué con la cabeza, aquello no podía estar ocurriendo.

-Si verdaderamente nuestra teoría es cierta y Ray es el asesino del acantilado, los crímenes se detendrán para siempre -concluyó el policía-. Y esa será la mejor prueba de su culpabilidad.

El detective no quiso saber qué opinaba yo de todo aquello. Se levantó y me tendió la mano.

-Confiamos en que usted no revele nunca a nadie lo que ha sabido hoy, señor Madison. Ha sido muy amable. Si necesitamos una declaración formal, ya nos pondremos en contacto con usted.

Salí de la comisaría con dolor de cabeza y angustia. Vomité en una esquina y me senté en el suelo durante unos minutos para despejarme. No paraba de repetirme lo errados que estaban aquellos policías, la injusticia que se estaba cometiendo. Yo sabía que Ray era inocente y esos hombres me pedían que guardase silencio, que fuese cómplice de aquella tropelía. Pero yo quería hablar. Quería gritar. Pregonar a los cuatro vientos que las muertes del asesino del acantilado no

se iban a detener, porque mi amigo era inocente y el verdadero criminal no tardaría en matar de nuevo.

Cuando llegué a casa ya eran cerca de las ocho. Me quité la ropa y fui directo a la ducha para liberarme bajo el agua de toda la inmundicia que la policía había vertido sobre la memoria de Ray durante aquellas horas. Cogí la esponja y froté fuerte. Todo lo fuerte que pude. Como si en mi piel hubiese quedado impregnada la vergüenza que sufría por haber sido incapaz de confesar todo lo que yo sabía y que tal vez no hubiese servido para alejar de Ray todas aquellas sospechas, pero sí para saldar mi deuda con él. Lo cierto es que todo se había debido a mis miedos. El miedo que me causaba aceptar las consecuencias de mis acciones y que ahora llamaba a mi puerta reclamando una justa compensación. Allí desnudo bajo el agua me sentí como un traidor. Un traidor cobarde y tembloroso, aferrado a una libertad que no me pertenecía y que había robado al eterno descanso de mi amigo. Tendría que ser la muerte de la próxima víctima inocente del asesino del acantilado la que exonerase a mi amigo, porque yo no era más que un maldito cobarde.

Me vestí y bajé a la cocina a prepararme algo de cena. En ello estaba cuando escuché el timbre de la puerta. Fui a abrir y me encontré con Brooklier, Rizzi y Thomas Ricciardi. Me senté en un sillón frente a frente con el gran jefe. Los otros dos permanecieron en pie, en un segundo plano.

-Dime una cosa, Frank -empezó diciendo Brooklier-. ¿Crees en las casualidades?

No supe qué decir. Así que opté por no decir nada.

-Porque yo no creo en ellas -continuó-. De hecho, siempre he dicho que la casualidad es la excusa de los culpables. Te cuento todo esto a propósito del collar del que te hablé, ¿lo recuerdas?

Asentí.

-Verás, el hombre que robó el collar de nuestro amigo había fijado una cita para ayer por la noche con un perista a quien se lo iba a vender. Aquello era una trampa, y nosotros íbamos a acudir para recuperarlo. Creo que esto ya lo sabes, ¿verdad?

Volví a asentir. Rizzi iba a ajustarle las cuentas con la pistola que no me quiso prestar.

-Pues el idiota que robó el collar no apareció. Y nosotros pensamos, «caramba, qué raro. ¿No será que alguien le fue a avisar?».

Brooklier se volvió a Rizzi y Ricciardi reclamando una respuesta. Los dos sacudieron la cabeza afirmativamente.

-Pero ahora viene lo curioso. -El gran jefe movía las dos manos como si fuese un director de orquesta-. El hombre a quien le robaron el collar nos dijo que uno de sus empleados lleva dos días desaparecido, y ese empleado ha resultado ser el mismo chico que salía con la hija de Auguste Lemoire, y que también murió ayer. Así que, bueno, tiene sentido que no acudiese a la cita con nosotros, después de todo. Pero luego hemos recordado que ese muchacho era amigo tuyo. ¿No lo era?

-Sí, lo era.

-Tú lo conocías muy bien, ¿verdad?

-Sí, lo conocía bien -dijo con convicción.

-El chico ha aparecido muerto hoy mismo. Lo ha encontrado en el mar un tío de Santa Teresa que estaba pescando por ahí. Resulta que a un poli se le ha escapado delante de él que el muerto

era el asesino del acantilado... y ¿sabes qué es lo primero que ha hecho ese tío cuando ha sabido quién era el cadáver? Joder, ha corrido como un poseso para reclamar el medio millón de dólares de recompensa que ha ofrecido Lemoire.

Los tres rieron a la vez.

-Bueno, Frank. El caso es que hemos preguntado a nuestros contactos en la policía si entre la ropa de ese cadáver había cierto collar. O tal vez en la camioneta que dicen que le pertenecía. Incluso en su casa. Creo que la han registrado y te llevaron a ti como testigo...

-Sí. Estuve allí, pero que yo sepa no encontraron nada.

-Efectivamente -confirmó Brooklier-. No hay ni rastro del collar. Ni en la casa, ni en el coche, ni en el cadáver. El collar ha desaparecido. *Sparito*. Se ha esfumado en el aire.

El gran jefe levantó los dedos y sopló entre ellos como si hubiese hecho un truco de magia.

-Te confieso, Frank, que entonces empecé a sospechar de ti. Pero claro, tú no podías haber tenido nada que ver en todo aquello. Porque esa noche tú tenías una misión: ir a por la Comadreja y traerle aquí, a tu casa. Yo te pedí que hicieses eso... ¿a qué hora? ¿A las diez?

-Sí, a las diez.

-Así que llamé a la Comadreja y le pregunté a qué hora llegaste tú a su casa. Y ¿sabes lo que me ha dicho Jimmy? Que llegaste a las doce de la noche. ¡A las doce! -Brooklier se pasó la lengua por los labios-. Dime, Frank, ¿por qué tardaste dos horas en llegar a casa de Jimmy?

Eché un vistazo a Rizzi y Ricciardi. Los dos venían sin chaqueta, aunque debajo de los jerséis, en la parte de atrás, podían llevar un arma sujeta con el cinturón.

-Me perdí -dijo con la mayor sangre fría que fui capaz de reunir-. Era tarde, estaba muy nervioso y me pasé el desvío de la autopista.

Los tres hombres se tomaron mi respuesta con cierta hilaridad. El jefe se puso serio.

-Bueno, Frank. Iré al grano -dijo-. No me interesa nada el robo, ni tampoco tus trapicheos con ese tal Ray. Y hasta cierto punto tampoco quiero saber lo que hiciste ayer por la noche. Pero te voy a hacer una pregunta y te la voy a hacer solo una vez. ¿Tienes tú el collar?

-No. No lo tengo.

El gran jefe se levantó y empezó a pasear a mi alrededor de un modo que me intranquilizó bastante.

-Me alegra oírlo, Frank, porque si eso es cierto entonces no me has estado engañando todo este tiempo -dijo-. Pero déjame que te diga algo. El collar que robaron en aquella casa no es un collar normal y corriente. Tiene una piedra azul muy valiosa que se llama «tanzanita». Es especial, muy especial. Una joya muy rara, única. La han descubierto hace muy poco unos negros en África y en Estados Unidos hay muy pocos collares que la contengan. Nuestro hombre la consiguió por muy buen precio, y estamos hablando de mucha pasta. Muchísima pasta. No puedes ni imaginarte el valor que tiene la tanzanita. -Brooklier se detuvo frente a mí-. ¿Sabes por qué te cuento todo esto, Frank?

-No.

-Porque si un día apareciese en tu poder un collar de tanzanita, idéntico al que te acabo de describir, jamás creeré que se trate de una jodida casualidad y lo más seguro es que ese día te recuerde que la casualidad es la excusa del culpable. Porque sabré que eres culpable, Frank. Tan culpable como Bruto, o como aquel jodido loco que mató a Lincoln. Serás culpable, Frank y me veré obligado a...

El timbre del teléfono interrumpió la amenaza de Brooklier. El gran jefe fue en persona a responder.

-¿Sí? Es aquí... en este momento no puede ponerse. ¿Quién es?... Ah, ya... sí, entiendo. Le paso el recado ahora mismo.

Brooklier colgó el teléfono.

-Eran del hospital -dijo volviéndose hacia mí-. Tu padre ha muerto.

Aquellas cuatro palabras largamente esperadas hicieron bajar antes de lo previsto el telón de aquel acto siniestro protagonizado por el jefe, sus dos secuaces y yo.

Fuimos los cuatro en el Lincoln de Brooklier al White Memorial sin pronunciar ni una sola palabra y cuando llegamos al cubículo cristalino de mi padre lo vimos tumbado en la cama sin el enjambre de máquinas al que había estado conectado. Estaba muerto, con los ojos cerrados y el gesto sereno. Con la expresión más humana que le recordaba desde que entró en el hospital y que la muerte le había devuelto.

Uno de los médicos me explicó que mi padre había fallecido a causa de una neumonía. Por lo que pude entender, los pacientes que llevan cierto tiempo en coma pueden contraer esa enfermedad y morir a las pocas horas. Me pregunté por qué demonios no se habían tomado las medidas para evitar ese riesgo, pero me abstuve de enzarzarme en discusiones inútiles. Cumplimenté los trámites del fallecimiento y los papeles de la funeraria. Mientras lo hacía, vi cómo Brooklier, Rizzi y Ricciardi se santiguaban con gesto grave ante el cadáver del viejo Dick, uno de los más destacados miembros de la Familia de California. Ayudado por los empleados de la funeraria, llevé esa misma noche el cuerpo de mi padre a su casa para velarlo y recibir los saludos de todos sus amigos. Entre los rituales de la Cosa Nostra, el fallecimiento de uno de sus hombres era uno de los acontecimientos más ceremoniosos. Y con él siempre se vivía una tregua, una especie de redención que alcanzaba a todos aquellos que se encontraban en alguna falta con la Familia. Mientras la funeraria preparaba el salón de mi casa para exhibir el ataúd con los restos, me pregunté si el manto de perdón que extendería la muerte de mi padre serviría para redimirme de mis propios pecados.

Enterramos a mi padre en el cementerio del Calvario, en la parte este de Los Ángeles, junto a mi madre. En una tumba situada muy cerca de la de Jack Dragna, quien había sido jefe de la Familia por espacio de veinticinco años. Después de la ceremonia ofrecí unas cervezas en mi casa a todos los asistentes.

Poco a poco aquel caudal de vecinos, parientes lejanos y amistades se fue diluyendo por la puerta de mi casa. Los últimos en irse fueron los miembros de la Familia que habían acudido al entierro. Durante buena parte del ágape me fijé en la Comadreja. Hablaba con unos y otros despreocupadamente, a veces incluso riendo. Como si aquello fuese un cóctel de graduación. Me dije que no se iría sin hablar conmigo y cuando fue al recibidor a recoger su abrigo, vi mi oportunidad.

-Jimmy, salgamos al jardín -le dije-. Quiero preguntarte algo.

Nos alejamos de miradas curiosas y fuimos caminando hacia el fantástico Oldsmobile Cutlass que se acababa de comprar.

-Hay algo de lo que quería hablar desde hace tiempo contigo -empecé diciendo-. Del día del accidente de mi padre.

Jimmy no dijo nada, pero conforme nos íbamos acercando al coche pude notar la creciente incomodidad en su andar.

-Mi padre había decidido dejar de conducir meses antes de ir a San Diego. Me sorprende que decidiese regresar a Los Ángeles él solo, y además conduciendo un vehículo que no era suyo.

La Comadreja se detuvo.

-¿Tiene alguna importancia eso ahora? -me preguntó.

-Para mí sí.

Jimmy echó un vistazo furtivo hacia atrás comprobando si nos observaba alguien.

-Ese día fuimos a San Diego por orden de Brooklier -dijo-. El jefe estaba obsesionado con Bomp y quería conocer la opinión de tu padre. Brooklier dijo que tendríamos que quedarnos en San Diego hasta que él llegase, y por eso Dick te pidió que volvieras tú solo a Los Ángeles. La idea era que tu padre regresase en el Lincoln de Brooklier con el jefe.

Jimmy sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Me ofreció uno, pero decliné la oferta.

-El caso es que después de marcharte tú, recibimos una llamada de Brooklier. Dijo que no podría venir, pero que quería hablar con Dick esa misma tarde. Tu padre le dijo que prefería volver al día siguiente, pues así podría pedirte a ti que volvieres a recogerlo. Pero el jefe insistió en que quería verlo inmediatamente. Por lo visto había recibido una llamada de Lomore ofreciéndole el dinero para financiar Forex y quería conocer la opinión de Dick antes de contestarle. Desgraciadamente, sufrió el accidente.

-¿Fue un accidente, Jimmy?

-Claro que fue un accidente, ¿qué estás pensando?

-Estoy pensando que...

-Escucha, Frank, Dick sufrió un accidente, nadie quería verlo muerto. No sé si sería una distracción suya, o un defecto del asfalto o un fallo mecánico de mi coche... pero fue un accidente.

Jimmy sacó la llave del Cutlass y abrió la portezuela.

-Tu padre iba a decir al jefe que se mantuviese alejado de Forex, pero no tuvo ocasión de hacerlo. Al final, lo de Forex lo decidió Brooklier sin escucharle.

-Me dijisteis que mi padre había decidido que yo tendría que participar en lo de Forex.

-Yo eso no se lo escuché decir a Dick. -Jimmy se metió en el coche, cerró la puerta y bajó la ventanilla-. Pero ¿qué más da? ¿Es que no sabes que los jefes siempre tienen razón? Ellos nunca se equivocan, Frank. Más vale que lo recuerdes.

El Oldsmobile se perdió entre el tráfico de Los Ángeles con aquel tipo despreciable y buscavidas en su interior y comprendí el porqué de su apodo. Jimmy *la Comadreja* sí había entendido las reglas, y siempre conseguiría sobrevivir. No importa cómo o con ayuda de quién. Siempre sobreviviría.

Regresé a casa. Ya no quedaba casi nadie, así que empecé a recoger algunos vasos y llevarlos a la cocina. Allí me encontré con Thomas Ricciardi.

-Frank, te estaba esperando.

-¿Qué ocurre?

-El jefe quiere verte esta tarde en su casa. Dice que es importante.

-Dile que allí estaré.

Thomas asintió y salió de la cocina. Sentí entonces exactamente lo mismo que cuando vi alejarse a la Comadreja, aunque esta vez tenía serias dudas de que Thomas compartiese con

Jimmy el innato talento de este último para sobrevivir. Mi amigo era un hombre tan cercano a mí y, sin embargo, tan distinto...

Esa tarde acudí a la casa del gran jefe. Cuando llegué me pidió que pasase al salón y allí me encontré con un hombre algo más bajo que yo pero muy fornido, de cuello ancho y abultados bíceps.

-Frank, te presento a Joe. -Le di la mano-. Joe es un miembro de la Familia, un amigo nuestro que llevaba tiempo viviendo en Las Vegas y acaba de regresar a Los Ángeles.

Brooklier se acercó al mueble bar y sirvió tres copas de un licor anaranjado. Luego nos tendió un vaso a Joe y otro a mí.

-Necesitas ayuda, Frank -continuó Brooklier-. Thomas Ricciardi será hecho miembro de la Familia en unos días. Él ha demostrado ser merecedor de ello, pero tú aún tienes que probarlo. Tu padre quería que pertenecieses a la Familia, y nosotros se lo debemos y por eso te vamos a ayudar. -Brooklier esbozó lo que pretendió ser una sonrisa-. Pero estás disperso, Frank, distraído. No tienes las prioridades en orden. Y para eso está aquí Joe, para ayudarte a recorrer el camino. Cuando pases la prueba y no quede ninguna sombra que oscurezca tu lealtad, te haremos miembro de la Familia.

Miré a Joe preguntándome en qué demonios consistiría esa maldita prueba, si es que la iba a haber. El tipo parecía algo resignado. No sé si aquel encargo representaba para él un honor o un castigo, pero supongo que tendría las mismas opciones que yo de rechazarlo. Brooklier continuó hablando con el deleite de quien adora escuchar su propia voz.

-Y lo primero que vamos a pedirte es que dejes de trabajar en el concesionario de tu padre. Puedes quedarte el negocio y poner un gerente que lo dirija, o puedes venderlo, eso es cosa tuya. Pero necesitamos que te presentes a las pruebas de guardia de prisiones y saques una plaza de funcionario federal. Cuando lo hagas intentaremos que te destinen a Oldstock, en Santa Teresa. Allí tenemos serios problemas para introducir heroína y hemos pensado que podremos hacerlo sin dificultad si contamos con la cooperación de un guardia. Un guardia nuestro, naturalmente.

Bebí el contenido de la copa de un solo trago como si el paso por mi organismo de aquel líquido abrasador pudiese borrar el rastro de aquel minuto y echar el tiempo atrás. Pero no fue así.

-Trabajarás en Oldstock introduciendo heroína en la prisión -concluyó Brooklier-. Joe te dará la mercancía y te dirá a quién se la tienes que facilitar. ¿Has entendido?

Había entendido y no pude imaginar un castigo peor.

-Sí, pero ¿cómo puede hacerse eso? -pregunté.

-Es sencillo -dijo Joe-. Bastará con introducir las dosis en papel de aluminio y luego meterlas en una bolsa de plástico. A continuación introduces la bolsa bien cerrada en el termo del café. Nadie notará nada. Para repartirlas puedes meterlas en el correo de los presos o usar un porteador.

-¿Un porteador?

-Ya te explicaré.

Joe demostró poseer un buen conocimiento de la cárcel, seguramente por experiencia propia, y aquello me intranquilizó aún más. Brooklier zanjó la conversación, entregó un sobre a Joe y juntos salimos de aquella casa.

Subimos al coche y arranqué el motor.

-¿Adónde vamos? -pregunté a Joe.

-A Santa Teresa, a la playa de Half Moon.

Conduje sin hacer preguntas siguiendo las indicaciones que me dio Joe hasta llegar a nuestro destino. Joe me pidió que me detuviese frente a una choza medio desvencijada con una tabla de surf colgada de la fachada y un cartel que decía: CURSOS DE SUBMARINISMO. En la puerta vimos aparcado un reluciente Mustang Cobra II de color azul celeste cuyo contraste con el lugar no podía ser mayor.

Joe entró en la caseta con paso decidido. Un individuo de unos treinta años custodiaba aquel lugar. Tenía el pelo largo, estaba sentado en el suelo con las piernas dobladas y fumaba algo que no olía muy bien.

-¿Eres tú Pete? -preguntó Joe.

-Sí, yo soy Pete.

Eché un vistazo a la cabaña. En las paredes vi colgada una fotografía de Bob Marley y unos colgantes con forma de espinas de pescado. La única ventana de la habitación estaba medio tapada con un tablero en el que se exponían abalorios para su venta.

-Venimos de parte del señor Lemoire -dijo Joe.

-¿En serio? -Pete dio un salto y se puso de pie.

Joe abrió el sobre que le había dado Brooklier y miró su interior. Después se lo tiró a Pete.

-Aquí tienes tu recompensa: treinta mil dólares.

Deduje que aquel sujeto era el pescador que encontró el cadáver de Ray, y aquel dinero la parte de la recompensa que Auguste Lemoire pensaba que merecía por su descubrimiento.

-Joder. ¿Solo treinta mil?

-Solo treinta mil. Y da gracias. Se te aparecieron todos los santos cuando a uno de los polis se le escapó delante de ti que habías encontrado al asesino del acantilado, así que no tienes a la suerte. Y te advierto: si alguna vez abres la boca sobre lo que encontraste en el agua vendremos a pedirte que nos devuelvas la pasta. Y con intereses.

-Pero, joder, apenas me da para pagar el Mustang. -Pete vocalizaba con dificultad, abriendo la boca más de lo normal en una cantinela quejosa-. Joder, yo pensaba...

Joe no le dio tiempo a continuar. Me hizo una señal con la cabeza para que lo siguiese fuera de allí, lo cual hice con sumo gusto. Dejamos a Pete lamentándose a solas envuelto en el humo de su cigarrillo.

Subimos al coche y regresamos a Los Ángeles. Cuando circulábamos a la altura de Willowbrook, Joe me indicó que fuese hacia Hollywood Boulevard, pues teníamos una cita con Auguste Lemoire.

Encontramos al padre de Dorothy junto a la piscina, sentado en un sofá balancín bebiendo una copa de coñac. Fuimos derechos a su encuentro.

-Señor Lemoire, hemos entregado el dinero de la recompensa -dijo Joe.

-¿Crees que hablará ese chico? ¿Contará que cobró una recompensa por descubrir el cadáver del asesino del acantilado?

-No, no lo creo.

Lemoire bebió un trago de coñac. Se bajó las gafas de sol para verme mejor. Creo que me reconoció.

-Espero que no lo haga -dijo volviendo a ocultar los ojos detrás del cristal-. La policía ha

venido para decirme que no harán público que Ray era el asesino del acantilado. Quieren mantener todo en secreto para que no aparezca ningún imitador.

Por primera vez en todos aquellos días me armé de valor.

-Señor Lmore, Ray no era el asesino del acantilado -repliqué.

-Puede que no, pero él mató a Dorothy.

-Tampoco mató a Dorothy.

Lmore detuvo el balanceo y se quitó las gafas. Sus ojos enrojecidos se le salieron de sus cuencas para señalarme como a un culpable.

-Dime, chico. Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió?

-Lo que ocurrió fue que Dorothy llamó por teléfono a Ray, pero no lo encontró en casa. Le dejó un mensaje en su contestador para quedar con él en el restaurante de la playa del Cabrillo, y cuando Ray lo escuchó, Dorothy ya llevaba un rato esperándole en el lugar de la cita. El restaurante lleva cerrado algún tiempo, y por ello el lugar estaba oscuro. Un coche subió por el camino. Dorothy vio las luces y creyó que era Ray, así que le hizo señas para que se detuviese. Pero no era Ray. Era otra persona que merodeaba por allí. Un hombre al que llaman el asesino del acantilado. El tipo apagó las luces, detuvo el vehículo y vio a una mujer joven y sola, con el coche en la cuneta al lado de un precipicio. Aquello era algo inesperado, un golpe de suerte, y no iba a dejar pasar una ocasión como esa. No se lo pensó dos veces. Sacó el cuchillo y la atacó. Pero antes de que terminase su ritual, algo ocurrió. El asesino vio unos faros que se acercaban por donde él había venido. Era la camioneta de Ray. Entonces dejó el cuerpo de Dorothy y se escondió. Ray bajó de la camioneta y vio el cadáver de Dorothy tirado en el suelo. Ese fue el momento que aprovechó el asesino para salir de su escondite y golpear a Ray, que quedó aturdido. Entonces, el asesino tiró por el precipicio a Ray, y después a Dorothy. Y se marchó de allí.

-Todo eso son suposiciones tuyas, Frank -dijo Joe irritado-. No hemos venido aquí a molestar al señor Lmore con tus chismes.

Hice caso omiso a Joe y esperé unos segundos la reacción de Lmore. El industrial apuró el contenido de la copa y dio una patada al suelo para reanudar el balanceo del sillón. Cuando habló con una voz pausada y dulzona dijo algo que se me ha quedado grabado en la mente desde entonces:

-Escucha, hijo, si alguna vez tuvieses alguna prueba que demostrase eso que me acabas de contar y encontrases a ese hombre, no vayas a la policía. Ven a verme a mí y demuéstrame la verdad. Si lo haces cogeré a ese hijo de puta y le haré lo mismo que él hizo a mi hija. Golpe a golpe, cuchillada a cuchillada. Me cobraré cada gota de la sangre de Dorothy con la suya hasta que quede por dentro tan consumido como quedó ella. Y a ti te daré lo que quieras, lo que desees pedirme. Te lo daré yo, o te lo dará Brooklier, tu mayor deseo no será ningún problema para nosotros. Para entonces tal vez no podamos hacer justicia con los muertos, pero, al menos, a mí me quedará la venganza.

Dejé a Lmore en el balancín y salí de la mansión atrapado por los tentáculos de la sed de venganza de aquel hombre, la venganza cálida que se adhiere a la piel como un deseo imperioso e irrealizable de los que te sacuden a diario recordándote una promesa incumplida. Lmore y yo éramos uno en la rabia, en el apetito de destrucción, en el odio. Un odio que me hacía ver una realidad distinta a la percibida por todos los que me rodeaban en la que Ray era el asesino del acantilado y en la que las muertes cesarían porque Ray había muerto.

Pero yo sabía que aquello era mentira y me disponía a vivir en la verdad. La verdad que decía que no terminarían las muertes del asesino del acantilado y, si terminaban, ello no sería debido a la desaparición de mi amigo. Sino a algún accidente, alguna burla del destino como, por ejemplo, que el verdadero criminal hubiese muerto atropellado, o que hubiese entrado en la cárcel por otro delito. O que de alguna manera, en alguna parte, ese hombre hubiese sabido que mi amigo había sido culpado de sus crímenes y entonces hubiese decidido dejar de matar para quedar totalmente impune.

Y no quedaría impune. No quedaría impune. Dios sabe que no.

Porque antes o después, algún día, aquel mismo hecho azaroso haría que yo me cruzase en su camino.

El asesino del acantilado

Edición en formato digital: enero de 2017

© Antonio Manzanera, S.A., 2017

Autor representado por Antonia Kerrigan, Agencia literaria

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-9069-605-7

NOTAS

[1] *Death on arrival*, «muerto al llegar».